

FRANCISCO NARLA

FIERRO



En la frontera no hay más ley que el hierro.

Lo llamaban Fierro. Y era mentira. La verdad era su pasado y el pasado, una condena que prefería olvidar. No tenía nada, ni siquiera futuro. Por eso vivía en la frontera, un pedazo incierto de tierra olvidado por todos, un lugar maldito donde moros y cristianos sembraban muerte a su antojo. Su único consuelo eran las colmenas. A ella, perdida en aquel amargo pasado, siempre le gustó la miel.

Ahora ese pasado cabalga de nuevo hacia él; con la espada al cinto, dispuesto a atormentarlo. Una vez más. Y, cuando su antiguo compañero de armas lo encuentra, sabe que no tiene escapatoria. La guerra se cruza de nuevo en su camino. Se prepara la batalla más grande jamás contada y él marcará la ruta. Lo hará por una única razón: ella. Como antes, como siempre, él será el atajador de los ejércitos de Castilla. Y su única esperanza estará en manos de un enemigo...

Ésta es la historia de un hombre; uno cansado, blasfemo y solitario. Un hombre acabado, sin esperanza y, pese a todo, un valiente. Un atajador en la frontera, en tiempos de la Reconquista.

Recordarás su nombre.

Francisco Narla

Fierro

Diseño de la sobrecubierta: Estudio Calderón
Primera edición: noviembre de 2019
Francisco Narla, 2019
de la presente edición: Edhasa, 2019

Lector, librero, periodista, editor... Gracias, gracias una vez más por darle una oportunidad a mis cuentos, espero no defraudarle.

Para Rosalía, la niña que duerme sobre una cascada y tiene como amigos a un perro cojo y a un gato tuerto. Bienvenida.

FIERRO

PRIMER CANTAR

EL SILO DE AIARCOS



Lo llamaban Fierro. Y mentían.

Su verdadero nombre era agua pasada. Y allí el pasado se pagaba caro.

En la frontera no se preguntaba, las respuestas tenían la maldita costumbre de ser tajos de un palmo que aireaban las tripas. Era un pedazo indeciso de tierra maldita. Un erial dejado de la mano de Dios donde se condenaban los que no tenían otra elección: la frontera o el infierno. Allí acababan los desahuciados, los ilusos, los que escapaban de la horca y un puñado de malnacidos que, en lugar de ganárselo, robaban el pan. En la frontera se refugiaban los desechos de aquella guerra interminable.

Y él era uno de ellos.

Espigado y curtido. Un manojo de cordeles tiesos. De guedejas canas y barba revuelta. Con ojos azules, clareados por los años y el miedo. Renqueaba y, para caminar, se ayudaba de una vara. Cuando amenazaba tormenta, se le arredraban los huesos. Y tenía la impenitente manía de sacudirse las calzas a todas horas.

Además, se hacía viejo.

Lo acompañaba un chucho de mil leches con algo de bodeguero y mucho de sarnoso. Un animal sin gracia cuya única virtud era la lealtad de su mirada.

Bajo un cielo encapotado, preñado de agua, el uno y el otro se afanaban con las abejas. Y el renco mascullaba entre dientes apretados.

Había encontrado cagajones de ratón en los panales y, tras levantar otra colmena, se llevó el disgusto de descubrir que tenía las trazas de haberse vuelto una inútil zanganera, buena para nada. Otras estaban desencajadas, a unas pocas les entraba el agua si llovía, algunas no miraban al mediodía y unas cuantas ni siquiera tenían enjambre, sólo telarañas. Suponían una colección mísera, mal repartida en tablones sujetos con pedruscos.

—¡Cagüen los bailes de san Vito! Si esto sigue así —le bufó al perro—, para la siega vamos a recoger un cucharón de miel y tres arrobas de cagarros...

Pese a estar bien entrada la Cuaresma, el calor no llegaba. Las abejas andaban todavía atontadas, despabilándose del invierno. Y la lluvia no cesaba, como si tanto aguacero quisiera lavar los pecados de la frontera.

Fierro sacudió su mentón huesudo. El poco vellón que ganaba salía de la venta de la cosecha, y la temporada, otro año más, se presentaba calamitosa.

Pese a tan pobres augurios, no desfallecía. Tozudo, dedicó la mañana a reparar una de las colmenas, desarmada durante los últimos ventiscos. Le quedó coja, y la piquera para que entrasen las abejas, más alta de un lado que de otro. Aun así, la dejó junto a las demás, con la pobre esperanza de que, en cuanto asomase el calor, tendría ocasión de cebarla con trozos de panal y una reina joven, para que enjambrara.

También limpió las malas hierbas de los alrededores. Y echó un vistazo, no fuera a encontrar la madriguera de algún tejón goloso. Todo para que aquel colmenar miserable aparentara algo más de lo que era: un vergoñoso intento de quien no sabía qué diantres hacía.

No era el trabajo de alguien con mañas. Aun así, él porfiaba. Por ella.

A ella le encantaba la miel, y eso le bastaba para empecinarse temporada tras temporada.

Al poco, la lluvia, refugiada entre nubes cenicientas, se desparramó una vez más. El cielo se abrió para encharcar la tierra enfangada y tanto el hombre como el animal quedaron calados hasta los huesos. Y el agua tibia se le escurrió por el cogote y le peinó el espinazo.

Sintió un escalofrío. Se quedó donde estaba.

Por un momento, regresó al silo de Alarcos.

Todo había sido culpa de aquel cabrón con pintas de Castro, a quien el diablo estuviera haciendo tragar pez hirviendo. De no haber sido por aquel vendido, otro gallo cantaría. Habría cobrado la soldada, habría pedido la dispensa y se hubiera ido al norte, muy al norte, lejos de la guerra. Con ella.

Aquel malnacido había dado la orden:

—Al hoyo con él...

Aún resonaba en su cabeza.

Casi sintió aquel frío. Casi oyó de nuevo los lamentos de los heridos. Casi, también, las burlas de los guardias.

Se había ido todo al carajo. Ahora sólo tenía las colmenas. Las colmenas y sus recuerdos.

Cuando el perro gañó, preocupado por el trance de su amo, Fierro reaccionó. Espantó con un gruñido aquella pesadilla y, para ampararse, se caló una vieja cofia colchada en la que, pese a los años, aún se veían restos de robín del yelmo.

Resolvió concluir la jornada y llegarse a la casa para combatir el relente del aguacero con algo de puchero.

Ante él, como una marejada de hierba, se extendía una sucesión de pobres praderías encerradas entre montañas lejanas. Tierras gredosas que sólo daban pasto a ovejas esmirriadas. Al norte, la muy cristiana Toledo, abrazada celosamente por el Tajo. Al mediodía, la sierra, donde campaban infieles mahometanos entre las pilas de calaveras bautizadas que apiñara el malparido de Almanzor. Ésa era la frontera. Una franja cuajada de castillos que habían cambiado de manos demasiadas veces. Un ancho valle por el que el Guadiana se desparramaba en pantanos y humedales donde se agarraban calenturas que lo dejaban a uno listo para entrevistarse con san Pedro. Aun así, desde la masacre de Alarcos, ése era su hogar.

Y Fierro conocía bien su hogar; por eso, cuando el chucho se paró a olfatear junto a una higuera raquítica, no se sorprendió.

—¡Cagüen en el flequillo de san José! Te haces viejo más rápido que yo —le dijo con desgana—, lo he visto antes de que lo olfatearas. Ya no aventuras ni tus propios cuescos. ¡Carajo! Deberías lamerte menos el culo y andar más atento...

El chucho no respondió, siguió olisqueando la hierba empapuzada. Y en el rostro de su amo, tras observar las huellas, se astilló el entrecejo.

En la frontera había recovecos para guardar ilusos. Familias que todo lo habían perdido buscaban fortuna en aquellos lares sin dios, rey o patria. Pastores, moros o cristianos, todos muertos de hambre, que se jugaban el pellejo trashumando en busca de pastos. Buhoneros, y algún juglar a quien habían prohibido pisar Burgos y cuidarse de arrimar los hocicos a Ávila. En todas aquellas yugadas de páramos había gualdraperos, talabarteros, un par de herreros, un puñado de alimañeros, docenas de huérfanos que se las apañaban como esportilleros, algún calatravo perdido que echaba de menos las glorias del abad de Fitero, ciertas posadas de escasa reputación y abundantes chinches, su buena palada de putas desaliñadas y más de un ermitaño que esperaba

encontrarse con su creador a base de jaculatorias.

Pero ninguno de esos ilusos había dejado aquel rastro.

También había cuatrerros, de los que eran capaces de vender las muelas de una madre por un cordero sin roña y la quijada completa por una oveja preñada. Estafadores que prometían sardinas del señorío de Vizcaya y vendían jureles mal salados. Y más de un hato de contrabandistas, que nada sabían de los pagos a la hacienda del rey y que tanto les daba mercar guadamecés cordobeses que estaños de Compostela, cualquier cosa mientras reluciese la plata; hacían negocio porque al último almotacén al que se le había ocurrido descolgarse más allá del Tajo con su juego de pesas y medidas lo habían encontrado en cueros, al pie de un almendro partido por un rayo, con el gznate abierto de oreja a oreja.

Pero tampoco eran las huellas de un grupo de facinerosos. Eran de otra calaña. De la peor.

Parecía el rastro de quienes se ganaban la vida con la muerte ajena. De las partidas que hacían negocio con fugitivos y desertores. Cuitados todos, moros y cristianos, los unos acababan con el dogal al cuello, los otros, despellejados.

Bajo la lluvia que arreciaba, se agachó asiéndose a la vara y estudió las huellas. Aquellos asuntos se le daban mejor que las colmenas.

Pronto distinguió las pisadas de cada caballo, también las del mulo de carga.

El chucho se arrimó y, mientras cavilaba, Fierro le echó una limosna de cariño rascándole tras las orejas.

Estaban empapados. Aunque no le importaba, le gustaba la lluvia. Le recordaba los montes de su infancia y espantaba los demonios del desierto, los mismos que a veces venían a buscarlo de anochecida.

Resolvió que no había por qué inquietarse. Al fin y al cabo, él ya estaba muerto para los suyos.

Y se equivocó.

Su pasado cabalgaba hacia él. Con la espada al cinto. Escupiéndole maldiciones.

En una vaguada, a su buen trecho desde la solana del colmenar, se mantenía en pie, casi por puro milagro, un antiguo puesto de guardia venido a menos.

Muchos habían perdido la vida por defenderlo y de nada había servido. Allí seguía, olvidado en tierra de nadie, comido por el viento, azotado por la lluvia y resecao por el sol. Así se lo había encontrado Fierro.

Era una mistura de las dos fes. Entre los escombros se distinguían trazas infieles, y también lo que quedaba de los apaños de algún carpintero que se habría acordado de san Judas al escacharse el pulgar con el martillo. Tenía un corral desvencijado, un establo destartalado, los restos de una noria de mulo y cuatro paredes de puzolanas mal asentadas. Algo había hecho él por sacarlo de la ruina, pero el resultado era pobre de solemnidad. No había allí un solo dintel derecho y el único gozne que no chirriaba era el del portón del altillo, que llevaba cerrado desde que se instalara. Además, bajo aquel chaparrón, con la luz de cirio que dejaban pasar las nubes prietas, su aspecto era aún más desdichado.

Pero allí dentro había unas brasas y, sobre las brasas, un caldero con restos de conejo y los primeros espárragos de la temporada, lo justo para sacarse de los huesos el húmedo frío.

Por costumbre de los viejos tiempos, Fierro llegó dando un rodeo. Desde una loma gastada que oteaba a poniente, avanzó contra el viento, que convertía en sonajeros las vainas de los algarrobos.

El primero en enterarse fue el chucho, que se inquietó cuando aún les faltaba un trecho como el de tres pedradas. Y Fierro se fio. Lo obligó a detenerse con un gesto y ambos se refugiaron entre los árboles, para ver sin ser vistos.

Un cosquilleo en el cogote, la voz de su veteranía, le susurró que más le valía ser precavido.

Oyó un murmullo de voces ahogadas por la lluvia, el bufido de protesta de un jamelgo, chapoteos. Al poco, aparecieron rodeando las ruinas los caballos, junto a un pequeño mulo cargado de pertrechos. Los dueños de las huellas.

No le hizo falta más que un vistazo para catar a los jinetes. Vestían lorigones de cuero, tabardos recios, espadas ceñidas, escudos con bloca. Se cubrían con almófares de malla gastada, de los que ya ha visto combate; y los traían sobre los hombros, con la cofia anudada al cuello, como se solía tras las batallas vencidas. Calzaban botas altas, de las que llamaban huesas, y todas cargaban leguas. Y sus monturas eran pequeños caballos moros robados en alguna cabalgada.

No le hacían falta pendones ni estandartes, bastaba una ojeada. No eran leoneses ni navarros, tampoco aragoneses. Eran hombres de Castilla.

Convencido de que hasta allí no podía haberles llevado otra cosa que buscar un lugar donde resguardarse, Fierro pensó en marcharse para dejarlos husmear a su antojo. Volvería dentro de un par de días, una vez aclarado el panorama. Sin embargo, se detuvo en seco cuando salió tras la esquina el hombre que los comandaba.

Era su pasado. Y Fierro lo reconoció al instante.

Montaba un rucio malcarado de ancas finas con cicatrices de lanzadas. Cuatro castellanos y un

leonés, ése era el saldo.

—Se nos acabó la suerte —murmuró al perro.

No estaban allí por casualidad. No se trataba de cazadores de esclavos ni de bandoleros de paso. Tampoco eran mensajeros. Eran mesnaderos del rey.

Y supo que habían venido a buscarlo.

Desde antes de la Natividad, la frontera había estado revuelta. Unos iban, otros volvían.

El castillo de los calatravos de Salvatierra había caído durante la siega. El Miramamolín había abandonado la Ciudad Roja con ganas de cobrarse venganza y tal vez buscaba robar de nuevo las campanas de Compostela. Y en el bando cristiano tampoco se respiraba calma chicha: había oído en la venta del hebreo que el infante Fernando había muerto; según se contaba, el rey, más que enlutado, andaba rabioso.

En las villas se hacían vigiliás, se anudaban los estandartes, se preparaban las milicias. Los curas arengaban en sus homilías. Los sayones reclutaban, a las buenas o a las bravas. Una vez más aquella guerra interminable se recrudecía. Una vez más se vertería sangre cristiana. Pero ésa ya no era su guerra.

Negó sacudiendo el mentón.

—¡Cagüen...! Tenía que pasar. Tanto ir y venir, tanto barullo. Antes o después, tenía que pasar —chistó con resignación—. Te dije que pagaríamos lo de ese mequetrefe... ¡Dita sea! No teníamos que habernos entrometido.

Volvió a negar.

—¡Qué carajo! A fin de cuentas, todo esto ha sido de prestado... Más se perdió en Sagrajas.

El chucho simplemente se sacudió con fuerza, intentando secarse las greñas empapuzadas.

Por unos años, había logrado vivir en paz, sin más apuro que cuidarse de almogávares descarriados. Pero se había acabado.

Aprovechando que sus mesnadas se movían, la justicia del rey venía a buscarlo con la soga lista.

Al jaque que montaba el rucio lo conocía bien, demasiado bien. Era un mercenario de Carrión que había peleado bajo todos los pendones imaginables con la única condición de que la paga fuera buena. Uno de los muchos que, en aquellos tiempos convulsos, hacían virtud de la espada para ganarse el pan corriendo contra el moro, ya fuera defendiendo a los de Ávila, al obispo de Toledo o al conde de Barcelona.

Uno más de muchos, pero uno peligroso.

Y lo sabía bien, porque eran amigos.

Juntos habían conocido glorias. Juntos había sufrido penurias. Incluso habían compartido tienda durante quién sabía cuántas cabalgadas en tierra de infieles. En tiempos, ambos había sido atajadores bajo la bandera de Castilla.

Fierro supo que no merecía la pena poner tierra de por medio. Si había venido a buscarlo, antes o después lo encontraría.

Miró al perro.

—No pongas esa cara de puta sin paga. Ya lo sé, carajo —reconoció con fastidio—. Ya sé lo que ella hubiera dicho, ¡ya lo sé!

El chucho se pasó la lengua por el hocico.

—Con el pecado va la penitencia. —En su tono arrastraba pena empujada por recuerdos—. ¡Cagüentó! Eso es lo que hubiera dicho... Con el pecado va la penitencia —repitió—. Lo sé, lo sé muy bien, mejor que tú...

No la olvidaba. Ella, sus frases, sus gestos. Incluso aquel aroma a pan recién hecho.

—¡Cagüen las profecías de Jeremías! No queda otra: o plantamos cara ahora o pasaremos la vida de reajo en reajo.

Si escapaba, Ruy de Carrión lo encontraría. Si huía, tendría que ocupar su vida en cuidarse las espaldas.

Además, si lo hacía, no se lo perdonaría. Jamás.

Renegó. Si había que dejarse atravesar los higadillos con una toledana, era mejor allí y ahora, bajo el cascabeleo de los algarrobos, empapado por los cántaros que caían del cielo. Y no emboscado por la espalda.

—A la muerte se le da cara —espetó al chucho.

Abandonando toda precaución, fue a su encuentro.

Se tiró de las calzas y echó a andar hacia lo que era una muerte segura. De frente, con la cabeza alta.

Bastaron apenas unos pasos más allá de los algarrobos. Los otros andaban atentos y el más joven, apenas un muchacho, fue el primero en percatarse. Lo señaló con una mano empapada y dio la voz.

No le rezó a ningún santo porque hacía tiempo que su fe se había ido a tomar viento, pero Fierro fue echando sus cuentas. Se fijó en cómo montaba cada cual, buscando a algún zurdo que fuera a pillarlo con la guardia cambiada.

Cinco. El de Carrión, con la mano descansando en el pomo de la espada, lista para catar sangre. Dos más que, de tan parecidos, a la fuerza tenían que ser hermanos y, por su aspecto, bragados. Otro con pinta de buey, ancho como un cepo, de cuello corto y ojillos perdidos bajo una frente que recordaba un berrocal. Y, por último, el criajo crecido que, por la expresión cuajada en su rostro, sabía muy bien que hacia ellos caminaba uno de los muertos de Alarcos. Aquel que, de entre tantos, había sido elegido para colarse en los almacenes de virotos que los moros tenían en Córdoba. El mismo que había sido enviado allende el estrecho.

Cinco hombres armados, guarnecidos y duchos en combate contra un tipo con una vara acompañado por un chucho mugriento. Aunque descontase al muchacho, que parecía verde, no había que estudiar las tres reglas para echar la cuenta.

Tenía las de perder.

Lo esperaron en un corrillo, a la entrada del puesto, sin más boato que un rebuzno que dejó escapar el mulo. La desconfianza crujía en el entrecejo de Fierro; sin embargo, cerró distancia y se metió de lleno en el cerco que hubiera cubierto una ballesta.

Si tenía que ser, sería. Pero alguno iba a dejarse las tripas allí mismo para que los cuervos no pasaran apreturas.

En breve estarían tan cerca como para que una espada cubriera fácilmente el trecho. Y ellos llevaban ventaja por la altura de sus monturas.

No hacía falta mucho. Una finta y un tajo. Una arrancada del caballo y segar como un guadañero. Lo tenían todo a favor.

Fierro se preparó, convencido de que el primer envite vendría del bigardo con cara hosca. Parecía el más inquieto.

Dio un paso más. Echaba desconfiados vistazos de reajo, listo para reaccionar.

El chucho seguía a su lado, sin mostrar preocupación alguna.

—¡Alabado sea el cielo! —exclamó Ruy de pronto.

Sólo se oía el pertinaz repiqueteo de la lluvia. El calor de los caballos desprendía vaharadas

como encajes flamencos.

El mulo movió las tripas con escándalo y desahogó la última ración allí mismo, cediendo generosamente su abono a los hierbajos.

Ruy dejó escapar una carcajada.

—O por aquí se aparecen las ánimas o va a resultar que los rumores eran ciertos —espetó con el tono amigable de quien comparte una jarra de vino en la taberna—. ¡Estás vivo!

Descabalgó con soltura y se echó hacia Fierro con los brazos abiertos.

—Por los clavos de Cristo, ¡vivo! Cuesta creerlo, pero aquí estás, ¡vivo! Y no sabes cuánto me alegro de verte.

Esperaba hierro y sangre, no un convite a vino y lechazo asado. Incluso uno de los hermanos parecía haberse echado a rezar agradecido mientras se santiguaba, como ante una aparición. Todos sonreían, como recién salidos de misa del Gallo.

Fierro no dejó entrever el renuncio.

El chucho se tumbó a su lado. La lluvia arreció.

No dijo nada.

—Aquí estás —afirmó Ruy con una sonrisa bailando sobre sus dientes escasos—, viviendo como el mismo san Fructuoso. ¿Acaso te has hecho ermitaño? No pensarás soltarme una parábola, ¿eh? —preguntó con sorna, bajando los brazos, un tanto cohibido por el ceño fruncido—. Si empiezas a predicar me dará un aire...

A un gesto de Ruy, sus hombres desmontaron. Se movieron confiados, dándole la espalda sin problemas, y se repartieron junto a la casa.

Por más que buscó, Fierro no encontró ni el menor indicio de que se prepararan para ensartarle las tripas. Y tampoco el chucho pareció preocuparse. Enseguida trotó hacia el muchacho, que, embobado, seguía mirando a Fierro.

—¡Vamos! No me irás a decir que aquí cobran por saludar a un viejo compadre... ¡Por las sandalias de nuestro señor Jesucristo! Pues si hay que pagar, se paga —aseguró Ruy jovialmente, al tiempo que hacía tintinear monedas en su faltriquera—. ¡Por Santiago! ¡Cómo me alegro de haberte encontrado! Te daba por muerto, ¡todos te dábamos por muerto! Lo último que supimos fue que eras uno de los que acabó en el silo de Alarcos.

Dio Ruy unos pasos más hacia Fierro, que se mantuvo impertérrito. No las tenía todas consigo.

Había advertido que a uno de los hermanos le faltaban dos dedos de la izquierda. Que el bigardo de cejas prominentes cargaba más en una pierna que en la otra. Y que el muchacho, ajeno a todo, se agachaba para acariciar la cabeza del chucho.

Asió la vara y se preparó. Era un bordón de fresno ahumado como el de los peregrinos a Compostela. Lo ayudaba a caminar, pero también podía ser un arma formidable.

Sólo le preocupaba Ruy.

A los demás los podía apiolar sin salir malparado, pero había visto a Ruy desmenuzar dos tablados con una sola lanzada. Sabía que, a pie o cabalgando, con espada o con lanza, era un enemigo que tener en cuenta.

Sin perder aquel aire risueño, Ruy siguió acercándose.

—Hace unos años, pese a la tregua, corrimos una cabalgada para parlamentar con los calatravos de Salvatierra —explicó, señalando vagamente al sur—, y entonces oí por primera vez la historia de un tipo que vivía solo en las vaguadas del Jabalón. Pero, ni aunque el mismo diablo me lo hubiera susurrado al oído —recalcó llevándose un dedo a una oreja aplastada por viejos golpes—, se me hubiera ocurrido que se trataba de ti. Aventé que era otro desgraciado más que no tenía donde caerse muerto. De esos abundan en los últimos tiempos, más desde que se perdió el castillo; andan en desbandada, huyendo de un lado a otro como ratas...

Advirtiendo la aspereza del semblante, Ruy se detuvo frente a su amigo un pelo más allá de la distancia que cubría la vara. Y, por si las moscas, apoyó la mano en el pomo de la espada; una pieza sin adornos, de arriaces sencillos, con dentadas que daban fe de combates pasados. No era la espada de un rey aparentando en la retaguardia mientras discute estrategias con el obispo de turno. Era el arma de un hombre que sabía cómo usarla, de un hombre que ya la había usado.

—... Algo después, tuve que ir a Úbeda, donde el rey tiene un moro confidente —continuó con un guiño pícaro—, y allí me enteré de lo de la hija del albardonero.

Al oírlo, Fierro entrecerró los ojos. No había sido capaz de contenerse. La pobre cría había salido muy mal parada.

—No debí hacerlo —habló Fierro por primera vez, dejándose llevar por el resentimiento.

—Oh, ¡vamos! Éstas no son tierras del rey —repuso el otro, como si fuera quién de hacerse cargo del asunto—. Y ya que estamos, tampoco del Miramamolín, mal rayo lo parta. Aquí de nada sirve el Fuero Viejo, aquí no hay ley...

Parecía una invitación a despreocuparse. Pero el cojo sabía demasiado bien que, en la frontera, bastaba una única ley: la del hierro. Y los cachorros del maldito veguer tenían hilos de los que tirar.

No había podido evitarlo. Recordaba bien a la muchacha. Una chiquilla asustada, cubierta de sangre, plagada de moratones. Al cuidado de un viejo moro renegado que masticaba altramuces de par en par, un tal Abengalbón al que acudían todos los fronteros para los remedios de sus hierbas, ungüentos y cataplasmas. Allí no había maestros de llagas, mucho menos mencales con que pagarlos. No les quedaba otra que dejarse hacer por aquel agareno medio loco que decía haber estudiado en Córdoba, aunque, a juicio de cualquiera con dos dedos de frente, lo único que aquel condenado moro había guardado en su dura cabeza era el fondo de las jarras de vino que servían en las tabernuchas que hacían negocio entre el Guadiana y los montes Marianos.

Fierro había ido a buscar caña de la que llamaban de Oriente para preparar almíbar con el que ayudar a sus pobres abejas, que ya entonces pasaban apreturas por culpa de sus pocas mañas. Y allí, entre las alfombras que Abengalbón juraba venidas de la mismísima Bagdad, se había encontrado con la madre llorando a lágrima viva y el padre mesándose las barbas.

Ni siquiera le había hecho falta preguntar. Mientras el moro intentaba recomponer a la pobre muchacha bajo la luz de los candiles, el padre se había explicado con angustia. Que si el veguer, que si de cacería con sus halcones, que si la muchacha apareció por allí, que si el título obligaba.

Bastó.

Y Fierro debió recoger su mandado y marchar, sin volver la vista atrás. Sin embargo, aquella pobre muchacha, vejada, apaleada, rota la juventud, se lo quedó mirando.

Lo miró por encima del moro que se afanaba con el agua de rosas, las vendas y la aguja enhebrada con largos cabellos para coser los tajos de un puñal afilado. Lo miró tras ojos velados por el terror. Y, cuando el melero la miró a su vez, no sólo vio a la muchacha, también la vio a ella. Incluso olió aquel aroma a pan recién hecho.

No pudo evitarlo.

Aquel rostro. Aquella inocencia marchita antes de tiempo. Como en Alarcos.

Apenas dos semanas después, el veguer y sus hombres aparecieron destripados en el camino a Valencia, no lejos de donde trotara Babieca con el Cid a cuestas.

Sólo se salvaron los halcones. Y un crío. Un zagal que no podía haber tenido el cuajo de violar a la muchacha, porque aún lucía mejillas lampiñas y porque su único conocimiento de los pecados contra el sexto mandamiento no iba más allá de lo visto en los corrales. Al chico lo dejó

marchar. A las rapaces las liberó en las sierras del camino.

Supuso que, pese a sus promesas, aquel muchacho había soltado la lengua.

Rechistó entonces y preguntó:

—¿Venís pagados por los bastardos de ese mequetrefe?

—¿El veguer? Oh, no, no. En absoluto —repuso Ruy, conciliador, ensanchando una sonrisa de dientes maltrechos—. Eso no es asunto mío. Ni me incumbe. Ya verá el muy católico rey Pedro de Aragón si le place inmiscuirse... Además, en lo de esa muchacha, a mí me va una higa. Ella se lo buscaría. Si una cualquiera aparece donde no debe, ya sabe a lo que está expuesta. No somos de piedra... No hay fuero que castigue a un hombre por algo así, ni en Cuenca ni en Burgos. Para mí que el veguer hizo bien...

Fierro asió con fuerza la vara y apretó los dientes.

—... Además, a mí me ha sido útil. De no ser por las ansias de coyunda del veguer, no habría dado contigo —aclaró con desenfado.

Se miraron por un instante.

—Supe que habías sido tú —anunció con lo que pareció alegría sincera—. Recordé lo oído en Salvatierra y tuve una corazonada. ¿Qué otro hubiera podido hacerlo? Entrar y salir así, como una sombra, sin que nadie le diera el alto... ¿Quién más hubiera hecho algo así por la hija descocada de un albardonero? ¡Un albardonero! Si no tiene dónde caerse muerto...

Los ojos de la muchacha eran verdes. Como los de ella. Había encontrado en ellos la misma mirada. El mismo dolor.

Se observaron indecisos. Pese a su sonrisa, que no había flaqueado, la mano de Ruy seguía lista en la espada. Fierro tamborileó con los dedos en la vara.

—No, todo ese asunto me importa un bledo...

Y Ruy dejó escapar un suspiro, como si le cansase aclarar semejante obviedad.

—... Llevo buscándote desde... Por Santiago, desde hace ya no sé cuánto. —Sacudió la cabeza con incredulidad—. No, por mí los bastardos del veguer pueden dejarse picar la lujuria por un pollo, como dicen que hace el de Navarra con las bubas de su pierna. No —insistió—, he venido para hacerte una proposición... Una bien distinta —remató con tono zalamero.

Fierro se tironeó de las calzas. El chucho se echó panza arriba para que el muchacho le acariciase la barriga y Ruy, animoso, le brindó una nueva sonrisa.

—Tú dirás...

El de Carrión se pasó la mano por la cara, arrastrando el agua que la cubría.

—Empiezo a estar harto de tanta lluvia. ¿Acaso no ofreces cobijo a un cristiano?

Fierro rumió lo hablado. Aún recelaba.

—Tú puedes pasar —repuso—. Los otros estarán mejor en el establo. Los caballos necesitarán atención.

Y, dicho esto, se encaminó a las ruinas sin volver la vista atrás.

El muchacho, que respondía al nombre de Tello, se vio solo de repente, en cuanto el chucho se echó tras los talones de Fierro.

Los dos hermanos señalaron el galpón que hacía las veces de establo. Tan malo era su estado que apenas serviría para librarse de la lluvia. Sólo conservaba un tejadillo desvencijado que cubría los antiguos pesebres. El bigardo echó una carcajada ronca.

El interior no mejoraba la pobre impresión que se tenía desde fuera.

Postigos desvencijados, vigas carcomidas y montoneras de trastos. En una esquina, un anafe desportillado bajo un cubo de carbón sobre el que se amontonaban sarmientos resecos. En otra, una pila de recortes de corteza de alcornoque junto a colmenas medio hechas. En el suelo, unas roídas alcatifas morunas. Y los muebles, toscos, desencajados y sin desbastar, despertaron enseguida el laconismo de Ruy:

—Como carpintero ya te habrías muerto de hambre —le dijo, sentándose en un taburete que, además de cojear, chirrió lastimosamente.

El chucho se arrimó enseguida a las brasas y, casi de inmediato, su pelambreira mojada atufó la estancia.

En tanto, Fierro dejó la vara y colgó la sobrepelliz empapada cerca del hogar, en un clavo que, en otros tiempos, algún cristiano debió haber martillado allí para orear chacinas.

Cuidándose de no dar la espalda a Ruy, que miraba con espanto su grotesco asiento, el renco dispuso de sus cachivaches, reavivó el fuego con unos soplidos, añadió más leña y, finalmente, sirvió algo de puchero en dos tazones descascarillados.

Tenía un dejo rancio que obligó a Ruy a apartar las narices. Aun así, se sintió obligado a llevárselo a los labios. Sólo fue capaz de echar un trago tentativo.

—¡Por...! —escupió—. Esto es peor que aquel brebaje de meados de camello y grasa de las jorobas... Por el amor del cielo... Como carpintero ya te habrías muerto de hambre —repitió, abandonando el tazón en el suelo—, pero como cocinero..., ¡por los clavos de nuestro señor Jesucristo!, como cocinero te habrían ejecutado.

Fierro ignoró la pulla. Se echó un par de ruidosos sorbos al colete y cambió de asunto.

—Hacía mucho tiempo...

Tras chasquear la lengua unas cuantas veces, intentando espantar aquel regusto a socarrado, Ruy alzó los ojos.

—Mucho... Casi veinte años —dijo, melancólico—; desde que al rey le entró cagalera al escuchar los tambores de los moros y salió espantado, ¿lo recuerdas? Atravesó las quintas de Villadiego como si alguien hubiera prendido lumbre al rabo de su caballo —añadió con sorna.

Aquella había sido la última vez que se habían visto. El rey Alfonso, mordiéndose la barba de pura rabia, había comprendido que Alarcos estaba perdida: en sus mesnadas había ya más muertos que hombres en pie. Espantando la vergüenza, huyó con unos cuantos. A los demás los dejó en la fortaleza, a merced de los moros, embravecidos por la escabechina.

Ruy había salido cabalgando con el rey. Fierro había decidido quedarse.

—... Y para treinta desde que nos embarcamos en aquel cascarón que hacía agua —añadió el de Carrión cambiando el tono—, ¿te acuerdas?

Fierro prestó atención a su estofado y, usando los dedos, pescó una costilla y se la tiró al chucho. Éste la cazó al vuelo y comenzó a roerla con deleite, sin menospreciar las habilidades de su amo como cocinero.

—Éramos más de cien —rememoró Ruy sacudiendo la cabeza con incredulidad—. Más de cien... Deberíamos estar muertos —aseguró con nostalgia—. Más de cien. Y sólo nosotros dos regresamos a donde las campanas anuncian misa.

—¿A qué carajo has venido? —tascó Fierro, impaciente.

—De entre más de cien hombres, sólo un puñado salimos de ese condenado desierto —continuó Ruy, ignorando la pregunta y relamiéndose con la nostalgia de las viejas glorias—. Sedientos, despellejados y a punto de desfallecer. Pero salimos.

El chucho miraba impaciente el tazón abandonado.

—Fue una majadería —dijo Fierro en tono seco—, no sirvió de nada.

Ruy se rascó el mentón.

—Es cierto, aquella condenada caravana siguió camino —reconoció con cierta melancolía— y los abastos llegaron a la Ciudad Roja... Pero no era mala ocurrencia. Por Santiago, si hay que joder a los moros, qué mejor que joderlos en su propio patio —aseguró con sincero convencimiento—. Te diré más, Castilla volverá a intentarlo —afirmó con emoción—. Si hubiera salido bien, no tendríamos ahora a ese Miramamolín del demonio disfrutando de su harén en Sevilla, dispuesto a llamar a las puertas de Toledo en cuanto nos despistemos.

—Fue una majadería —repitió el cojo, tirándose una vez más de la pernera, como si aquella condenada arena del desierto siguiera metiéndosele en todos los recovecos para limarle el pellejo—. ¡Cagüen en las vieiras del apóstol! Una soberana majadería. ¿A qué has venido?

Compuso de nuevo aquella sonrisa el de Carrión mostrando sus mellados dientes.

—Ya te lo he dicho, a hacerte una proposición...

Incrédulo, Fierro insistió:

—¿Nada que ver con el desquite que le dejé al veguer en las tripas?

—¡Vamos! Somos amigos —declaró Ruy, enseñando hasta la última picada de sus muelas con una sonrisa despreñada—. Te debo la vida. Fuiste tú el que tuvo los cojones de destripar a los camellos y atreverse a beber..., a beber aquello... No, ya te lo he dicho, olvídate del veguer, me importa una higa el veguer.

Les hubiera dado tiempo a cantar una salve regina mientras se observaba. El de Carrión, con expresión franca. El atajador, ablandando por fin la desconfianza.

Al cabo, cuando Ruy advirtió que se resquebrajaban las defensas, se explicó:

—Al grano, pues... He venido a brindarte la revancha de Alarcos —declaró en tono grandilocuente, esperando que la revelación sorprendiese a su antiguo camarada.

Fierro se limitó a dejar su cuenco al alcance del chucho, que se levantó de inmediato para lamerlo.

—Se ha roto la tregua, se prepara la guerra —continuó con emoción Ruy—. El Miramamolín inverna en Sevilla y los nuestros se están reuniendo en Toledo para salir antes de la octava de Pentecostés.

—Algo se oye. Pero no me incumbe. Cuando apesta, me quedo en el sitio, no vaya a ser que pise una bosta.

El de Carrión sonrió y negó sacudiendo el mentón. Aun conociéndolo como lo conocía, le costaba cortejar tanta mala baba.

—No seas tozudo —repuso haciendo oídos sordos—. Escucha —imploró—: los obispos llaman a sus mesnadas, las milicias se preparan. El papa Inocencio de Roma ha concedido indulgencias plenarias a quien se una a Castilla. ¡Es una guerra santa!, un deber de todo cristiano...

Rascándole una oreja al chucho, Fierro respondió con desgana:

—Ya, los unos predicán el domingo, los otros, el viernes —adujo encogiendo los hombros—. Son los mismos embustes...

Ruy no se dejó arredrar.

—Será el fin de los infieles. Se recuperará lo perdido por el rey Rodrigo. No será una cabalgada más, será la lid más grande jamás contada. Los echaremos para siempre de nuestras tierras. Estarán las mesnadas reales, los fonsados, las milicias. Todos, ricoshombres, infanzones, caballeros pardos, hombres de fortuna, ¡todos! Incluso han acudido ultramontanos. De más allá de la Aquitania —aseveró con ímpetu—. De la Provenza, de Normandía... Britanos, lombardos, hasta una partida de bohemios se dice...

Fierro dejó de prestar atención al chucho y clavó sus ojos gastados en los del hombre con el que había compartido sed, hambre y miserias.

—¿Qué demonios quieres? —preguntó secamente.

Se miraron un instante. El leonés suspiró con resignación.

—Lo de siempre —admitió al fin, temiendo la negativa—. Lo que siempre hemos hecho. Quiero encontrar ruta para los ejércitos de Castilla y hallar dónde plantar cara al moro —dijo cambiando el tono de voz, comprendiendo que de nada servía aludir al honor y la gloria.

Fierro asintió.

A eso se habían dedicado. A jugarse el pescuezo por delante de las mesnadas para informar de los mejores lugares para acampar, de los vados en los ríos, de los campos de abastecida. Atajadores. De entre todos los hombres de las milicias y fonsados, los más locos; o los más valientes. Los que se echaban a territorio enemigo a pecho descubierto para que reyes y obispos, con sus nobles culos bien a salvo en la retaguardia, decidieran cómo jugarse la vida de los hombres que luchaban en su nombre.

—Eras el mejor de todos nosotros —reconoció el de Carrión—. Y, con los años que llevas escondiéndote aquí..., estoy seguro de que conoces hasta el último de los pantanales... Apuesto la bolsa a que subes a la sierra de tanto en tanto para cazar —añadió señalando hacia el sur, más allá de las paredes del puesto—. Si alguien puede hacerlo, eres tú. Con la ayuda de san Isidro podemos vencer a esos infieles. De una vez por todas.

Tras escuchar aquello, Fierro se levantó y empezó a hurgar en los restos de corcho, apañando alguna de aquellas colmenas destartaladas.

—No cuentes conmigo. Ésa ya no es mi lucha. Y no voy a dejar que me lleven como puta por rastrojo.

—Pero podrías volver al norte y vivir en paz. Si accedes, estoy seguro de que podremos echar tierra sobre lo de la hija del albardonero. Los del veguer se quedarán con las ganas...

Al ver que no surtía efecto, insistió:

—Puedes pedir una buena quinta como recompensa, un lugar donde vivir...

Fierro dejó los corchos y se volvió con brusquedad.

—¡Por las barbas remojadas de santo Tomás! ¡Dita sea! ¡Cagüentó! Eso sí que no... ¡Yo no necesito el perdón de nadie!

Se palpaba su ira.

—Si algún alcaide del rey quiere venir a por mí —continuó Fierro al cabo con pedernal en el semblante—, que venga, carajo, que venga si tiene cuajo. Que le voy a hacer comerse los pulgares.

No había más que añadir.

Supo que no merecía la pena insistir y el de Carrión, decepcionado, suspiró.

—Entiendo...

Quedaron en un silencio que fue espesándose al amor del fuego. Recapacitando el uno, refunfuñando el otro.

—Está bien —concedió Ruy cuando el último leño se consumió—. Está bien —repitió—. Sólo dime una cosa: ¿qué pasó en Alarcos?, ¿fue como cuentan?

Tras volver de nuevo su atención a las colmenas, Fierro rechistó con disgusto.

—No sé qué carajo se cuenta... Y me importa un bledo.

El tono tajante era respuesta suficiente.

—De acuerdo —repuso Ruy, poniéndose en pie—. Queda en paz, viejo amigo, queda en paz —repitió conciliador—. Espero que volvamos a vernos.

Salió para enfrentarse a la lluvia, sin más despedida.

Fierro y el chucho lo siguieron, como para asegurarse de que se marchaba de verdad.

Desde el quicio de la puerta los vio prepararse. Intercambiaron explicaciones, arreglaron las cinchas, revisaron los bocados. Y el bigardo, que al parecer respondía por Alvar, le echó una mirada furibunda antes de montar.

Masticaba un mendrugo de pan con bocados de perro lobero y, de todos ellos, pareció ser el único que se tomó a pecho la negativa de ayudarlos. Antes de volverse con desprecio para montar, masculló algo entre dientes y migas:

—Cobarde...

El muchacho no lo oyó. Se acercó hasta Fierro con una carrera. Aún le restaban temporadas para hacerse hombre; si aquella condenada guerra no lo dejaba tieso. Se le veía desmañado. Y en los ojos le brillaba la ilusión de creer en lo que hacía, todavía no se había decepcionado con la perra vida del soldado.

Pensó Fierro que le daría un último recado de parte del de Carrión, pero el crío se puso en cuclillas junto al chucho y le revolvió las guedejas con manotazos cariñosos.

—¿Cómo se llama? —le preguntó para su sorpresa.

Tras un silencio, contestó:

—No tiene nombre. Aunque responde si le dices «carajo».

Ante la mirada de incredulidad del muchacho, se explicó:

—Ya sabes... «Sal de aquí, carajo», «aparta, carajo», «bicho del carajo...».

El muchacho asintió divertido, y Fierro se vio a sí mismo muchos años atrás, imbuido de aquella misma certeza ciega. Convencido. Emocionado. Expectante. Deseando enfrentarse al moro y salir victorioso. Por Santiago Apóstol, por el rey.

—Suerte —le dijo en un arrebato, sin poder contenerse.

El chucho recibió una última palmada y el criaño salió corriendo bajo la lluvia.

Los vio marchar con desasosiego. El único que se volvió para despedirse fue el muchacho. Agitó una mano que la espada aún no había encallecido.

Tuvo la certeza de que a ella le hubiera gustado aquel zagal.

Bajo el aguacero impenitente se convirtieron en siluetas contra el eterno horizonte de la frontera.

Cuando se volvió para resguardarse, el chucho ganó.

—Sí, sí, ya lo sé —le dijo—, es una pena. Eso es lo que ella hubiera dicho, lo sé. Pero no es asunto mío. No jodas con la marrana. Si tiene suerte, será un tajo rápido y no sufrirá.

El chucho ladró.

—No, no soy un cenizo —le habló—. No tiene la menor posibilidad, carajo. ¿Acaso te

olvidas de que hemos visto rastros de patrullas moras? A ese crío le abren la sesera en la primera refriega. Va a durar menos que una virgen en la venta del hebreo.

Después de forcejear para lograr que la puerta encajase en el vano torcido, miró de nuevo al chucho.

—Yo tuve suerte, mucha —añadió con melancolía—. Hasta que un día se acabó y...

Dudó un instante, debatiéndose con su amargura.

—¡Cagüen la leche que mamé! Hasta que un día se me acabó... Y entonces todo se fue al carajo, ¿o no?

Mientras él tomaba asiento, el chucho dio cuenta del tazón olvidado de Ruy.

Fierro se quedó mirando el fuego, royendo lo que pensaba. Mezclaba sus recuerdos. Intentaba espantar la sed de aquel desierto. Huía del horror del silo de Alarcos. Pretendiendo olvidar sin conseguirlo.

Para cuando el chucho terminó de lamer el cuenco y se tumbó a su lado, no había despegado los ojos de las llamas. Casi podía notar el hedor de los cuerpos pudriéndose. El calor indecible. Las palabras del hideputa de Castro. Y sus carcajadas cuando aquel tamborilero cayó al silo. Aún había noches en que se despertaba escuchando el crujir del espinazo de aquel pobre infeliz.

—Lo sé, lo sé, demonios. Sé muy bien lo que ella hubiera querido —admitió con fastidio—. Pero la última vez que le hicimos caso mira cómo acabamos. Si me hubiera estado quieto, no estaría en este lío...

El chucho lo miró con aquella devoción que bailaba bajo un flequillo desaliñado.

—Vete al carajo —le espetó, resentido.

Estaba a punto de morir ahogado.

Si acaso, tenía tiempo de rezar un paternóster antes de reunirse con el Creador.

Más tarde supo que respondía por Antolín, que tenía todos los dedos, pero que una vieja herida en el costado, sanada malamente, le provocaba calenturas de tanto en tanto. Aunque en ese instante aquel viejo tajo era la menor de sus preocupaciones.

El río se lo tragaba como una bestia hambrienta.

Entre la espuma asomó su cabeza un instante. Se oyó un grito angustiado y un torbellino volvió a vencerlo, lanzándolo a las profundidades. Más allá, su caballo relinchaba, espantado, con los ojos hinchados de horror; piaba mientras intentaba apoyar los cascos en el fondo para salir de aquel rosario de remolinos.

El muchacho, Tello, en la orilla, se esforzaba por contener al mulo. El animal, despavorido por los relinchos de su pariente, jalaba las riendas. El resto del grupo se apuraba por la ribera tratando de averiguar cómo de ayudar antes de que fuera tarde.

El único tan loco como para pensar en echarse al río fue el otro hermano. Ya se había despojado del tabardo, el lorigón y los trastos. Reunía el valor para zambullirse en el agua helada.

Fierro había estado a la mira desde mucho antes de que el caballo de Antolín se espantara.

Los dos hermanos cabalgaban juntos, adelantados al resto, por la orilla del Jabalón, buscando un vado que sirviera a las tropas de Castilla para seguir camino al mediodía.

Tanto había llovido y tanto seguía lloviendo que el río bajaba henchido de rabia, más alto de lo que jamás lo había visto Fierro antes.

Y era un río que él conocía bien. Allí se surtía de tanto en tanto de almejas y cangrejos; y alguna vez, si se terciaba, pescaba barbos usando de cebo lombrices de tierra que dejaba al tiento en varales de sauce.

El Jabalón se precipitaba como una bestia de lodo, tragándose arbustos y ramas, e incluso arrancando de raíz esqueléticos almendros que apenas conseguían florecer en aquellos aguaceros que no cejaban.

Allí donde el grupo se había detenido para dejar hacer a los hermanos, el río se desparramaba y las orillas se volvían gentiles; para quien no conociera el lugar, bien podía parecer que merecía la pena intentar cruzarlo.

Vio a Ruy dar la orden y, sin mediar protesta, Antolín se deshizo del peripunte y el lorigón y, tras persignarse, volvió a montar para hacer la prueba.

Fierro supo que acabaría mal antes incluso de que diera el primer paso.

Tras el fiasco de Salvatierra, toda aquella zona había sido peinada por los hombres del Miramamolín. Y Fierro sabía de la querencia de los infieles a jugar sucio.

Para cuando el agua llegaba al corvejón del caballo, Fierro ya renqueaba río abajo, buscando una montonera de palos apilados contra una roca por la crecida. Conocía el lugar de sus jornadas de pesca.

Para cuando el agua mojó las pantorrillas de Antolín, lo que Fierro había temido sucedió.

El jamelgo relinchó asustado, cabeceó, piafó revolviendo el agua y, espantado, se alzó sobre los cuartos traseros. Fue la condena de ambos, jinete y montura. El río se los tragó a los dos de un bocado.

Y Fierro se apuraba hacia aquella roca.

El caballo se las había apañado para hacer pie en algún fondo somero. Ya salía cojeando a la orilla y, como Fierro había sospechado, era incapaz de apoyar una de las manos.

Entre tanto, Antolín apareció otra vez sobre el agua, sin fuerzas ya para pedir auxilio. El frío y la irascible corriente le habían comido los redaños.

Fierro supo que tendría una sola oportunidad.

Sin dejar de ladrar, el chucho se quedó en la orilla arenosa mientras su amo se descolgaba por la montonera de ramas secas. Un enredo inestable, pero que permitió a Fierro acomodarse cuan largo era.

Sonaron crujidos lastimeros. Se quebró el tronco medio podrido que le servía de percha. Sintió en el pecho cómo la pila cedía, amenazando con venirse abajo, con hundirse y echarlo al agua que se revolvía atronadora entre los maderos.

Toda la empalizada perdió un palmo de altura. Fierro notó que se le empapaban las piernas. Escuchó más chasquidos. Temió que no aguantaría lo suficiente.

Ni por un momento pensó en volver a la orilla y salvar el pellejo. Se quedaría allí. Hasta que ya no tuviera remedio o hasta que el Jabalón se lo tragase también a él.

Miraba aguas arriba, rebuscando. Sólo veía espuma, olas que peleaban entre sí, palos, hojas, restos que pasaban corriendo o se quedaban trabados en la improvisada empalizada. Pero ni rastro del infeliz.

Ruy gritó a lo lejos:

—¡Insensato! Vas a matarte.

Pero él no lo entendió. Temió que fuese tarde y entonces, en aquella vorágine de lodo, apareció de nuevo. La corriente lo arrastraba vertiginosamente.

Usó su bordón.

—¡Agárrate! —le chilló con todas sus fuerzas.

Con el rugir del agua, no supo si le había oído. Pero supo que se le acababa el tiempo. La empalizada se hundió un palmo más y el frío húmedo le afeitó el pecho.

Intentó acertar como si echase una lanzada al galope, sosteniendo la vara con el antebrazo, sujetándola bajo el sobaco.

Una mano temblorosa y pálida salió del agua.

Fierro movió un par de pulgadas el bordón.

Los dedos se deslizaron por la madera pulida. Ateridos por el frío. Incapaces de sujetarse.

—¡Cagüen en el borrico de Belén! ¡Agárrate! Por tus muertos...

No sólo se parecían, sino que llevaban toda la vida juntos y les bastaba mirarse para entenderse. Buena parte de las veces, el uno acababa las frases que el otro empezaba.

Aunque no lo dijo, a Fierro le cayeron bien enseguida; parecían cabales, gentes de las que fiarse.

Los habían bautizado como Martín y Antolín, los hermanos Halaja. Y llevaban tiempo ganándose la vida con el oficio de la guerra. Martín era al que le faltaban los dedos menores de la mano izquierda. Antolín, el que sobrellevaba el fastidio de aquel antiguo tajo que un moro le había regalado cerca de Uclés. Y, entre los dos, como cualquiera de su condición, atesoraban un largo rosario de cicatrices y huesos remendados.

Al amor de la lumbre, Fierro supo de su historia. Una más como tantas para quienes habían nacido en los señoríos de Castilla. O se partían el espinazo labrando la tierra de sol a sol o buscaban fortuna arriesgando el pellejo con los infieles. Y, como tantos otros, los hermanos habían decidido vivir del botín arrancado al moro, apostándose los huevos y la honra en la frontera, cabalgando para quien pagase, fuera señor, infanzón, conde, rey o pardo que hubiera hecho fortuna.

La guerra era una condena para muchos. Más de una madre, arrasado el hogar tras una cabalgada, había tenido que estampar a una pobre criatura llorosa contra las piedras del suelo para librarla de la hambruna. Por donde pasaban las mesnadas reales, las tierras quedaban esquiladas, y quienes vivían de ellas, condenados.

Eran tiempos difíciles. Sin embargo, como los hermanos, muchos hacían negocio en la desgracia.

Así se ganaban la vida aquellos hombres sentados alrededor de la fogata.

Se habían resguardado de la lluvia en una antigua alquería. Y todos arrimaban las manos a la lumbre para espantar el frío y secar la mojadura.

Cohibidos, porque a punto habían estado de perder a uno de los suyos, acunaron silencio hasta que Antolín, con las mejillas encendidas, decidió que tenía que pagar la deuda contraída.

—Gracias —logró carraspear entre bocados del tasajo que el muchacho había sacado de las alforjas del mulo.

El tono era sincero, pese al nudo en la garganta. Sabía muy bien que le había faltado un pelo para saludar a san Pedro en las cancelas del Cielo.

—Gracias —repitió—. Dios te bendiga y te guarde por muchos años. *Deo gratias* —insistió con el latinajo, a los que era aficionado pese a no saber más de lo que escuchaba en misa.

Fierro asintió, restándole importancia. Pero para el otro parecía tener mucha más gravedad que para el atajador. Dio la impresión de que iba a decir algo más, pero el hermano se acercó también y no dejó ocasión:

—Estamos en deuda contigo —afirmó, aferrando con fuerza una higa que llevaba al cuello—. No lo olvidaremos —dijo severo antes de cruzar los pulgares y besarlos ostentosamente—. Por éstas. Lo juro.

Un lance más, un pellizco de suerte a favor o en contra bastaba para vivir o morir en aquellas tierras fronterizas, y los peligros no siempre los desenvainaban los moros.

—Habrà ocasión para cobrarse el favor —les dijo, tendiéndoles la mano.

Aclarado aquello, como si hubiera sido una señal, Martín se acordó de todos los santos que fue capaz de recordar y lamentó que no hubiera una buena jarra de vino del Sil con la que celebrar el feliz desenlace.

—Miseria es lo que le espera a cualquier soldado —aseguró entre amplias sonrisas—, ni vino, ni tabernera que lo sirva —se lamentó, echándole un guiño al joven Tello, que se ruborizó al instante—. Animaos, que hemos salido bien parados. Por santa Susana y por san Isidoro de Sevilla, ¿esto hay que celebrarlo! Que no somos trinitarios de Atienza orando completas...

Y, tras quedarse un instante pensativo, añadió:

—Eso me recuerda la historia de un cornudo de Alcubilla, un pobre desgraciado que no pasaba por las puertas...

Torciendo el gesto por las chanzas de su hermano, Antolín recurrió de nuevo a su pobre latín:

—*Errare humanum est* —dijo con condescendencia, sin lograr con ello detener la broma.

Pronto se escucharon risas y Fierro comprendió que, de todos ellos, Martín, con aquel carácter zumbón, era quien estaría siempre dispuesto a dar una palabra de ánimo; que su hermano lo secundaría y que, entre los dos, aparte del buen ánimo, repartirían oraciones y superstición a partes iguales. Del muchacho podía esperar voluntad. Y de Ruy, experiencia. De Alvar no supo qué pensar. Lo miraba hosco y en sus ademanes se vertía inquina.

Decidió dejarlo correr. No se sentía con ánimos de fanfarronadas. Tenía el frío encajado en los huesos, así que se arrimó a la lumbre para compartir con el chucho su ración de cecina, pan duro y queso de oveja.

Fue entonces cuando Ruy se acomodó a su lado.

—Negaste como Pedro, tres veces... Pero has vuelto —comentó al fin sin enjundia, como si no quisiera molestar.

Fierro lo miró de reojo. Y el leonés se cohibió. Ante aquel mirar severo reprimió la alegría que sentía encogiendo los hombros.

El lugar era poco mejor que las ruinas del atajador. Al menos, la techumbre había aguantado el abandono. Alguna teja suelta y cubierta de verdín se había estampado en el suelo dejando tras de sí una maldita gotera, pero podía decirse que estaban a cubierto. Quizás algún pastor lo seguía usando de tanto en tanto para dar un descanso a sus pies en las largas jornadas en las que movían los rebaños en busca de pastos. Cuando cesaran las lluvias, los trashumantes se llegarían a las praderías norteñas, allende el Tajo, porque en la frontera, para santa Raquel, la tierra ya no sería más que polvo requemado por solanas de justicia.

—Las crecidas pasarán —dijo entonces Ruy, pensando en la lección que enseñaban aquellos pastoreos—. Tal vez haya que esperar a san Juan, pero podremos cruzar los ríos...

Hablaba animoso, encantado con la tarea que tenían por delante.

—Si los cristianos pueden vadear, también podrán los moros —repuso Fierro, cachazudo.

Masticaron sus raciones en silencio durante algún tiempo, y luego el de Carrión cambió de tema sin perder su sonrisa mellada:

—Esos malparidos sembraron abrojos en el río; eso fue lo que pasó, ¿verdad?

Fierro, que arrimaba las piernas al fuego para secar la mojadura, sacó del zurrón lo que había encontrado en el cauce del Jabalón.

Empaparse había valido la pena para mostrar lo que tenía en la mano.

Con la mosca tras la oreja, arrastrando los pies con sumo cuidado para no caer en la misma trampa que traicionara al caballo, había ido tanteando. Moviéndose poco más de un palmo cada vez, ayudándose del bordón, le había llevado un buen rato. Al fin, entre los guijarros, notó en la puntera de su abarca uno de aquellos artefactos.

Lo mostró ahora en la palma de la mano. Oxidado, el ingenioso artilugio enseñaba las cuatro púas bien afiladas que le permitían, cayera como cayese, alzar una al aire y apoyarse en las otras tres.

—Después de tomar Salvatierra —repuso, escueto.

Ruy se hizo con el abrojo y probó las púas con las yemas de los dedos. Aquello demostraba que los moros habían venido bien provistos. Miró a su amigo.

—Si nos descuidamos, esos malparidos llegarán hasta Oviedo. No dejarán iglesia en pie —aseguró sombrío.

Fierro se encogió de hombros.

—¿Cuento contigo?

Terminó su comida dándole al chucho el último bocado. Le echó un vistazo de reajo al muchacho, se sacudió las migas y, finalmente, habló:

—Quiero que me dejen en paz —dijo Fierro, levantando los ánimos del de Carrión—. Si hay victoria, quiero que me concedan las tierras donde vivo, ni más ni menos. Aunque las reclame el condenado obispo...

Tras sopesarlo, Ruy asintió.

—Estoy seguro de que el señor de Haro, que es quien nos ha mandado, podrá convencer al rey de que así sea.

Una de las cejas del melero se inclinó.

—Lo juro —insistió condescendiente, enseñando su pobre dentadura entre labios sonrientes—, así será, aunque tenga que arrastrarme sobre brasas para convencer al de Haro.

Aquello sirvió para que el cojo chascase la lengua.

—Me importa un bledo si carta puebla, fuero, libro de repartimiento o lo que diantres sea —recalcó Fierro—, pero lo quiero sancionado y firmado por el rey y, si se tercia, por el mismísimo Papa de Roma y todas las monjas de su harén. Esas tierras serán mías para hacer lo que me plazca —levantó la mano como si fuera a soltar un cachete— y sin cuentas pendientes por lo de ese condenado mequetrefe del demonio.

—Claro como agua de manantial, tranquilo, déjalo de mi cuenta —aseguró Ruy—. Pero ¿cómo lo hacemos? —inquirió, ansioso por ir al grano.

Con aquella pregunta, cedía el mando a su viejo camarada. Y, aunque Fierro se dio cuenta, no brindó otro reconocimiento que tirarse de las calzas antes de contestar:

—Pues con cuidado.

La sorna le abonó la sonrisa al de Carrión. Se le veían las muelas picadas a puertas del gaznate. Parecía aliviado de que el melero hubiera aceptado.

—Podemos dar por hecho que, como el Jabalón, el Guadiana y los demás ríos estarán también plagados de abrojos —expuso Ruy pensativo, poniendo palabras al silencio de su amigo—. Habrá que seguir rondando el terreno, reconocer los pasos, trasegar las rutas... Todo con la cabeza gacha, no vayamos a toparnos con una aceifa de moros y acabemos con una lanzada en las tripas...

Sacudiendo secamente el mentón, el melero le dio la razón.

—También deberíamos averiguar algo más de las tropas del Miramamolín —apuntó—. Las habladorías no sirven de mucho —añadió, señalando el abrojo, del que nadie les había

rumoreado.

Entonces fue el de Carrión el que sacudió la barbilla y le puso coda a lo dicho:

—Habrà que arrimar las narices a algùn alcàzar y arriesgar el pellejo a cambio de algunas verdades.

—Habrà...

Pensativo, Fierro palmeó la cabeza del chucho, ya dormido, y añadió algo más:

—Iremos a Salvatierra —tascó, resuelto—. A ver si averiguamos algo...

Para entonces, el tal Alvar roncaba como un becerro. Los dos hermanos, mientras Tello almohazaba las monturas, hablaban entre ellos. Contentos de seguir juntos, celebraban su buena fortuna.

Se levantó entonces Fierro, dando por zanjado el parlamento.

—Haré la primera guardia —anunció ya en pie, tirándose otra vez de las calzas—, hasta mediar el gallo. Luego dispón del tiparraco ese, que estará descansado. —Y señaló a Alvar antes de alejarse hacia la puerta.

El chucho se levantó y fue tras él.

A la luz de las llamas, Ruy observó pensativo aquella silueta renqueante.

Ya no sonreía.

Alvar se adelantó y lo golpeó.

Su enorme puño sacudió la cabeza como el martillo de un herrero batiendo hierro. Y enseguida volvió a alzar el brazo para descargar otro puñetazo más.

—¡Basta! —espetó Fierro, interponiéndose, sin alzar la voz pero con un semblante que arredraba como una carga de caballería.

Alvar se desentendió de aquel pobre desgraciado y centró su mirada en el cojo.

—¡Apártate! Nos está mintiendo... —aseguró—, pero yo me encargaré de sacarle la verdad.

—¡Basta! —repitió Fierro sin pestañear ante la corpulencia de Alvar.

Quedaron el uno frente al otro, como dos perros enseñándose los belfos, esperando a que el contrario flaquease.

Apenas había dormido, y aquella mañana, cuando el amanecer lo había sorprendido en sus recuerdos, no había esperado que la jornada se fuera a enrevesar de tal modo.

Con ése que tan mal quería acabar, llevaban ya tres días en el alfoz de Salvatierra. Tres días en los que poco o nada habían conseguido.

Habían encontrado acomodo en una cija donde un pastor guardaba su rebaño y éste les había dado detalles del asedio. Poca cosa, pues, para aquel entonces, él ya había abandonado los pastos de la frontera. Lo más prometedor había sido su mención a un monje enloquecido.

—Apareció por aquí no hace mucho. Descalzo, vestido con harapos, apenas se le distingue ya la cruz del hábito. Me dio lástima y le ofrecí algo de comer. También le regalé una de mis mantas —les había dicho el ovejero con pesadumbre—. Por pura misericordia, le ofrecí trashumar conmigo y compartir ganancias, pero se negó. Escapó de la escabechina por los pelos y no quiere abandonar el lugar. Sigue rondando las cercanías del castillo como alma en pena, lamentando lo perdido. Ya no rige, pero supongo que podrá relataros cómo fue el asedio, él sabrá deciros. Me explicó que se afanaba contando los cambios de guardia en las torres y que vigilaba las entradas y salidas. Quería planear la reconquista de la plaza —aclará, al tiempo que sacudía la cabeza con incredulidad—. Si lo buscáis, lo encontraréis. No andará lejos —les aseguró antes de despedirse.

Pero nada más habían sabido del lunático freire, y Fierro empezaba ya a temer que el pastor les hubiera mentado.

Habían peinado el alfoz concienzudamente, acercándose tanto como se atrevieron al castillo y, aun así, pese a los abundantes restos de la batalla, nada habían sacado en claro.

Esa misma mañana, antes de que todo se complicase, cuando Tello terminaba de revolver las gachas de almorta, preparadas con el único aderezo de los últimos torreznos de sus provisiones, Ruy se había arrimado a la fogata. Se sentó estirando las manos hacia las llamas, prendidas con las abundantes flechas que habían quedado tiradas por doquier.

—Me acercaré al castillo —le había dicho al cojo mientras aceptaba la escudilla que le tendía el muchacho.

Cuando el melero lo miró de reojo, recogiendo su propio desayuno, el de Carrión se explicó:

—Ese condenado calatravo no aparece —habló con disgusto—, y el tiempo apremia. Nos

conviene saber algo sobre cómo cayó Salvatierra, y quizá lo averigüe si asomo los morros por allí. Puedo decir que compro ranzal para comerciar o que ofrezco cabritos del año para vender... Algo se me ocurrirá. Iré a pie, sin montura y sin loriga. Solo. Como si no fuese más que un frontero cualquiera pasando por el lugar.

Se lo quedó mirando el atajador.

—Rediós. De maitines basta con salmodiar devotamente, no hace falta ofrecerse como mártir —respondió al cabo con sarcasmo.

—No podemos ir todos. Nos tomarán por una patrulla... —aseguró el otro, dando a entender que resultaría un encuentro desagradable—. Además, a ti pueden reconocerte —aclaró señalando el bordón—. Han tenido tiempo de escuchar habladurías. Y no voy a mandar al crío —añadió mirando a Tello—. No sé si conseguiré algo, pero no se pierde nada por intentarlo —concluyó, enseñando su sonrisa de dientes maltrechos.

Fierro se encogió de hombros.

—Supongo que no.

—De acuerdo, entonces —concluyó Ruy con ánimos renovados—. Vosotros podéis seguir buscando al calatravo. Nos veremos aquí de anohecida. Debería darme tiempo de ir y volver. Y, si para entonces aún no sabemos nada, nos olvidamos de este asunto e intentamos otra cosa. No podemos seguir de brazos cruzados.

Ni por asomo se le ocurrió a Fierro pensar que había gato encerrado. Se limitó a asentir.

—Me haré cargo —dijo—, seguiremos buscando.

Así lo habían hecho. Para laudes, Tello se había quedado en la cija, al cargo de pertrechos y monturas, solo ahora que el pastor y su rebaño habían seguido camino. Y los demás se habían repartido para seguir rondando el alfoz del castillo en busca de aquel calatravo de sesera descompuesta. Martín y Alvar, a poniente. Antolín y el mismo Fierro, hacia levante.

A lo largo de la jornada, Fierro se encontró a gusto. Pese a haberle salvado la vida en el Jabalón, Antolín no se mostró hablador. Se refugió en sus continuas oraciones, bisbiseando entre labios fruncidos por la devoción. Y al melero aquello le iba bien, el silencio era un viejo compañero. Sólo echó en falta algo de intimidad para abandonarse a la costumbre que tenía de charlar con el chucho, que los seguía sin chistar, levantando la pata aquí y allá, en las matas de jara.

Recorrieron veredas y pedregales, pero no hallaron nada que pudiera indicarles dónde se escondía el condenado monje calatravo.

Ocurrió cuando volvían, tras un gran rodeo en el que habían cubierto sus buenas leguas. Entonces escucharon los gritos. Y se apresuraron, temerosos de que algún bandolero hubiera asaltado el campamento.

Pero el problema no estaba en la cija, ni tampoco en el bosquecillo de almendros que la rodeaba, sino que fue un poco más allá, en un otero con pedruscos desperdigados, donde se encontraron una sorpresa.

Allí estaba Martín, y también un hombrecillo, enjuto y cetrino, arrodillado frente a Alvar, que lo tenía cogido por la pechera mientras vociferaba improperios.

En cuanto los vio aparecer, el hermano se apresuró hacia ellos.

—Lo encontramos rondando, no creo que tramase nada bueno —informó.

Llevaba ropas que tenían más de harapo que otra cosa y tenía el aspecto de una comadreja azuzada por un enorme perro de presa.

—No lleva el hábito de los calatravos. ¿Quién es? —preguntó Fierro.

Los Halaja se miraron antes de que Martín contestase, y el atajador no supo qué pensar, pero no le quedó tiempo de recapacitar pues, para entonces, Alvar descargó el primero de sus puñetazos.

—No nos ha dicho su nombre —respondió apresurado Martín—, pero ha confesado que es apañuscador.

Todos torcieron el gesto. A nadie que se hubiera jugado la vida luchando contra el moro podía caerle en gracia un tipejo de semejante ralea. Se trataba de escoria sin oficio ni beneficio, a menudo escapada de la horca. Gentes de mal vivir que hacían negocio desvalijando los cadáveres abandonados después de las aceifas. Sin distinguir entre moros o cristianos, rapiñaban lo que podían y mercadeaban con cualquier cosa arrebatada a los muertos o incluso a los que todavía agonizaban. No tenían escrúpulos y más de uno, sorprendido en tan macabras tareas, había terminado despellejado en manos de mesnaderos enfurecidos.

Cuando se acercaron lo suficiente, oyeron lo que decía:

—... os lo juro, había cristianos...

Alvar no lo dejó terminar y lo golpeó de nuevo.

—¡Mendaz hideputa!

Apenas pudo balbucear una respuesta que nadie comprendió.

—No es cierto —vociferó de nuevo Alvar alzando el brazo, preparado para volver a golpearlo.

El hombrecillo se encogió, engurruñándose para hacerse lo más pequeño posible y protegiéndose el rostro con sus brazos delgados.

Y Fierro se decidió a intervenir.

—¡Basta! —insistió.

Alvar dudó.

—Basta, hay modos mejores de hacerlo.

El castellano trabó sus ojos en los del cojo. Vio calma que amenazaba tormenta, pero no bajó el puño.

Fierro no flaqueó.

—¡Está mintiendo!

—No lo sabremos si sigues golpeándolo —dijo entonces, señalando con un ademán al asustado hombrecillo—. ¡Cagüen las monedas de Judas! Así sólo te diré lo que quieras escuchar, no la verdad.

—¡Está mintiendo! —insistió Alvar, pero dejando que su voz se venciese.

Aguataron así, el uno frente al otro. Fierro asió la vara, presto. Alvar bajó la mano y la apoyó en el pomo de la espada.

Aquel desdichado, tembloroso, tinto de sangre y con el rostro maltratado, estaba tan asustado por la arremetida que apenas advirtió que los dos hermanos lo arrastraban fuera del alcance de aquella furia.

Fierro sí se percató, pero no echó siquiera un vistazo de soslayo, preocupado por concederle oportunidad a Alvar de desatar toda aquella violencia contenida.

Finalmente, sin querer dar su brazo a torcer, fingiéndose vencedor, volvió a rugir.

—¡Miente!

Gracias a los hermanos, el hombrecillo ya estaba lejos de sus puños. Si quería seguir desahogando aquella furia, sólo podía hacerlo con Fierro.

Presintió que era mejor no hacerlo. Y todos advirtieron que se contuvo a duras penas. Se limitó a descargar aquella rabia con aspavientos, gruñidos y maldiciones.

—Está mintiendo —insistió dando unos pasos hacia atrás.

En toda su enormidad, el castellano se apartó, refunfuñando y poco convencido. Y cuando estuvo a una distancia prudente, el melero se encaró con el hombrecillo.

—¿Cómo te llamas?

Temeroso de que aquel nuevo desconocido viniese a finiquitar la tarea, no hizo otra cosa que mirar a Fierro a través del antifaz que se había hecho con los brazos cruzados.

—¿Cómo te llamas? —repitió Fierro, ensayando una amabilidad que resultó rasposa.

Desconfiado aún, sólo se atrevió a apartar las manos. Su rostro empezaba a hincharse, también a vestirse de un variado surtido carmesí. Fierro advirtió un par de cuentas blancas caídas entre la hierba; al segundo vistazo comprendió que eran dientes de aquel pobre infeliz.

—No voy a zurrarte —declaró en tono apaciguador—. ¿Cómo te llamas?

—¡Es un embustero!

Oyó a sus espaldas el grito de Alvar y se preguntó el motivo de tal inquina, pero abandonó pronto aquellas cuitas, porque, si aquel desecho era apañuscador, entonces habría estado atento al

sitio de Salvatierra. Y ése era un asunto más urgente.

El hombrecillo, al que ya se le cerraba uno de los ojos, dudó. Miró a todos lados, observó a los hermanos, evitó a Alvar y, finalmente, clavó su mirada en Fierro.

—Sólo queremos saber cómo fue el asedio, de primera mano —insistió conciliador, tirándose de las calzas para armarse de paciencia.

Sin previo aviso, el hombrecillo se revolvió e intentó echar a correr.

Con un suspiro de resignación, Fierro adelantó la vara y lo hizo trastabillar. Cayó aparatosamente, en un revoltijo de brazos y piernas.

—Escucha, cagajón de caballo, mentecato, hijo de perra sarnosa... Vas a decirnos lo que sabes, por las buenas o por las malas —le espetó, cansado ya de aquel juego—. O cantas como un jilguero o te hago una madeja con las tripas y te la pongo por turbante para que te vayas hasta los moros y te presentes de nuevo califa... ¿Está claro?

Dejó que calara la amenaza.

—Me llamo Julián —acabó por soltar, al comprender que más le valía rendirse.

—¿A que no era tan difícil? A mí me dicen Fierro, esa mala bestia es Alvar y los otros dos son los hermanos Halaja. Ahora, vayamos al grano, ¿es cierto que estuviste en Salvatierra durante el asedio?

Se limitó a asentir con pesadumbre.

—Bien, ¿y es cierto que te dedicas a la rapiña?

Dudó un instante. Sin embargo, comprendió que de nada serviría mentir.

—De algo hay que vivir...

Fierro lo miró severo. Como cualquier otro que se hubiera jugado el pescuezo bajo los estandartes del rey, no había conmiseración que albergar por gentuza así, capaz de robar a los moribundos.

—Si fuera por mí, dejaría que Alvar te colgase —aclaró, señalándolo con la vara—. Pocas cosas hay más despreciables que aprovecharse de los muertos, ¡cagüen los truenos de santa Bárbara!, pero nos urge saber cómo fue el asedio..., así que haremos un trato. Nos cuentas lo que pasó y no pierdes más dientes. Y habla antes de que me arrepienta, ¡carajo!

—Vinieron los moros, sitiaron el castillo, los cristianos se rindieron...

Con la rapidez de una centella, Fierro sacudió el bordón y lo golpeó en el costillar con un trallazo seco.

—Estoy seguro de que puedes hacerlo mejor —dijo con un tono zalamero que a nadie engañaba.

Agarrándose el costado, el tal Julián se rindió a las evidencias. Chistó, resignado, y se decidió a arrancar:

—Eran muchos. No se trataba de una cabalgada sin más, llegaron miles —explicó, abriendo los brazos para abarcar un imposible—. Los primeros al mediodía y, para cuando cayó la noche, la zaga seguía avanzando hasta la llanura que está frente al cerro del castillo. Caballería, peones, voluntarios, arqueros turcos, nómadas grandes como montañas, moros de todas las cabilas imaginables. Camellos, caballos, mulos... ¡Nunca vi nada semejante! ¡Nunca oí sobre nada semejante!

—¿Cuántos hombres? —preguntó Fierro.

El otro se lo quedó mirando con sorpresa, y el atajador comprendió que no sabía contar.

—No lo sé, muchos... Cientos, miles...

—Está bien, olvídale, continúa.

Escupió sangre y otro trozo de dentadura. Lo miró con disgusto y continuó con su relato sin apartar los ojos aquel diente perdido:

—Pronto corrió la voz y el miedo...

Fierro asintió. Se hacía cargo de la situación. Salvatierra había sido el baluarte más adelantado de la cristiandad. La fortaleza se había convertido en la posta gracias a la que se controlaban las dos principales rutas entre Córdoba y Toledo, tanto la que preferían los moros por el valle del Alcudia como la que favorecían los cristianos cruzando el Jabalón. Eran muchos los comedores de puercos que habían rezado para que Salvatierra aguantase. Y tantos o más los seguidores del profeta que habían puesto sus esperanzas en la caída del fortín.

No le costó hacerse una idea de cómo se había desarrollado el asunto.

Las eficientes tropas del califato se habrían aprestado enseguida, listas para defenderse pese a no contar con un castillo.

Los zapadores habrían inspeccionado el terreno, hecho sus mediciones, tomado decisiones. Entonces habrían convertido el lugar en un bosque de postes y vientos en los que asegurar las telas de las tiendas. La más grande e imponente sería la bermeja del mismo califa, en la que tendría sitio para todos sus lujos: sus alfombras parsíes, sus almohadones de plumón de oca, su libro sagrado y sus reliquias; concubinas, joyas, tesoros... y también consejeros y aduladores. Además, habrían excavado fosos y tendido palenques plagados de estacas afiladas. Los látigos habrían restallado en las espaldas de los esclavos y las órdenes habrían sonado broncas, con apremio.

Antes del amanecer siguiente, aquella modesta llanura se convirtió en un barrio de la Ciudad Roja de Marruecos.

Claras las intenciones, habrían amenazado Salvatierra, el faro de esperanza para los hombres de la cruz, el único lugar donde podía oírse misa en toda aquella frontera maldita e infestada de mosquitos. Gracias a los calatravos, que habían aceptado porfiar donde los templarios se habían rendido, se decía que las campanas de la iglesia de Salvatierra tañían siempre que los almuédanos llamaban a la oración, para que los moros recordasen que la cristiandad todavía tenía donde agarrarse. Que aún había esperanza.

No, no le costaba hacerse una idea de cómo había sido. Casi podía palpar el ansia de los moros y el miedo de los cristianos.

Lo había vivido en Alarcos.

—Los monjes no se arredraron —continuó Julián, pasándose la lengua por los labios sanguinolentos—. Al contrario. Se empeñaron en que no podía perderse la plaza. —Silbaba las palabras por culpa de los dientes perdidos y la voz se volvía gangosa por la hinchazón—. Se dijo que los calatravos contaban con buen armamento, con trigo y cebada, con legumbres, carnes, salazones... Tenían bastimentos. Y arrestos.

Fierro se hizo cargo. Se abrirían las puertas, bajarían el puente. Las gentes del arrabal, asustadas por el moro, se apresurarían por salvar la vida. Dejarían cuanto tenían atrás, se agolparían rogando la merced de los calatravos, rezando para que les donasen un trozo de suelo, un atado de paja y la ilusión de que los defenderían. Tras los portones de la fortaleza quedaría su única oportunidad de seguir con vida.

—Se dijo que frey Yanguas arengó a los suyos...

Fierro conocía las palabras, había oído discursos semejantes demasiadas veces.

El monje, en pie, con el rostro severo, se habría encaramado al adarve del murallón y habría hablado con convencimiento.

A él mismo le pareció que podía escucharlo. Como en Alarcos.

—El valor se tasa, el coraje se enseña —habría dicho el calatravo—. Con la gracia de Dios, nuestro señor, debemos prepararnos para un largo asedio, dispuestos a aguantar las pruebas que la Providencia nos envíe. ¡Con fe! —rugiría—. En tanto, se hará una carga, ¡una en la que el mismo apóstol Santiago nos guiará! Les enseñaremos a esas ratas del desierto que les saldrá caro tomar la plaza.

Debió de hacer una pausa para infundir ánimos con apostura, el hábito flameando al viento, la cruz roja bien visible. El ímpetu todavía entero.

—¡Una carga! —gritaría de nuevo—. Les haremos tanto daño como sea posible. Y regresaremos. Sabrán que no somos presa fácil. Cargaremos, prietos, sin huecos entre las lanzas, ni un guante cabrá entre las hojas recién afiladas. ¡Una carga! Y regresaremos.

Otra pausa, tiempo para que la orden calase, se oirían las oraciones y los ruegos y, sólo después, el calatravo habría continuado:

—¡Que nadie se desmande! ¡Que no se rompa la formación! Recordad: el apóstol Santiago vela por nosotros. Les meteremos el miedo en el cuerpo —aullaría con los puños en alto, subiendo el tono de la arenga—. Olvidaos de los peones y los voluntarios, éstos son los más dispuestos a morir y los que más fácilmente encaran la muerte. No, ¡atacad a la caballería!, no dejéis un jinete con vida. Guiaos por las enseñas verdes, ¡que no quede una en pie!

Entonces habría ocasión para dar ánimos a los más jóvenes:

—Muchos apenas lleváis meses en la orden, aún no habéis catado combate. Pero no os preocupéis. Dios está de nuestro lado. Habéis sido probados por el ayuno y la obediencia, endurecidos por la vigilia y humillados por la genuflexión. Que cada hermano sea fortaleza para el otro, porque el hermano ayudado por el hermano es como una ciudad amurallada. Alabemos al Señor de los ejércitos que nos ha concedido el honor de cabalgar en su milicia y nos premia con este día de júbilo, dispuestos como estamos a ver su rostro, ¡dispuestos a morir, si es necesario! San Pedro nos abrirá las cancelas del Cielo si ésa es la voluntad de Dios.

Casi pudo sentir el reverberar de la ovación, los pies golpeando el suelo, los silbidos.

Como calatravos devotos, Fierro supo que habrían invocado a la Santa Madre de Dios. Habrían celebrado una misa a la Santísima Trinidad. Habrían recibido absolución para sus pecados y, con la única salvaguarda de la cruz, se habrían preparado para el combate. Ajustados los perpuntes, revisadas las lorigas, afilados los hierros.

Todo por la fe, todo por la cristiandad. Muerte y gloria en nombre de Dios. Y habrían salido dispuestos a enfrentarse a un inmenso ejército. Sonarían los clarines llamando a la guerra y los hombres mirarían a la puta de la guadaña. A la cara. Con el miedo tintineando en los huecos apretados.

—Más de tres fueron los cientos —seguía relatando Julián entre silbidos—, todos los freires que se tenían en pie... E incluso los que había bajo los cuidados del boticario. Salieron por las puertas al galope, las filas prietas, las lanzas enhiestas.

Fierro no necesitaba que se lo contasen. Lo había visto, había estado allí, codo con codo. Sabía lo que sucedería: una masacre inútil.

Se habrían dividido en tres haces, con la formación cerrada. Embrazadas las lanzas, echados al galope tendido, los escudos bien amarrados, pendiente abajo levantando polvo en el cerro de Salvatierra. Dispuestos a morir.

—Yo lo vi —dijo Julián tras escupir un gargajo—. Yanguas hizo girar su montura a diestras. Buscaba las banderas del califa, quería la gloria. Y todos lo siguieron sin que la formación se moviese una pulgada —añadió con un pellizco de aire entre los dedos para demostrar a qué se

refería.

Fierro volvió a asentir. Oía el retumbar de los cascos y el cascabeleo de las lorigas, olía el sudor de los caballos, sentía el tañer de las espadas, el tronar de los cascos e incluso el paternóster susurrado entre los labios apretados de quienes intentaban reunir coraje. Trescientos monjes contra miles de hombres, sin una sola posibilidad de salir con vida. Sólo porque aquello era lo que indicaba el deber, sólo porque esas habrían sido las órdenes del rey: aguantar o morir.

—Como un cuchillo —describió Julián—, entraron como un cuchillo en manteca caliente. Tal era su ímpetu que enseguida estragaron a los moros. —Pese a ser apañuscador, se percibía que en algo le movía el sentimiento patrio, o al menos su odio contra el moro.

Lo vio como lo había visto tantas veces antes. Una riada blanca habría inundado una marea de sangre. Los hierros brillarían al sol. El acero sería la balanza que pesaría a los hombres. Tajos a diestro y siniestro. El orden se desharía en la refriega. En algún momento, el maestro, seguido siempre por el confalón, se zafaría del combate y la férrea disciplina, mil veces ensayada, los ayudaría a formar de nuevo para cargar con ímpetus renovados.

Una y otra vez, con los codos tintos de sangre.

Hasta que la caballería pesada andalusí, más numerosa, más confiada, los rodease.

—Se dice que Yanguas perdió el brazo —dijo el apañuscador con admiración—, y que aun así no cejó en su empeño.

Desbandados, heridos, los pocos que aún respirasen volverían grupas e intentarían refugiarse en el castillo, perseguidos por sarracenos sedientos de venganza.

A la desesperada, un grupo elegido, dispuesto al martirio, cubriría la retirada. Se volverían y presentarían batalla, lanzándose ladera abajo con las capas blancas aleteando al viento de su galope.

Se sacrificarían para dar tiempo a los pocos con vida a ponerse a salvo tras el crujido del puente levadizo.

—Causaron muchos muertos, muchos —explicó Julián tanteándose los labios hinchados.

En sus palabras, con disgusto, Fierro percibió la vileza de aquel despojo. Pese a todo, le brillaban los ojos al hablar de los caídos, incapaz de ocultar que allí estaba su negocio.

Prefirió no interrumpirlo.

—Pero el Miramamolín no estaba dispuesto a dejarse avasallar —continuó el apañuscador—. Mandó preparar los almajaneques. Y bien se vio que son mañas que conocen. Apenas tardaron en tenerlos listos. Poco después del mediodía ya lanzaron la primera piedra. ¡Nunca vi algo así antes! Esas condenadas máquinas eran capaces de escupir pedruscos como montañas.

La lluvia se escurría por las mejillas de aquel despojo. Lavaba la sangre que vertían sus heridas.

El sol se tendía a poniente.

Ahí estaba la confirmación de sus temores. No sólo eran tantos como para que aquel cagajón no supiera contarlos. También disponían de los más letales artefactos que había ideado el ingenio de la guerra.

Y esa parte también Fierro la conocía, incluso el terror que se sentía cuando uno de aquellos proyectiles impactaba en los gruesos muros y los convertía en escombros.

Los golpes atronadores, la muralla desmoronándose, el pánico a punto de desatarse. El continuo terror a que el hambre y la sed vencieran en el asedio. Y la cruda verdad a un simple vistazo por encima de las almenas. Miles de sarracenos gritando y vitoreando, el redoble de los tambores extendiendo el miedo.

Fierro sabía bien lo que era una plaza sitiada. Había estado a ambos lados de la muralla, había acosado y se había defendido. Allá en su pasado quedaban rastros de ambas cosas. Y no le costó imaginar cómo había sido todo.

—¿Había algo más que almajaneques?

Como el hombrecillo no entendió, Fierro describió los trabuquetes que se usaban para lanzar las piedras.

—Oh, sí, había de esas ballestas gigantes —explicó abriendo los brazos todo lo que pudo—. De ésas capaces de lanzar venablos que podrían ensartar a un buey crecido para el espeto.

Fierro las conocía bien.

—Y arietes —añadió el apañuscador a toda prisa.

El melero asintió.

—Duró más de cincuenta jornadas... Eso fue lo que aguantaron los calatravos mientras llovían piedras sobre sus cabezas. Y ni una sola jornada de descanso les dio el moro. Ni siquiera en sus días santos. De la mañana a la noche...

Tras él, Fierro oyó como Antolín se deshacía en oraciones apresuradas, en ruego por el alma de tantos desgraciados que habían dado la vida por un pedazo de tierra en aquella frontera maldita.

—Finalmente el rey envió recado: que no se perdieran más vidas —prosiguió—. Y la plaza pidió parlamento. El Miramamolín envió a los cristianos que le servían de mercenarios a negociar...

—¡Mentira! —se oyó—. No puede ser cierto, no tenía cristianos a su servicio. ¡Mentira!

Fierro que, para su desgracia, sabía bien que los traidores no tienen dios al que rezar, le dio a entender al apañuscador que ignorase las protestas de Alvar y que continuase.

—... No duró mucho el parlamento. Se vieron en la explanada frente al puente para tercia... Antes del mediodía, ya estaba todo acordado. El Miramamolín podía quedarse con la plaza a cambio de perdonar la vida a quienes habían sobrevivido al asedio...

Aquello animó a Antolín a santiguarse una vez más.

—Para vísperas se abrieron de nuevo los portones y aparecieron los pocos que aún se tenían en pie. Cargaban a los heridos en carros y parihuelas, porque el Miramamolín no les consintió llevarse una sola montura.

—¡Moros malnacidos! —escupió Alvar.

—Daba pena verlos —declaró el apañuscador.

Y Fierro estuvo seguro de que aquel despojo humano había sacado partido. No le cupo duda de que los había seguido en su camino a Toledo para aprovecharse de aquellos pobres infelices.

—Estaban estragados por el hambre y la sed. Parecían ánimas. Ya sólo quedaban unos pocos niños, el resto se los había llevado la hambruna. —Antolín empezó a rezar de nuevo con fervor por las almas de aquellos pequeños—. Marcharon con las cabezas gachas mientras los moros los abucheaban y celebraban su victoria. —Hizo una pausa que pretendió ser solemne—. Así fue como la cruz perdió Salvatierra...

Callaron todos, incluso Alvar.

—¿Cuántos ingenios tenían? —preguntó Fierro al cabo.

El otro, limpiándose la sangre con una manga mugrienta, pareció echar sus cuentas.

—Dos veces diez.

—¡Santa María madre de Dios! —se le escapó a Antolín.

—¿Estás seguro? —insistió Fierro.

Aquel despojo asintió.

—¡Por los clavos de Cristo! —Martín no pudo evitar intervenir—: Eso es una locura, no habrá fortaleza que se les resista. Con tal cantidad de ingenios podrían devastar hasta las murallas de Toledo. —Como siempre, su mano izquierda apretaba tensa la higa que le pendía del cuello.

—¡Lo juro! —saltó Julián, temeroso de que no creyesen lo dicho y lo sacudieran de nuevo—. Juro que es cierto.

No merecía siquiera la vida que malgastaba, y Fierro pensó que bien podía hacerle un favor dejando que Alvar le rebanase el pescuezo. Estaba en ésas cuando el perro le hociqueó la pierna y, después de reconsiderarlo mirando al animal, decidió que bastante escarmiento había recibido ya.

Tomándolo desprevenido, Fierro agarró al apañuscador por el pescuezo. Y empezó a apretar.

—Consíguete dos ovejas sarnosas, aprende a afilar guadañas, recoge esparto o cultiva mijo —le dijo mientras el otro braceaba intentando librarse—. Me importa un carajo, pero no vuelvas a dedicarte a la rapiña. Correré la voz —amenazó Fierro—, haré que todos lo sepan en la frontera. Como lo intentes siquiera, me aseguraré de que alguien te corte los pulgares y te los haga tragar. ¿Me has entendido?

El hombrecillo pudo asentir a duras penas y, con desprecio, Fierro lo soltó.

—Márchate, márchate y haz algo de provecho con tu mísera vida.

Temeroso al principio, preocupado por recibir un lanzazo por la espalda, empezó a arrastrar el trasero tan rápido como podía, sin dejar de mirarlos. No fue hasta que ganó al menos diez varas cuando se atrevió a alzarse, darles la espalda y echarse a correr como alma que lleva el diablo.

Fierro fijó entonces su mirada en el perro y, procurando que los demás no le oyesen, susurró en apenas un bisbiseo:

—Valiente ayuda resultas.

El chucho abrió los ojos, como esperando algo más.

—Lo sé, maldita sea, lo sé... Ya lo he dejado ir... ¿Qué más quieres?

La única respuesta fue un resoplido.

A su paso asustaron a unos cuantos arrendajos que alzaron el vuelo desde su percha en los almendros que rodeaban la cija. Entre graznidos, los pájaros se alejaron hacia levante, a su izquierda, por donde el sol se levantaba con prisa, deseoso de calentar la frontera.

—No me gusta —dijo Martín echando mano a su higa—, no me gusta, mal agüero es ése.

Antolín lo rebatió enseguida: adujo que la mano de Dios era siempre más poderosa que las premoniciones de los hombres.

—*Ora et labora* —sentenció con aires de obispo—. Aguarda lo que la Providencia tenga preparado para ti; entretanto, trabaja duro y reza.

—Deberías ordenarte mercedario —repuso su hermano con desdén.

Delante de ellos, liderando el grupo, caminaban el chucho, Fierro y el de Carrión, que llevaba las riendas de su montura sueltas en la mano.

—Lo están reconstruyendo —aseguró Ruy circunspecto—, pero la escombrera no se puede disimular. El asedio debió de ser terrible.

—Eso mismo nos contó ese condenado despojo —concedió el atajador.

No habían tenido oportunidad de hablar con calma. Habían decidido ponerse en marcha esa misma mañana y aprovechaban el camino para departir.

—Al final, el condenado calatravo no apareció por parte alguna.

—Ni maldita falta que nos hace —tascó Ruy—. Con lo que yo he visto con mis propios ojos y con lo que os dijo ese apañuscador, ya sabemos todo lo que necesitábamos.

—Supongo —repuso Fierro con escepticismo—, pero del moro nunca se sabe lo suficiente...

Ruy se lo quedó mirando durante unos pasos.

—Al menos ahora entiendo lo de la invernada en Sevilla —declaró al fin el de Carrión—. Fue gracias a los calatravos de Salvatierra. Aguantaron el asedio durante más de cincuenta días, y eso retrasó los planes del Miramamolín. Les debemos el pescuezo. De no ser por ellos no hubiéramos tenido tiempo de reunir a las milicias en Toledo. Si no hubieran resistido, el califa habría abandonado Salvatierra mirando a Toledo. Es gracias a ellos que se truncaron los planes del moro: con el retraso temieron que las nieves les cerrasen el paso.

Fierro le echó una mirada de reojo.

—Pues cántales un tedeum... Fue el rey quien los mandó aguantar —chistó con sarcasmo—. Si hubieran entregado la plaza, se habrían salvado muchas vidas.

—Pero entonces no habríamos tenido tiempo de obtener la bendición del Papa, y no habrían acudido los ultramontanos a la llamada a la guerra santa y...

—¿Y acaso crees que el Miramamolín no estará haciendo lo mismo en Sevilla?

Ante aquel argumento, Ruy abrió la boca para cerrarla al poco. Incómodo, decidió hablar de otros asuntos:

—¿Crees que aquel apañuscador decía la verdad? ¿Que el Miramamolín cuenta con cristianos...?

Fierro dejó escapar un gruñido seco.

—Noooo... No creo, sería la primera vez —repuso con retranca, cargada la expresión de cinismo—. ¿Acaso te olvidas de ese malparido de Castro? —preguntó, malhumorado.

Comprendiendo que no había hecho más que verter sal en la herida, el de Carrión intentó apaciguar a su amigo.

—Leoneses y navarros llevan tiempo a la gresca con Castilla —reconoció en tono conciliador—. Lo de los Castro y los Lara es tan largo de contar que da para semanas de filandón junto a la hoguera. Y lo último que oí antes de partir de Toledo fue que la corona de León no acudirá. Lo sé, pero me cuesta creer que esta vez...

—Esta vez es igual que las pasadas, y las que vengan serán igual que ésta —lo interrumpió el melero en mal tono, logrando que el chucho alzara la cabeza—. ¡Dita sea!

—Pero...

—Ni pero ni manzano. ¡Cagüen las dudas de santo Tomás! Aquí cada cual ha calentado siempre su sopa y por eso esta condenada guerra no acaba nunca, porque, en lugar de pelear todos contra el moro, cada quien mira por su ombligo —aseguró, adusto—. Yo me lo creo. Es un apañuscador del carajo, mal rayo lo parta en dos. Pero yo me lo creo, vaya si me lo creo. El oro dobla voluntades como el viento las junqueras.

Entendió Ruy que no podría convencerlo de lo contrario y, tras unos pasos en silencio, no pudo evitar preguntar:

—¿Qué pasó en Alarcos? ¿Qué sucedió después de que saliera la partida del rey?

Fierro miró al chucho y agachó la cabeza.

—Pasó que nos dejaron con el culo al aire —tardó en responder—, como a aquel imbécil Sancho al que asaetearon los moros mientras cagaba junto a las murallas. Cagüen la leche que mamó ese cabrón de Castro. Eso fue lo que pasó, ¡carajo!, exactamente eso.

Conciliador, Ruy intentó meter baza:

—El señor de Haro siempre dice que no se pudo hacer más..., aunque no habla mucho del asunto. Creo que siempre ha lamentado que el rey lo dejase al cargo para negociar la rendición. En estos años, desde Alarcos, ha peregrinado a Jerusalén, y yo siempre he pensado que deseaba expiar la culpa...

—¡Hijo de puta! ¡Castrón! El señor de Haro. Esotro sí que es un malparido macaco. Aunque hubiera ido y vuelto de rodillas, no sería penitencia suficiente —tascó con acidez—. Ni aunque lo hubiera hecho arrastrándose como una condenada sierpe. Se dejó avasallar por Castro... ¡No cuidó de los suyos! Espero que arda por siempre en el infierno y que todos los demonios del averno lo empalen día tras día con estacas ardientes.

—Pero no se vendió a los moros, como Castro.

—¡Más le valdría haberlo hecho! Así tendría excusa, ¡dita sea!

Como sólo le faltaba echar humo por las orejas, no le resultó difícil a Ruy comprender que mejor resultaba volver tornas. Dejó que la llovizna fuese su única compañía por un rato.

—¿Adónde quieres ir primero? —preguntó al rato.

Refunfuñando todavía, Fierro había calmado sus ánimos lo suficiente para centrarse en lo que importaba.

—A donde sea menos a Sevilla. Poco sabemos hasta ahora. Los moros se cuentan a miles y tienen máquinas de asedio... No tenemos muchas opciones, pero no podemos meternos en la lopera para contar los dientes del lobo. Rediós —lamentó—, maldita la gracia que me hace, pero no nos queda otro remedio que ir a ver al hebreo —añadió, enigmático.

Como tantas otras veces, como tantos años atrás. Como aquel día allende la roca de Tarik,

cuando bajaron de los montes Claros para adentrarse en aquel temible desierto que los llevaría a la ruta de las caravanas de Marruecos. Como entonces, Fierro era el único que no dudaba.

El cojo, que intuyó lo que su amigo pensaba, apuntilló con sorna:

—Matan más soldados las dudas que la espada...

—¿Y quién diantres es ese hebreo?

—El único que puede ayudarnos. Con lo que nos cuente, ahorraremos meses de vagar de un lado a otro rondando Sevilla para averiguar lo que rumorean las furcias. No, carajo, no. Si queremos estar listos para cuando llegue la sequía, hay que ir a la venta.

Entonces se cubrió de la lluvia con el tapiz y se adelantó unos pasos. Quedó atrás su amigo, que comprendió que era mejor dejarlo solo.

Cuando mediaba su buena distancia, Fierro habló al chucho:

—No seas cansino... Ya sé lo que dije la última vez. Y también sé lo que ella hubiera dicho del hebreo —dijo con disgusto—. ¡Echa la culpa a las abejas! ¡Carajo!

El perro se limitó a levantar una de las patas y dejó escapar un chorro que fue a parar a los enredos de una mata de arrayán.

—Además, no sé de qué te quejas, malparido hijo de mil leches. No eres tú el que tendrá que pagar a ese judío avaro.

Había que ser un loco o tener los sesos de un mico. Eso pensaría cualquier hombre de bien al saber que un tal Saadia había tenido la peregrina ocurrencia de instalarse en la frontera, donde cualquier mañana podía aparecer un hato de soldados, moros o cristianos, dispuesto a arrasar el lugar a sangre y fuego para no dejar tras de sí otra cosa que cenizas humeantes.

Sin embargo, a Saadia ben Jacob, más conocido como «el Hebreo», no le faltaba un ápice de cordura y, a decir de los rumores, era más espabilado que maese raposo.

De algún modo sobre el que nadie podía dar razones, aquel judío había abandonado una próspera platería de Compostela para arriesgar hasta la última dobla afinándose, precisamente, allí donde ya no quedaba un alma, pues todos habían huido espantados por las idas y venidas de la guerra. Y no sólo seguía con vida, sino que había conseguido convertir su negocio en un remanso de paz donde la mera fuerza de la costumbre forzaba la tregua.

Entre las paredes de la venta del hebreo podían juntarse moros y cristianos, timoratos y estafadores, contrabandistas, ladrones, putas, pastores y hasta algún peregrino en camino al sepulcro del Zebedeo.

—A mí me va un bledo a quien rece cada uno mientras pague —solía decir Saadia.

Y, milagrosamente, jamás surgía problema alguno. Ni una mala cuchillada se recordaba entre todos los que conocían el negocio. Al llegar a la venta del hebreo, las rencillas de la guerra se volvían tímidas y no pasaban de la puerta.

—Bajo este techo no hay más rey que yo ni más ley que la mía —solía decir Saadia con su voz atronadora.

Allí se podía dormir en el salón y, a cambio de un mencial, se garantizaba paja fresca y libre de chinches. Y si la faltriquera tenía algo más que aire, también podía pagarse para no soportar cuescos y ronquidos: entonces cabía echar el sueño como un conde de alcornia en las habitaciones que rodeaban el enorme patio, con cama, dosel y hasta jofaina para el aseo.

Pero dormir era la menor de las inquietudes de los clientes de la venta del hebreo. Allí lo que solía interesar era el negocio.

Se podía comprar esparto en fardos, lino en bruto, varas de ranzal, calderos de cobre, seda granadina, piezas de herrero y ataifores moros esmaltados en verde; casi cualquier cosa imaginable de entre las miles escondidas en los almacenes sin fondo de Saadia.

También se brindaba ocasión de vender. Bajo su techo, el hebreo permitía traficar con lo que cada cual quisiera. Así, entre aquellas paredes ya se habían vendido cuatro auténticas Tizonas del Cid de Vivar, una de ellas con sangre del rey de Valencia reseca en el abatanado. En la venta se cerraban tratos con ganado robado, se ofrecían traiciones, se sobornaba a cobardes. Incluso había quien pagaba por el vicio, porque el hebreo conocía los pecados de ambas religiones y miraba para otro lado mientras hubiera vellón con el que sufragarlos. Incluso había ocasión para saltarse el sexto mandamiento, ya fuera en el establo o en aquellas habitaciones junto al patio. Y también para perder el sentido, ya fuera con el vino, los espirituosos, los orujos o la peligrosa pasta de anacardo que importaban los andalusíes, con la que se corría el riesgo de convertirse en una

gualdrapa sin voluntad.

Además, si apetecía, también se apostaba. Allí la pintaban para perder hasta la camisa con los dados. O si uno era más de estrujarse los ingenios podía envidar al alquerque o al ajedrez. Y, de no ser así, quedaban las carreras de podencos que organizaba Saadia o cualquier otro entretenimiento que se le ocurriese, desde azuzamientos hasta competencias con la honda, en las que casi siempre ganaban los mallorquines.

Todo eso podía hacerse y más, si a uno se le ocurría el qué. Bastaba con donar amablemente una comisión al hebreo y él se ocupaba de que todo marchase aceitado como una almazara.

—Bebéis poco, coméis menos..., y yo no vivo del aire —chistaba a sus clientes.

Él se ocupaba de que a nadie se le ocurriese probar el filo de la espada, y nadie se atrevía a contradecirlo. Consentía en cualquier negocio, siempre y cuando a nadie le vinieran tentaciones de cerrar el trato con una cuchillada.

—Prueba si te atreves y tu última comida serán tus propias criadillas bien pasadas por manteca —amenazaba.

Y todos acataban sus normas, probablemente porque el mismo Alvar, cuando entraron al zaguán de la venta, se sintió apenas un crío al lado del gigantesco hebreo, tan grande como un oso antes de la invernada. Y no le gustó verse de morros con un tipo que parecía capaz de aplastarlo con un solo puñetazo. Enseguida torció el gesto con disgusto.

—¿No me digas que me traes unos cuartillones de esa miel rastrojera que apañas? —preguntó a Fierro en cuanto lo vio aparecer por la puerta—. Es pronto para la cosecha —aseguró, antes de envolverlo en la avalancha de un abrazo.

Incómodo, Fierro se deshizo como pudo de aquellas manazas grandes como palas de enterrador.

—No... Este año se dan mejor los cagarros de ratón —murmuró, arrancando un gesto de extrañeza del hebreo—. No traigo miel. Vengo interesado en ovejas...

Dejó en el aire aquellas palabras y miró intensamente a Saadia que, tras catar lo que había detrás, amplió la sonrisa.

—Vengo con unos amigos —añadió entonces Fierro— que quieren comprar unas cuantas merinas.

Saadia, que de tan largo como era parecía medir una cuerda entera, observó al grupo desde su formidable estatura y, cuajando una risotada que hizo retemblar las traviesas del techo, respondió con su sagacidad habitual:

—Claro, comprendo —aseguró, cómplice, acostumbrado al menester—. Pues algo se podrá arreglar. ¿Unas merinas? Sí, por supuesto, ya se les ve... Saben lo que se hacen. Toda una vida dedicada al queso, sin duda... Algo se podrá arreglar —repitió—. Aunque, me temo que, desafortunadamente —el tono era de un disgusto mal fingido—, esas ovejas van a salir caras...

Y echó una mirada significativa a Fierro. Un gesto que los demás no supieron interpretar.

—Lo malo es que llueve, pero, en fin, ya nos apañaremos... Ahora ando algo liado —anunció—, tengo que cuidarme de cierto asunto. Un franco quiere venderle a un pariente tuyo la calaverna de san Tirso cuando era un niño —entre las barbas espesas del hebreo aparecieron dientes blancos y bien alineados en una sonrisa franca—, y me temo que tengo que pararle los pies antes de que vaya a más, porque en otra mesa tengo a uno de Oviedo que la semana pasada le compró al mismo franco la de san Tirso cuando fue martirizado después de cumplir las setenta primaveras... Iré preparando el asunto, no te inquietes. Ahora, si me disculpáis, me reclaman. No sé si pararle los pies al franco o emborrachar al de Oviedo —añadió con una risotada.

Se apartó entonces, animándolos a pasar; y, mientras marchaba, gritó a una de las taberneras:
—Raquel, sirve algo de vino al gallego y a sus nuevos amigos.

Aquella era una más de las manías del hebreo: en su taberna nadie tenía nombre, sólo un lugar de procedencia, ya fuera real o falsa, como las promesas de Judas. Todos allí eran, sin más, castellanos, leoneses, navarros; o, si terciaba, zanatas, agasíes, masmudíes. Y de Fierro se decía que la cojera delataba una vida a la sombra de la espada, al tiempo que su acento contaba que era hijo de un herrero del Finisterre. Así que, para el hebreo, Fierro era, sin más, el gallego.

—Los nombres dejan más huellas que los bueyes, los negocios van mejor así —solía decir, rascándose el cogote y ladeando la enorme kipá que vestía en la coronilla, tan grande como una alberca.

Pasaron al interior y enseguida se embebieron de aquel jolgorio que dejaba la guerra en la puerta para que los vicios camparan a sus anchas.

En el amplio salón rebosaban los olores de la cocina y se escuchaba la algarabía de los bebedores. Al tercer paso, al joven Tello se le arrebolaron las mejillas cuando una fulana descarada le prometió compañía por unas monedas y los hermanos, sin perder ocasión, se mofaron de él.

Las mesas, atestadas, acomodaban a los parroquianos, las jarras de vino se trasegaban y los platillos de estofado se vaciaban antes de enfriar. En varios rincones, apartados los bancos para hacer sitio a los lances, se jugaban partidas de dados con gran griterío y, paternalmente, Ruy explicó al joven Tello que, de Oviedo a Calatayud, en la mayoría de lugares eran los hebreos los que tenían patente para el azar de los dados.

—No todos son usureros —le dijo, enseñándole los dientes desbaratados con una sonrisa.

Y hubo también de ponerse serio para evitar que los dos hermanos, ansiosos siempre por tontear con la suerte, no se desbandaran para dejarse la bolsa en aquellas partidas.

—Es una pena —murmuró Antolín a su hermano.

—Una pena. Después de haber salvado el pellejo, seguro que tendrías buena racha —repuso Martín sin perder de vista una rolada de los dados.

—Una pena —insistió el primero antes de callar ante la amenaza de reprimenda de Ruy.

Para completar el ambiente festivo, en una esquina, un trovador con acento de la Provenza lloraba la masacre de los Cuernos de Hattin, animando a que los cristianos se reunieran en Toledo con las mesnadas del rey:

—Más de veinte años ha que Saladino nos arrebatara Jerusalén —entonaba tañendo su giga—, y ahora el Miramamolín nos arranca Salvatierra también...

El chucho trotó por su cuenta a una mesa alejada, en un rincón reservado a quienes contaban con la bendición de Saadia.

Encontraron un hueco libre entre dos de las ruidosas partidas de dados y, en cuanto se acomodaron, la tabernera de nombre Raquel les dejó una jarra de vino que, para evitar las moscas, venía con tapa de pan bregado cubierto de lonchas de jamón. También vasos para todos y un cuenco de olivas adobadas sobre el que Alvar se abalanzó de inmediato, incluso pese a que la joven les prometió que volvería en breve con escudillas de estofado y, tras asentir a la mirada de Fierro, con un cuenco de agua para el chucho.

Cuando el trovador acabó su tonada, pasó la gorra.

—¿Te sabes alguna de Gavandan? —le preguntó alguien que, por el tono, se había excedido con el vino.

—No, no más. Ya basta de arengas. Mejor que ahora recite Jaldún —repuso otro que se oía

algo más sereno.

Y, mientras al fondo discutían sobre quién debía entretener a los parroquianos, Alvar refunfuñaba porque las olivas estaban duras como guijos de río.

Al poco, un nómada de pellejo negro como boca de lobo y con el rostro estragado por cicatrices que recordaban a las de la viruela se acercó para preguntarles si querían poner su envite para una tirada de rejas que iban a disputar unos aragoneses antes de que cayera la noche.

Cuando se marchó el apostador, Ruy susurró:

—Ha de ser un desertor de las tropas del Miramamolín. Quizá nos convenga hacerle unas cuantas preguntas.

Fierro se limitó a gruñir y a rescatar la última oliva del cuenco antes de que el tragaldabas de Alvar se la apropiase, gesto que le valió una de aquellas miradas torvas cargadas de desprecio.

—Esperaremos al hebreo —dijo antes de escupir el hueso—, tal vez nos sugiera un candidato mejor. Por ahora, nos conviene no levantar la liebre.

Y rumiando aquello, cayó entonces Ruy en la cuenta de un asunto pendiente.

—¿Y cómo pretendes pagar al hebreo sus favores? Advirtió que saldría caro... Entre los seis no juntamos más que un puñado de ardites y las monturas pertenecen al señor de Haro; si las vendo, puedo dar los huevos por perdidos.

—Ya se encontrará el modo —respondió, enigmático.

El de Carrión sabía que no merecía la pena insistir, así que guardó silencio.

—¿Y qué le importa a él que siga lloviendo? —preguntó después, al acordarse de pronto de las palabras de Saadia.

Fierro no le contestó, demasiado ocupado acariciándole las orejas al chucho.

En tanto esperaban y la curiosidad de Ruy crecía, repitieron con otra jarra de vino y dieron buena cuenta de un guiso de perdices mientras el tal Jaldún, que parecía de alguna de las cabilas bereberes, recitaba su colección de jarchas.

A ratos, el jovial Saadia aparecía por el salón. Se movía entre las mesas con soltura y hablaba con los parroquianos. Y Ruy, mosqueado, advirtió que, si terciaba, señalaba hacia su mesa, como si comentase algo con respecto a Fierro. Sin embargo, cuando preguntó, sólo recibió lacónicas respuestas que nada le aclararon.

Cuando la tarde decaía, el hebreo se acercó al grupo del gallego.

Con una amplia sonrisa, meneando su cabezota y agitando los rizos que colgaban de sus patillas, se dirigió al atajador:

—Todo preparado. Y tú, ¿estás listo?

Fierro se encogió de hombros, se levantó, tironeó de sus calzas y asintió.

—Vamos entonces —anunció el hebreo, sacudiendo sus enormes brazos—. Se ha corrido la voz de que has venido y hay muchos que ya están impacientes. Hay buenas bolsas en juego.

El chucho fue el primero en seguir a Saadia.

Ya en el patio, en un corro, un hato de agitados parroquianos finiquitaban los cobros de la tirada que había mencionado el nómada, que era quien arrastraba las dos rejas de arado empleadas en la competencia.

Cuando unos cuantos se apartaron para dejarles paso, Ruy creyó comprender qué se traían entre manos su amigo y el hebreo.

Bajo uno de los aleros, a resguardo de la llovizna, unos hombres se afanaban con los últimos preparativos.

—Pero..., ¡por san Lorenzo!, ¿No pretenderéis...?

Por toda respuesta, Fierro le echó una mirada de reojo.

Martín se llevó la mano a la higa que le colgaba del cuello y su hermano se persignó furiosamente.

Tello sólo fue capaz de dejar escapar una exclamación.

Los ojos de Tello todavía permanecían abiertos como los de un caballo espantado. Tenía el muchacho tal pasmo que, pese a las mil preguntas que le bullían en la sesera, tan sólo fue capaz de balbucir:

—¿Ha sido un milagro?

Todos menos el chucho se volvieron hacia él.

A la luz de los candiles, compartían una mesa en el altillo de la venta, en los aposentos del hebreo, alejados del barullo del salón principal.

Terminado el espectáculo, ya habían empezado a discutir asuntos de mayor enjundia cuando el chico lo interrumpió.

—¿Cómo es posible? —insistió Tello—. Ardía como el infierno. Deberías de haber muerto envuelto en llamas.

Miraba con asombro a Fierro y éste, indiferente, no le aclaró demasiado.

—No tiene ningún misterio, me enseñó a hacerlo un santón de Bugía...

Al pobre muchacho, Bugía le sonaba a ciudad mora allende el mar, por los pagos Ifriqiya, creía. Y no tuvo idea de si el atajador le tomaba el pelo. Lo único que se hubiera atrevido a jurar era que, a no ser que le dieran razones, él se iría a la tumba convencido de que acababa de presenciar un milagro del que seguiría hablando años y años por venir, siempre que tuviera oportunidad de contarlo, porque recordaba hasta el más mínimo detalle.

Incluso el chisporroteo de la carne quemándose.

El nómada apartaba las rejas de arado y, más allá, bajo uno de los aleros del patio, en el lado contrario de las caballerizas, unos cuantos usaban palas para acomodar en una zanja carbones ardientes que desparramaban desde una gran hoguera de leños de encina que ardía en el centro de la tierra excavada.

Las ascuas brillaban como una forja lista para el herrero. Guindas y rojas, envueltas en llamas, se comían la noche que comenzaba. La luna se había escondido tras las nubes y las únicas luces provenían de la cimbreada claridad de unos hachones y de la que desprendía aquella zanja rellena de brasas.

Llovía, como en los últimos días. Algunas gotas escapaban del alero y caían sobre las brasas. Siseaban dando fe del calor infernal.

A medida que los que manejaban las palas terminaban los preparativos, los demás hombres fueron reuniéndose en derredor del reguero de ascuas. Estaban allí incluso los más empecinados jugadores de dados, capaces por un momento de abandonar su vicio. El espectáculo prometía, y nadie quería perderse.

Pronto quedaron ocupados los mejores lugares, aquellos que, bajo la cornisa, resguardaban de la lluvia a la vez que otorgaban distancia con el tremendo calor que escupían las brasas. En sus rostros se distinguía expectación.

El hebreo comenzó entonces a zascandilear de un lado a otro. Ágil pese a su talla, parloteaba con unos y otros. De tanto en tanto se oía su risotada, y pronto quedó claro que los dineros

cambiaban de mano y que allí algunos rebuscaban hasta en las costuras de sus bolsas. Se cruzaban apuestas. Y, tras un rato inmerso en aquellos negocios, se acercó a donde estaban, en una de las esquinas.

—¿Suficiente? —le preguntó Fierro.

Saadia se lo quedó mirando.

—Suficiente... Me quedo con lo tuyo y me doy por pagado. —Y entonces, torciendo su cabezota como un perrillo, añadió algo más con aire dubitativo—: Aunque la última vez aseguraste que no volverías a hacerlo, que sólo te dedicarías a la miel...

Fierro devolvió el gesto con los ojos entornados.

—Pues ya sabes de quién no debes fiarte, maldito pagano de pijo afeitado —repuso con tono fatalista.

El hebreo, que no se tomó a mal la afrenta, soltó una de sus portentosas carcajadas y palmeó la espalda del cojo con tanta fuerza que a punto estuvo de hacerle perder el equilibrio.

—Sea, pues. Pero me parece mucho a cambio de unas pocas ovejas merinas. La última vez la renta te dio para más de un año.

Y, pese a cuanto chismorreaban los hermanos o a lo que aventuró Alvar, no tenía idea Tello de lo que iba a suceder hasta que vio a Fierro apoyar su bordón en un borde y, lentamente, con resignación, despojarse de sus abarcas.

Lo comprendió también entonces Ruy, que se acercó a su amigo.

—No tienes por qué hacerlo.

—No es la primera vez —se limitó a responder Fierro.

—Da igual. Es un riesgo. Puedes salir malparado.

Por toda respuesta recibió una sonrisa cínica que pareció cómoda en aquel rostro curtido.

—Escucha, supongo que todo esto tiene truco, pero ese fuego es real, arde como el caldero del mismo Satán. —Dudó un instante antes de asegurar algo más—: Encontraremos otro modo...

Lo interrumpió el renco, demasiado tosco para valorar aquel aprecio que le mostraban:

—Y dale la burra al trigo —dijo con hastío—. ¡Cagüen lo que robó Dimas! Carajo, ya. Si alguien sabe lo que necesitamos, es él —insistió, señalando al hebreo—. Y sus secretos tienen un precio. ¿Acaso prefieres rondar por el alfoz de Sevilla a la espera de un golpe de suerte?

Ruy estaba a punto de argüir algo más, pero no se le ocurrió qué decir.

—Siempre estuviste medio loco... Más te vale no desbaratarte la pierna buena, ¡maldito cojo del demonio!

En tanto Fierro se preparaba, la turba se caldeó y las voces subieron de tono. La expectación crecía. Braceando para calmar los ánimos, Saadia llamó la atención de todos.

—¡¿Listos para el espectáculo?!

Como respuesta se oyó un clamor. Y el hebreo miró a Fierro, que ya se había colocado en uno de los extremos de la zanja con las perneras arremangadas hasta la rodilla.

Cuando asintió, Saadia alzó su voz para hacerse oír por encima del barullo.

—Cuando quieras.

El muchacho Tello vio bailar las sombras de las ascuas en el rostro de Fierro y contuvo el aliento. Junto a él, Alvar echó un gargajo al suelo, aprovechando el hueco de un colmillo que le faltaba.

—Se va a abrasar vivo —aseguró, ceñudo.

El melero, sin más ceremonia, dio un paso al frente. Pisó las brasas como si fueran una hierba fresca.

Todos callaron de golpe. Martín apretaba tan fuerte la higa de ámbar que los nudillos le blanqueaban.

Sin apurarse, renqueando, con la cabeza alta, caminó sobre aquel pedazo de infierno. Miraba al frente, abstraído. Paso a paso, el murmullo tímido creció hasta convertirse en una ovación que vibró con la turba hambrienta de espectáculo.

Ni una cabeza vuelta, ni un dedo hurgando las narices. Todos allí lo miraban sin pestañear hasta que Fierro, cachazudo, se hizo a un lado y se salió de la zanja.

—¡Bravo por el gallego! —gritó Saadia.

Cogió la vara de Fierro y, sin arrimarse demasiado a aquel calor abrasador, empezó a medir.

—¡Tres! —anunció con solemnidad—. ¡Tres varas! Ésa es la cuenta del gallego. — Intercambió una mirada con Fierro antes de continuar—. ¿Alguno entre vosotros que se crea con más agallas que nuestro amigo norteño? —preguntó, escrutando los rostros iluminados por las brasas.

El joven Tello pensó que él no se atrevería ni por todo el oro de Castilla, y no le extrañó que Fierro se acercase ya al chucho y se dispusiera a calzarse de nuevo sus abarcas.

El silencio le dio tiempo al hebreo para observar todos aquellos rostros indecisos. Más de uno ya lamentaba lo que había perdido al apostar en contra de aquel cojo.

Iba a dar el asunto por concluido, feliz por lo que se llevaba, cuando alguien gritó:

—¡Yo!

A Tello le pareció que aquello pillaba de sorpresa a los implicados, tanto al hebreo como a Fierro, e imaginó que nunca antes se habían topado con alguien que se atreviera a superar la marca.

Se notó la duda en la voz de Saadia, pero el hebreo tenía trazas ya gastadas y se recompuso con rapidez.

—De acuerdo, entonces —invitó a la voz con una floritura—. Cuando gustes.

Era un pastor. De pellejo reseco y comido por el sol, vestido con sucias gualdrapas de bayeta, abrigado con un jubón de borrialla sin mangas y tan bizco que uno de los ojos parecía haberle anochecido. Despertó el interés de todos cuando vieron que iba descalzo.

—Tres varas es la marca —insistió Saadia, mirando de nuevo a Fierro de reojo, quien, en cuclillas, acariciaba al chucho como si en todo aquello le fuera un bledo.

Junto a Tello, Alvar echó otro escupitajo.

—Va a dejar a ese cobarde de Fierro listo para el arrastre —aseguró, masticando unas mondas de queso—. Si ese pastor anda sin calzar todo el año, ha de tener los pies encallecidos como lomo de jaco viejo. Es imposible que lo haga peor.

Los dos hermanos negaron preocupados. No olvidaban lo que el melero había hecho en el Jabalón y se notaba que se sentían acongojados por la suerte de Fierro. El uno se afanó con la higa que le colgaba del cuello, y el otro se puso a rezar fervorosamente, rogándole a todos los santos por el bien de su salvador. Ruy gruñó un disgusto entre los labios fruncidos. Alvar, sin embargo, sonrió con malicia. Y se alejó para hacer su propia apuesta, convencido de que podría sacar provecho de la desgracia del cojo. Ruy lo miró con el desprecio pintado en el rostro, pero no le dijo nada.

El pastor, que mordía nervioso una astilla entre labios fruncidos, se preparó ante la zanja, y Tello lo vio persignarse después de entregar cuantas monedas tenía al hebreo.

Alvar aprovechó la ocasión.

—Diez maravedíes a que lo consigue —gritó para quien quisiera aceptar el envite.

Como un carnero antes de liarse a dar cabezazos, el tipo se echó hacia atrás para coger carrerilla y, antes incluso de que el hebreo dijese nada más, ya había echado a correr, como un toro embistiendo.

A toda prisa, echado el cuerpo hacia delante, el pastor apuró sobre las brasas con tanto ímpetu que sus pies descalzos se hundieron en aquel caldero de Satán con cada zancada.

La muchedumbre, enfebrecida, jaleó el intento con deleite y el pastor no se dejó arredrar, ni siquiera cuando una brasa se le pegó al talón.

Arcadas fue lo que Tello sintió cuando le llegó el tufo a carne quemada. Los hermanos miraban desconsolados aquella proeza y el piadoso Antolín renovó sus oraciones con ímpetu. Ruy se agarraba el rostro con las manos en gesto de frustración, preocupado ahora porque el esfuerzo de Fierro hubiera sido en vano.

—Van dos varas —le susurró Fierro al chucho sin darle mayor importancia.

Se le escapó un grito al pastor. Y todos supieron que sufría un anticipo de los tormentos que aguardaban en el infierno a los pecadores como ellos.

—Ya son tres —murmuró Ruy para sí, con fatalismo.

Seguía corriendo. En el rostro sencillo, cuarteado por la solana y el frío, se veía la agonía.

Echó otro alarido el pastor y, para júbilo general, se salió de las brasas con un último salto. A toda prisa, trastabillando, se echó en un charco del patio y allí, intentando sofocar la agonía de sus pies, quedó tirado bajo la lluvia.

Enseguida se elevó el tono de los murmullos y los presentes empezaron a discutir la marca.

El hebreo hizo caso omiso del uno y de los otros y, con ceremonia, anunció el logro después de usar de nuevo el bordón de Fierro.

—Cuatro varas —anunció con voz profunda y, preocupado, echó una ojeada hacia el atajador.

Estalló el griterío. Fue tal la algarabía que Martín no tuvo otra que, pese a las burlas de su hermano, taparse los oídos.

Alvar zarandeó a quien había cubierto su apuesta, pues al parecer había sido demasiado ambicioso y no le llegaban las monedas. Tanto que Ruy hubo de intervenir para sosegarlo.

En cuanto se acalló el vocerío, todas las miradas se volvieron hacia Fierro, que seguía junto al chucho. Incluso el pastor se aupó con los codos, aunque no sacó los pies del charco.

Alvar, tras cobrar sus ganancias, apostó todo lo conseguido a que el cojo no se atrevería a batir la marca del pastor y, al hacerlo, lanzó otro gargajo, esta vez hacia donde estaba Fierro.

No se dio por aludido el cojo. Simplemente palmeó la cabeza del chucho y renqueó hasta la zanja. El ímpetu del pastor había desbaratado las brasas, así que pidió al nómada que usase la pala para arreglarlas.

Al ver el gesto, la turba se agitó de nuevo. Se lanzaban pullas. Se oían befas. Alguno negaba con incredulidad. Se veía a las claras que estaban mordiéndose las barbas de pura impaciencia.

—He oído hablar de proezas así antes —aseguró Alvar al muchacho—. Nunca jamás nadie ha pasado de las cuatro varas. ¡Nunca! No lo conseguirá —tascó con desprecio.

Consciente de lo que había dicho, Ruy miró intensamente a su amigo y negó sacudiendo el mentón; sin embargo, Fierro lo ignoró.

Tello jamás había escuchado historias sobre hombres que se enfrentaban al averno en vida, pero no tenía motivos para dudar de aquellas palabras y, acercándose hasta el chucho, empezó a darle mimos. Más para reconfortar su propia preocupación que la del perro, a quien parecía no causarle el más mínimo agobio la ordalía de su amo.

Alvar insistió en su pesimismo:

—¡Va listo! Está condenado, como un cura con hijos. Si lo intenta, no lo salva ni el mismísimo arcángel Rafael.

El pastor contenía el dolor de sus pies maltrechos gracias a gruñidos y maldiciones, aunque su expresión anhelante declaraba que su mayor consuelo residía en la esperanza de que el renco no lo batiera.

En tanto, el nómada y un par de voluntariosos parroquianos terminaron de aplanar las brasas.

Cuando apartaron las palas, quedó ante él aquella calzada ardiente. Tenía un fulgor que parecía palpar. Pequeñas llamas bailaban entre los carbones. El mero hecho de estar cerca causaba sofoco. Aun así, Fierro esperó hasta que el hebreo zanjó las apuestas.

Cuando Saadia le dio el visto bueno con una sacudida de su cabezota, echó el pie adelante.

El primer paso.

Los nudillos que le quedaban a Martín en la izquierda, tan apretados y tan blancos en torno a la higa, parecían colada de lino escurriendo.

El segundo.

El griterío, ensordecedor, estalló de pronto. Ahora sus dos pies estaban sobre las ascuas.

A esas alturas nadie de los presentes daba un ardite por el renco. Pero él siguió caminando.

El tercero.

Y, aunque parecía imposible, el barullo siguió creciendo.

En el cuarto paso le falló la pierna mala y a un tris estuvo de irse al suelo.

Se oyó un coro de sorpresas salpicadas por maldiciones. Tello se estremeció, temeroso. Tuvo la certeza de que no lo conseguiría y, sin darse cuenta, empezó a rogar por aquel hombre que, tras perder toda su fe, ni siquiera parecía capaz de amarse a sí mismo.

Consiguió rehacerse y dio el quinto paso.

—¡Vamos! —le gritó el muchacho sin poder contenerse.

El sexto.

Tello sacudía la cabeza, todavía incrédulo.

—Cinco varas —murmuró incrédulo para sí viendo a los dos hermanos afirmar una y otra vez con rápidas sacudidas del mentón—, ¡cinco varas! ¡Cinco!

Y antes de que pudiera preguntar de nuevo a Fierro cómo lo había hecho, Ruy lo interrumpió:

—No había ningún santón en Bugía —dijo el de Carrión, asombrado todavía—. Sólo camelleros apuestos y agua turbia...

Tras salir de las arenas del desierto habían recibido ayuda de unos bereberes piadosos, pero no recordaba allí a hombre santo alguno. Aunque también debía reconocer que la sed y las privaciones no le permitían recordar mucho más que el inmenso placer del primer sorbo que aquel moro le había ofrecido pese a ser cristiano. Agua de un pellejo de cabra recalentado por el sol, pero jamás en toda su vida había vuelto a probar Ruy ninguna que le supiese más limpia, fresca y clara, ni en los arroyos de los montes de Toledo.

—Ni siquiera entramos en la ciudad —insistió el de Carrión.

Y Fierro, repartiendo significativas miradas, echó una de sus sonrisas retorcidas, como una grieta en un muro a punto de derrumbarse.

—Puede —repuso con sorna—, puede que sí y puede que no. A lo mejor fue en San Esteban de Gormaz y no en Bugía; últimamente empieza a fallarme la condenada memoria. Me hago viejo...

Y no dio ocasión a que el muchacho o Ruy metieran baza de nuevo, pues de inmediato se dirigió al hebreo con vehemencia, deseoso de zanjar el asunto que los había traído hasta allí.

—En fin, ¿qué sabes de ese cabrón con pintas?, ¿qué se oye?

Alvar, con obvio disgusto, se mantenía aparte. Se retrepó en su silla, como desentendiéndose, e intentó olvidar sus pérdidas con los restos fríos de las perdices. Sin importarle los cuajarones de grasa, comía rechupando los huesos mientras el chucho, atento por si caía algo, se relamía.

—Eso, cuéntanos —insistió Ruy.

Y tanto Tello como los dos hermanos tuvieron que tragarse las muchas preguntas que tenían para Fierro.

El hebreo se rascó el cogote con aires pensativos. Asintió y se decidió a contestar:

—Al-Naṣir Li-Din Allah Muḥammad Ibn Al-Mansur —dijo de un tirón, mirando alternativamente a Ruy y al cojo—, Al-Naṣir, si preferís abreviar. Aunque a vosotros os resulta más familiar otro de sus nombres: el título de Amir Al-Mu'minin...

—Miramamolín —dijo uno de los hermanos, simplificando aquel trabalenguas.

—Eso es —concedió el hebreo mirando a Antolín, que era quien había hablado—. Viene a significar «príncipe de los creyentes». Y todos los califas beben vientos por nombres enrevesados y grandiosos, pero él, más, porque tiene mucho de qué resarcirse...

—¿A qué te refieres? —inquirió ahora Martín.

—Es un pobre bastardo; aunque los mahometanos no le dan a esas entretelas tanta envidia como vosotros, como bien sabéis —continuó Saadia—. El Miramamolín es hijo de Al-Mansūr, el mismo que vestía y calzaba, «el honroso» le decían, quien logró que a vuestro rey Alfonso se le aflojaran las tripas...

—Fue culpa del traidor Pedro de Castro —interrumpió Tello, llevado por su joven entusiasmo, con la sana intención de salvaguardar el honor de la corona de Castilla.

—*Affirmatio non neganti, incumbit probatio* —soltó Antolín.

Saadia los miró con condescendencia y resopló.

—En fin, como iba diciendo, el Miramamolín es hijo de quien se enfrentó con el rey Alfonso en Alarcos —repitió con voz calma, sin más befas—, califa por la gracia de Allāh, con su visir, su harén, sus títulos... —enarcó una ceja— y sus dieciséis pomposos estandartes; todo eso es. Aunque, para su vergüenza —alzó su manaza—, también es hijo de cristiana. De cristiana convertida, para más señas. Una esclava a la que dieron el nombre de Zahar y que no fue manumitida hasta que se convirtió en la madre del heredero. Y de ahí le vienen, dicen, los ojos azules y las barbas rubias que peina.

—¿Rubias? —no pudo evitar preguntar Antolín—. *Credam quam probavero*.

—Sí, rubias, cristiano incrédulo —repuso el hebreo—. También se dice que no habla mucho para disimular que tartamudea como una cabra chocha. Además, según se oye, es más agarrado que una urraca. Y eso puede resultaros útil —anunció—. Porque ese gusto por el oro ya le ha causado problemas con los suyos.

Fierro, revolviendo los dedos con interés, animó al hebreo a proseguir.

—Al parecer, en su camino a la costa para cruzar el estrecho mandó apresar a los gobernadores de Fez, de Ceuta y de Alcazarquivir, así, uno detrás de otro. Todos acusados de haber escaqueado dineros de las arcas del califato; vamos, de las suyas. No sé qué zarandajas de impuestos —añadió, encogiéndose de hombros—. Y parece que ha levantado ampollas...

Calló entonces. Para tomar aire, echar un trago y, como buen contador de historias, también para crear interés en los que escuchaban.

—Hay quien dice que los gobernadores ya son pasto de moscas y que muchos entre los suyos echan espumarajos por la boca. Quizá podrías encontrar a quien sobornar...

Ruy y el melero intercambiaron una mirada significativa, temiendo lo que estaban a punto de oír.

—Aunque a lo mejor vosotros ya tenéis a los traidores en casa —continuó Saadia sin darles tiempo a más—. Según cuentan, el rey Sancho de Navarra hace buenas migas con el Miramamolín; cuentan que le ofreció ayuda para aplastar a los rebeldes almorávides de Mallorca. Es más, hay quien se atreve a decir que, estando en Marruecos, Sancho casó con una hermanastra del Miramamolín —añadió con aires de conspiración—. Ese Castro que causó la ruina en Alarcos no fue el primero, y no será el último. En la guerra, el soborno no es peor que otros vicios. Y es por eso —añadió alzando un dedo admonitorio— que debéis andaros con ojo. —Los miró a todos de hito en hito y se detuvo en Fierro, por quien parecía sentir un sincero afecto—. Sé de buena tinta que el Miramamolín ha dispensado oro de sobra. Tiene cristianos a sueldo, así que cuidado con quién os dejáis ver y con quién habláis...

Dejó que la advertencia calase sin dejar de mirar al renco.

—Algo se oye —medió Ruy de Carrión con pesar—, pero éstos son asuntos que escapan del alcance de nuestras espadas... Nada podemos hacer al respecto.

Se notaba el peso de la resignación en sus palabras y el silencio se hizo cargo por unos instantes, hasta que Fierro, desentendiéndose del asunto, que acercaba tan malos recuerdos, fue al grano:

—¿Con cuántos hombres cuenta ese moro bastardo?

El hebreo soltó un nuevo resoplido.

—Cada día más —respondió, seguro de sí mismo—. Pese al descontento de algunos, su llamada está siendo escuchada y a Sevilla acuden a cientos; más de uno ha pasado por aquí... De Úbeda, Baeza, Jaén, Granada, ¡de todas partes! Huelen el botín y creen que se repetirá lo de Alarcos...

Dejó que sus palabras calasen antes de continuar:

—La cosecha pasada, cuando se atrevió con los calatravos de Salvatierra, debía contar con algo más de diez mil hombres, venidos de hasta la última de las cabilas de su condenado desierto.

Ruy quiso preguntar algo, pero el hebreo levantó la mano.

—Para cuando empiece la campaña bien puede llegar a los quince mil. Creedme, hacia Sevilla van ríos y ríos de sus gentes. No hay andalusí que se precie que no quiera unirse a la gran campaña de su califa. Están convencidos de que volverán a poner los pies en Compostela, como hiciera el mismo Almanzor. Y no sólo voluntarios, también bastimentos, armas y monturas. Dicen que no queda una sola flecha en los almacenes de Córdoba, ni un camello en los corrales de Murcia y ni un solo caballo en las islas del Guadalquivir —enumeró, seguro de sí, antes de sentenciar con pesadumbre—: Está echando el resto, quiere vencer.

Al joven Tello se le escapó un silbido de admiración y, ante la muda pregunta que le hicieron los ojos del renco, Ruy contestó.

—Con suerte, de Toledo saldrán un puñado por encima de los diez mil...

Todos miraron al hebreo, esperando que se pensase mejor la cifra.

—Yo sólo os cuento que hay caldo en la olla, no si está salado. Ésa es la verdad, raro se me haría si fueran menos de quince mil.

Los dos hermanos intercambiaron una mirada preocupada.

—*Mater dolorosa!* —soltó Antolín, santiguándose.

Alvar, sin embargo, no mostró preocupación alguna y chascó la lengua para sacarse algún resto de entre las muelas.

El primero en recomponerse fue el melero. Y siguió indagando en lo que les interesaba:

—Bien, pararon los dados y se han llevado la mano. Son más, dos cristianos para tres moros... ¡Cagüen las cigüeñas de san Blas! No es halagüeño. Pero lo hecho, hecho está, y lamentarse no sirve de un carajo... Quizá no esté todo perdido... ¿Sabes algo de la ruta que seguirán?

—No, de ese asunto no he oído nada. Pero no hay mucho donde elegir. Aunque de esas ferias sabes tú mucho más que yo...

Fierro asintió, se tironeó de las calzas y compartió lo que pensaba:

—Seguirán el valle del Guadalquivir, me juego las asaduras. A partir de ahí, ni zorra idea.

—Sea lo que sea, lo harán rápido, parece que el Miramolín está inquieto —apuntilló Ruy, considerando las palabras del hebreo.

—Eso parece, sí —concedió Fierro—. Se le han revuelto las aguas y no quiere una campaña larga. Ya ha esperado todo el invierno; estará impaciente como novicio en putiferio. Si no se apura, se arriesga a una rebelión. Y ese infiel quiere mandarnos al infierno a todos, quiere su gran lid. Quiere ser recordado no como el hijo de una esclava, sino como el gran vencedor. Ese hideputa bebe vientos de grandeza. Él lo ha dicho —insistió, señalando al judío—, quiere seguir los pasos de Almanzor. No, no son figos ésos... No se quedará en Sevilla mucho más tiempo. Quiere plantar combate, pero que me aspen si sé dónde piensa hacerlo o cómo piensa llegar hasta allí.

—Pueden buscar norte tirando por la ruta de la Plata —aventuró Ruy.

—No, no, carajo —negó Fierro con rotundidad—. Aunque cuenten con ruteles de camellos, la mayoría de sus jinetes usarán caballos. Son muchos, quince mil ha dicho éste —apostilló, mirando de nuevo al judío—. Necesitan el Guadalquivir.

Tello entendió al instante; él se encargaba de las caballerizas y sabía que una montura podía necesitar hasta tres arrobas para beber por día.

—Y no sólo por el agua, también por el forraje —apostilló el muchacho—: se quedarán en las vegas del río para garantizarse pasto. —Emocionado por entrever los secretos de la guerra, Tello siguió sus razonamientos—: No se le puede dar trigo a los caballos, se les retuercen las tripas. Necesitan seguir las praderías de ribera para conseguir algo de cebada. Y tienen que hacerlo rápido. Aquí aprieta el calor pronto, para San Juan los pastos se agostan. Y se necesita más de una piedra diaria de hierba y forraje para que un caballo mantenga los dientes prietos.

Todos menos Alvar lo miraron sonrientes.

—Cierto —dijo Fierro, asintiendo hacia el muchacho—. Y del río pueden sacar también qué comer para ellos mismos, basta tender almancebes y hartarse a pescar; el río es su salvación..

—Llevas razón —intervino Ruy—: lo más cabal es remontar el Guadalquivir. De ahí tienen la frontera a un paso. Les basta cruzar la sierra... Una vez a este lado pueden apoyarse en las fortalezas. Caracuel, Calatrava, Malagón, Alarcos —miró a su amigo—, y la misma Salvatierra...

Fierro asintió, dándole la razón.

—Hay que cortarles el paso antes —afirmó—. Si cruzan la sierra...

El comentario pareció disgustar a todos, incluso al hebreo. Era una condena anunciada.

—Si cruzan la sierra, estaremos condenados —sentenció Ruy.

Entonces guardó silencio un instante antes de preguntar en voz alta:

—Pero ¿cómo sabremos por dónde van a pasar la serranía...? No tienen muchas opciones —se respondió a sí mismo—, quince mil hombres necesitan mucho hueco donde meter los codos...

—Cierto —aseguró Fierro—, así que tenemos que averiguar cómo están los pasos. Y hay que hacerlo de prisa. ¡Cagüentó! Para brevas empezará el calor y los ríos se secarán... Podrán

vadearlos.

—Y si no les paramos los pies, para higos habrá moros hasta en las Cortes de León.

Aquello hizo que Tello encogiese los hombros, igual que un crío que se huele una azotaina. Quedaron todos en silencio.

Al cabo, Saadia carraspeó.

—En su libro santo se dice: «Id a la guerra por la causa de Dios», y también: «Que no crean los infieles que van a escapar. ¡Profeta!, anima a los creyentes al combate». Ellos no se detendrán —aseguró convencido—, no quieren más tierras, quieren que todo bicho bajo el sol rece mirando a La Meca.

—Santos, no lo sé —repuso al fin Fierro con escepticismo, tirándose de las calzas—, de éstos no he conocido a ninguno, pero hideputas los hay de todas las confesiones. ¡Cagüen los sacerdotes del templo! No hay que ser moro para ser un cabrón con pintas...

Dejó de llover.

Bruscamente, el viento se cansó, todo quedó en calma repentina y los cielos se abrieron. Las nubes salieron en estampida y un sol radiante se echó con hambre sobre los campos empapuzados.

El alba había traído neblina y una quietud en la que, hasta a una legua de distancia, se oía el canto de los pardales saludando a la mañana con alegría contagiosa.

Para los segundos gallos, el día ya prometía calor y de aquella bruma ligera no quedó ni rastro. Las lluvias pertinaces parecían ahora un mal recuerdo. A Fierro no le cupo duda de que, pese al relente de la madrugada, para el mediodía, cuando aquel sol tímido ganase confianza, hasta los lagartos más atrevidos buscarían la sombra.

A su alrededor, entre las hierbas, revoloteaban mariposas, y Tello se encargaba de atender unos espetos con los sisonos que los dos hermanos habían abatido.

Habían abandonado la venta del hebreo el día anterior y, antes de seguir camino, habían decidido hacer un alto y aclarar las ideas.

Se arreglaron junto a un arroyo que caía de la sierra con aguas claras, en un bosque de abedules entre los que se oía afanoso el repiqueteo de un pájaro carpintero.

En tocones o piedras, estaban todos sentados en torno al fuego mientras los caballos y el mulo pacían a su antojo los hinojos de la ribera. Todos estaban pendientes de Fierro, todos menos Alvar, que comía con ansia el primero de los pájaros asados.

Ruy le hizo un gesto al atajador y éste, después de chistar con desgana, se explicó.

—He estado dándole vueltas —dijo.

Alzó su bordón y barrió con la contera el horizonte, dibujando la silueta de los montes Marianos.

—Quince mil hombres —continuó—, a saber cuántos caballos, camellos, tiendas, furcias, mucines, esclavos... Ciento y la madre. Y, además, esos condenados almajaneques, capaces de convertir Salvatierra en un montón de escombros. ¡Cagüen la mula de san Pablo! Para mover todo eso hay mucha chicha que cortar.

Ruy asentía mientras su amigo enumeraba las fuerzas moras.

—Son demasiados... Como mucho, serán capaces de avanzar tres leguas por día —aseguró, después de chasquear la lengua con fastidio—. Y eso por terreno fácil. Seguirán el río. El Guadalquivir. Y mientras lo hacen, nada podremos hacer. Cuentan con las ciudades. Primero, Córdoba; después, Jaén y por último, Úbeda y Baeza..., que no son tan grandes, pero que entrambas pueden dar alojamiento a los quince mil. No, no se les puede atacar en el valle.

Renegó, al tiempo que sacudía la cabeza.

—Pero no podemos dejar que lleguen a las puertas de Toledo, hay que ir en su busca. Pero en el momento justo. Si la morería nos pilla con los calzones por los tobillos, a mitad de camino, podemos darnos por jodidos, no saldrá uno con vida. ¡Cagüen los callos de san José! Son demasiados. Me parece a mí que me voy a tener que recortar la punta de la verga y averiguar dónde carajo está La Meca... ¡Dita sea! A lo mejor acabo como mamporrero de camellos,

¡condenados moros! Con lo a gusto que estaba yo con mis colmenas...

Por fin, llegó a la conclusión que todos temían:

—Habrá que esperarlos en la sierra.

A disgusto, masticó un poco sus propias palabras antes de continuar:

—Cruzarán los montes para echarse hacia Toledo, sin duda. Y, tras mucho cavilar, creo que sólo tiene dos opciones —declaró levantando un par de dedos de la mano libre.

Incluso Alvar lo miró expectante.

—O el viejo Camino del Rey —dijo Fierro señalando la lejanía con la contera—, por donde cruza la calzada romana... O el paso del Muradal —añadió moviendo su vara hacia levante—. Hay que saber cuál conviene más, tanto a ellos como a nosotros. Y también hay que averiguar con qué guarnición cuenta el castillo del Ferral; es la única fortaleza que está cerca de los dos pasos y es la que debe preocuparnos. Allí tenemos que ir y, en el que mejor cuadre de los dos, allí tendrán que esperar las mesnadas.

—Pero eso es meterse en boca de lobo, eso está allende la frontera. Nos cazarán como a conejos —adujo Ruy.

—¿Y quién fue el espabilado que dijo que éste era un trabajo fácil?

Cruzaron una mirada. La vara de Fierro quedó en el suelo junto al chucho y el melero arrancó un muslo de uno de los espetos mientras Alvar ya se hacía con el segundo sisón.

Ruy asimiló lo dicho y, a contrapelo, preguntó:

—¿Y qué sabes de esos pasos?, ¿del Camino del Rey y del Muradal?

Fierro lanzó un escupitajo que fue a caer en una mata de romero.

—No lo suficiente, nunca los crucé y jamás se me antojó husmear por ahí, no fuera a tener un mal encuentro con los moros...

Un par de noches después acamparon cerca de un bosquecillo de rebollos. Una isla de árboles en medio de las praderías que cubrían las faldas de los montes, no lejos de los escombros abandonados de la casucha de algún iluso. Con suerte, alcanzarían el Camino del Rey al día siguiente.

Ya tenían el campamento dispuesto, los animales atendidos y, en la hoguera, un cazo renegrado con una sopa de ortigas recogidas al paso y cebollas que les diera el hebreo. Hasta el fuego se acercó Fierro renqueando y tomó asiento junto al muchacho.

Las noches aún eran frías, más allí, que ya se acercaban a la sierra, y Fierro agradeció el calor de las llamas.

—Es un mulo burdégano —le dijo a Tello señalando al animal.

El muchacho lo miró con grandes ojos cándidos.

—Es pequeño porque es nacido de burra —aclaró Fierro—; cuando son nacidos de yegua preñada por asno salen más grandes. A éstos los llaman castellanos —terminó cogiendo la patera de guiso que le ofrecían.

Fierro echó un vistazo por encima del hombro y se aseguró de que no había oídos al tanto. Los hermanos, ya comidos, tirados sobre sus mantas, aceitaban sus espadas con desgana. Alvar, más atento, repetía ración, apartado del grupo, como siempre. Ruy andaba ocupado; revisaba los cascos de los caballos, las alforjas, las herraduras, los pertrechos. Todo lo que se le ocurría.

—No lo sabía —declaró Tello con inocencia.

—Como muchas otras cosas —aseveró el renco, enigmático.

El zagal se sopló el flequillo sin comprender. El renco volvió a echar un vistazo para asegurarse de que no los oían y le habló en voz baja:

—Escucha, si en algún momento las cosas se ponen feas...

—He recibido instrucción con la espada, no me arredraré —interrumpió el muchacho con ansia, deseoso de complacer.

Fierro negó con sacudidas rotundas. Observó al criaajo. En el rostro, franco y sencillo, no había un solo zarpazo. Y supo, mirando el fondo de aquellos ojos verdes, que tampoco en el alma. Verde también había mirado ella, verde oscuro, como los bosques de su niñez.

Quizá por eso le gustaba aquel muchacho, porque tenía las mismas ganas de vivir que ella había tenido y, como ella, tampoco entendía que la vida jugaba peores pasadas que un borracho de taberna con dos puñales.

—No. No digas sandeces. Los cuervos no pasan hambre gracias a las entrañas de los héroes —le dijo con pesadumbre—. Yo lo he visto. Un campal cubierto de muertos, la tierra convertida en barro gracias a la sangre. Las cornejas, con el buche a reventar, incapaces de alzarse un palmo sobre el suelo.

Calló para espantar lo sucedido en las murallas de Alarcos.

—No, carajo —continuó—, si las cosas se ponen feas, escapa a uña de caballo. Y no mires atrás, por lo que más quieras, ni se te ocurra. Nosotros nos encargaremos.

Con el ceño fruncido, el muchacho intentó ocultar su decepción.

—Pero no hay honor en huir —adujo.

—Ya te lo he dicho, menos honor tiene un muerto, y tú ni barbas tienes para afeitarte. ¡Cagüen la cruz de santa Elena! Esta condenada guerra ya segó demasiadas vidas, no hacen falta más.

—No —negó rotundo Tello—. Si cumplo, podré enviar dineros a casa, podré cuidar de mi familia...

—Peor será si mueres...

—Mi padre murió en una algarada en Jaén, hace dos años, y allá en San Pedro de Cardeña sólo quedan mis hermanas, que se dedican a los encajes. Yo debo hacer por ellas.

—Lo sé, y sueñas con cobrar los marcos de treinta en treinta, con encargar buenas calzas, ricas túnicas y mejores mantos. Con comprarte un caballo inglés que no sea sardinero, de los que arrancan con prisa y se detienen con ánimo. Maldita sea mi estampa. Conozco la historia —dijo Fierro apesadumbrado—. Pero, créeme, zagal insensato, no hay rey que lo valga. Vive, ¡vive! Y ocúpate de que los tuyos se queden a tu lado. Sujétalos con fuerza y no los dejes marchar.

Desconcertado, Tello lo miró de hito en hito.

—Tú estás aquí, te negaste a venir y luego apareciste para rescatar a Antolín, y nos llevaste a casa del hebreo, y ahora a los pasos... Estás cumpliendo con tu deber, salvas tu honra, luchas por Cristo.

Volvió a negar. Le dio los restos de su cena al chucho.

—¡Cagüen los libros de san Froilán! Noramala se me ocurrió... Estoy aquí porque no aprendo, no me dan para más las entendederas. Mejor estaría con mis abejas —calló un momento—, o con mis ratones. —Tello frunció el ceño, sin entender—. Olvídalo. Hazme caso: si las cosas se complican, pon pies en polvorosa. No merece la pena.

El muchacho no se dejó convencer.

—Tú estás aquí —repitió, terco.

—Porque soy imbécil. Toda una vida por el rey, ¡Santiago y cierra España!, arriesgando el pellejo por tres doblas. Y no aprendo. Yo debería haberle salvado la vida...

Calló, arrepentido por el desliz, y se quedó un rato mirando al fuego antes de continuar:

—Sólo una cosa tuve en la vida que merecía la pena. Sólo una —insistió con la voz tomada—. El resto fue miserias de soldado. Riesgos, malas pagas, borracheras, putas y, sobre todo, miedo y sangre. Los codos tintos, los huevos encogidos. Los atabales moros atronando... No lo creerás hasta que los escuches por primera vez. —Hablaba sin mirar al muchacho, perdido de repente en sus recuerdos—. Tienen tambores tan grandes como para bañar dentro una piara de gorrinos enormes... —aclaró, apagando su voz—. No lo creerás hasta que los veas. Cuando los golpean, todo el suelo en derredor tiembla, ¡incluso las muelas se te mueven! Da la impresión de que se te vayan a soltar los dientes... Y se te mete en la cabeza, un golpe tras otro, uno tras otro, uno tras otro. —El muchacho se dio cuenta de la expresión ausente del atajador, que ya no estaba junto al fuego, sino en algún campo de batalla de su pasado—. Uno tras otro, todo el tiempo... Y mientras los hacen sonar, gritan, no... No, ululan, como demonios...

Lo que no le dijo al chico fue que aún había noches en que se despertaba con aquel macabro coro. Tal y como lo había oído tras la derrota de Alarcos.

—... Y el olor de los muertos —añadió de pronto, como en un sobresalto—. Se pudren al sol entre los zumbidos de las moscas. Los cuervos se pelean por los colgajos. Los buitres tapan el sol... Lo peor es la peste, ese olor a corrupción. No te deja olvidar que no somos más que carne...

Guardó silencio un momento, abstraído.

—Sólo una cosa tuve en esta vida mísera —dijo, regresando de aquel lejano lugar de la memoria—, y la perdí. La perdí por hacer lo que debía. Por el rey, por la cruz. —Negó una vez más—. Majaderías. ¡Cagüentó! —maldijo escupiendo con desgana—. Al rey Alfonso le importa una higa el Papa o los clavos de Cristo. No se trata de defender la fe. Lo que quiere es desquitarse porque le raparon el cogote en Alarcos y, de paso, si le ensarta las tripas al moro, se lleva un buen botín. Si vence, se abre el camino al Guadalquivir, él mismo o sus hijos podrán intentarlo con Jaén, Córdoba y la gloriosa Sevilla. Granada costará algo más, porque está encerrada en sus montes...

Guardó silencio, comprendiendo que le podía el hábito de atajador y se iba por las ramas.

—Si pintan negras, huye y vive —insistió—. Yo lo perdí todo por hacer lo que debía... Y no fue a manos del jodido moro. Fue por mor de un traidor hideputa que rezaba el paternóster tan bien como el obispo de Osma.

Aquella revelación demudó el rostro del muchacho. Incapaz de creer que entre cristianos hubiera traidores capaces de poner el dogal al cuello a quienes adoraban a Cristo crucificado.

—Aunque... —dudó un instante Tello—, aunque sea cierto, lo que ha de hacerse ha de hacerse. Si me desempeño bien, puede que algún día tenga fondos para un caballo —continuó, soñador—. Podría convertirme en un pardo...

Fierro negó de nuevo.

—Ni pardo ni hidalgo ni noble hijo de alta cuna. ¡Cagüen la parrilla de san Lorenzo! ¿Qué piensas, que por rebanarle el pescuezo a dos moros de pronto vas a convertirte en nieto del mismo Cid? Tamaña majadería sólo podía ocurrírsele a un criajo como tú, ¡dita sea! ¿En qué piensas, mentecato? ¿Pretendes viajar hasta las Huelgas Reales para que te arme caballero el mismísimo apóstol Santiago, como a los reyes de Castilla? Despierta, muchacho, te juegas la vida.

Desconcertado con todo aquello, el zagal porfió:

—A gusto me la juego. Así ha de ser. Para recobrar las tierras que perdió don Rodrigo. Me la jugaré una y mil veces si es menester. Y lo haré con orgullo, con la cabeza alta, una oración en los labios y mi familia en el corazón —aseguró, llevándose al pecho una mano—. Cada cual ha de cumplir con su deber. Y no se abandona porque otros lo hayan hecho. El honor no entiende de excusas.

Se lo quedó mirando el melero. Observó aquella mano, tiznada con el carbón de la fogata. Le gustaba aquel muchacho. Podía haber sido su hijo; a ella también le hubiera gustado.

—Eso mismo decía ella... Y yo hice lo que hice. Cumplí con mi deber. Y ahora está muerta... Por mi culpa.

—¿Quién? ¿A quién te refieres? —preguntó Tello, confuso.

No contestó Fierro. Había vuelto a Alarcos. A los días antes de que los moros se presentasen para la batalla.

Los días en que floreció la esperanza.

Recordó los andamios, los postes, las colañas, el barullo de las obras en la muralla. El remozado de la barbacana. El trasiego de idas y venidas en la alcazaba. Bajo el sol del verano el lugar bullía mientras, convencidos todos por la fe del rey, las gentes se afanaban en convertir el lugar en una floreciente ciudad cristiana. La fortaleza se reparaba, intentando olvidar aquella guerra que siempre tenía razones para volver a empezar. La ciudadela se llenaba de artesanos venidos de todos los rincones de Castilla, engañados por los alcaides del rey, convencidos de que allí tendrían un futuro. Habían llegado carpinteros, cesteros, jaboneros, herreros, gualdraperos, ceramistas, lavanderas; y también panaderas.

Recordó el calor reconfortante del horno, la tibieza de la desnudez, las caricias. Y, por encima de todo, aquel aroma a pan recién hecho. Aún a veces le parecía olerlo.

El chucho advirtió la pena de su amo. Se movió hasta apoyar la cabeza en el regazo de Fierro y allí se quedó, muy quieto.

Tras ellos, sin prestarles atención, Ruy cruzó para acercarse a donde estaba Alvar. Martín dormía. Antolín rezaba por lo bajo alguna plegaria.

Sobre ellos, el firmamento, limpio como una patena, deseoso de enseñar lo que tantas semanas habían escondido las lluvias, tejió sus delicadas puntillas de estrellas.

Tello aguardó pacientemente. El chucho, también.

Hubo tiempo para que las sombras cambiasen de lugar al antojo de la luna, que señoreaba la noche sirviendo plata fría en la frontera.

Fierro miró al muchacho. Tello se fijó en las arrugas, las cejas canas, la marca junto a la oreja que había dejado una lanzada, el costurón de una cicatriz que se adivinaba en el cuello y se perdía bajo la camisa. En las manos, curtidas, aferradas al bordón ahumado. Y, aunque no le hablaba, lo que veía le contaba historias, las mismas historias que él quería vivir.

—Yo era igual que tú, con la cabeza llena de pájaros...

Dicho aquello, sin dar otra explicación, se irguió con ayuda de su vara y se alejó hacia los montes.

Tello se lo quedó mirando, lleno de preguntas. Cuando se volvió hacia Ruy, lo descubrió enzarzado en una agria conversación con Alvar.

El muchacho esperaba que el de Carrión lo estuviese reconviniendo por haber apostado en contra de Fierro en la venta del hebreo. Aquello no le había gustado. Andaban todos juntos en aquel embrollo.

De repente, al ver marchar al atajador, el muchacho decidió que, en sus oraciones antes de acostarse, rogaría al Señor porque ayudara a aquellos dos hombres.

Echó unas ramas al fuego.

Le pediría que ayudase a Fierro a perdonarse, y también a Alvar, para que ablandase su carácter.

No podía haberles sucedido en peor momento.

Medio pelo les había faltado para terminar ensartados en lanzas moras, y aún no las tenían todas consigo. Más les valía andarse con ojo si querían ver amanecer. De no volverse las tornas, estaban condenados.

El único consuelo de Fierro era que el joven Tello estaba a salvo. Se había quedado con las monturas, en la vaguada del regato que llamaban Guadalfaiar.

Estando tan cerca del castillo del Ferral, el melero había temido que un relincho o un mal rebuzno los delatase, y ésa había sido la excusa para decirle al zagal que no asomase el hocico. De esa guisa, Tello los esperaba a distancia prudente, acampado durante los dos o tres días que tardarían.

Aunque ésa no era toda la verdad. Alguna otra cosa se le hubiera podido ocurrir para apartar al muchacho de un mal encuentro con los moros; pero resultó creíble y el criaajo quedó convencido, con el orgullo intacto.

Fue así como los cuatro restantes, sin animales, se habían echado al paso del Muradal.

Como el camino se abrigaba bajo la fortaleza del Ferral, a merced de los centinelas de la guarnición, no les había quedado otra que echarse bosque a través. Tal que alimañas por la maleza.

Y pese a todas las dificultades, casi habían conseguido salir con bien. Casi.

Ahora, mientras vigilaba, atento al menor ruido, a la más leve pista de que la patrulla había dado la vuelta, no pudo evitar susurrarle al chuchó:

—Siempre es el último paso con el que caes al pozo —se lamentó—, ¡cagüentó! Qué poco faltó... ¡Dita sea mi estampa!

Si hubieran logrado volver a la vaguada del Guadalfaiar, donde Tello los estaría aguardando con algo arrimado al fuego, todo hubiera acabado.

Pero no resultó.

—... Más te vale aprender a cocinar, bastardo quemapucheros, porque vas a vivir solo en tus propias tierras... ¡Hecho!, ¡ya está hecho!, ¡ya le rapamos hasta el último de los bigotes al gato! —había exclamado Ruy, exultante.

Pese a haber intentado lavarse, el de Carrión seguía cubierto de porquería que le ennegrecía el rostro. Todo lleno de rasguños, incluso tenía hojas de lentisco agarradas en la hombrera, prueba de la ordalía que habían sufrido al seguir a gatas, entre las matas, la senda de aquel paso del Muradal.

—Aún no —le había repuesto Fierro—, aún no se aguanta la herradura. Hay que amartillar el último clavo. Todavía tenemos que volver. De poco sirve lo que sabemos si nos apiolan antes de contarlo. No, no vendas la piel antes de cazar al oso, ¡dita sea! No queda otra que pasar de nuevo bajo los morros de la guarnición —había advertido—. Si nos dejamos ver, no van a limitarse a preguntar qué tal andamos. Nos van a rebanar el pescuezo, u os creéis que se van a tragar que Alvar ha bajado al arroyo a lavar la ropa...

Al oír su nombre y, por primera vez desde que conociera al atajador, el gigantón, que roía un mendrugo de pan, se volvió hacia Fierro. No sólo lo miró sin desprecio, sino que incluso le dedicó un remedo de sonrisa.

—No —saltó Martín—, no se lo tragarían... Le falta el cesto con la colada...

Rieron.

Estaban contentos, habían logrado lo que se les suponía. Con lo averiguado se creían capaces de ponerse en la piel del Miramamolín e imaginar qué se le antojaría al califa y cuándo se le antojaría. Podrían dar baza a sus compadres cristianos frente a un ejército más numeroso y mejor armado.

Todo el día les había costado, todo un día y parte del siguiente. Noche tuvieron que hacer junto a un arroyico miserable que empezaba a quedarse corto con los calores. No les había quedado otra que arrastrarse cual sierpes, buscando huecos para ocultarse entre madroños y piedras. Se arañaron con las jaras y los enebros, maltrataron las rodillas con los guijarros, se despellejaron las manos con los espinos, pasaron hambre, sed y miedo, pero lo habían conseguido. Lograron pasar sin que los hombres del castillo los descubrieran.

Y encontraron lo que habían ido a buscar. Aquel paso del Muradal era impracticable.

—Es como un condenado cepo —había dicho Ruy.

Con el ceño fruncido, miraba hacia el siguiente desfiladero.

—Lo es —había respondido el melero, vuelto también el rostro hacia el siguiente hito en el camino, donde una gigantesca losa daba pie a un despeñadero—, peligroso como un oso recién despierto tras la invernada.

El de Carrión había asentido, pensativo.

—Las mesnadas no pueden usarlo —había asegurado con rotundidad—. Sirve para el mercadeo, hay sitio de sobra para un par de caballos sardineros con sus esportillas llenas —había continuado Fierro, abriendo los brazos, juzgando el ancho de la vereda desde donde estaban—. O para una pandilla de comadres llevando encajes, incluso para el carro atestado de un calderero, pero poco más. Si el califa aguarda en el cerro con sus tropas —añadió señalando la loma más al sur—, entonces...

No pudo acabar Fierro la frase, porque Ruy se animó a seguir él mismo:

—Entonces podemos darnos por jodidos —remató—. No quedará cristiano vivo —afirmó, cenizo—. Le bastará a ese pagano hideputa ir disponiendo un haz tras otro. Con una veintena de hombres de cada vez nos dejaría listos.

Todos miraban el lugar y no les costó hacerse cargo de lo que supondría. Una auténtica carnicería.

Desde allí podían verlo con claridad.

Entre encinas, quejigos, rebollos y matorrales. Entre areniscas y puzolanas. En medio de un continuo subir y bajar, de cuestras, cortados, collados, despeñaderos, gargantas y barrancos. Junto a un arroyo al que decían de los Frailes, donde intentaron quitarse parte de la roña, estaba el fin de su trayecto. Allí. Allí se acababa.

—Detrás del cerro, más allá el collado, estará el valle. Úbeda y Baeza —remarcó Ruy, señalando la subida que seguía al despeñadero.

—El Guadalquivir —concordó Fierro—. Les basta seguir el río desde Sevilla —insistió, remarcando lo que habían hablado—. En medio mes plantan las tiendas en la loma —aseguró mirando la lontananza—. Tienen regatos para garantizar el agua, pastos para sus monturas y sitio de sobra. Además, llegarán descansados, sin más quebranto que el de alguna herradura perdida. Y,

si los nuestros quieren echárseles encima, el único camino posible es ese condenado... —Eché otro vistazo al despeñadero y suspiró—. Es como ponerse el dogal al cuello... Basta con que nos esperen en lo alto y nos vayan dando caza según asomemos los hocicos...

—Es como un embudo —reconoció Ruy—. Aunque fuéramos tantos como ellos, no serviría de nada.

—De nada —repuso Fierro convencido—, por ahí no pueden pasar más que de seis en seis, y eso apretándose... El camino es malo desde el Muradal. Empieza a enrevesarse ya en la misma vereda del castillo, pero pasar junto a esa losa es ya penitencia —añadió señalando la enorme roca a cuyo pie se iniciaba la caída—. Además, tendrían que venir montados en cabras en lugar de en caballos... No podemos dejar que nos atrapen aquí con la guardia cambiada...

Antolín, dándoles la razón, recurrió a sus pesimistas jaculatorias:

—*Nihil novum sub sole.*

Su hermano agarró la higa que llevaba al cuello. Ambos parecían espantados sólo por imaginarse entre aquellas paredes de roca a merced de los moros.

El de Carrión parecía ensimismado, y Fierro creyó comprender. Ruy estaría reviviendo alguna otra emboscada de su pasado. Algún lance en el que debía haber salido mal parado.

—Si metemos por ahí los hocicos, nos los cortan —concluyó el atajador—. Si el Miramamolín hace lo que barruntamos, es mejor que los nuestros sigan el Camino del Rey —añadió señalando al oeste, más allá de los árboles, los pedruscos y las cañadas, allende aquel enrevesado paisaje.

Fierro calló, regalándole silencio a su amigo. Y Ruy quedó unos instantes sumido en aquel mal trance de su pasado.

Pero no tardó en recuperarse.

—Llevas razón...

Lo dejó en el aire en tanto cavilaba algo más. Entonces sonrió con júbilo y tomó a Fierro de los hombros.

—No hay más que rascar. Hemos cumplido —dijo, como si celebrase en una taberna—, no resta más que rendirle cuentas al rey. —Miró entonces a su amigo—. Más te vale aprender a cocinar, bastardo quemapucheros, porque vas a vivir solo en tus propias tierras... ¡Hecho!, ¡ya está hecho!, ¡ya le rapamos hasta el último de los bigotes al gato!

Y ya sólo les había faltado regresar sanos y salvos hasta donde Tello esperaba.

Sin embargo, tal y como había temido Fierro, fue entonces cuando surgieron los problemas.

Tuvieron mala suerte. Como había intentado explicarle al zagal, de poco importaban la instrucción o el valor cuando las cosas se torcían. Por eso mismo a Fierro le gustaba decir de tanto en tanto:

—Al demonio le gusta jugar a los dados...

Muchas cabilas tenían sus dialectos y habían pasado tantos años desde aquella odisea en el desierto que el árabe de Fierro estaba oxidado; ya sólo hablaba la aljamía de la frontera, una mezcla de lenguas que tomaba prestado de unas y otras. Aun así, creyó entender que aquel desbarajuste había empezado por culpa de un retortijón que le metió a uno la flojera de tripas debajo de la chilaba.

Agazapados, incómodos, enredados entre las jaras y el romero, luchando contra el calor, intentando no sacarse los ojos con las ramas secas. Fue entonces cuando escucharon las voces.

Los gemidos, las carreras y los gestos se lo dijeron todo. A lo mejor había bebido de algún charco, o tal vez había guardado algún recuerdo del rancho que se le había agusanado.

Como una exhalación, el tipo y sus barbas, bien negras y bien largas, pasaron corriendo. No había que graduarse en París para saber que no pretendía acogerse a sagrado, sólo buscaba lugar al que echarse sin más, y sus compañeros, algo más retrasados, ya reían a carcajadas, divertidos por el apuro del primero.

No hizo falta que nadie gritase la orden. Eran tipos bregados. Los cuatro se escondieron a la primera señal de los infieles, descendiendo hacia el despeñadero por el que caía el arroyo que habían estado siguiendo.

Como única baza a favor tenían que, de todas cuantas habían pateado, aquellas veinte varas eran las más empinadas, pedregosas, laberínticas y condenadas.

No había mucho donde elegir. Cada cual se acomodó donde pudo, en los resquicios entre los peñascos y la maleza. Fierro sólo fue capaz de advertir que Martín se encaramaba a las ramas de un alcornoque mientras su hermano se resguardaba bajo unos matorrales. A Ruy, de reojo, lo sospechó más allá de unos pedruscos. Y, en cuanto a Alvar, no tenía idea.

Vigiló, atento, cuando, para colmo de desgracias, aquel moro decidió echarse al mismo lado del paso donde estaban ellos.

Fierro, bien a cubierto, le puso la mano encima al chucho, para evitar que hiciera una tontería y, conteniendo la respiración, miró alrededor.

Vio pasar de largo a los hombres de la patrulla. Iban dándose codazos, todos muy risueños, señalando hacia donde su camarada quedaba en cuclillas intentando contener lo que ya no había modo de contener. Desaparecieron por el despeñadero de la losa, moviéndose con tiento para no dejarse los sesos allí mismo.

Lo que Fierro no supo fue que Alvar estaba a punto de descubrir si el buen Creador en su infinita obra había dotado a moros y cristianos de los mismos atributos. O si era cierto, como decían algunos lenguaraces, que los infieles tenían un rabo puntiagudo como el del mismísimo Lucifer.

—Siempre es el último paso el que hace caer...

Se hacía viejo. Tenía ya más recuerdos por guardar que por recoger. Había visto demasiado. Tanto que conocía lo más oscuro del alma de los hombres.

No sólo Alarcos. No sólo aquel condenado desierto con su Ciudad Roja, su Ciudad Azul y su sed impenitente.

Muchos años atrás, cuando la barba le crecía por parroquias y las cicatrices aún estaban por venir, en una cabalgada no lejos de Cella, a la que llamaban del Canal, había presenciado algo que nunca había contado a nadie.

Formaba en una partida que mandaba un vizcaíno depravado, un tipejo cruel que amaba aquella guerra y cuya mayor ilusión era encontrar muchachitas moras de las que abusar. Y aquel malnacido, después de hacerse con una pequeña caravana de esparto, había decidido que el moro que guiaba los cargados borricos necesitaba un escarmiento. Sólo porque se había negado a pagar el diezmo que le había exigido.

En aquel entonces, a Fierro no le iba mucho en si aquel moro se reunía con su creador. Así era la guerra. Lo había visto ya demasiadas veces. Si a aquel vizcaíno malcarado le apetecía pasarse por obispo con derecho a cobro, a Fierro no le iba un bledo. Pero lo que pasó después ni lo había visto antes ni jamás lo volvería a ver. Sobre todo, porque a aquel hideputa vizcaíno se lo llevó por delante una lanzada mora no lejos de Játiva; por la espaldilla salieron la hoja y su pendón, tintos de sangre y engarzados con cachos de bofe.

Aquel pobre caravanero no tenía a quien acudir para que pagaran por él, pues no tenía más propiedad que aquellas esportillas de esparto y los mocos que le colgaban de las narices. No iba a abonar el diezmo, más merecía limosna. Pero menos aún valía muerto. Aun así, el vizcaíno sanguinario decidió que tenía ganas de pasar una mañana divertida.

Con el moro cogido por los hombros, tan asustado el hombre que los ojos se le iban a caer, se arrimó a una encina a la vera del camino.

—Buena la mañana, ¿verdad? —le iba diciendo al pagano—. No sopla cierzo y brilla el sol. A gusto se está.

Le hablaba lisonjero y el moro, que se la olía, temblaba igual que una hoja al viento.

Pidió una soga y, cuando el vizcaíno empezó a amarrarla en el tronco de la encina, Fierro pensó que iba a dejar allí atado a aquel desdichado para que se lo comiera la sed y lo rematasen las moscas. No fue nada semejante.

Sin dejar de hablarle, sin previo aviso, el vizcaíno metió un tajo al moro bajo la pechera. Le pasó el puñal de un lado a otro con el giro resuelto de quien lo ha hecho otras veces, y el moro cayó al suelo aullando de dolor.

Aquel infiel quedó condenado. Fierro lo supo al momento, heridas así malbarataban a cualquiera. Le esperaban horas de agonía, no había maestro de llagas capaz de arreglar semejante estropicio. Y cuando se preguntaba para qué diantres quería entonces la soga el vizcaíno, llegó la respuesta. Se agachó junto al moro, le rasgó la camisa y empezó a hurgarle en el tajo como quien destripa a un conejo.

El infiel chillaba y se revolvió, intentando zafarse, pero el vizcaíno lo golpeó y siguió trasteando.

Igual que un marinero con maña, sacó una vuelta de la madeja de tripas y le ató el cabo libre de la soga. Antes de que nadie pudiera pararlo, obligó a aquel pobre desgraciado a ponerse en pie sobre las piernas temblorosas y, arrimándole la daga a los huevos, le ordenó que corriera.

—¿Có...? ¿Cómo? —había preguntado el pobre infeliz.

—¡Ya me has oído! Corre o te capo como a un gorrino, ¡corre, maldito infiel del demonio! ¡Corre!

Y, como no se movió, el puñal brilló al sol. Aulló de nuevo el moro y, antes de que pudiera pedir clemencia, el vizcaíno le arreó una patada en la espalda que lo despatarró en el suelo, sacándole media braza de tripas de las entrañas.

—¡Corre! ¡Corre! O te juro que será aún peor.

Hasta lo que sucedió en Alarcos, no volvió Fierro a toparse con aquel miedo brincando en los ojos de un condenado. El moro intentaba sujetarse las asaduras, aferrado inútilmente a una última esperanza.

—¡Corre! —le insistió entre espumarajos, amenazándolo con usar de nuevo la hoja.

Y el pobre desdichado corrió.

Aquel día, el renco aprendió que había sins peores que la muerte.

A cada zancada se le iban saliendo las tripas como hilo en una rueca. Le temblaban hasta las orejas. La sangre salpicaba por todos lados y la peste era insoportable.

Entre alaridos, el moro se dejó la vida a las espaldas, colgando de una soga atada a una encina.

Cuando una lanza mora le partió el pecho al vizcaíno, Fierro no sintió pena alguna.

Se hacía viejo. Había visto demasiadas cosas. Pero nunca antes lo que estaba por suceder.

Entre las ramas de los rebollos y lentigos apenas distinguía poco más que unos parches de la ropa del moro acuclillado. Con algo de suerte, la flojera ayudaría a que terminase su negocio rápido y seguiría camino tras los suyos.

Podía oírlo gemir y renegar, maldiciendo por aquello que le estaba desbaratando el triperío. La brisa le acercó incluso el olor de un portentoso cuesco que demostraba los apuros del moro, y una sonrisa retorcida se le movió en el rostro a Fierro.

A veces, en tanto los hombres se mataban, entre el miedo, la venganza, el horror y la miseria, a veces en la guerra también había ocasión para lo grotesco. Y esas veces incluso a la puta de la guadaña se le escapaba una sonrisa.

Todos aguantaron. Esperaron bajo aquel sol implacable que castigaba la sierra. Alguna cigarra chirrió. No soplaba siquiera una brisa perdida entre aquellas hoces y despeñaderos.

Entonces, sin previo aviso, se produjo una conmoción. Las ramas se agitaron. Un nuevo barullo sustituyó a los reniegos. La cigarra se volvió tímida y calló.

De pronto, alzándose, el agareno gritó. Manoteaba, procuraba arreglarse las ropas entre aspavientos.

—Ya se jodió —le dijo al chucho.

Y echaron a correr. El tumulto era ya una lucha entre dos hombres.

—Moro del demonio, ¡casi se me caga encima!

Oyó Fierro que se quejaba Alvar y, pese a cuánto había visto, pese a lo poco que les convenía aquello, no pudo evitar un amago de carcajada.

—Si me lo hubiera contado un cura —le dijo al chucho sin detenerse—, no me lo hubiera

creído, ¡dita sea!

Y con una de sus sonrisas gastadas, añadió:

—Cómo se hubiera reído ella...

Tuvo que espantar la melancolía.

Se dio cuenta de que todos acudían en auxilio de Alvar y, precavido, prestó atención a aquel endemoniado sendero por el que se había alejado la patrulla. Temía que los demás moros volviesen. Tenían que haber escuchado el griterío.

Ruy y los dos hermanos no echaron ni un vistazo camino abajo. Estaban demasiado ocupados con la trifulca, pero Fierro no se lo tuvo en cuenta.

Cuando logró acercarse, advirtió que las sorpresas no habían terminado.

Era perro viejo... Pero no supo ver que había tropezado de nuevo en la misma piedra.

Ruy negaba con fuertes sacudidas del mentón, aquello pudo servirle de aviso.

No lo hizo.

Y tampoco a aquella cigarra que entonaba al calor del día. Había reanudado su cantiga, ajena a la disputa de los hombres.

Lo que sí le resultó extraño fue que Martín intentaba sostener a Alvar y evitar que media vara de toledana le arreglase para siempre los retortijones al moro.

Pero eso tampoco le hizo sospechar.

Sí armó su suspicacia el advertir que Antolín refrenaba al moro, quien no se arredraba pese a la amenaza de Alvar.

—¿Qué demonios? —se le escapó, y miró al chucho.

Al final, lo que hizo que se le erizasen los pelos del cogote fue el extraño semblante de Ruy. Se lamentaba con los ojos gachos.

—No tenía que haber sido así —dijo con un tono fúnebre que Fierro no supo interpretar—. ¡Por los clavos de Cristo! Yo no quería esto. —Seguía negando con fuerza, sacudiendo la barbilla—. No, no tenía que haber sido así. Por san Isidoro, ahora... Ahora se ha ido todo al carajo. Y no tengo otra salida...

Confuso, temiéndose lo peor, a Fierro no le quedó otro remedio que preguntar:

—¿De qué diantres estás hablando?

Ruy se volvió, dándole la espalda. Un poco más allá, los demás seguían enzarzados; los hermanos templando espadas, los otros dos gritándose.

—Estoy hablando de que no es así como lo había planeado. —Volvió a negar con la cabeza al compás de la cigarra—. Yo quería que salieras con bien de ésta... ¿Acaso piensas que no recuerdo que te debo la vida? ¡Por los clavos de Cristo!

Llegaron a toda prisa el resto de los moros. Las espadas en la mano, listas, ansiosas por cumplir. Pero se refrenaron en cuanto el de Carrión alzó la mano.

Y aquel gesto le dijo a Fierro mucho más de lo que necesitaba. Estaba de nuevo a la sombra de Alarcos con aquel hideputa de Castro.

—Serás malnacido...

Ruy supo que su amigo ya había comprendido. Y no necesitó tiempo ni para un acto de contrición. Como Fierro, estaba bien bregado, acostumbrado a que la muerte lo rondase.

—Encargaos de estos dos —ordenó, apartando la pena.

Volvió a negar con otra sacudida del mentón.

—Yo despacho al muchacho —dijo volviéndose para marchar.

Lo habían traicionado de nuevo.

Y antes de que Fierro pudiera hacer nada, mientras intentaba asimilar lo sucedido, Ruy se echó a caminar hacia el Muradal, dando por zanjado el asunto. No hicieron falta más señas. El moro de los retortijones se fue a por Alvar mientras Antolín se apartaba, dejándole hacer.

—¡Hijos de puta! —rugió el castellano con la voz cargada de furia.

No hubo tiempo para más, Martín lo sujetaba y lo sirvió en bandeja.

Bastó echarle el filo al pescuezo. Y el moro tenía soltura con gaznates cristianos. Sabía lo que se hacía.

Fue un tajo rápido.

Tan grande y pesado era Alvar que perder toda aquella sangre no lo detuvo. Antes de caer como un fardo, rugió una vez más y lanzó un inútil envite para vengarse.

Antolín se persignaba. El moro empezó a reír.

Fierro se sobrepuso.

—Así estamos —le dijo al chucho—, con la mierda al cuello.

Ruy se alejaba. Martín y Antolín se lo pensaban. Alvar agonizaba.

Y siete moros lo miraban hambrientos. Una vez más en su perra vida, Fierro no tenía otra. Una vez más le tocaba bailar con la puta de la guadaña.

—¡Dita sea! Nos han pillado sin confesar...

El perro nada dijo.

—¡Al carajo!

Ninguno de los dos hermanos tuvo el valor de enfrentarse a él. La vergüenza les pesó más que las órdenes de Ruy.

Martín se terció, enseñándole el hombro. Antolín miró al suelo y escupió uno de sus latinajos:
—*Qui amat periculum in illo peribit.*

A los moros, sin embargo, no les dolieron prendas. Se le echaron encima como una jauría.

El primero que se acercó fue el de la tripa suelta. Un tipo espigado, cetrino, de nariz aguileña y ojos pardos tiznados de odio. Los restos del almuerzo que tan mal le había sentado todavía le bailaban en sus largas barbas. Traía la espada gacha, a un palmo del polvo del suelo, vestida con la sangre de Alvar.

Tras él, los demás. Pintaban igual de decididos.

Todos cometieron el mismo error. Creyeron que se enfrentaban a un viejo rengo sin otra ayuda que una vara y un perro mugriento. Ni siquiera se lo repensaron cuando una sonrisa torcida quebró el rostro del cristiano.

—¡Cagüen en el virgo de la Magdalena! —le dijo al perro—. Si nos van a dejar aquí mismo tiesos, mejor será maldecir este condenado lugar con las almas errantes de unos cuantos infieles...

El chucho sólo bostezó.

Cuando el moro se acercó un poco más, Fierro vio que las pencas de la barba eran migas de pan. También advirtió el sudor que le caía por el entrecejo. Y lo fiero de aquellos ojos pardos.

Gritó el pagano alguna de sus bendiciones, rogando quizá que le acompañase la baraka.

Él calló. Por toda respuesta, levantó la vara con las dos manos, ofreciéndola ante él como si pidiera limosna. Y se guardó para sí la certeza de que la fortuna del moro estaba a punto de irse al garete.

No permitió que la confianza le asomase al rostro, no fuera a sospechar el infiel.

Y le vio en los gestos que se había tragado el anzuelo.

El moro rio con escándalo. Cavilaba que el cristiano pretendía combatir el acero sin más ayuda que el largo palo. Ni siquiera hizo una finta, convencido de que el mandoble que traía en las intenciones partiría el bastón limpiamente y terminaría con aquel inconsciente hecho rodajas.

Fierro lo dejó hacer.

En cuanto el pagano levantó las manos para lanzar su espadazo, el melero se movió a un lado y, con el gesto tantas veces repetido, tiró del extremo de su bordón.

El acero, un estoque de tres filos, igual que los cuchillos de matarife, apareció silbando.

Le quedó en la izquierda la larga funda de madera y, en la diestra, la que más veteranía tenía en el negocio de la muerte, el hierro.

Antes de que el pagano comprendiese que aquello era mucho más que la vara de un cojo, Fierro lo traicionó bajo la guardia.

Le atravesó el sobaco con el estilete.

Entró de un tirón, arrancándole al desgraciado un gruñido de sorpresa.

Y, sin perder ojo del resto de los jaques, Fierro giró sobre sí mismo para jalar la hoja y, a

conciencia, antes de retirarla, la revolvió con saña. Le desbarató los interiores. Lo condenó.

Al instante, la sangre manó a borbotones, silbando entre burbujas que, como Fierro sabía, confesaban que el estoque había llegado al bofe. El moro no fue capaz siquiera de quejarse.

Cayó como había caído Alvar.

Y Fierro asentó los pies, preparado para el siguiente embate.

A partir de ese momento, como si sonaran los clarines y el confalón agitase el estandarte, los dos hermanos perdieron toda vergüenza. Había llegado el momento de luchar por la vida o morir como cobardes. Y todos allí conocían el oficio.

Los cristianos se unieron al resto de los moros. En total se contaban ocho, y Fierro sabía que, de enfrentarse a ellos, no saldría con vida.

Y le importaba un carajo. Si ella estuviera viva, quizá se hubiera refrenado. Pero no ahora.

Ahora era tarde. Las abejas no iban a echarlo de menos. Además, si san Pedro estaba de buen humor, a lo mejor le abría las cancelas y podría verla de nuevo.

Llevaba demasiado tiempo amagando a la muerte y no le pareció mala idea encontrársela allí mismo, de cara y con el acero en la mano. Así debía ser.

Pero quedaba el muchacho.

Lo que Ruy había dicho era prueba suficiente de que el zagal no estaba en el ajo. Y, si bien morir allí le importaba una higa, que apiolasen al muchacho le hacía hervir las tripas.

Ahora ya no tenía la sorpresa de su mano. Ya todos sabían que su vara era lo que en el levante llamaban dolon y en el norte, fierro. Una vieja artimaña de herreros con mala baba, difícil de usar porque no tenía guarda y más de uno de los que intentaban sacarle partido acababa con los dedos rebanados. Pero aquel palmo y medio de acero, tinto con la sangre del moro, les anunciaba que el cristiano sabía lo que se hacía.

Aun así, no se arredraron.

Otro de los paganos, barrigudo y de hombros caídos, con una cicatriz en la mejilla que le partía las barbas, fue el primero en meterse en la guardia del melero. A distancia suficiente para que su espada tuviera ocasión.

Y el renco lo dejó hacer.

Antes de que tuviera ocasión de tentarlo, Fierro usó el vástago de la vara. Con toda la fuerza que fue capaz de reunir, le arreó un trallazo en la rodilla. Un golpe seco y brutal que le reventó los huesos. Lo mandó al suelo, gimiendo como un perro, agarrándose con ambas manos, olvidada ya la espada. Jamás volvería a caminar derecho.

Y, para cuando el siguiente tomó el lugar del caído, el atajador se movió a un lado, intentando obligarlos a girar sobre sí mismos.

El chucho, acostumbrado a todo aquello, se escurrió de entre los talones de Fierro y se encaminó hacia el despeñadero que quedaba a las espaldas de los hombres. Al verlo, su amo sonrió de nuevo. Tanto tiempo juntos habían pasado que el animal ya conocía las mañas de un atajador.

Sus atacantes quedaron desconcertados. Los dos hermanos fruncieron los ceños.

Una mano amenazaba con la vara. En la otra, bien templado en los dedos como un puñal vizcaíno, enseñaba el estoque y, con un paso más hacia un lado, le dio la espalda a los rebollos que crecían en la vera del camino, Fierro los obligó a moverse.

Quedaron atravesados, apretados por lo escaso del sendero. No se dieron cuenta de que, al apretujarse, acortaban la guardia. Se estorbaban unos a otros. Con aquel sencillo gesto, Fierro había convertido en inútiles a los que quedaban en la zaga. Serían incapaces de lanzar una sola

estocada sin herir a los suyos.

Los unos y el otro se cataban las intenciones, sin atreverse al primer envite. Ellos eran más, pero todos temían reunirse con su creador y nadie quería ser el siguiente.

Miró a los hermanos y comprendió Fierro aquella manía que le había tenido el gigantón Alvar. Había sido el único sincero.

Olvidándose del chico, que tenía la cabeza llena de pájaros, de todos los demás, sólo a Alvar le había dolido en el alma la negativa del melero.

No sabía ni quería saber cómo el de Haro había montado aquella partida. Eso no le incumbía. Ya estaba hecho y no tenía remedio. Quizá Ruy se había tenido que comer la compañía, o quizá se trató de mera casualidad. Podía ser que ya se hubiera vendido de buen principio o que cambiara de idea cuando se dio cuenta de que los cristianos lo tenían crudo. Pero se prometió a sí mismo que, antes o después, se las cobraría al de Carrión. Le sacaría la verdad, aunque fuera a base de arrancarle las uñas, una a una.

—¡Cagüen los olivos del huerto!

Amenazaba la puesta de sol, las cigarras se habían animado, el aire estaba cargado con las flores de romero y el polvo del camino. El calor se apaciguaba y apetecía más sentarse junto al arroyo para echar un trago de agua fresca que jugarse la vida en aquel despeñadero.

—¡Cagüen el serrucho de san José! No queda otra.

A otro, uno con un mechón cano en las barbas, se le ocurrió intentarlo. Dio un paso al frente y amagó con el filo. Fierro lo bloqueó con la vara, haciendo retemblar el acero. Y aprovechó el intercambio para hacerse a un lado. Un poco más.

Se los veía cachazudos, sabían que lo tenían a favor.

Y hubieran tenido razón si la lid dependiera de la mordida de los aceros. Fierro hubiera acabado con las tripas al aire.

Se olvidaron de que el renco era atajador.

Si era menester, se las apañaba con casi cualquier cosa, incluso con una navaja de las de comer. Habían sido muchos años en la guerra como para no saber chantarse con un arma en la mano.

No era un caballero harto de ensartar la lanza en los ojales de las tablas; tampoco un infanzón con la mano encallecida por las horas de práctica con la espada. No saldría de allí con vida gracias al acero, eso lo sabía bien, sino porque aquel condenado trecho del camino del Muradal se lo ponía en bandeja a quien, como él, podía escurrirse entre las piedras como una lagartija.

A eso había dedicado la vida. A ver sin ser visto. A entrar a hurtadillas en los campamentos, a escapar de los cercos, a sobrevivir en los montes sin otra cosa que llevarse al buche que raíces y gusanos.

Era atajador.

Dio otro paso más y ni siquiera se dieron cuenta de que los tentaba. Se tironeó de las calzas.

Y acabaron al revés de como habían empezado. Paso a paso, hurgándose la guardia, habían dado media vuelta. Ahora Fierro tenía a su espalda el condenado despeñadero.

—*Vanitas vanitatum et omnia vanitas* —susurró Antolín por detrás de los moros.

Fue señal suficiente para Fierro. Sin amago que lo delatase, se echó al frente y despachó al del mechón en la barba con el estoque. Lo ensartó por la barbilla hasta la empuñadura, hasta que notó el cosquilleo de la pelambreira en la muñeca. Y se hubiera librado de la reacción del otro pagano de no ser porque el acero prendió en el hueso.

Los ojos del moro se apagaron en un instante y, tras él, se abalanzó otro de los infieles aullando el nombre de su dios y clamando gloria eterna para el guerrero santo.

Detrás del que chillaba, se adelantó otro más de mirada torva, mientras Fierro forcejeaba para sacar su hoja de la crisma del que tenía el mechón en las barbas. Se encontró de pronto con dos acometidas, una por cada costado.

Intentó bloquear uno de los espadaños con la vara, pero no llegó a tiempo.

Fue un tajo serio en el hombro. Empezó a sangrar de inmediato. El dolor vendría después, eso Fierro ya lo sabía.

Del otro lado salió mejor parado. Una raja que no tocó hueso en la pierna buena.

Se amontonaron unos encima de otros, sin percatarse de que aquella pelea no entraba en las intenciones del atajador.

En cuanto pudo liberar el acero, el pagano cayó desmadejado como un muñeco de trapo. Al que lo había cazado en el hombro le reventó la sesera con un golpe de la vara. No lo mató porque la herida en el hombro le restó fuerza, pero Fierro estaba seguro de que tardaría mucho en tenerse en pie. Al otro ni caso le hizo. Y, de inmediato, sin darles tiempo a reaccionar, se echó hacia el despeñadero.

Pese a ir trastabillando, lo perdieron de vista en cuanto cayó por entre los peñascos.

Tropezando unos con otros, apartando de mala manera al barrigudo con la rodilla desvencijada y saltando por encima del cadáver del tipo que tenía abierta la crisma, se lanzaron en pos del melero, que ya había desaparecido tras el perro por aquel enreveso de peñas y matorrales junto a la gran losa.

Aun herido, los años daban la práctica y no le costó disimularse entre la maleza; al fin y al cabo, era atajador.

No fue lo más honroso, tampoco lo más valiente, pero salió de aquel despeñadero con vida.

Fueron tras él como lobos hambrientos.

Patearon los rebollos y revolvieron la breña, mientras se gritaban los unos a los otros, entendiéndose sin problemas moros y cristianos con aquel hablar aljamiado de la frontera.

Buscaron y rebuscaron. Se enredaron en las jaras. Usaron sus espadas para cortar las retamas. Fueron un tropel ansioso que, en lugar de poner toda su atención en lo que se traían entre manos, armó el barullo de una carga de caballería. Se anunciaron como si llevaran clarines.

Se lo pusieron fácil.

No lo encontraron.

Se había esfumado.

Enredado en las espesas ramas de un arrayán, se taponó la herida del hombro con algo del barro que abundaba cerca del arroyo. La de la pierna la aseguró remangando las calzas.

No quería dejar un rastro de sangre que les diera oportunidad.

Quieto para no delatarse, los oyó rebuscar y maldecir. Martín llegó a apartar unas zarzas que apenas tenía a dos palmos, pero Fierro ni siquiera respiró. Se limitó a confiar en su escondrijo.

Agazapado, sin más consuelo que el chucho echado entre sus pies, esperó.

Esperó hasta que, como había previsto, siguieron camino abajo, convencidos de que era lo único que el rencó había podido hacer. Sólo entonces habló al chucho.

—Vamos, hacia el muchacho, corre —le susurró.

Y, volviéndose hacia el paso del Muradal, ascendió presto el camino hacia el castillo del Ferral.

El hombro empezó entonces a doler como un condenado, pero no se detuvo. De la pierna ni se acordó. Quería llegar a tiempo de salvar el pellejo del muchacho.

Se movió recurriendo a cuanto le había enseñado la veteranía. Pisaba pedruscos asegurándose de no quebrar una mísera ramita, atento a no dejar un rastro delator y, penosamente, a través de la maleza, fue dejando atrás el despeñadero de la losa.

La noche venía en su ayuda y, a poniente, el sol ardía y llenaba el horizonte de brasas al rojo vivo. Era una bonita estampa donde la fiereza de la sierra se amansaba por el contraluz.

Lo más delicado, por complejo, fue pasar junto a los murallones de la fortaleza del Ferral, que se hincaban en la vereda misma. Para su desánimo, vio regresar a Ruy con los animales. Traía la recua atada por los ronzales y sólo el burro cabeceaba, como a disgusto por lo que había dejado atrás. Los del castillo lo saludaron tal que a un viejo amigo y le abrieron el portón. Con desazón, tuvo que admitir que allí no tenía negocio. Se tragó las ganas de atravesarle el gazonate al de Carrión y, en tanto, lo vio desaparecer en el interior de la fortaleza.

Mala señal era aquélla. Ruy no se hubiera vuelto de no haber despachado el asunto. Sin embargo, pese a barruntarse que sería en balde, decidió seguir hacia la vaguada del Guadalfaiar, aferrado a una última esperanza.

Llegó entrada la noche, sin más luz que la miseria de la luna llena.

Agotado, sediento, desfallecido por las heridas. Empezó a rebuscar.

Encontró sus propias huellas, las del mulo, las de las monturas. Una leñera improvisada, toda de ramas bien secas, de las que no hacían humo, tal y como había enseñado al muchacho. Y se guardó la sonrisa que quiso asomar. Tello no aparecía.

Impaciente ya, perdió toda la templanza que le había salvado el cuello junto a la losa. Frenético, buscó y rebuscó, intentando hallar al muchacho.

Incluso gritó el nombre del crío, sin miedo alguno a delatarse y que dieran con él. Ya no le importaba. Sólo quería encontrarlo.

Salvarlo.

Como si sacar adelante al muchacho pudiera perdonar los pecados de su pasado.

Como si traer a la vida a aquel zagal pudiese borrar lo que había pasado en Alarcos.

Aquel muchacho, en el aquí y el ahora, se había convertido en cuanto hacía que su vida mereciese la pena.

El hombro empeoró. La pierna palpitaba. Tuvo que espantar la desesperación.

Recurrió al único amigo que aún conservaba.

—Busca, chucho del carajo, busca a ese condenado crío...

Y su único amigo gañó, preocupado. Echó el hocico al suelo e hizo su trabajo, sin importarle el insulto recibido, deseoso de ayudar.

—Busca, busca —lo instaba.

El perro trotó de un lado a otro, deteniéndose aquí y allá, confundiendo con los rastros que había dejado Tello durante su acampada.

—Busca, ¡cagüen en el bautizo de santa Isabel!

El esfuerzo y la sangre perdida se cobraron su precio implacable. Fierro empezaba a dar traspies cuando el chucho se enderezó por fin y salió disparado hacia unos almendros que hundían sus raíces en el arroyo de Guadalquivir.

Allí lo esperó, jadeando, junto a un bulto que el atajador no se atrevía a mirar.

Su hombro rabiaba de pura agonía. Sentía la mano izquierda acorchada, sin vida. Pero no se detuvo. Apretó los dientes y, apoyándose en la vara, logró avanzar.

No advirtió la fragancia de los almendros, que ya cuajaban sus frutos. No escuchó el rumor del regato. No vio a la lechuza que salió volando.

El chucho volvió a gañir, lastimero.

Allí estaba el muchacho.

Bajo los almendros acunados por la brisa.

Al menos había sido una muerte rápida.

Lo habían sorprendido cuando se preparaba para alimentar a los animales. Entre los almarjos que crecían en la orilla, el cuerpo roto del zagal estaba tirado de cualquier manera, junto a un saquillo de grano desparramado que salpicaba la hierba con humildes abalorios de cebada. Tenía el pecho dentro del agua del arroyo, como si se hubiera caído al ir a beber un trago.

Y el agua limpia que caía de las montañas lavaba su sangre y mecía sus cabellos.

Lo habían descabellado como a un becerro. Por la espalda. El tajo le había segado el espinazo.

Fierro se derrumbó a su lado. Ajeno al tormento de su hombro. Olvidado el martirio de la pierna.

La noche tibia los envolvió serena, cosida con estrellas brillantes en un cielo de azabache. Entre los almendros, un ruiseñor cantaba lindas notas de despedida. Un último responso por el pobre crío.

Sin importarle el dolor, Fierro recogió el cuerpo entre sus brazos. El agua le empapó las calzas.

Estaba flaco. En el rostro se le había quedado la sorpresa de la muerte. Aún tenía los ojos abiertos, indecisos. De aquel verde como tras el que ella lo miraba.

Ahora ya sin vida. Como los de ella.

Podía haber sido el hijo que nunca tuvieron. Podía haber sido lo que hubieran dejado tras de sí.

Ahora no era más que carne muerta. También como ella.

El chucho se arrimó y hociqueó el cuello del muchacho; luego, comprendiendo, se pegó bien a

su amo y le brindó cariño.

Fierro acarició la frente del joven. Le apartó los cabellos que chorreaban agua.

Ya no viviría ninguna aventura. Ya no pelearía con el moro. Ya no soñaría con convertirse en un caballero. Ya no podría enviar dineros a sus hermanas. No sólo le habían arrebatado una vida apenas estrenada, sino que también le habían hurtado sus esperanzas.

—¡Maldita sea! —Se le escapó entre labios fruncidos—. ¡Maldita sea! ¡Me cago en las monedas de Judas!

Lo arrastró hasta el más grande de los almendros y, con sus propias manos, cavó.

Le dio igual si les daba tiempo para encontrarlo. Ni siquiera le preocupó un ardite si aparecían allí el califa y todos sus guardias negros. Sólo cavó. Y continuó sacando tierra. Se desbarató las uñas, se lastimó los dedos, se arañó las manos y, pese a que se sentía desfallecer, siguió con su trabajo.

Un trabajo de sepulturero. Resarciéndose de lo que no había podido hacer por ella.

Cavó hasta que hubo sitio suficiente.

Y entregó el muchacho a la tierra.

No rezó siquiera un responso. Hacía mucho que dudaba de que alguien lo escuchase.

Mientras el ruiseñor seguía con sus galanteos de ronda, con sangre embarrada que le teñía las mangas, cubrió como pudo la fosa. Pero no fue suficiente para saciar su pena.

Con sus pasos rencos, sacó del arroyo cantos con los que cubrir la sepultura y, con mimo, tendió un mosaico en el que quedaron gotas bermejas.

En todos y cada uno de aquellos paseos, el chucho fue siempre tras él. Atento, fiel.

A él le importaba un carajo, pero sabía que al chico no, así que partió dos ramas verdes de aquellos almendros y se las apañó para ofrecerle una cruz en la tumba.

Hasta ahí llegaron sus fuerzas.

En cuanto terminó, cayó desfallecido encima de su obra.

Se abandonó, derrotado. Consumido. Por su hoy y por su ayer. Le dio igual si lo encontraban. Le dio igual si todo terminaba.

Así descansarían.

Había conocido peores compañías que la puta de la guadaña. A ésa ya le tenía confianza, porque se llevaban rondando tanto tiempo que ni siquiera se acordaba de la primera vez que la había visto de frente, sonriéndole con saña, dispuesta a llevárselo.

El chucho no se separó de él. Se tumbó a su lado, bien recogido contra su cuerpo, ofreciéndole calor y consuelo. Y, cuando sintió que la respiración se volvía apenas un susurro, se agitó, inquieto.

Se volvió hacia la luna y aulló su pena.

Largos lamentos que viajaron entre los montes contando su dolor.

En la sierra, que señoreaba el sur con sus cerros, los lobos escucharon su angustia.

Y respondieron.

SEGUNDO CANTAR

LA SOMBRA DEL Lince



Ella se convirtió en su refugio. Olía a pan recién hecho.

Era como regresar a la infancia. A su lado se sentía de nuevo un chiquillo, esperando ansioso a que madre sacase las hogazas del horno.

La amó desde el primer instante en que la vio.

Nada más se topó con ella, según salía de la tahona, cargada con el cesto repleto. Desde aquel encontronazo.

Avergonzado, la ayudó a recoger los panes, aún tibios, y a envolverlos en el paño de cendal. Allí, en la calle, donde los albañiles se afanaban con los adoquines, se atrevió a hurtarle miradas de reojo que le mostraron su cara arrebolada, su sonrisa tímida, sus dedos gráciles, sus cabellos trigueños... y aquellos ojos verdes.

Le pareció primavera hecha mujer y, antes de despedirse con una disculpa, ya bebía los vientos por ella.

A la mañana siguiente, en aquel delirio de obras, entre el polvo y el ruido incesante de los cinceles, la esperó. Y también el amanecer que siguió, y el que vino después. Toda una semana hasta que volvió a sorprenderla, de nuevo cargada. Sobre la cabeza, con un rodete hecho con hilas, sostenía el cesto donde llevaba los bollos que debía repartir según los encargos.

El sol la vestía con capas doradas. Él se atrevió a balbucir un saludo:

—Bu... Buen día nos dé Dios.

Ella lo miró desde aquellos verdes que lo llevaron de la mano hasta los bosques de su infancia y, pícara, le respondió con desenfado:

—Deberías probarlos antes de tirarlos por tierra —le dijo, señalando los panes—; es más sano para los dientes.

Remató con una sonrisa y, desde aquel mismo instante, atrapado en la promesa de aquellos labios, quedó enamorado irremisiblemente.

La cortejó, envuelto en aquel continuo ir y venir de gentes, en las faenas sin pausa de la ciudad y, a medida que se levantaban los edificios y se reparaban las murallas, su amor fue creciendo cada día, como la misma Alarcos.

En esos tiempos, la alcazaba vivía en una agitación continua, pues albergaba a miles de recién llegados. Alarcos se había convertido en el gran sueño del rey, en su delirio. Empecinado en asentar su dominio en aquella condenada frontera, había elegido la derruida ciudadela y estaba convencido de hacerla renacer de sus escombros. Al antojo de la corona, se habían dispuesto todos los medios de Castilla para convertir aquel lugar desolado a la ribera del Guadiana en avanzadilla de su reino.

Trajo cuanto se necesitaba, incluso a su gente, arrancada de los pueblos castellanos, para formar allí una ciudad con la promesa de un mañana incierto. Y entre albañiles, maeses, picheiros, freires, canteros y los miles de mesnaderos, hacía falta también quien llenase sus panzas con aquellas hogazas de pan blanco hechas con el trigo portado en carros desde los campos góticos.

Aquéllos eran los tiempos... Pedro de Aragón porfiaba en rematar la catedral de Lérida; el de Navarra enlucía la barriada de San Cernín; el propio Alfonso de Castilla acababa de conquistar Cuenca y ya la remozaba; y los obispos, de una punta a otra de las Españas, remataban sus grandes iglesias. Se reconstruía lo arrancado al moro, se soñaba con grandezas y se rezaba por un mañana mejor que el ayer. Y Alarcos era prueba de ello.

Fueron días donde se tejieron cientos de historias; algunas de esperanza, otras, de abandono.

La de ellos dos fue una de tantas. Pero la vivieron como la más bella cantiga jamás compuesta.

A la par que la ciudadela misma, entretejido en todo aquel ajetreo, su amor fue avivándose.

Al principio, se dejaban coincidir. Cuando ella cumplía un encargo en alguna de las tabernas, se demoraba callejeando hasta verlo aparecer, como si fuera capricho del azar. Cuando a él le ordenaban una guardia, pedía turno en la parte alta de la alcazaba y rondaba por las callejas que desembocaban en la tahona.

Luego, poco a poco, se atrevieron a pasear juntos para gastar con prisa las tardes de verano. Se encontraban en una de las puertas, entre los andamios y el trasiego de los esportilleros con la argamasa y, soñando con darse la mano pero sin atreverse, descendían desde la loma del castillo hasta la ribera del río.

Caminaban entre las sombras de los chopos. Por la ribera. Compartían silencios, barajaban palabras.

Fue un amor tímido, cohibido. Un amor sincero en el que, por miedo a lastimarse, se esperaron el uno al otro.

Él comprendió que sus sueños de gloria en la batalla no eran más que chiquilladas, aprendió que no había mayor victoria que aquel beso tierno que se dieron, tentativos, bajo el álamo vejancón que señalaba la curva del río. De la noche a la mañana, sus sueños de convertirse en caballero, sus ansias de gozar de fama, su secreto anhelo de ser recordado en las gestas de los trovadores, se esfumaron. Todos ellos y muchos más. Porque no había mejor batalla que lograr una de aquellas sonrisas que iluminaban sus ojos verdes y porque toda la gloria de la guerra no era nada comparada con la promesa de levantarse cada día a su lado.

Él estaba solo, uno más de entre los miles de mesnaderos. A ella únicamente le quedaba su madre.

Se bastaban los dos.

Poco a poco, mimados por lo que sentían, los paseos junto al río se alargaron.

Indecisos, al fin se atrevieron. Escucharon en la plaza el recitar de un juglar. Otro día él compró para ella los buñuelos de miel que un abacero ofrecía. Al siguiente, ella le preparó un pastel con pasas y nueces.

Cedieron a sus caprichos con lentitud. Con ternura.

Tan sincero era cuanto sentían que se confesaron sus pecados y desvelaron sus penas. Ella le habló de la muerte de su padre. Él le reveló que conocía bien los espectros de la miseria y el hambre. Ella, cubierta de temor, le explicó que temía no ser capaz de engendrar hijos para él, porque sus sangrados eran erráticos y escasos. Él, veterano ya, lloró como un niño al descubrirle los horrores vividos en la guerra y el tormento de aquella partida en el desierto. Y ella comprendió de dónde había sacado él aquella impenitente manía de tirarse de las calzas.

Antes de darse cuenta de que era así, descubrieron que se necesitaban, desesperadamente, porque no había momento del día en que no desearan estar juntos.

Así fue como a él, que nunca había temido internarse en aquella frontera maldita, le temblaron las piernas.

Comprendió que sólo había una cosa por hacer. Y dos noches en vela necesitó para reunir el coraje. Como un chicuelo asustado ante la oscuridad de las esquinas, se postró frente a ella para, tartamudeando, preso de los nervios, murmurar la pregunta.

Y jamás hubo hombre o bestia que lo aterrorizasen más que el aguardo de su respuesta. Ni siquiera fue comparable al horror de la sed en aquel maldito desierto, hasta aquel martirio había sido más dulce que los instantes que ella necesitó para responder.

Nunca un silencio amargó tanto.

Hasta que ella, arrebolada, reunió ánimos para susurrar las palabras que se le anudaban en la garganta.

Ella accedió con una lágrima bailándole en la mejilla.

Él jamás volvió a sentir una felicidad semejante.

Ninguno sabía que, como la misma Alarcos, lo que habían construido se haría añicos.

Abrió los ojos. Y despertó sobresaltado, como abandonando una pesadilla.

—¡Cagüen los higos de santa Rita! —exclamó, incorporándose.

Sentía la lengua como un cabo de esparto.

El chucho, tumbado a sus pies, se dio la vuelta como una centella y se le echó encima. Le apoyó las manos en el pecho y empezó a cubrirlo con lametones. Movía el rabo con tanta furia que Fierro temió que se lo descoyuntara.

—Ya está, ya está —le dijo tranquilizador, y le palmeó la cabeza, mirando a todos lados para averiguar dónde estaba—. Tranquilo, carajo.

Encantado, el perro gemía de pura emoción y no cejaba en su empeño de cubrirlo de babas.

—¿Dónde demonios me has traído?

Le dolían hasta las uñas. Notaba el rastro de una calentura que le había agostado el cuerpo. Tenía el gaznate tan seco como en aquellos malditos días en los que vagara por el desierto caravanero de Marruecos.

Y no tenía idea de dónde estaba o de cómo diantres había llegado hasta allí. Lo último que recordaba era la desconsolada tumba del muchacho, abandonada para siempre junto al arroyo de Guadalfair.

Sin dejar de dispensarle caricias al chucho, volvió a observar sus alrededores.

Como una capilla en la crujía de una catedral, tal parecía la bóveda de piedra en la que estaba, donde apenas podía ponerse en pie. El amago de una gruta abierta en la ladera del monte; de eso no le cupo duda porque, a través de la entrada, a medio cubrir con broza, veía las copas de un pinar que se deslizaba cuesta abajo, abriéndose hacia un valle verde donde la brisa hacía aletear las ramas.

No muy lejos chisporroteaban las brasas de una fogata.

Había algunos cacharros de cerámica vieja, con la pátina verde que le daban los moros. También un morral que no era el suyo. Y otro lecho preparado con hojas secas. Y en el poco espacio restante, lo último de los pertrechos visibles eran unas pihuelas hechas con ramas de almendro y harapos de lino viejo; le daban algunas respuestas, pero alimentaban nuevas preguntas.

A su lado tenía, también, su bordón y su zurrón. Colocados pulcramente junto a la márfega que alguien había preparado para que convaleciese.

—Que me aspen... No irás a decirme que has sido tú el que ha montado este cirio.

El chucho no respondió, pero siguió hociendo en su regazo, encantado de verlo recuperado.

Algo aturdido, intentó volverse hacia la salida, pero su hombro maltrecho chilló de dolor.

Tras morderse los labios para ahogar una protesta, le echó un vistazo, temeroso. Estaba hinchado, rojizo y aún supuraba, pero parecía que el tajo de aquel condenado moro sanaba. Alguien con mañas lo había recubierto con miel pegajosa que aguantaba hojas de sauce y unos trozos escachados de lo que su olfato adivinó era ajo.

—¿Qué diantres...? Esto no es cosa tuya —le dijo al chucho.

Fue entonces cuando una silueta se dibujó en la entrada, removiendo las ramas cortadas que la

disimulaban. Se agachó para franquear al umbral y enseguida les brindó una radiante sonrisa llena de barbas mugrientas y mejillas arrugadas.

—Ah, no duermes ya... Albricias y bendiciones, ¡maravilloso!, ¡excelente! Es fantástico, que no volvieras a abrir los ojos fue lo que temí —hablaba tan deprisa que cada palabra cabalgaba sobre la siguiente, como una comadre bisbiseando salmos—. Sin duda una prueba de la benevolencia de la Providencia es verte así, a medio erguir. Bien, bien. Una noticia bienaventurada como ninguna.

Calló entonces, miró al perro, miró a Fierro y, antes siquiera de parpadear, volvió a arrancar con aquel hablar apresurado.

—También él se lo temía —añadió, señalando al chucho—, sí, sin duda. ¡Bendito bicho! El Señor, en su infinita sabiduría, los ha enseñado a amar, ¿no es verdad? Angelito..., en todos estos días no se ha separado de ti. Y apenas ha probado bocado. Te ha velado como una madre a su hijo enfermo, como una esposa a su marido. Fiel animal el que tienes ahí, sí, no hay duda. Un regalo del mismo cielo, estoy seguro. Bien quisiera yo para mí un bicho así, que aliviara esta soledad a la que me han traído las malas decisiones de los hombres tras desoír los consejos de nuestro buen Dios.

Fierro, desconcertado, observó a aquel hombre. Era más viejo que él. Curtido por el aire libre. Tenía el rostro anguloso del trabajo a medio acabar de un cantero. Y lo que le raleaba el pelo lo compensaba con barbas espesas como maleza. Todo él parecía gastado como alpargata vieja. Estaba cubierto por un sobado y roído capote que lo declaraba freire calatravo, incluso pese a que el rojo carmesí de la cruz lisada se había desleído hasta convertirse en un rosa triste.

El fraile, sin perder el buen ánimo, paciente ante el escrutinio, le mostró una rama de mimbre en la que traía ensartadas unas cuantas truchas, brillantes aún por la humedad del arroyo.

—El Señor, en su infinita bondad, con graciosa fortuna me ha bendecido y un almuerzo como se debe es lo que tendremos. Bien ganado está y fuerzas nos dará para sobrellevar las duras jornadas de este valle de lágrimas.

La sola idea de comer un bocado hizo que el estómago le diese un vuelco, sin embargo, nada se atrevió a decir Fierro, no fuera a ser que aquel extravagante personaje le echase una homilía.

Al fin y al cabo, era evidente que no albergaba hostilidad alguna y no podía ser otro que aquel calatravo medio loco de quien les hablara al pastor.

Se limitó a asentir. El fraile no pareció entender que el silencio ya le iba bien al melero.

—De niño, en los arroyos del Ubierna pescaba yo —se explicó apresuradamente—; fue tumbado en una de sus orillas, esperando a que el saltón de mi anzuelo apeteciese a las truchas cuando recibí, bendito sea, de nuestro señor Dios su llamada. Y entonces supe que mi camino había de estar en los aledaños de la Iglesia. Ay, Señor, pero esta guerra también clamaba por mí, tantos años de cabalgadas no podían quedar en balde, había que unirse a la santa lucha contra el infiel. No sólo de las prédicas se vive —concluyó. Y comenzó a reavivar el fuego y a preparar un espeto con los peces.

En cuanto la carne de los pescados empezó a chisporrotear, las tripas de Fierro rugieron en clara muestra de su cambio de opinión. Aun así, continuó en silencio, bajo la mirada sonriente del calatravo.

—Soy Guillén de los Tejedor, que era y es el oficio de mi familia desde los tiempos en que arrancamos la vega del Ubierna a los moros —dijo al fin, presentándose—. Fraile de la orden de Calatrava y uno de los supervivientes del fiasco de Salvatierra —añadió, confirmando las sospechas de Fierro—, donde tantos buenos hombres perdieron la vida por mor de esos

descreídos paganos que tanto necesitan hallar al único Dios verdadero.

Hizo una pausa para dar baza al renco. Y, como no se colmaron sus expectativas, se ocupó él mismo:

—Y tú has de ser ése al que le dicen Fierro...

Lo dejó en el aire y, antes de contestar, el atajador se masajeó la pierna. Notó bajo las calzas el vendaje en torno a la herida.

—Eso dicen —consintió con desgana.

Quedaron entonces en silencio, roto únicamente por el chisporrotear del espeto. El freire asentía rotundo. Fierro aguardaba.

—No te haces idea de cuánto me place saber de ti —dijo entonces el fraile.

—¿Ah, sí? ¿Y a cuento de qué? —preguntó, escéptico, el melero.

—Porque creo que sabes más de lo que piensas y que, cuanto sabes, de saberlo nuestro maestro y de saberlo el rey de Castilla, bien podría servir para dar finiquito a los moros.

La única respuesta fue un gruñido.

—Hijo mío, en cuanto te tengas en pie habremos de ir al encuentro de las mesnadas y llevar la buena nueva —dijo complacido—. Aunque no será fácil, me temo. Mientras pescaba estas hermosas truchas, dos patrullas de moros pasaron rondando... Creo que, como al buen Daniel, aquel que venció a los leones, a ti también te andan persiguiendo...

Aquello torció el gesto de Fierro. Pero no interrumpió el relato del calatravo.

—... Desde el mismo día en que te recogí han estado rondando. Y lo más fácil es que se nos agüe el puchero. En estos lares jamás vi tanto trajín. O mucho me equivoco, o han puesto buen precio a tu cabeza, porque los moros te buscan ansiosos como perros de presa —aseguró, enarcando las cejas—. Salir de aquí enteros no va a ser fácil, una prueba más de Nuestro Señor, pero una que podremos acometer juntos. Yo conozco bien esta sierra y vericuetos hay por los que colarnos sin levantar una sola liebre. Pero no va a ser fácil, me temo. Como el pobre Jonás, estamos encerrados. Encerrados en el vientre del gran pez, un pez que tiene infieles por escamas...

Rio su propia gracieta y, sin perder la sonrisa, le dio la vuelta al espeto, donde las truchas tenían ya un delicioso tono dorado y un aspecto curruscante.

—Después de lo que he visto en estos últimos tiempos y, si te buscan como te buscan, hijo mío..., entonces, tengo fe, mucha fe en que, siendo quien eres, podrás hacer algo por los nuestros, que ya bajan desde Toledo para enfrentarse al moro. Como cristiano, tu deber es ayudarnos, como Ester ayudó a los hebreos a librarse de los sátrapas persas... No será fácil, como el purgatorio será —insistió—. Nunca tantos moros rondaron estas montañas —repitió—, que hay más que en una mezquita en viernes antes de nona, pero hacerse puede hacerse, créeme, conozco estos pagos.

Fierro no aireó sus dudas sobre las mañas del freire. Reconciliado con sus tripas, tendió una mano para recibir una de las truchas. A su lado, el perro se relamió.

—No te andarían buscando como lo hacen si no hubierais averiguado algo útil, ¿o me equivoco?

Al oír aquello, Fierro examinó el pescado. Parecía delicioso, pero, tras un reniego, se lo dio al perro, que lo ventiló en bocado y medio.

—Puede que sepa algo útil o puede que no. Y puede ser que sirviera o puede que no —dijo con indiferencia—. Pero ya no importa, ése ya no es asunto mío...

El freire fue a decir algo. Fierro no se lo permitió.

—Ya pasé por pendejo y no voy a dejar que me pillen de nuevo en un renuncio —aseguró con mal humor—. ¡Cagüen la vista de santa Lucía! En cuanto a lo de que me anden tras el rastro, pues

mejor —declaró por fin, luchando todavía con su gaznate reseco—. Así me ahorrarán el trabajo de buscarlos yo a ellos, porque hay a uno a quien tengo que encontrar, al menos a uno... El resto me importa un bledo... No es asunto mío, carajo.

El calatravo lo miró desconcertado, incapaz de creer lo que oía.

—Pero, hijo mío, no comprendo cómo puedes...

Fierro lo interrumpió.

—Tanto me da que quieran cobrarme pechadas que alafas, martiniegas que alajores... Tanto me da que manden cristianos que moros —dijo con vehemencia y desprecio palpable—. Por mí pueden matarse los unos y los otros, basta con que me dejen en paz —pidió con hastío—. Los hideputas vienen de todos los colores y no voy yo a meter los hocicos en bretes por quien no está dispuesto a arreglarme a mí los asuntos. Si yo sólo quería estar en paz con mis abejas... Esto me pasa por imbécil. ¡Cagüen el gallo de san Pedro! Que cada verga aguante su vela, como decía mi padre. Me va un bledo en lo que les pase, a los unos y a los otros...

Se quedó mirando las brasas en tanto el chucho se relamía los belfos.

—Me basta con encontrar a uno solo de ellos —continuó al cabo, sin apartar los ojos de las ascuas—, a ese malparido de Ruy, ¡cabestro malnacido!, cruce de cabra y alacrán... El resto puede despeñarse por un barranco, tanto los moros como los cristianos, pero a esa rata la quiero despellejar en persona...

Algo vio el calatravo en el atajador que lo intimidó. El freire, incómodo, se retrepó en su precario asiento con ojos espantados.

—Pero... Pero si en algo puedes ayudar es tu deber cristiano el hacerlo...

—Yo ya no tengo deber alguno que no sea con mi propio trasero —le espetó, desairado—. En tiempos, cumplí mi obligación con Castilla. Con creces —insistió, los ojos brillantes—. Y me pagaron abandonándome a mi suerte. No, yo no voy a hacer nada que no sea encontrar a ese desgraciado hijo de puta. Ya una vez un cabrón de la misma catadura se me escapó —se lamentó, dejando morir las palabras—. Y no volverá a suceder... ¡Cagüen el primo de san Marcos! El resto no me importa. Sólo los huevos de Ruy de Carrión colgando de un espino, bien alto, donde los puedan despachar los pájaros.

Desganado por lo que escuchaba, el calatravo dismanteló el espeto y echó al perro un par de truchas.

El animal era el único que seguía con el apetito intacto.

Tuvieron tregua por unos instantes, que aprovechó el freire para agenciarse un odre con el que Fierro pudiera echar unos tragos.

—Sé que te traicionó —dijo el calatravo en tono conciliador.

Y ante la ceja que alzó Fierro, siguió explicándose:

—Supe que me buscabais en cuanto os vi rondando por Salvatierra, pero preferí no dejarme ver, por si las moscas. De quiénes erais no tenía idea, así que no me pareció prudente tentar la suerte. Y acerté, el Señor sea loado y reciba mil tedeums. Gracias a la cautela que me aconsejaron mis oraciones, acerté...

El melero lo instó a continuar revolviendo los dedos y, ahogando una protesta que le vino a los labios, se estiró para coger una de las truchas antes de que el perro acabase con ellas.

—Lo vi entrar en Salvatierra —declaró—. Yo andaba agazapado, contando las rondas de los guardias y echando números de los abastos del lugar. Lo mismo que llevo haciendo desde que nos arrebataron los moros la fortaleza. Y vi entrar a ése del que hablas —añadió el calatravo—, el mismo que lideraba tu partida, el leonés —aseguró con un gesto de la cabeza—. Los moros le abrieron los portones... No sé si cruzó santo y seña o si acaso ya lo conocían, pero en lugar de romperle la crisma a pedradas, tal como hubieran hecho conmigo de haberme arrimado, ¡le franquearon el paso!

Nada más le hizo falta a Fierro para cuadrar el asunto.

El de Carrión se había vendido al moro y todo lo que habían hecho pateando la maldita frontera había sido en beneficio del Miramamolín. Ahí también acertaba el calatravo, y por eso lo andaban buscando, porque Ruy le haría saber al califa que, para acabar con los hombres de Castilla, no tenía más que atraparlos en el paso del Muradal. Y todo el que se tuviera en pie estaría buscando a Fierro para evitar que se llegase al norte y advirtiera a los cristianos de la celada.

Confirmar sus sospechas no le supuso alivio alguno, y a punto estuvo de echarle la trucha al perro de no ser por el rugido que le soltaron las tripas. De mala gana, tentó el pescado con un mordisco y, mientras lo masticaba, el freire se mantuvo silencio, y el chucho quedó atento, por si le caía la raspa.

—Hijo, no sé qué cavilas, mas si conoces algo que pueda ayudar a los nuestros, callarlo no deberías —dijo con severidad antes de añadir una nueva noticia—: Si los rumores son ciertos, me temo que de Sevilla el Miramamolín ya salió rumbo a la capital de su cora; estará en breve en Jaén... Se nos acaba el tiempo... Se cuenta que sus ejércitos son los más grandes jamás reunidos por los moros, casi veinte mil infieles afilan sus hierros para destriparnos uno a uno. Se dice que ni los tiempos de Almanzor vieron algo así.

Fierro negó sacudiendo el mentón y se hizo con otra trucha. Parecía que se le asentaba el estómago y no estaba dispuesto a renunciar al condumio. No tenía idea de cuánto tardaría en tener otra oportunidad de llevarse algo al buche.

—¡Dita sea! Ya te lo he dicho, me importa una higa...

Entonces el fraile dejó el rostro gacho y decidió que merecía la pena intentar otros medios para convencer a aquel testarudo.

—De Alarcos —comenzó dubitativo— se dice que los moros tiraron a los muertos a las zanjas y los cubrieron con piedras... Sin ocuparse siquiera de que un reverendo los despidiera con un paternóster...

Desconfiado, Fierro lo miró bajo un ceño fruncido. Había dejado de mordisquear el pescado.

—Hijo mío, delirabas —aclaró.

Añadió unas ramas al fuego y también el freire se animó a comer una trucha. Pronto le quedaron los labios brillantes de grasa. Y el chucho, atento al ir y venir de la comida, ganó.

—También se cuenta que más de un pobre desdichado fue entregado por el de Haro. —El tono era pacificador—. Un pago de rehenes a cambio de que los moros le sacasen el alfanje del gaznate y lo dejaran salir, a él y a los suyos...

Fierro se guardó sus palabras.

—... y se dice que Castro...

Ante aquella mención, Fierro quiso cortar por lo sano, no fuera a ser que la gangrena se extendiese.

—Es cierto, todo eso y cosas peores —aseguró tajante—, mucho peores.

Y, tras un momento de duda, añadió algo más:

—Y Castro bien puede pudrirse en el infierno.

El tono hizo callar al freire por un momento. Aunque volvió a la carga con ímpetus renovados.

—Algo como lo de Alarcos podría volver a suceder...

El atajador se quedó a medias, con la boca abierta, pendiente el bocado a la última trucha.

—... Y tú podrías evitarlo.

—¡Cagüen los viajes de san Bernabé! ¡Que no me va en ello nada! —aseguró con desdén—. Me basta con volver junto a mis colmenas. Lo único que quiero es sacar algo de miel para la siega y evitar que los ratones sigan jodiendo la marrana.

Intentando no escandalizarse, el calatravo resopló para reunir paciencia.

—Blasfemar así es algo que no deberías hacer —reconvino el freire—. Por lo que he oído de tus propios labios, sobradas son las razones que tienes para guardar tanto rencor, pero las mismas, exactamente las mismas, son las que deberían animar a tu corazón para evitar que vuelva a suceder algo semejante... Como a Job, el Señor arduas pruebas nos manda, tortuosos son sus caminos, sin embargo, eso no debe hacernos desfallecer. Y evitar que otros sufran el mismo calvario que tú sufriste está en tu mano...

Fierro clavó sus ojos en el calatravo, hizo acopio de toda su cachaza y, pese al hartazgo que llevaba por los retruécanos del freire, respondió procurando no alzar la voz:

—Agradezco que me salvaras el pellejo —dijo conciliador—. No te debió ser fácil arrastrarme hasta aquí —añadió, señalando las pihuelas con la raspa que el perro vigilaba relamiéndose—. Pero no es a mí a quien corresponde evitarlo: pídele merced al rey y arréglalo con él. Haz lo que te plazca, pero métete en esa cabeza de chorlito que éste no es asunto mío, carajo. Además, aunque pudiera hacer algo, quién sabe en qué acabaría el asunto. O acaso piensas que basta con acercarse a la tienda del rey y decirle cómo conducir la guerra contra el moro... ¡Cagüen los callos de san Pablo! No haría ni caso...

Echó otro trago de agua, se acomodó la venda de la pierna y, tras un reniego por el dolor del hombro, habló de nuevo:

—Antes de nada, debo sanar —declaró—. Después, evitar que me cacen. Y, por último,

cobrarme la deuda con ese malnacido esputo de meiga tísica que se arrastra a través de estos malditos pagos condenados por Dios, ¡cagüen los truenos de Santiago! Aunque sea lo último que haga en esta perra vida, a ese desgraciado le coso la mortaja con el pellejo de sus cojones.

La mirada del freire seguía suplicando, como la de una devota viuda que ora ante el Cristo crucificado.

—No cuentes conmigo —tascó Fierro antes de darle la raspa al chucho.

Y el calatravo se quedó sin saber qué decir.

Al tirarse de las calzas notó que la herida de la pierna aún estaba fresca y no pudo evitar un mohín.

—Estoy bien —le dijo al perro, que lo miraba—. No hay problema, ¿ves? —le preguntó, moviendo el brazo para demostrar que no mentía.

Y como el chucho seguía observándolo, volvió a hablarle, sólo que malhumorado; perdida la paciencia por mor del asfixiante calor, el cansancio y el mismo dolor que intentaba ocultar al animal y a sí mismo.

—¡Cagüen en el hábito de san Benito! Ya estás otra vez, ¿eh? No te puedes aguantar. Ya lo sé, ya sé lo que ella hubiera dicho. Te recuerdo que soy yo el que se casó con ella.

El perro ladeó la cabeza y Fierro resopló.

—Castilla, el rey, las mesnadas y el mismo obispo de Toledo... Se pueden ir todos a tomar viento, ¡dita sea mi estampa! Vamos a estrujarle el pescuezo a ese malparido de Ruy y después nos volvemos a casa —le dijo muy serio—; a lo mejor ha ido bien con las colmenas y tenemos una buena cosecha...

El chucho, después de olisquear una mata de tomillo, estornudó con indiferencia.

—Sí, tienes razón, menuda sorpresa sería ésa. Lo de la miel suena a milagro del mismo Cristo —reconoció—. Pero no insistas, no nos vamos a meter de cabeza en ese pozo. Ya le dije lo que sabía a ese freire loco. Si sale de la sierra con vida, podrá contárselo al rey, con pelos y señales.

El animal resopló.

—Sí, ya sé que lo más fácil es que se despeñe y se rompa la crisma —concedió de mala gana—. Ya, ya... A estas alturas ya le habrán rebanado el pescuezo. ¡Aun así!, carajo..., no nos concierne. Lo que nos toca es encontrar al de Carrión, y el calatravo que se encomiende a su santo favorito.

Se masajeó el hombro y observó aquel rostro peludo y amigable; los ojos del perro le devolvían la mirada bajo el flequillo desaliñado.

—No la metas a ella en esto —advirtió de mala gana—. Ni tú eres escudero ni yo caballero. No hay nobleza que obligue. Te repito que ya le dijimos cuanto sabíamos a ese condenado freire. Lo que pase ahora no es de mi incumbencia y menos de la tuya. Que se maten entre ellos. Nuestro negocio es bien distinto.

Dicho lo cual, se dio media vuelta y se echó a caminar sin siquiera esperar al animal.

Hacía ya unos días que se atrevía a dar paseos alrededor de la covacha. La pierna herida no ayudaba a la cojera, pero se las arreglaba bien con el bordón y, poco a poco, había ido ganando fuerzas.

Se las apañaba. Al fin y al cabo, ése había sido su oficio. Otros se hubieran acurrucado junto a una piedra esperando que, por algún designio divino, los moros no los encontrasen para cortarles las orejas y despellejarlos, pero aquél era su oficio.

Mantuvo la calma.

Tendió lazos en las silvas y cazó un par de liebres, que se condenaron al no reconocer el

cordel untado con cenizas. Recogió algún espárrago, las primeras brevas y cuidó de sus heridas con emplastos que preparó con cebollas silvestres y flores de escaramujo.

Aquello, al contrario que los guisos o la carpintería, al contrario que su pobre apaño de melero, aquello se le daba bien.

Y ya lo había hecho en las riberas del Guadiana y en los desiertos de Marruecos. También al escapar de Alarcos, cuando todos lo daban por muerto.

A veces le decía al chucho aquello de:

—¡Cagüen la cruz de san Andrés! Mala hierba nunca muere. —Y sonreía.

La pega era aquella sierra imbricada, que tenía tanto de bella como de traicionera. Bastaba un paso en falso para abrirse la sesera en alguno de sus roquedales.

—Bonito sitio éste para perderse —le dijo al perro observando el paisaje—, bonito... Cuando todo esto acabe, podríamos traernos las colmenas a una de estas laderas que miran al sur.

Estaban en la misma falda de su refugio y frente a ellos se elevaba el siguiente monte, ofreciendo escarpaduras en las que se colgaban pinos que sobrevolaban los milanos. En la luz ambarina del atardecer, mientras el calor asfixiante del día se acurrucaba en las piedras, todo quedaba prendado de un halo incierto que envolvía aquel paisaje en una singular belleza.

Pero aquel panorama no saciaba los ánimos de Fierro. Su única meta era sobreponerse a las heridas y prepararse para la primera oportunidad que tuviera de enfrentarse al de Carrión. Por eso apretó los dientes y, pese al dolor en la pierna, siguió caminando con el ceño fruncido y gotas de sudor perlándole las cejas.

Echando un vistazo a poniente, calculó que aún podía avanzar algo más antes de darse la vuelta a tiempo para llegar con luz al refugio y, mientras el perro olisqueaba la madriguera abandonada de un zorro, le dio vueltas al asunto de cómo encontrar a Ruy entre tantos miles de hombres. Y lo que era aún más peliagudo: cómo encontrarlo sin que alguna de las numerosas avanzadillas que los moros tenían patrullando por los montes lo sorprendiese antes.

—¿Te acuerdas de lo que ordenó a los hermanos? —le preguntó al perro, que no le hizo caso porque intentaba cazar al vuelo una pequeña mariposa morada—. Seguro que él está con las tropas del Miramamolín y se estará llevando el mérito, muy panzudo, presumiendo de haber cabalgado la frontera de arriba abajo. Pero me juego la bolsa a que los dos hermanos siguen pateando la sierra, buscándome. ¿Tú qué te opinas?

Llevaban una semana sin más compañía que el uno para el otro.

Harto de las insistencias del freire, Fierro le había desvelado cuanto sabía y, con gusto, había visto cómo se marchaba.

Calculaba que le hacía falta otro tanto para sentirse con fuerzas y aguantar el dolor, que parecía haberle tomado cariño, especialmente el del tajo en el hombro. Entretanto, caminaba, burlaba a los moros que rondaban por el lugar y se devanaba los sesos intentando dar con el modo de atrapar al de Carrión antes de que se armase el cisco que se aventaba.

Casi cuarenta mil hombres cercaban la sierra. Unos al norte y otros al sur. Dispuestos a encontrarse para dedicarse al negocio de la muerte.

Un poco más adelante, entre dos alcaparreras, el chucho se quedó quieto, olisqueando la brisa que descendía hacia el valle, y Fierro supo que debía andar con cuidado. Si el animal marcaba el rastro, sólo podía significar que alguien rondaba. Y no vendría con intención de recoger los alcaparrones que colgaban de las ramas más livianas.

Desde que se fuera el calatravo ya había tenido que evitar otras ocasiones así. Porque, tal y como había dicho el freire, los moros aparecían por doquier en aquellos montes.

Y había descubierto que no era especial enredo. La mayoría de los que andaban tras él parecían abadíes de Sevilla o desarraigados muladíes salidos de cualquier rincón, enrolados a la fuerza en la campaña. Y no podía decirse que pusieran arduos empeños en cumplir la misión. Sólo querían evitar la ira del califa.

De tal casta, no era sudoroso para el atajador despistarlos. A algunos de ellos se les veía poco hechos a trasegar monte, demasiado acostumbrados a las comodidades de la esplendorosa ciudad, y a otros se les conocía rápido la marca que el sol dejaba en los labriegos o el curtido que daba el cierzo a los pastores.

No eran gentes hechas a la guerra, y Fierro, para su desgracia, la tenía metida en los huesos, como una mala reuma.

Notó que el chucho ya empezaba a enervarse, esperando a recibir orden de qué hacer. Y advirtió también que, ladera arriba, el abaneo de las ramas de un acebuche delataba a la partida de la que tendría que ocuparse.

Había tendido una trampa por la zona. Había aprovechado una grieta entre las peñas. Le había bastado cruzar unos cuantos palos y disimular el trasiego con las ramas de un ciprés que había encontrado junto a un arroyo, ramas que había escogido porque el verde de las hojas aguantaba sus buenos días después del corte. Había completado la artimaña con musgo, tierra esparcida y matas de romero seco. Si aquellos moros no se andaban al quite, se iban a dejar allí los dientes.

Mientras aguardaba a que se descalabrasen, escuchó un zumbido. Comprendió entonces que no eran los moros lo que había animado al chucho.

Fue en ese momento cuando tuvo la idea.

Fierro no era de los que salían de los entuertos con ingenio. Más bien con huevos, tesón y algo de inconsciencia. Mordiendo, luchando, arañando si no quedaba más remedio. Sin darse por vencido. Aguantando. Pero en aquella ocasión tuvo una ocurrencia que le arrancó una maliciosa sonrisa.

No le hacía falta buscar al de Carrión.

Si salía de aquel collado, sería con los pies por delante. Eso era lo más fácil. Aun así, Fierro mantenía la calma, seguro de cuanto había ingeniado.

Se le echaban encima como una jauría. Y ya había oído gritos en cristiano, lo que venía a confirmarle que uno de los hermanos, sino los dos, venían con ganas de cobrársela.

Descendían hacia él para acorralarlo en una olla entre aquellos fieros montes de la sierra.

La única salida era un aliviadero de escorrentía. Un estrecho paso cubierto de peñascos que se abría a la honda poza de un arroyo.

Un buen lugar para perderlos la pista, de no ser porque estaba a reventar de tallos de lino a remojo.

Lo había descubierto en una de sus rondas para ganar confianza en la pierna herida y se le había antojado pronto para aquello. Quizá las abundantes lluvias y aquel asfixiante calor habían apurado la siega. Aunque poco le importaba cómo le iba la estación a los lineros, lo crucial para Fierro era que, una vez cortados los tallos, habían de enriarse durante varias jornadas. Tarea para la que se aprovechaban las hoyas que dejaba la sequía en los ríos.

En aquellas Españas que peleaban con el moro, la buena lana era un lujo que pocos podían pagar y lo esquilado se iba más allá de los condados francos, así que el lino abundaba, como abundaban los pobres que podían costearse.

Igual que de mijo, también barato, campos de lino los había desde el Duero hasta el Guadalquivir, y el último, además de buenas telas, también daba semillas de las que podía prensarse aceite.

Pero el lino era afanoso. Sus tallos resultaban duros como demonios y, de no ser porque se dejaban pudrir en el agua, no daban de sí por mucho que se golpeasen. Se hacía menester remojarlos a conciencia para luego agramarlos y, después, espadarlos con paciencia. Era el único modo de obtener, tras tan laborioso trasiego, la estopa y las hebras con las que hilar.

A la ligera, hasta ahí llegaban los conocimientos de Fierro sobre aquellas mañas, pero también sabía una cosa más: cualquier bicho que cayese en aquella poza, llena a reventar de tallos empapuzados, quedaba condenado sin remisión.

Y ésa era su única salida de aquel collado.

Por eso, en cuanto comprobó que seguían allí, ondulando en el agua del regato, sonrió con aquel gesto de requiebro que le hacía clarear la cicatriz que tenía junto a la oreja.

El sol apretaba tanto que ni los lagartos se arrimaban a las piedras. No corría ni un soplo de brisa y el aire estaba lleno de semillas y polvo. Tan seca estaba ya la sierra que los dos grupos que se le echaban encima levantaban polvaredas entre las ramas. Descendían desde lados opuestos, achicándole la escapatoria en aquel lugar que, de tan caldeado, era como un pote al fuego.

De no ser por las hebras de lino, le hubiera bastado meterse en el agua y aguantar hasta que pasasen de largo. Lo había hecho otras veces, bastaba cuidarse de no armar barullo y tener la precaución de llevarse una caña de junco con la que respirar alguna bocanada si la espera corría.

Pero allí estaban, a remojo. Y hasta allí había atraído él a sus perseguidores. Sabiendo que su tiempo era escaso, se agachó junto al chucho.

—Escucha, ahora vas a hacer lo que hablamos. —A sus espaldas ya se oía el rumor de la persecución.

El perro gañó.

—No me vengas con esas, carajo. Ya hace tiempo que te destetaste, te las apañarás solo.

El animal dudó. Miró hacia el alboroto de quienes se aproximaban y dejó escapar un gemido.

—Ya no eres un cachorro...

Ladeó la cabeza unas cuantas veces, indeciso, y, finalmente, tras soltar un resoplido, se tumbó con las patas al aire. Cándido, le ofreció el pescuezo y la barriga, sumiso, entregado a su amo.

No quería obedecer, pero tampoco quería mostrarse rebelde.

—¡Cagüen la capa de san Martín! No te arrugues como una matrona —lo amonestó—. Ya lo hemos hablado, no puedes acompañarme.

Torciendo la cabeza, el perro lo miró y, fingiendo que lo hacía a regañadientes, Fierro lo acarició.

Se oyeron las voces de sus perseguidores. Les había cobrado ventaja con el engaño, pero ahora se le echaban encima. Se le acababa el tiempo.

—No me hagas recoger unos guijos para apedrearte, ¡dita sea! Márchate, tienes que irte.

Y como el chucho seguía pegado a sus pies igual que una lapa, Fierro recompuso el tono.

—Sabes que ella hubiera dicho lo mismo, no puedes venir conmigo —tascó seco.

Como tampoco funcionó, el semblante del atajador se endureció.

El animal, atento, se incorporó. Fierro levantó la mano y el chucho agachó la cabeza para mirarle con expresión temerosa.

—¡Cagüen la...!

No se le ocurrió nada que añadir.

—¡Cagüen todo!

Y, tras vacilar un instante, le soltó un sopapo en los morros al pobre animal.

—Largo, fuera —le gritó—. Márchate. Por todos los demonios, márchate.

Dudoso al principio; más seguro cuando Fierro volvió a amenazarlo de nuevo con la mano levantada, el perro empezó a alejarse siguiendo la dirección que marcaba el bastón.

—¡Fuera! ¡Largo!

Se detuvo un poco más allá, haciendo ademán de volverse junto al hombre.

—¡Largo! —volvió a gritar con la mano en alto.

Se alejó entonces, al fin, con desgana. Avanzaba mirando de tanto en tanto a sus espaldas, regalándole a su amo aquella lealtad que le pintaba el ámbar de los ojos.

—Largo...

Bajo el flequillo greñado el semblante del animal estaba lleno de pena.

—Largo —terminó, con apenas un susurro.

Lo vio desaparecer entre unos quejigos y matas de hierba reseca.

—¡Cagüen lo que escribió san Isidoro!

Aún volvió a asomar el hocico entre las hojas y Fierro exageró la intención sacudiendo el brazo.

Lo oyó gañir una vez más cuando el animal se dio la vuelta por última vez.

—¡Cagüen todo lo que escribió el cabrón con pintas de san Isidoro! ¡Dita sea!

Se había quedado solo y, por el barullo a su alrededor, supo que no duraría mucho.

Venían a por él desde las dos laderas que encerraban la hoz de aquel regato y, en breve, saldrían de la maleza para encararlo.

Echó un último vistazo al hueco por el que se había ido el chucho, chistó entre dientes apretados y se preparó.

Ya estaba, ya habían salido los dados de la mano y estaba por verse cómo caían.

No había vuelta atrás.

Era una locura.

Sin embargo, pedirle al diablo que se pintara los cuescos hubiera sido más fácil que acertar con Ruy en medio de los preparativos de la batalla que se avecinaba.

Aunque, tal y como se le había ocurrido mientras masticaba los alcaparrones, en tanto rumiaba la idea, no le hacía falta encontrarlo.

Le bastaba con dejarse encontrar.

Una vez que maduró la idea no fue difícil llevarla a cabo. Sólo tenía que cuidarse de que sus perseguidores no sospecharan.

Ésa había sido la lección aprendida en la venta del hebreo, cuando no le había quedado otra que ganarse los pepiones estafando a los incautos.

—Nunca cubras todo lo que puedas en la primera intentona —le solía decir Saadia en aquellos días—, guárdate siempre algo para que suban las apuestas.

Y Fierro no había olvidado sus consejos.

Se dejó sorprender por dos pobres desgraciados que ni gracias le dieron por salir con vida del encontronazo. Al día siguiente, se lo puso fácil a quienes hubieran escuchado a aquel par fanfarronear que poco les había faltado para capturar al hombre al que buscaba todo el ejército califal. Se ocupó de hacer lo contrario de lo que hubiera hecho en lo habitual: dejó un rastro que cualquier imbécil hubiera podido seguir.

Los llevó hasta la covacha que había estado utilizando. Los obligó a rodear un encinar. No les dejó otro remedio que seguirlo monte arriba hasta la siguiente vega y, por último, se lo puso fácil para que lo acorralasen en aquella olla.

Atento, no fuera a ser que apareciesen con una ballesta que le robara su única oportunidad, se arrimó a las peñas del aliviadero y esperó, sin más que su vara y su zurrón, tirado en el suelo.

No fue un hombre lo primero que salió de la maleza. Fue un lince espantado por la batida. Apareció majestuoso, dando largos trancos en los que se le notaba el fastidio.

Bajo la pelambre moteada se dibujaba la fuerza con la que se impulsaba a cada paso, y la cabeza, rotunda, se volvió hacia el melero.

Sin detenerse, lo miró con ojos que a él le parecieron verdes. Se movía con graciosa elegancia. Tintos los pinceles de las orejas y marfileña la gorguera. Imponente, auténtico dueño y señor de aquella sierra por la que luchaban los hombres.

Y la pena que Fierro tenía agarrada al pecho, la misma que había disimulado al azuzar al perro, se agrandó.

—¡Dita sea! Aquí sobramos... Los que pintan aquí son estos bichos —dijo para sí en voz baja—, las liebres, las abejas... Y los chuchos...

Desapareció envuelto en su trotar sigiloso, se escabulló por el mismo hueco que había usado el chucho. Sólo dejó tras de sí la sombra que pintó en la hierba reseca el sol implacable de la frontera.

Pareció detenerse allí por un momento, una silueta sobre el prado agostado, prendida en la luz que destellaba en el polvo.

Supo que a ella le hubiera gustado. Por la panadería, a expensas de las sobras, rondaba un gatillo pardo al que ella había tomado cariño.

—¡Dita sea!

Salieron de las matas como potros desbocados, sin tomar la más mínima precaución. Bajaban a toda prisa, a punto de atropellarse los unos a los otros, ansiosos por cobrarse la tan ansiada

presa.

Eran más de una veintena repartidos en dos grupos, todos bien armados. Cada partida comandada por uno de los hermanos.

Les entró la desconfianza cuando lo vieron allí sentado. Sólo entonces se refrenaron, cautelosos de pronto.

—Te escondes más que los turones —le gritó Martín entre resuellos—. Hemos tenido que levantar hasta la última puñetera piedra de esta condenada sierra.

Fierro calló. Como tantas veces, calibraba sus opciones. Tan sólo echó una mirada de reojo a aquel pozo repleto de lino.

Antolín no se atrevió a mirarlo a los ojos, pero no pudo refrenar uno de sus latinajos:

—*Qui seminat iniquitatem, meter mala* —dijo en poco más que un susurro.

Tras ellos, sin necesidad de que se lo mandasen, se fueron abriendo los moros. Fierro quedó arrinconado contra la poza del arroyo.

—¡Cagüen los peines de san Blas! No sé qué carajo dices. ¿Acaso te crees obispo de Sigüenza? Habla en cristiano. Condenado cobarde... Te voy a arrancar esa lengua y te la voy a hacer tragar.

Los moros, resoplando, esperaban órdenes. Los dos hermanos se miraron, preguntándose qué hacer sin hablar.

—Venid a por mí si tenéis lo que hay que tener.

Fierro sabía que aún era pronto para ir más allá. El consejo del hebreo seguía muy presente.

Se puso en pie, recogió su zurrón, escupió, sacó el estoque de su bordón y, acorralado como estaba, los esperó. El filo en una mano, el vástago en la otra, los pies bien asentados.

Pensó en ella. La sombra del lince le trajo recuerdos de la tahona. De risas ahogadas con manos entrelazadas. De miradas cómplices que invitaban a quedarse. Incluso se acordó una vez más del condenado micho.

A ella le hubiera gustado ver aquel lince.

Y no le habría gustado verlo a él allí, movido por la venganza.

Echó de menos al perro y le habló en un susurró, entre labios fruncidos, para que los otros no se dieran cuenta y lo tomaran por loco.

—Si salgo de ésta, me dedico a las abejas... O a los ratones. ¡Cagüen la Cuaresma!

Los hermanos dieron un paso. Los moros apretaron el cerco.

Jugó sucio. No tenía otra salida.

Uno de ellos, que vestía un pesado lorigón largo, muy al gusto de los paganos, se fue al fondo sin oportunidad, arrastrado por el peso de tanto hierro. El otro, más joven, apenas un muchacho, sólo llevaba una coraza hecha con escamones de cuero y, al ir más ligero, se condenó a la agonía.

Gritaba desesperado.

Aullaba, consciente de que estaba a punto de morir ahogado.

Braceaba con todas sus fuerzas. Intentaba mantenerse a flote, pero no había remedio. Madejas de aquellos tallos empapados lo acorralaban y tiraban de él. Cuanto más se agitaba, más se embrollaba en aquella red hecha con miles de cabos sueltos imposibles de romper.

Sus compañeros, paralizados por el prodigio, lo contemplaban con horror.

Habían visto la finta del cristiano y la habilidad con la que había usado la vara para hacer trastabillar a sus dos compañeros, pero cuando habían caído al arroyo habían barruntado que se llevarían sólo un remojón. Ni por asomo que se dejarían la vida en el intento.

Habían escuchado el chapoteo, los reniegos, las salpicaduras. Y luego los chillidos.

Y ahora, en tanto Fierro se alzaba para ponerse en guardia, ninguno de ellos se atrevía a intentarlo de nuevo, por miedo a acabar igual.

Preso del pánico, viendo la orilla a apenas unos palmos, pero incapaz de acercarse para ponerse a salvo, el pobre infeliz se desgañitaba.

Así siguió.

Alguno de los moros bisbiseó una plegaria.

Nadie se movió hasta que llegó el silencio.

Y aún hubo de pasar un instante de indecisión.

El cristiano no tenía salida, estaba arrinconado, pero acababan de aprender que aquel rincón era condenadamente peligroso. De pronto, y Fierro lo supo, perdieron la confianza que traían y más de uno hubiera emprestado la soldada a cambio de un arco, una ballesta o una simple honda.

El atajador, sabedor de que había llegado el momento, jugó su baza.

—Hay algo que puede interesar a Ruy —dijo como si se le acabase de ocurrir—. Creo que merece la pena que me llevéis junto a él.

Durante toda su vida, los planes del renco habían sido para el día, nunca para el mañana. No tenía ni idea de cómo diantres se manejaría cuando tuviera enfrente al de Carrión. Cuanto había cavilado no pretendía otra cosa que dejarse apresar para que lo llevaran hasta él.

Para todo lo demás, ya se vería, con cuajo y decisión. A dentelladas, si no quedaba otra. Se las arreglaría según saltase la liebre, como siempre había hecho.

Y, si salía mal, moriría intentándolo. Con el hierro en la mano y la voluntad empujando.

—Hay ocasión de que se le chafe la engañifa que trajina.

Los dos hermanos se echaron un vistazo cómplice, pero callaron. Y, ante el silencio, Fierro siguió con lo que había pergeñado:

—¿Quién iba a decirlo? ¡Cagüen los truenos de santa Bárbara! Al final me topé con ese calatravo medio loco que rondaba Salvatierra —anunció, dejando caer intenciones.

Se le había ocurrido que podía usar al freire como cebo. Junto a aquellas alcaparreras había considerado venderlo sin más, pero algo en su interior se lo había impedido.

—Lo recordáis, ¿verdad? Pues le conté lo que averiguamos en el Muradal —dijo entonces—, y ya hace unos días que partió al encuentro de las mesnadas castellanas...

Advirtió que los hermanos volvían a mirarse entre ellos con semblantes cargados. Y se percató también de que, entre los moros, crecían las ansias de venganza.

—Si llega a tiempo podrá evitar que el rey Alfonso se deje encelar...

Igual que un calderero en la plaza en día feriado, intentaba vender lo que tenía. Convencerlos de que más les valía dejarlo con vida y llevarlo junto al de Carrión.

—Y yo sé la ruta que ha seguido hacia el norte...

Y era cierto que sabía el derrotero del calatravo, lo habían discutido juntos. Como también lo era que, por el momento, no tenía intención de explayarse; quería darle una oportunidad al freire. Sin embargo, si conseguía plantarse frente a Ruy, ya se vería. Según las pintasen. Los escrúpulos los había perdido tiempo atrás. Si hacía falta entregar al calatravo, como habían hecho con la cabeza del Bautista, lo haría. Ya no estaba el chuchó para recordarle lo que ella quería.

—A ese tal Guillén —saltó Martín sorprendiendo a Fierro— ya lo atrapamos hace tres días, no lejos de Caracuel.

Aquel irse al traste no se lo había esperado.

—Lo cazaron como a un conejo —explicó sin dejar hablar a su hermano—, intentando escabullirse entre los zarzales.

Y enfatizó sus palabras cerrando en el aire el puño de su mano izquierda, a la que le faltaban los dedos. La derecha la tenía ocupada con la espada.

Fierro chistó. Echó un vistazo de reojo a la poza, donde se veía el rostro ceniciento del morito. Se mecía en el agua cristalina, envuelto en los tallos de lino; se paseaban por sus mejillas como los cabellos de una amante, una a la que ya nunca besaría.

No le quedaba otra que encararse con toda aquella tropa. Y se descolgó el zurrón del hombro.

—Está preso en Baeza —siguió Martín—, donde están a punto de llegar las tropas del califa —añadió lentamente, dejando que calasen las palabras—. Él mismo, en persona, decidirá su suerte... Ya verá si lo despelleja, lo descuartiza o si lo entierra en vida para que se lo coman los bichos...

Le alivió saber que el freire todavía respiraba; a mala gana, le había tomado apego. También le preocupó que los del Miramamolín se movieran ya buscando gresca. Era tanto como anunciar el desastre de Castilla. Y entendió las prisas del califa en cuanto Martín volvió a hablar:

—Al rey Alfonso se le han revuelto las aguas —dijo resuelto, sabedor de que las noticias rezaban que había tomado una buena decisión traicionando a los suyos—. Pactó la rendición de Calatrava y los ultramontanos, que querían entrar a degüello y sangrar incluso a las gallinas de corral; se le rebelaron porque no les dejó hacer como en Malagón, donde rebanaron el pescuezo a todo bicho que encontraron. Nada les valía menos que entrar a orden de saco con dispensa para la rapiña. Pero anda blando el rey y les negó el saqueo, así que más de dos mil caballeros se han vuelto por donde vinieron. Incluso dicen que atacaron Toledo en su camino de vuelta.

No eran buenas nuevas, pero Fierro se mantuvo impertérrito. Cavilaba.

—De la Provenza sólo cuenta con el arzobispo de Narbona y unos pocos de Vienne —aseguró.

Por cómo hablaba, quedaba claro que la parla era, más que ninguna otra cosa, regodeo. Y aquellos aires le repatearon el hígado a Fierro, que se prometió cobrársela también con aquellos condenados hermanos.

—El Miramamolín nos cubrirá de oro por llevarle tu cabeza, se lo ha dicho él mismo a Ruy. Le ha prometido que nos hará asquerosamente ricos. —Se percibía la avaricia, tan vieja y usada que daba la impresión de estar ya oxidada; por el brillo en los ojos de Martín, no le cupo duda a Fierro de que había sido la codicia la culpable de la traición de al menos uno de los hermanos—. Aunque me temo que pagan más de lo que vales, no eres más que un viejo inútil. —Dio por rematado el discurso alzando la espada y dando la orden a voz en cuello.

Si daba un solo paso atrás, caía en aquella poza para hacerle compañía a los ahogados.

Hacia delante tenía a los hermanos, cada uno de ellos con su hierro en la mano.

A los costados, los moros, que se le echaban encima por los dos lados, vociferando, como tenían por costumbre en la batalla.

Le había salido mal la jugada.

Agitó el zurrón con fuerza y se oyó un zumbido grave que desconcertó a todos.

—¡Cagüen las tetas de santa Águeda!

El primero le pasó tan cerca que dejó tras de sí el tufo a cordero especiado que había desayunado. Fierro no perdió el tiempo con él. Se hizo a un lado, a tiempo para que pasase de largo, como una exhalación. Trastabilló y chocó con otro de los suyos, uno que se abalanzaba desde el costado contrario.

Al siguiente, el renco lo pilló con la guardia levantada. El tipo no tenía la veteranía de guardarse la intención. Había alzado el brazo hasta llevarse el puño al hombro, decidido a abrirle la crisma al cristiano de un espadazo. Lo despachó sin usar el estoque. Le bastó, como antes, emplear la vara. Lo hizo tropezar antes de descargar la hoja. Y lo vio rodar hacia la poza. Aunque lo intentó, a Fierro incluso le pareció escuchar el chasquido de una de las uñas al quebrarse, el infiel no fue capaz de aferrarse a las piedras, los matojos o los arbustos de la orilla. Cayó con un chapoteo y, como su compañero, empezó a gritar antes que a mojarse.

Ya llegaban por el otro costado. Llegaban los hermanos.

Estaba acorralado.

Fierro miró a ambos lados, escupió bajo el colmillo, renegó y abrió la tapa del zurrón.

Lo lanzó con todas sus fuerzas contra ellos.

Antes de que cayese al suelo, de la sobada tela surgió, furioso, el enjambre.

Para la primavera, las reinas viejas marchaban dejando en la colmena una heredera y, con un grupo de abnegadas obreras, buscaban un nuevo asentamiento. Así las había encontrado el renco, apiñadas en una rama en lo alto de las alcaparreras.

Las abejas se derramaron como vino de una copa volcada. Desorientadas, furibundas, cargaron contra lo primero que encontraron.

Entre alaridos y manotazos, cundió pronto el pánico entre los moros. Uno de ellos se aterrorizó de tal modo que salió corriendo sin cuidado alguno. Con grandes aspavientos, intentando apartar de su rostro a las enfebrecidas abejas, cayó en la hoya del arroyo.

A Fierro lo habían picado tantas veces que no le preocupaba que alguna se diera la vuelta y la tomase con él.

Confiaba en ellas, pero pronto hubo de admitir que sus perseguidores eran demasiados.

De repente lo sacudió un puñetazo en el costado que le hizo retemblar las costillas. Sintió el aire que robó un tajo pasándole a menos de un palmo de las narices. Despachó a uno atravesándole el pescuezo con el estilete; quedó éste gorjeando como un pajarillo en el nido y se ocupó del siguiente con el revés, aprovechando el gesto de sacar el estoque de aquel gizonte tinto de sangre. Una patada en la pierna mala lo obligó a hincar la rodilla, y el gesto lo salvó de acabar decapitado por una de las hojas.

Las abejas seguían descargando su furia, pero era evidente que la añagaza sólo había servido para retrasar lo inevitable.

Tanto cerraron el cerco que ya tenían que cuidarse de no matarse unos a otros. Resbaló, y por

un momento temió caer en la poza, pero recuperó el equilibrio con ayuda de la vara y mandó a otro a la trampa de lino. Al que siguió, uno de mirada hosca con un enorme lobanillo en la nariz, le abrió el muslo de abajo arriba, como la cornada de un toro; sangró tanto y tan rápido, salpicando chorros a cada latido de su moribundo corazón, que desfalleció antes siquiera de acabar el grito que le vino a los labios.

El enjambre, pasada la sorpresa, empezaba a organizarse y se olvidaba de los hombres. Fierro tuvo un santiamén para desearles suerte, y luego tuvo que parar un mandoble cruzando sobre el hombro la vara y el estoque.

Como mar gruesa envolviendo aquella barquichuela en la que padre se había ganado la vida a fuerza de despellejarse las manos, tragar salitre y jugarse el alma cada día.

No tenía adónde ir.

Pero no se lo iba a poner fácil. Rendirse era el amor de los cobardes. Y él nunca había sido un cobarde. Seguiría luchando hasta el último aliento. Hasta que no fuera capaz de sostener el estoque. Seguiría luchando incluso cuando ya no hubiera esperanza. Como siempre.

Supo que iba a morir.

De algún rincón salió una de aquellas sonrisas retorcidas y, aunque intentó espantarlo, también se asomó el alivio que tanto tiempo llevaba buscando.

Quizá, si era cierto lo que repetían los curas, si san Pedro no vigilaba las cancelas, a lo mejor podría colarse. A lo mejor podría verla.

A ella.

Otra vez. De nuevo. Para siempre. Y ya nunca volverían a separarse.

No sintió miedo. A la puta de la guadaña ya le tenía confianza. Ya había muerto en el desierto de Marruecos. Ya había muerto en Alarcos.

Sólo lamentó que se le iba a escapar vivo aquel malnacido de Ruy. En cuanto a los hermanos, iba a asegurarse de que lo acompañasen para averiguar si san Pedro estaba o no atento al negocio.

Ni siquiera alcanzaba a ratonera.

Ni las ratas encontrarían acomodo en semejante lugar. Apestaba a meados viejos, vómitos nuevos y vientres maltrechos que habían sobrevivido largos cautiverios sin más para matar el hambre que gachas de almorta.

Las piedras estaban cubiertas por una pátina húmeda. El suelo, sembrado con desperdicios. Y las dos únicas concesiones eran un cubo de pichel y una jarra desportillada. El cubo estaba lleno. La jarra, vacía. El cubo hedía a los restos ya fermentados que allí abandonaran las tripas del último cautivo. La jarra no tenía siquiera un trago con el que engañar la sed.

Para dormir no había otra cosa que una gavilla de heno que había visto la hoz, cuando poco, diez siegas atrás. Mal esparcida, pisada mil veces y tan usada que ya sólo se veían pajillas y polvo. Tan desastrado parecía que incluso podía albergarse la esperanza de que chinches y liendres hubieran muerto ya, o de hambre o de pena.

Y, como había un solo muro derecho y la maldita mazmorra era miserablemente pequeña, para tumbarse había que entrenar el tino y escoger bien dónde chantar los pies para estirarse, porque lo más sencillo era dejarse los cuernos en el intento y terminar con un coscorrón.

La única luz era la escasa que se colaba por una celosía en la puerta y que no venía de otro lado que de los hachones prendidos en la galería que, bajo tierra, daba acceso a las mazmorras del alcázar de Baeza.

Se trataba de un recoveco perdido que, quizás en tiempos, había servido de almacén o de bodega, y que, en los cambios de manos, a alguien, moro o cristiano, se le había ocurrido aprovechar para dar martirio a los condenados, ya fuera por la gana del rey o por el capricho del califa.

En las tripas de la fortaleza, tras el precipicio que daba al río, después de dos lienzos de muralla más allá de los centinelas en la avanzadilla, allende los barracones de la soldada, al fondo de unas escaleras resbaladizas, se llegaba a aquella galería donde terminaban los desgraciados.

Tan abajo y tan apartada que era el único rincón del lugar donde no alcanzaba el delicado aroma de azafrán que abarrotaba las vegas del alfoz.

Entre el cereal, la mies, los acebuches y, más que ninguna otra cosa, aquellas flores del azafrán, Baeza señoreaba un cerro por el que se paseaba el Guadalquivir. Allí la sierra cambiaba y demostraba su mal genio. Desde Toledo hacia el mediodía, la tierra se iba plegando con pereza, enredada en esa puzolana grana que recordaba a sangre derramada. Pero desde el tiro que suponían el par de Úbeda y Baeza, los montes Marianos se enrevesaban en cortados y despeñaderos. A partir de las dos ciudades, la serranía se embrutecía con saña, convirtiéndose en la penuria del caminante que, al coronar cada cumbre con el bofe en la boca, no veía más que otra escarpadura que anunciaba una siguiente. Hasta los pinos parecían aferrarse con uñas desesperadas a las laderas. Eran los lindes de la maldita frontera, y no lo eran tanto por el ingenio de los hombres sino por el capricho del mismo Creador, que había retorcido aquellos montes.

Allí regía Baeza, coqueta y robusta. Preparada para el asedio. Voluntariosa en la guerra. Tenía sus mezquitas, sus mercados, su vieja medina e incluso una iglesia donde según el genio de los moros, en años sí y en años no, dejaban a los de la mozarabía consagrar la hostia y recibir a Cristo. Tenía hasta curtiduría y negocios de alfarería.

Pero, más que ninguna otra cosa, tenía metido dentro el demonio de la guerra.

En aquella lucha eterna entre moros y cristianos había sido de los unos y de los otros, y cada cual había engrosado sus murallas. Capa tras capa de piedras margas, capa tras capa de muros de albarrana, la villa se había convertido en un gigantesco calabozo; difícil de asediar, casi imposible de conquistar y una locura para el que quisiera escapar. Tanto que estar tristemente encerrado en lo más hondo de sus entrañas significaba que la única esperanza de libertad dependía de la merced de los captores.

Comprenderlo hizo que le hirviera la bilis. Porque morir en el intento podía pasarle al más espabilado, pero fracasar cuando todavía se era capaz de blasfemar no tenía perdón de Dios. Y allí, en aquella condenada ratonera, sólo podía esperar a que un antojo de la fortuna le diera oportunidad.

—*Deus dedit. Deus abstulit* —había dicho Antolín con los ojos gachos.

Y tras aquellas palabras dio por sentado que se había terminado la poca y perra suerte que había tenido.

El enjambre se había marchado. Unos cuantos más habían quedado para siempre en aquella poza con lino enriado. Otro intentaba sujetarse el triperío, que le salía por un tajo del estoque que iba de la cadera hasta el ombligo. Uno más aullaba de dolor intentando volver a meterse el ojo en la cuenca vacía.

Y los dos hermanos se relamían. Encantados de que aquella pieza tan bien pagada estuviera en sus manos.

Fierro, con aquella locura de cerrarse las espaldas contra la trampa del arroyo, hubiera salido entero de no haber sido porque eran demasiados. Y pese a todos los que había despachado, quedaban otros tantos.

Ahora, resollando por los esfuerzos, sabedor de que no le quedaba más cuajo que el de morir con dignidad, echó un vistazo desprendido a Antolín y le espetó con desprecio:

—¡Cagüen los obispos de san Inocencio! Malparido, debí haber dejado que te ahogases en el Jabalón..

Lo soltó porque quería ganar tiempo para recobrar el aliento. Y se tiró de las calzas. Se preparó para morir matando.

Lo que no esperaba el atajador era que aquella maldición le daría ocasión de ver un nuevo amanecer.

A Martín le resbaló lo dicho. No se acordaba siquiera de que habían prometido guardar una al melero; sin embargo, a su hermano sí pareció afectarle el reproche de Fierro. A lo mejor tanto latinajo y tanto recomendar el rezo le despertó la caridad cristiana. Algo se le torció en el gesto y le echó la mano al brazo del hijo de su padre para obligarlo a acercarse un paso, hasta quedar pegados.

Quizá lo convenció diciéndole que el Miramamolín pagaría más por el atajador vivo que muerto, o podía ser que se cobrase algún favor que se debían. Fuera como fuese, y a Fierro poco le importaba, Martín se lo quedó mirando mientras acariciaba la higa con la mano que tenía mermada.

Tras unos instantes de indecisión, asintió al cabo, hincando el mentón en el pecho. Dio la

orden a los moros que aún quedaban con vida. La recibieron enrabiados, porque todos ellos querían reventar los higadillos al cristiano que había despachado a sus compadres, pero obedecieron.

No supo lo que se dijeron y tampoco tenía curiosidad por saberlo. Lo que sí supo fue que, para cuando se le echaron encima con la última arremetida, cuando él ya sólo rogaba por morir de pie y no hincando las rodillas, los moros, en lugar de descabezarlo entre alaridos, lo apresaron y le ataron las muñecas con la correa de su propio zurrón.

A partir de entonces se despacharon a gusto, y si refrenaron la golpiza fue únicamente para no tener que cargar con él durante el camino hasta Baeza, a la que llegaron por la puerta del Cañuelo y donde tuvieron que dar santo y seña para que les franquearan el paso.

Así había terminado en lo más hondo del alcázar.

Sin el chucho. Sin el zurrón. Sin su fierro. Maltrecho y dolorido. Maldiciendo aquella sed que tan malos recuerdos le traía. Así estaba. Pero todo eso le importaba una higa. Lo que le revolvía las tripas, lo que hacía que le corriese hiel por la garganta, más que ninguna otra de aquellas penalidades, era el temor de que se le escapase el cabrón de Ruy.

Por cuanto habían dicho los hermanos, por lo que había mencionado aquel calatravo loco que quizá no andaba lejos, el caballo rucio del apocalipsis venía al galope, resollando, y su jinete, al que llamaban guerra, ya había desenvainado.

Moros y cristianos parecían impacientes por despellejarse una vez más.

La batalla que tanto buscaba el rey de Castilla estaba cerca y, una vez que hubiera vencidos y derrotados, a saber dónde acabaría el de Carrión. Con todo lo cobrado al califa, tanto podía volverse a los pagos de León como marchar a Génova a hacer negocio de armador, o incluso buscar acomodo con los navarros y pasar cuanto le quedara en este valle de lágrimas emborrachándose con sus buenos vinos.

—¡Cagüen los anuncios de san Gabriel!

Estaba vivo y, por cuanto sabía, en la misma villa que el propio Ruy. Pero no tenía modo de llegar hasta él y, en tanto, el tiempo se le agotaba.

Andaba lamentando su situación cuando oyó pasos y un tintineo pesado.

Alguien se acercaba con prisas.

Oyó las voces, los insultos, algún golpe y muchos lamentos. Pasaban ronda por el resto de los calabozos y parecía que había abundancia en las mazmorras de Baeza, porque le llevó un buen rato a los carceleros llegar hasta la puerta de Fierro.

—¡Empreño de cabra! —le gritaron desde el otro lado de la tablazón—. Ni sueñes con tocarme los huevos, que los tengo delicados. —La voz era ronca y, pese a la amenaza implícita, se notaba un dejo de fastidio—. A la primera te ato por los pulgares y te cuelgo de una viga. —Era un discurso bien ensayado, de quien ha dedicado tiempo a repetirlo, y Fierro se preguntó desde cuándo llevaría aquel tipo a cargo de las mazmorras—. A la segunda te rompo las rodillas, una a una, para que lo laments bien lamentado. —Sonaba cierto—. Y a la tercera... Uhhh, a la tercera te vas a acordar de todos mis muertos, ¡y de los tuyos! A la tercera te abro el gaznate con una despabiladera sin afilar, te saco la lengua como a gorrino en matanza y te estrangulo con ella. ¿Entendido?

Fierro calló.

—¡Por las sandalias del Bautista! No me busques que me encuentras —lo amenazó ronca aquella voz—. Estás recién pescado, por eso voy a arrejuntar un pellizco de paciencia y te voy a dar una oportunidad más. Pero, te lo advierto, como no contestes te quedas sin cena y sin agua. Y

como contestes lo que no debes... Ya sabes, los pulgares...

Fierro se pasó la lengua por los labios reseco y tomó una decisión.

—Entendido —gruñó.

—Así me gusta, así me gusta. Suave como un culito de monja sin estrenar —empezó con tono zalamero—. Pues, ¡hala!, en pie, de cara a la pared y con las manos donde pueda verlas —concluyó, de nuevo con el hablar de quien está acostumbrado a dar órdenes que son obedecidas—. ¿Entendido?

A regañadientes, Fierro hizo lo que le mandaban y respondió:

—Entendido.

Sonó entonces la vuelta de la cerradura y los goznes chirriaron. El pesado portón se movió. Entró algo más de la luz cimbreada de las antorchas, cosa que no ayudó a tener mejor opinión del alojamiento. Y Fierro oyó que alguien pasaba.

Sin volverse, echó un vistazo por encima del hombro. Colgando del techo de la galería había un pobre desgraciado al que, por lo que pudo distinguir, habían colgado de los pulgares. Quizá porque de verdad había desobedecido al carcelero o quizá porque a éste le había convenido, para demostrar a los demás cómo era el tan aclamado escarmiento.

Enseguida entró un tuerto al que costaba dejar de mirar. Tan gordo que parecía su prodigiosa barriga la de una vaca preñada. Inflado como un capón, debía de rondar las veinte arrobas, y Fierro hubiera podido meter sus dos pies en una sola de sus abarcas. Enorme como era, tuvo que esforzarse por atinar con el umbral.

Para colmo, tenía chepa. Y una pierna más corta que la otra. Aunque aquéllas no eran la mayor de sus rarezas. Lo auténticamente excepcional era su rostro deformado. Como la abolladura de un yelmo tras la coxa de un mulo, la mejilla y la sien estaban aplastadas. Tan desastrado le había quedado aquel lado de la cara que el hueco del ojo que le faltaba no era más que un amasijo informe de viejas cicatrices que subían y bajaban. Su papada no era menos prodigiosa que su barriga y las venillas de su nariz bulbosa delataban que, aparte del buen comer, le gustaba también el buen vino.

Pese a la deformidad, se veía a las claras que era cristiano. Y también que llevaba en aquel trabajo el tiempo suficiente como para acariciar el hartazgo. Pero lo que preocupó a Fierro fue la soltura con la que se manejaba pese a sus gorduras; parecía de éstos capaces de mantener aquellas portentosas grasas y, sin embargo, estar endurecidos por el trabajo.

Le bastó una ojeada para desconfiar.

—Aquí las cosas se hacen como me sale a mí de los cojones —anunció sin dar un paso más—, ¿entendido?

Sin poder evitar algo de rebeldía, en lugar de responder sin más, Fierro se limitó a asentir, lo que provocó una inmediata reacción del tuerto.

Con una agilidad inusitada para su defecto en las piernas, se movió como una centella y, liberando una porra que llevaba al cinto, le soltó al renco un zurriagazo en los riñones.

Era un buen tarugo de encina, sobada por el uso y el abuso. Fue un golpe dado con maestría y, pese a sus esfuerzos, Fierro no logró tenerse en pie.

El carcelero lo miró divertido.

—¿Entendido?

El melero comprendió que ya habría ocasión de cobrárselas y que más le valía ceder.

—En... Entendido —logró balbucir.

—Muy bien, así me gusta, como los corderitos obedientes. A la siguiente majadería te cuelgo

de los pulgares —amenazó—. Aquí las cosas se hacen como yo digo.

Dejó que el mensaje calase y, tras asentir para sí mismo, continuó con su parlamento.

—Cada anocheada se trae la comida —anunció, haciendo un gesto a un chiquitajo que se había quedado en la galería y que apareció enseguida con un cubo de agua y otro de un potaje infecto—. Si se te rompen las tripas o te sangra el culo, te callas, porque aquí no hay maestro de llagas ni lo va a haber. Por lo demás, calladito y sin armar bullas, no quiero escándalos en mis calabozos. ¿Entendido?

Logrando alzarse pese al tormento en su riñonada, Fierro respondió:

—Entendido.

—Así me gusta.

Y, sin volverse, para no darle la espalda al prisionero, el enorme carcelero salió del calabozo caminando hacia atrás.

El portón, de madera recia y reforzado con herrajes, volvió a chirriar, y la cerradura entonó su cantinela.

En cuanto quedó solo, Fierro se acurrucó en el suelo y comenzó a respirar con fuerza, apoyando las manos en los cuadriles.

Necesitó un buen rato para recuperar el aliento y sentirse con ánimos para acercarse a lo que le habían dejado.

No habían vaciado el cubo de desperdicios. En una escudilla abollada había unas cucharadas de un potaje grisáceo en el que saltaban gorgojos. Y en la jarra, unos dedos de agua verdosa.

Reuniendo toda su fuerza de voluntad, sabedor de que debía racionarlo, Fierro echó un trago que aguantó en la boca cerrada, para engañar a la sed. Luego, sentado en el frío suelo, echó un nuevo vistazo al calabozo.

—Menuda estampa —dijo como si le hablase al chucho—, ¡cagüen la vulgata de san Jerónimo!

No era el más valiente. Tampoco el más espabilado. Todos éstos ya estaban muertos.

Él los había conocido.

A los que se lanzaban al galope ciego contra un muro de arqueros agasíes, sin flaquear, inflamados por el honor, gritando a voz en cuello vivas al rey. También a los que siempre explicaban las triquiñuelas de las batallas, capaces de caer en la cuenta de lo que a otros ni tan siquiera se les ocurría.

O se los había comido el desierto o estaban lapidados en las murallas de Alarcos.

Todos muertos.

Pero él seguía vivo.

No era el más valiente. Tampoco el más espabilado. Sólo un tipo que jamás se rendía.

—¡Cagüen el trébol de san Patricio!

Así brindó por un nuevo trago de la jarra y, como siempre, se puso de inmediato manos a la obra.

Se sentó contra una de las contrahechas paredes y observó a fondo la mazmorra, tal que un sacamuelas ante la boca abierta del dolorido paciente.

Como no tenía idea de si volvería a comer, no desaprovechó la ocasión y probó el guisado. No lo encontró tan malo como aparentaba y, pese al tufo rancio, lo fue despachando mientras cavilaba.

El grosor que apuntaban los muros y no saber cuántos pies bajo tierra estaba desaconsejaban ponerse a cavar.

Se echó otro bocado de aquel engrudo y puso la oreja en el suelo, por si se advertía el rumor de algún desaguedero que pasase cerca, pero no escuchó nada.

Volvió a recostarse contra la pared y echó otra larga mirada a la puerta.

Tenía sus buenas guarniciones de hierro y, en tiempos, debieron haber resultado formidables. Ahora, sin embargo, se veían cubiertas de cardenillo, como la celosía, tan escasa que, incluso arrancándola, no dejaba hueco para que pasase un puño cerrado. Además, las juntas de la tablazón ya estaban flojas, pues algo se veía de la luz anaranjada de las antorchas a su través.

Terminó la ración dejando unas sobras, como si el chuco se las fuera a comer.

—Veamos qué podría hacerse... —gruñó en voz alta. Y se acercó al portón.

En la parte de abajo había un pequeño postigo que, en algún momento, debió haberse usado para alimentar a los presos, pero alguien lo había claveteado a conciencia. Tiró de las cabezas de los clavos para ver si la humedad que hinchaba la madera los había soltado, y encontró un par de ellas algo flojas, pero no siguió porfiando.

—¿Para qué esforzarse?, aunque lo desclave ni siquiera tú pasarías por ahí —afirmó señalando el postigo, bueno sólo para hacer pasar una escudilla y poco más.

Repitió aquellos tientos con los herrajes de la puerta, tratando de averiguar el modo de desarmar la tablazón, pero, para su disgusto, eran el trabajo a conciencia de un buen artesano. El robín los había mermado en algunos lugares y, sin embargo, aguantaban firmes.

Ya sólo le quedaban por inspeccionar los dos pesados goznes y, tras beber un nuevo sorbo de agua, se puso a ello.

Ahí había negocio, y una de sus sonrisas con requiebro le cruzó el rostro.

El inferior sería más fácil. El de arriba daría más trabajo. Pero podía hacerse. Nada imposible para quien se había pasado días y días, noches y noches, labrando su salida de aquel condenado silo de Alarcos.

Sin embargo, al constatar que podía escapar sin más herramientas que la paciencia y algunos clavos del postigo, en lugar de ponerse a la tarea de inmediato volvió a su pobre asiento y rechistó.

—¡Cagüen la columna de san Simeón! No hay tiempo...

Sin dejar de mirar hacia el portón, a tientas, buscó la cabeza del chucho para rascarle las orejas. Cuando se dio cuenta de que a su lado no había otra cosa que aire, renegó de nuevo.

Podía salir del calabozo, de aquello no le cabía duda. Le costaría interminables horas de despellejarse los dedos, de frotar y frotar los viejos maderos hasta desencajar los goznes. Ya lo había hecho antes y no desesperaba ante la idea. Sin embargo, sabía que sería una tarea para la que necesitaría días, semanas incluso.

Y ésa no era una opción.

Dejó escapar un regüeldo entre labios fruncidos y sopesó la situación.

—Con algo de suerte —siguió hablando, como si el chucho estuviera a su lado—, a lo mejor ese cabrón de Ruy viene a hacernos una visita... Si se atreve, le abro el gznate con uno de éstos —dijo señalando el postigo y los clavos sueltos.

No bien acabó de hablar, sacudió el mentón para negar.

—Flojo, muy flojo suena eso —se reconoció.

Echó otro trago, examinó la jarra y, decidiendo racionar lo que quedaba, se conminó a no volver a beber durante unas horas.

—Flojo, muy flojo, como verga de viejo chocho... No podemos esperar que caiga esa breva, que más fácil se me antoja encontrarle muelas a una gallina. No vendrá a verme —admitió de mala gana—. Y no tenemos tiempo de hacer aguardos —insistió—. Las tropas están preparadas, la batalla está por venir. Incluso puede que ya se haya marchado con viento fresco y la bolsa llena... Malparido pedazo de bosta reseca...

Por un buen rato se quedó en silencio, cavilando.

Al cabo, fue capaz de reconvenirse y dedicar su atención a la tarea pendiente.

El asunto no era salir de allí, sino fugarse a tiempo para encontrar al de Carrión.

No tenía idea de qué hora era, en las mazmorras no entraba ni un resquicio de sol, pero calculó que, habiendo entrado en la villa cuando anochecía, debían rondar completas. Probablemente, varas por encima de él, Baeza dormía ya, recogida a no ser por los centinelas ahogando los bostezos, algún contrabandista haciendo de las suyas y los albardanes, crápulas y demás impenitentes que buscasen juerga.

Decidió entonces esperar y, antes de que se concediera el capricho de otro buche de agua, su paciencia se vio recompensada.

Los ronquidos de aquel capón inflado eran igual de portentosos que su barriga. Y, antes de que retumbase el segundo, el renco ya estaba junto al postigo tirando de los clavos.

Para poder volver a colocarlos sin inconveniente alguno, los fue dejando por orden sobre las piedras húmedas del suelo. Lo hizo con cuidado, disponiéndolos con el mismo patrón con el que habían sido clavados, unos más arriba, otros más abajo, algunos torcidos.

Luego aprovechó los restos de aquel puchero para engrasar el pasador sobre el que giraba el portillo, para evitar el chivatazo de un mal chirrido.

Y, antes de abrirlo, se aseguró de que se seguían escuchando aquellos fenomenales ronquidos. Satisfecho con la cantinela que reverberaba sin cesar, se tumbó cuan largo era, pegado al portón.

Cuando levantó el postigo, con poco más de un palmo de largo y medio de alto, arrimó los hocicos como un topillo por una ratonera y, desde aquel ras de suelo, tuvo una escueta visión de la galería de calabozos de la alcazaba de Baeza.

Lo primero que descubrió, pese a que los hachones ya casi se habían consumido, fue que del techo del corredor no había un desgraciado colgando de los pulgares, como había pretendido aquel barrigón. Con pasmo y un dejo cínico, acertó a ver que lo único que pendía de allí eran unas botas viejas con unas calzas rellenas de heno, como las de un espantapájaros.

—La madre que lo hizo... —no pudo evitar susurrar.

También advirtió que, en lado opuesto del pasillo, había otros cuatro portones que anunciaban otros tantos calabozos. Supuso entonces que, como mucho, serían un total de ocho prisioneros, en el caso de que todas las mazmorras estuvieran ocupadas.

Luego, forzando el pescuezo y acallando el dolor del hombro, logró vislumbrar el extremo ciego de la galería, el más cercano a su magro alojamiento. Allí estaba cerrada con una pared monda, sin otra cosa de interés que un par de churretones de vieja humedad. No había más que rascar.

Cambiando la postura, logró ver el otro cabo.

El corredor se abría a un zaguán que daba paso a unas escaleras. Allí había algo más de luz, como si en alguna mesa o estante brillase una palmatoria. Distinguió, repartidos por el fondo, al pie de los escalones, colgando de cáncamos agarrados a la pared, un par de rollos de cuerda, unos grilletes y un enorme tabardo que no podía ser de otro que del carcelero, a quien no podía ver por completo, pero al que se intuía. Veía sus gordos pies, apoyados en un sufrido escabel que pandeaba por mor del peso.

El tiparraco seguía roncando como un oso furioso.

Se incorporó para masajearse el hombro y darse tiempo de pensar. Al cabo, decidió que merecía la pena arriesgarse.

—Guillén —llamó con apenas un susurro, esperando no despertar al capón cebado.

Aguzó el oído y esperó, pero no hubo respuesta.

—Guillén, freire chiflado, ¿andas por ahí? —insistió, alzando un pellizco la voz.

Justo entonces, el carcelero rezongó como gorrino en pocilga recién embarrada. No supo Fierro si por sus llamadas o por un mal sueño, pero resolvió ser prudente y aguardar un tanto antes de volver a intentarlo.

Lo hizo tras colmar su paciencia, ya sin fe. Y estaba a punto de cerrar el postigo para dedicarse a otros asuntos cuando llegó la respuesta:

—Fierro, ¿eres tú?

Tragó la noticia y volvió a hablar, prestando toda su atención para ver si acertaba en qué calabozo estaría encerrado el calatravo.

—Sí, yo soy.

—Sea el Señor loado en su infinita bondad —soltó el fraile de carrerilla—. Nunca imaginé qué esperanza podría encontrar en este pozo de desolación al que me han llevado las malas artes de los paganos. ¡Qué bendición de los mismos Cielos! ¡Qué alivio saberlo...!

—Pero ¿quieres callarte condenado? —lo interrumpió, alzando la voz todo lo que se atrevió.

Y el calatravo guardó silencio.

Por un momento, no se oyó nada más que el pingar de una gotera, y Fierro temió lo peor. Ya se disponía a recolocar de cualquier modo el postigo cuando se escucharon de nuevo los tremebundos ronquidos del carcelero.

Respiró aliviado y, antes de poder hablar de nuevo, lo asaltó el freire:

—Sigue durmiendo —anunció, como si no fuese evidente.

Fierro pensó que, de tenerlo cerca, le hubiera soltado dos sopapos, pero se contuvo haciendo acopio de voluntad. Fue al grano.

—¿Pasa alguien más por aquí amén del gordo? —preguntó.

—No, en los días que llevo encerrado a él es al único que he visto. Deben de andar cortos de gentes los moros con esto de la guerra. Hay un muchacho que viene a ayudarlo con el rancho, pero no, no he visto a nadie más.

Fierro sabía que no era ocasión de reconvenir al fraile por sus discursos y se guardó bien las maldiciones que le llenaban la boca para sopesar muy bien lo escuchado antes de la siguiente pregunta.

Sonaba lógica la suposición del calatravo. Probablemente, todo aquel capaz de sostener un arma estaría en alguna tienda, no lejos del Miramamolín, presto a tender la trampa del Muradal a los cristianos. Y casi con toda seguridad el que ayudaba con el rancho no era otra cosa que algún mozo de las cocinas que se había librado de la obligación por cristiano avenido del que no se fiarían o por estar lisiado.

—¿Aventas algún modo de escapar?

Hubo una pausa en la que el freire debió de meditar sobre la cuestión.

—Me temo que no, modo no hay que yo sepa. Desgraciadamente, no nos queda otra que porfiar en la fe, como al bueno de san Cirilo. Muro sobre muro, piedra sobre piedra. Esto es una alcazaba, dentro de una fortaleza, dentro de murallas —adujo con malestar—. Imposible, un milagro necesitaríamos. Un milagro como el de Lázaro, como el de las bodas de Canaán...

Respiró hondo Fierro antes de seguir con el interrogatorio:

—Además de para el rancho, ¿abren los portones alguna vez? —inquirió entonces, pensando en que quizá repartiría el carcelero algo de paja de tanto en tanto.

—No, sólo para el agua y la comida. En todos estos días no han abierto para nada más. Y una de las veces, ni tan siquiera eso; nos dejaron a merced del hambre y la sed estos condenados. Sufrimos el martirio del hambre sin conmiseración alguna, sin piedad...

Fierro se mordió los labios, pendiente de los ronquidos.

—¿Sabes cuál es tu mazmorra?

Quedó la retahíla a medias, luego un silencio y, finalmente, la contestación:

—Pues la mía —respondió con inocencia—, no hay nadie más aquí, hijo mío. He estado solo desde el día en que me encerraron. Sin otro consuelo que mi fe en el Todopoderoso...

Tragó la bilis que le subió por el gargante y lo interrumpió:

—De acuerdo, guarda silencio ahora e intenta descansar.

Como no podía ser de otro modo, el calatravo tuvo que añadir algo:

—Así lo haré, pero debes saber que nunca antes se había alegrado tanto mi corazón de escuchar una voz amiga. —Las palabras corrían como si se persiguieran unas a otras—. Espero que el buen Dios te ilumine y se te ocurra algo para salir de aquí. Es nuestra cristiana obligación que nos lleguemos hasta los hombres de Castilla y, del peligro que corren, les hagamos saber. Muchas son las testas que pueden acabar en la picota...

—¡Cagüen el martirio de san Fabián! Lo que tú quieras, pero cállate de una jodida vez.

No había podido contenerse por más tiempo y temió que, por mor del exabrupto, el carcelero despertase.

Aguardó inquieto hasta que volvió a oír los ronquidos, y ya estaba reponiendo postigo y clavos en su lugar cuando el calatravo todavía insistió con sus rogativas.

—Rezaré por ti, iluminarte es tarea de nuestro buen Señor, que se ha de ocupar de que salgamos con bien de este entuerto, como buenos cristianos de piedad probada. Pero nunca está demás rogar su intervención. Nunca, porque en la Providencia debe confiarse con todo el corazón.

A Fierro no le quedaban fuerzas para enfadarse y no pudo evitar que se le escapase una sonrisa esquinada.

Cuando terminó de reasentar el postigo, se concedió un trago de agua.

Arrejó la paja del suelo para mullir lo mejor que pudo el lugar y tomó de nuevo asiento contra la pared, intentando acomodarse pese a lo escaso de los medios.

Un rato después oyó que los ronquidos cejaban y el tintineo de sus guarniciones le explicó que el carcelero, diligente, hacía una ronda por sus dominios.

Cuando estuvo seguro de que aquel soniquete se alejaba, habló de nuevo al chucho.

—Tendrá que ser por la bravas.

Pensando que no acabaría a tiempo, no le había quedado otra que tragarse el susto.

En algún momento de aquella larga jornada, se oyó barullo en la galería y Fierro, sobresaltado, había llegado a temer que lo pillaran con las manos en la masa. Sin embargo, lo acompañó la fortuna porque, tras las voces, los chasquidos, un par de reniegos y algunas patadas, al rato quedó claro que el trasiego no era más que un nuevo huésped que, en manos poco amigables, llegaba a las mazmorras de Baeza. Muy concurridas en esos días.

Al acallarse el barullo, había seguido trabajando.

Hasta que llegara su oportunidad.

Tenía en contra que no había ni un mal ventanuco que le diera una pista de la hora, pero Fierro conocía tan bien su sed que, cuando le quedaron un par de tragos en el fondo de la jarra y, pese al susto de antes, supo que no faltaría mucho para el rancho.

Todo un día habría pasado ya, y era un día que no le sobraba para atrapar al de Carrión.

Sin embargo, como nada podía hacer al respecto, en lugar de dedicarse a lamentarlo como una viuda quejosa, se preocupó de repasar lo que había pergeñado, que no tenía mucho de ingenioso y sí de arriesgado.

Algo después, se oyó de nuevo el barullo de unas voces y, al poco, esta vez sí, el carcelero empezó su ronda por los calabozos con el rancho.

Seguro ya de que había llegado el momento, Fierro comenzó a desnudarse sin tapujo alguno.

Se quedó en cueros. Dejó toda su ropa en un atadillo que colocó junto a la pared, donde no se vería una vez abierto el portón, y, a continuación, pese a las frías losas del suelo, se acurrucó en el fondo de la mazmorra, dándole la espalda a la entrada.

Allí esperó, luchando contra la tiritera que lo quería sacudir.

Oyó que se abría la segunda de las celdas y la cantinela ya conocida del carcelero.

Fueron cuatro los calabozos que atendió el gordo antes de plantarse al otro lado de su portón, que debía de ser el último de la ronda.

—Supongo que ya tendrás bien aprendida la lección —le gritó arrimando las narices a la celosía para dejarse oír bien—. ¡Hala!, en pie, de cara a la pared y con las manos donde pueda verlas.

Fierro no dijo nada. No se movió.

Notó por la burla en las sombras que habían arrimado un hachón a la rejuela del portón.

—¡Me cago en todos tus muertos! ¿Te has quedado sordo? No juegues conmigo, ya te lo advertí. —Se percibía una furia incipiente en la voz—. En pie, de cara a la pared y con las manos donde pueda verlas...

Acurrucado aún, Fierro se quedó quieto. No pronunció palabra.

—¡La madre del cordero! —rugió el carcelero a voz en cuello—. ¿Puede saberse qué diantres haces así, como tu madre te trajo al mundo?

Hubo un silencio desconcertado, pero luego volvió a las suyas:

—En cueros o vestido como la reina de Saba, me va un bledo; como no hagas lo que digo, no

sólo te vas a quedar sin rancho, sino que, de propina, me voy a pasar lo de los pulgares por el forro y voy a dejarte las rodillas para el arrastre, ¿me oyes, condenada boñiga? Que te pongas en pie, que te arrimes a la pared y que pongas esa mierda de manos donde pueda verlas —insistió con evidente mala uva—. ¿Entendido?

Sabedor de que no había marcha atrás, una vez más Fierro desoyó las perentorias órdenes del cebón y aguantó. En silencio. Quieto.

Volvieron las sombras a bailar delatando la antorcha.

—Malnacido, cagajón de mulo, te estoy viendo ahí tirado. Te vas a acordar de este día hasta que mueras. Nunca más volverás a caminar derecho, te voy a desmembrar...

Al rengo se le escapó una sonrisa que sólo atestiguó la pared.

—¡... Cago en lo más sagrado! No ha nacido cristiano que tenga arrestos para reírse de mí, ¿me oyes? No ha nacido.

Se oyó entonces la pesada vuelta de la llave en la cerradura y los goznes del portón volvieron a chirriar con lástima.

—¿Qué demonios pretendes? La puta que te parió...

Incluso aunque no podían verle el rostro, Fierro ni siquiera pestañeó.

—Tú, cantamañanas, en pie, que te vas a enterar. ¡Arriba! De inmediato, no me hagas ir a buscarte, no sea que me piense lo de las rodillas y escoja tratarte la lengua. ¡Arriba!

—¡Está desnudo!

Tenía que ser el mozo de cocinas, sonó aflautado. Y Fierro supuso que sería sólo un crío, en esos años en los que la voz juega malas pasadas.

—Eso ya lo he dicho yo... Y qué coño importa, como si lleva manta de armiño —repuso el carcelero, empezando a dudar por lo estrambótico del asunto.

Lo oyó Fierro dar un par de pasos pesados.

—Está muerto —anunció de repente el mozo—, se ha muerto.

Las pisadas se detuvieron.

—¿Qué carajo va a estar muerto? Lo que está es intentando jugármela...

—Pero está desnudo —repuso el mozo, indeciso.

—¿Y eso qué cojones tiene que ver? ¿Acaso te piensas que si te quedas vestido no te vas a morir...? No seas imbécil —lo amonestó antes de volver a prestar atención a Fierro—. Eh, tú, ¡malnacido! No me lo trago, en pie, ¡ahora!

—Pero está desnudo... —repitió el mozo, desconcertado.

El trasiego le dejó saber a Fierro que algo hacía el carcelero. Por si acaso, se preparó, tensando el estómago.

De súbito, un trallazo le sacudió la espalda y hubo de reunir toda su fuerza de voluntad para no lanzar un lamento y quedarse quieto.

Cuando lo oyó tintinear en las losas, supo lo que había hecho el carcelero. Desconfiado, había hurgado en la bolsa hasta encontrar un pepión y se lo había lanzado con toda la mala baba que había podido.

—¿Lo ves, lo ves? —saltó el mozo de cocinas—. ¡Está muerto! Ni ha pestañeado.

—Y tú que carajo sabrás si ha pestañeado... Si no le vemos la cara. Quédate ahí y no empreñes más, ¡y cállate!

Se oyó otro par de pisadas.

—Eh, tú, ¡cornudo sin huevos!, ¡hijo del demonio! Te lo advierto, como no estés muerto, te voy a matar yo.

La indecisión era patente y a Fierro no le cupo duda de que el cebón empezaba a preocuparse por el cirio que se le venía encima si de verdad estaba muerto. No sería tarea fácil cargar con un cadáver todas aquellas escaleras arriba y, además, tener que ocuparse de darle un entierro medio decente.

Ya casi lo tenía encima, la última pisada había sido a unos palmos.

Fierro se preparó.

—Por todo el vino de misa de Toledo, si al final va a ser cierto que este malnacido se ha muerto... —oyó Fierro justo encima de él.

—Ya te lo decía yo —sonó la voz del mozo, más alejada.

Fue entonces cuando escuchó un gruñido de esfuerzo, el arrastrarse de algo, un cascabeleo ya familiar. Aquel capón estaba a punto de arrearle un puntapié para corroborar si había pasado a mejor vida. Y vio su oportunidad.

Tan rápido como pudo, Fierro se alzó y se hizo a un lado con una finta. Y le fue por un pelo.

El pesado pie del carcelero pasó a su lado con el formidable impulso de todas las arrobas de su dueño. De haberlo alcanzado, le hubiera quebrado la mitad del costillar.

—Tus muertos —logró gruñir el cebón entre el asombro y el fastidio.

Sin detenerse, Fierro se volvió con el brazo bien estirado, preparándose para el impacto. Por el rabillo del ojo vio que el mozo dejaba caer el puchero con estruendo y salía corriendo despavorido. Probablemente, para dar la voz de alarma.

El carcelero consiguió evitar estamparse los dedos contra la pared del calabozo, pero sus reflejos no dieron más de sí.

Sonó igual que un cachete en la nalgada de un chico travieso.

Fierro le puso todo el empeño y, en cuanto sintió que el golpe conectaba, se apartó tan rápido como pudo. Temía la reacción.

En aquel prodigioso cuello, lleno de gorduras, quedó trabado el postigo con todos sus clavos.

Lo había usado como una maza improvisada, confiando en que ni el carcelero ni el mozo fueran a darse cuenta de que faltaba, despistados por descubrirlo desnudo y acurrucado al fondo de la celda.

Había pasado sus buenas horas haciendo el apaño.

Primero volvió a sacar todos los clavos, luego engrasó a conciencia el pasador y, tras forcejear un poco, sacó el postigo de su herraje. Le quedó un tablancillo que aún tenía partes que la humedad no había ablandado y, con paciencia, aprovechando el resto de la noche, mientras el carcelero roncaba, había pasado los tachones de lado a lado, hasta agenciarse aquella clava.

El cebón se llevó las manos al pescuezo, debatiéndose entre la sorpresa y el dolor. Sus grandes ojos rebullían entre sus grasas. Palmeó hasta encontrar aquel artefacto y, cuando lo sintió entre sus dedos, gruesos como longanizas, se lo arrancó de un tirón.

Brotó sangre, pero no los chorros que hubieran delatado una herida mortal. Las abundantes papadas le habían servido de escudo.

Fierro no se había hecho ilusiones. Aquellos clavos viejos apenas sobresalían media pulgada del madero y había trasegado campos de batalla suficientes como para saber a qué atenerse utilizando un arma tan pobre.

El cebón se volvió, dispuesto a arremeter contra él como un verraco. Y tuvo la certeza de que sólo le quedaba una opción.

—¡Cagüen la sal que paleó san Ponciano!

Se dio prisa.

Salió como alma que llevase el diablo y, trastabillando, logró volverse para aferrar la llave, la misma que el carcelero había dejado en la cerradura.

—Te voy a abrir en canal, ni se te ocurra... ¡Ni se te ocurra!

Antes de cerrar el portón y darle vuelta al cerrojo, lo vio embestir, tal que un toro furioso.

En la galería, con el culo al aire y lo suyo colgando, Fierro se apoyó en el portón a tiempo de sentir el topetazo del cebón estrellándose contra los maderos. Tantas arrobos pesaba que la tablazón retembló. Saltaron astillas, polvo, la sangre seca de alguno que se había abierto allí la crisma y, de los herrajes, cayeron escamas de robín.

—¡Abre! ¡Abre! —le gritó entre resuellos—, ¡hijo de mil putas! Abre o te juro que el martirio de nuestro señor Jesucristo te parecerá ambrosía...

—No te quejes —le soltó Fierro con retranca—, ahí dentro quedó el puchero con el rancho, hambre no vas a pasar...

Enloquecido por la pulla, el carcelero volvió a arremeter igual que un ariete.

Como antes, todas las tablas trepidaron con escándalo.

—Hijo de cabra, malparido traidor...

Pese a sus gorduras, no desfallecía. Aún tenía voluntad para seguir maldiciendo con toda la saña de la que era capaz. Golpeaba el portón con sus manazas, gritaba alguna barbaridad y volvía a la carga. Pero los maderos aguantaban.

Esforzándose por ignorar aquella escandalera, Fierro echó un vistazo en derredor. Indeciso por unos instantes, la costumbre le llevó a bajar la mano para tirar de las calzas y, con un pellizco de incredulidad, terminó por dejar caer los ojos por el pecho desnudo y las piernas, blancas como leche.

—¡Cagüen los hierros de san Dunstano! ¿Quién me mandarí a mí meterme en este sindiós? Con lo a gusto que estaba yo con mis abejas...

Resolvió que lo más conveniente era agenciarse algo con lo que cubrirse y salir de allí como una centella.

—¡Hijo de mil padres, todos borrachos y putañeros!

—Sí, yo también te he tomado aprecio en este tiempo —le susurró como respuesta.

Ya decidido a ponerse en marcha, Fierro se llevó con él la argolla con el juego de llaves, por si podía serle útil escaleras arriba y, acercándose al fondo de la galería, inspeccionó aquel zaguán que había visto.

Tirados en una esquina, bajo un par de taburetes abandonados, encontró su bordón y su zurrón. Fue un alivio descubrir que lo único que faltaba eran las pocas monedas que allí guardaba; el resto parecía intacto. Incluso encontró un trozo de panal virgen que había sacado de sus colmenas el día en que comenzara toda aquella locura.

Tras rebuscar algo más y, como no se le ocurrió ningún otro remedio, robó con descaro la gigantesca capa del carcelero, grande como una de las mismas tiendas del Miramamolín.

—Te voy a sacar los riñones por las orejas —se seguía oyendo sin descanso—. Me las

pagarás, con creces. Yo no olvido jamás una afrenta así. Te voy a destripar como a un jurel.

—Ladronzuelo de tres al cuarto —murmuró Fierro pensando en sus pepones robados.

Decidido a no perder más tiempo, tras un par de vueltas sobre sí mismo sin acertar con otra solución, Fierro usó el estoque de su bordón para cortar un trozo de sogá de las que había allí colgadas y dio cuenta de él atándolo en torno a la cintura para ceñir el sobrante de la recia tela.

—Doy en adelante no volverás a caminar tranquilo; en cualquier esquina, en cualquier lugar, te darás la vuelta y te encontrarás con mi espada... ¡Me la vas a pagar con la vida!

Mientras se ceñía aquel improvisado cinto, Fierro no le hizo el menor caso.

Cuando terminó, le vino una sonrisa a los labios por lo ridículo de sus pintas. La capa le sobraba por todos lados y, para ajustarla en torno suyo, había tenido que fruncirla varias veces, de tal guisa que todo él era una colección de gurruchos de aquella tela encerada que, además, rascaba como una condenada.

—Parezco un capullo a punto de florecer —se dijo sin perder el cinismo—, un capullo de cardo... Bueno, al menos no tengo el culo al aire...

Ya con sus pertrechos y tapadas las vergüenzas, no le quedó otra que reconocerse que hasta ahí habían llegado sus ideas. Tocaba improvisar.

—¿Fierro? ¿Eres tú?

Oyó la pregunta mientras echaba un largo vistazo a las escaleras, intentando imaginar qué encontraría arriba. Era la inconfundible voz del calatravo y al renco se le escapó un suspiro de resignación.

—¿Estás ahí?

Se olvidó de la subida a la superficie de Baeza y se volvió hacia los calabozos.

—Más le vale que esté ahí y que tenga los dedos de frente que hacen falta para arrepentirse por lo que ha hecho, ¿me has oído, malnacido? ¡Vuelve aquí y abre esta maldita puerta! ¡Vuelve!

Maldita la gracia que le hacía ocuparse del calatravo o de los otros tres presos. Con el barullo de la huida, todos habían encontrado redaños y el corredor se llenaba de peticiones de clemencia para que los sacase de sus mazmorras.

Estuvo a punto de salir por piernas y dejarlos allí, pero le pesó la conciencia.

—Sí, ya lo sé... Ya lo sé —le habló al chucho.

Entre reniegos, desoyendo los berridos del carcelero, abrió todos los calabozos menos el que él mismo había ocupado. Dejó salir al calatravo y también a los otros desdichados.

—En cuanto supe que estabas aquí encerrado tuve la certeza de que algo se te ocurriría —empezó el freire palmeándose el capote, como si se adecentase para entrevistarse con el maestro de su orden—, el Altísimo sea loado en su grandeza por haberte iluminado.

Haciéndole al calatravo menos caso del que le prestaba a los insistentes gritos del carcelero, cuya voz ya empezaba a ronquear por mor de tanto berrido, Fierro echó un vistazo a sus compañeros de cautiverio.

Todos lo miraban con expectación, pero, una vez fuera de sus celdas, habían encontrado la vergüenza y permanecían en silencio, intrigados por lo que vendría.

Como una gallina clueca, el atajador echó cuentas de sus pollos.

Había un tipo bregado que, por las pintas, debía de ser un castellano al que habrían atrapado mientras rastreaba territorio enemigo. Aún se le veía entero, sin mordidas del cautiverio.

Otro, también cristiano, era apenas un esqueleto con un manojito de greñas sucias tras las orejas y un rostro macilento sacudido por toses que era incapaz de detener. No hacía falta echarle mucho ingenio para percatarse de que llevaba allí encerrado tiempo suficiente como para que la salud se

le hubiera ido al garete. Probablemente lo habían hecho prisionero años atrás, en alguna cabalgada ya olvidada; y, por quién sabía qué razones, había librado de acabar desmembrado por el tiro de cuatro percherones, tormento muy del gusto de los califas.

El último era un moro al que le faltaba una mano. Fierro intuyó que por ladrón, cosa típica entre aquellos paganos, y adivinó que era reciente, porque el hombre tenía cuidado con el muñón. El tipo, con apostura pese a estar recién salido de un calabozo, en cuanto se vio bajo el escrutinio del melero se alisó los zaragüelles desaliñados y se echó a sus pies, como un fervoroso penitente. Abrazándole los tobillos desnudos, le agradeció su infinita generosidad y bendijo todas sus generaciones, pasadas y venideras. Le confesó, sin que Fierro se lo pidiese, que lo tenían allí por blasfemo y que, antes o después, vendrían a buscarlo el verdugo y el ulema, para, con la bendición del Altísimo, cortarle la lengua, a fin de que aprendiera de una vez por todas a controlar su malsana verborrea.

Los demás, como cristianos, lo miraron con desconfianza, y el calatravo, incapaz de evitarlo, intervino:

—No tengo la sabiduría del Altísimo, y tampoco lo pretendo —dijo—, pero creo que nos convendría devolver a la mazmorra lo que es suyo.

El castellano, con evidente desprecio, añadió algo más:

—O degollarlo aquí mismo...

Fierro se lo quedó mirando, le echó otro vistazo al moro, todavía arrodillado a sus pies, y contestó secamente:

—Es tan prisionero como tú o como yo —afirmó sin aclarar a cuál de los dos cristianos le hablaba—. O follamos todos o la puta al río... Por mí está bien donde está, quizá sepa cómo salir de aquí...

Lo dijo con tanta vehemencia que nadie se atrevió a contradecirlo. Y el moro, que más que un ladronzuelo parecía sobrino del mismo califa, no tuvo el cuajo de meter baza.

A Fierro algo en todo aquello le olió a cuerno quemado; no le cuadraba aquel hombre en aquel lugar, sus ropas desastradas eran demasiado buenas. Pero, como no le sobraba el tiempo, mientras el mahometano continuaba salmodiando todas las bendiciones imaginables y, tras mirar fijamente al castellano, se dirigió a él:

—¿Es a ti a quien han traído hoy?

El otro, prudente, siguió con la boca cerrada y se limitó a asentir. Quizá resentido porque el moro siguiera respirando.

De reojo, Fierro echó un vistazo a las escaleras y prestó atención. Nada se sabía del mozo de cocinas o de si había dado o no la alarma. Pero le pareció que merecía la pena arriesgar algo más de tiempo.

—¿Cómo las pintan? ¿Por dónde anda cada cuál?

El otro frunció el entrecejo por un momento de duda, pero no le costó hacerse cargo. El tono y la actitud delataban a Fierro como veterano.

—Éramos cuatro, nos encelaron a poco de la amanecida no lejos del zoco cuando andábamos husmeando —contestó con voz templada—; soy el único que quedó con vida —añadió con la resignación acostumbrada de quien ya las ha visto negras antes—. Me trajeron para interrogarme, pero el hideputa del Miramamolín ya había salido hacia Vilches, supongo que se quiere acantonar por ahí para preparar alguna zorrería contra los nuestros.

Se notó que, una vez dada la respuesta, estaba por preguntar también él a Fierro, pero el renco no le dio ocasión:

—¿Y por dónde anda el rey Alfonso?

—Ya salió de Salvatierra...

Lo dejó caer sin necesidad de dar otra explicación. Todos allí sabían lo que aquello significaba. Apurando la marcha, moros y cristianos se verían las barbas en menos de un día.

En cualquier momento se desatarían los infiernos.

Miles y miles de hombres estaban a punto de cruzar las espadas. La gran batalla, tanto tiempo anunciada, estaba madura. Otra vez más la frontera quedaría bañada en sangre y aquella condenada guerra, la misma que ya habían librado sus abuelos, seguiría arrebatando vidas.

Fierro mascó la mala noticia. Que se destriparan los unos a los otros se la traía al paio, pero era consciente de que más le valía apurarse antes de que el de Carrión se esfumase. Conociéndolo como lo conocía, no le cupo duda de que Ruy se quedaría con el Miramamolín el tiempo justo para poner en práctica los planes que sacaban provecho de lo descubierto, nada más.

Mientras Fierro rumiaba aquello, el calatravo quiso conocer los detalles y preguntó al castellano:

—Gracias al Altísimo y a su bendita Providencia —empezó con su habitual carrerilla—, ahora tendremos la oportunidad de unirnos a las huestes cristianas y luchar contra los infieles. Dime, hijo mío, ¿ha cumplido Sancho de Navarra su palabra?, ¿ha acudido a la llamada del Papa para luchar contra los paganos?

Echando sus cuentas de cuánto tardaría en moverse hasta Vilches, Fierro escuchó cómo el castellano explicaba que, pese a la desertión de la mayoría de ultramontanos, la guisa no era mala. Según decía, el navarro había, en efecto, acudido a la llamada y, junto a Alfonso de Castilla, estaba también el rey Pedro de Aragón.

—... y multitud de caballeros venidos de todos los rincones de todos los reinos —explicó en tono neutro, sin la pasión del freire—. Y también los obispos de Toledo, de Plasencia, de Calahorra, de Burgos y... —Se quedó pensativo, sabiendo que se dejaba a alguno de los prelados, pero incapaz de acordarse de todos—. Además de los calatravos —añadió, sacudiendo el mentón como señalando al freire y obviando al resto de obispos—, los de Santiago, los del Temple y los hospitalarios...

Cada vez que enunciaba un nombre nuevo, Guillén brincaba de emoción, contento de que los cristianos contasen con tantos hombres; sin embargo, Fierro, mucho menos entregado a la causa, no les dejó ocasión de seguir dándole a la lengua.

Estaba ansioso por ir tras el de Carrión y finiquitar aquel condenado asunto.

—Hay que ponerse en marcha —los instó con urgencia—. Ese condenado mozo ha podido dar la alarma y quién sabe si ahora mismo están a punto de bajar por esas escaleras todos los moros de Baeza... El que quiera venir, que venga, y el que prefiera seguir de parlamento, que lo haga —concluyó, resuelto.

Se hizo con uno de los hachones de la pared y, aún descalzo, se encaminó a las escaleras mientras sus compañeros cruzaban miradas indecisas.

Tras ellos se oyó una última maldición del carcelero.

—¡Te despellejaré! Me las pagarás, antes o después, me las pagarás. Dalo por hecho, malnacido hideputa. De hoy en adelante no tendrás un día de tranquilidad... ¡Vigila tus espaldas!

Fierro vio que sólo lo seguía el calatravo. Los otros meditaban qué decisión tomar.

Si volvía a encerrarlos en sus celdas, con sólo un pellizco de suerte, los dejarían tranquilos, sin más que tratar. Intentar salir de una alcazaba mora era una locura. Sin embargo, en sus celdas podrían ser liberados si los cristianos le rapaban finalmente las barbas al Miramamolín y, si

perdían, seguirían presos, pero vivos.

Pero Fierro sabía que le convenía seguir con ellos, al menos para salir de aquel lugar, y no tuvo reparos en animarlos.

—¡Vamos, carajo! Los guardias estarán durmiendo —les aseguró—; si queremos salir de aquí respirando, hay que hacerlo cuanto antes...

Aquello sólo pareció servir de acicate para el moro, quien dio unos pasos tentativos hacia la escalera. Los dos cristianos siguieron dudando.

—Alabado sea, el buen Dios nos guiará para encontrar la salida, porque llevamos mensajes de utilidad a nuestro buen rey don Alfonso y la Divina Providencia se encargará de que, a nuestra disposición, haya ocasión de llegar hasta la misma tienda del rey de Castilla.

Como seguían sin moverse, el renco añadió algo más incitador que la verborrea del freire.

—Seguro que encontramos algo de botín que llevarnos para aliviar las penurias por el cautiverio...

Al poco estaban todos en el último peldaño de las escaleras.

Toda aquella sangre no presagiaba nada bueno. La puta de la guadaña andaba cerca, frotándose las manos, prometiéndoselas muy felices.

—¡Cagüen las epístolas de san Eleuterio!

De allí no salían todos con vida.

—¡Dita sea mi estampa! —insistió, negando una y otra vez—. Con lo a gusto que estaba yo con mis abejas... ¡Cagüen las flechas de san Sebastián!

Había salido mal, rematadamente mal.

Al abrir la puerta al final de las escaleras se habían imaginado con la Providencia de su parte.

A oscuras, sin más luz que la penumbra de la noche colándose por las escasas ventanas, se encontraron solos.

El castellano, que se presentó como Salvador Jiménez, de Espinazo de Can, algo pudo guiarlos, pues tenía fresca la ruta a través de los vericuetos de la fortaleza y, pese a las dudas, les fue diciendo.

Lo seguían Fierro y el calatravo, al que le costaba callar un solo instante.

El moro, muy digno, con ademanes impropios de quien acababa de salir de un calabozo, pisaba rápido tras ellos. Pero no supo indicarles.

—No conozco la alcazaba, cuando me trajeron era presa de las fiebres —decía cuando le preguntaban, señalándose el muñón—. No recuerdo el camino...

De último iba aquel desdichado sin más carnes que las suficientes para que no se le desmontara la osamenta. Se presentó como Bermudo y contó que había nacido en Navapalos, en la ribera del Duero. No tenía idea de cuánto tiempo llevaba encerrado en Baeza, pero sí recordaba que había sido preso el verano que el rey Alfonso había empezado las obras en Alarcos.

Nadie le explicó cómo había terminado aquel asunto. El único que abrió la boca fue el propio Fierro, para lanzar un reniego.

No se encontraron con alma alguna.

El final de las escaleras se abría a otro corredor que los llevó por varias salas en cuyas puertas no sirvieron de nada las llaves que Fierro robara al carcelero. Con cautela, sin prisa pero sin pausa, siguieron avanzando por las entrañas de la alcazaba, buscando una salida a la ciudad y, como si la fortuna les quisiera sonreír, incluso encontraron los almacenes de la guarnición.

Era una enorme pieza con largos anaqueles y armazones. La mayoría estaban vacíos y daban fe de que las tropas del Miramamolín se habían servido del lugar. Pero aún quedaban allí haces de flechas, lancerías, pilas de chuzos y miles de cosas más que decidieron aprovechar.

Incluso aquel moro sacó partido de la ocasión para, con descaro, como si fuera dueño de cuanto estaba a la vista, robar un buen alfanje. No se le escapó a Fierro que el infiel sabía elegir con tino y supuso que la guerra no le era desconocida.

Bajo la atenta mirada del renco, los demás cristianos hicieron lo propio. Tomando ejemplo de aquel blasfemo que había salvado la lengua, se sirvieron al gusto. Se hicieron con lorigones largos, a la guisa de los infieles, con almófares, yelmos, blocas abolladas a falta de nuevas e

incluso con espadas. Hasta aquel pobre desdichado, que no era más que la sombra de un silbido de tan delgado como estaba, no dudó en cargarse con los pertrechos de todo soldado. También desaparecieron entre los mantos algunas piezas de fácil venta para, como había dicho Fierro, aliviar las penas del cautiverio.

El atajador se agenció unas botas de su talla y, mientras los demás se vestían o aprovechaban para la rapiña, dio vueltas por el gigantesco almacén.

Encontró una loriga con escamones de cuero, más ligera y versátil que las de arillos de metal, y se la apropió. Lo mismo hizo con un almófar bien acolchado que le recordaba al suyo propio. Sin embargo, con las espadas no se decidió.

Se topó con un armero donde quedaban unas cuantas maravillas con acero estampado de Damasco. Conocía bien aquellos filos cubiertos de filigranas azuladas. Los había visto desempeñarse en tiempos que se le antojaron otra vida y, tras examinar la colección con esmero, eligió una que, pese a carecer de todo adorno, le resultó una hoja equilibrada.

La tentó con sus años de práctica. Probó algunos envites, la hizo girar en la muñeca y luego sonrió malicioso.

Era una espada digna del heredero al trono, un arma capaz de ganar fortunas y defender reinos.

—Y también un anuncio de que uno está dispuesto a meterse en líos —murmuró, inclinando la cabeza, como si hablara con el perro.

Sabía que tenía por delante una difícil misión, dar caza al de Carrión, y, sin embargo, no lograba decidirse. Era tan buena como la misma Tizona.

—Mi padre era un pobre pescador —siguió hablando—, yo no soy hijodalgo... No tengo linaje del que presumir. ¡Cagüen los cartujos de san Bruno! No viene al caso que ande yo por los mundos de Dios con un hierro que vale lo que un pescador podría ganar en toda una vida... Ni siquiera tengo caballo. Por tener, no tenemos ni donde caernos muertos. —Y con una de sus sonrisas de requiebro se volvió hacia donde debería haber estado el chucho.

Se le estropeó el gesto. Haciendo rechistar los labios, la abandonó donde la había encontrado y volvió a tomar su fiel bordón.

—¡Dita sea! Ésta no será una gesta que canten los juglares en las tabernas —dijo con su habitual retranca.

Se alejó de allí, renqueando, con un último vistazo al lugar donde había quedado la hoja.

Para cuando se reunieron los cinco de nuevo, Fierro los instó a moverse:

—Más nos vale andarnos con prisa que, por aquí, rápido cantan los gallos.

El tal Salvador, evidentemente más confiado ahora que tenía un pomo donde dejar descansar la mano, estuvo de acuerdo.

Prosiguieron entonces su errar por las tripas de la alcazaba, atentos para evitar un mal encuentro.

Con apuro, se movían ansiosos por encontrar la salida antes de que amaneciese y llegase el frenesí propio de una nueva jornada. Pero no era tarea fácil. Ninguno de ellos conocía la ciudadela y, como todas las que han cambiado de manos durante años, había incluso corredores que no llevaban a lugar alguno, sólo a un muro ciego donde, por el olor a orines, algún vago con pocas ganas de caminata tenía por costumbre aliviarse la vejiga.

—¡Cagüen la concordia del Espíritu Santo! A este paso no salimos de aquí —se quejó Fierro al ver colarse por un tragaluz la luz lechosa del alba.

A falta de otras ideas, el renco se empecinó en que subieran niveles y, siempre que fue posible, ascendieron por las escaleras que hallaron.

Tras mucho porfiar y después de vencer a base de empeño el temor a quedar emparedados en aquel laberinto, se encontraron frente a una puerta tras la que, arrimando las orejas, escucharon voces al otro lado.

Y quizá les hubiera ido mejor a todos de no haber encontrado la salida.

—Ha de ser por aquí —se atrevió a decir Salvador—, seguro.

Fierro, que intentaba escuchar sin lograrlo lo que se hablaba al otro lado de la puerta, se limitó a echar un ojo al castellano.

—Será si lo crees —soltó el calatravo—, y que nos protejan tus virtudes, buen caballero del Espinazo. Al cabo, nos vale más intentarlo sin perder la fe que seguir deambulando como ánimas malditas.

El moro, que los veía decididos, se fue echando atrás con disimulo. Era perro viejo, ya había pagado otras osadías con una mano. Con pasos silenciosos, se escondió entre las sombras, convencido de que no le convenía ser el primero en asomarse.

Los cristianos, pese al ímpetu del freire, dudaban. Fue entonces cuando Fierro, dando por imposible discernir una sola palabra del murmullo al otro lado, habló:

—Éste tiene de caballero lo que yo de mameluco —dijo con sorna—, pero estoy harto de tanta vuelta, ¡carajo! Por mí, entramos...

Sin otra elección, todos acabaron asintiendo, incluso el cuitado. Tan enflaquecido estaba que, al mover la barbilla, dio sensación de que se le descoyuntaría el cuello y los huesos sonarían como titos de aceituna en un sonajero para críos.

—Sea, entonces —confirmó el renco—. Abrimos, entramos y hacemos zarajos con el que se nos ponga por delante.

Sin darles tiempo a reconsiderarlo, el atajador arrojó lo que quedaba del hachón al suelo. Resuelto, echó mano del fiador, lo alzó, tiró con mimo para evitar un chirrido y, con la misma delicadeza con la que manejaba sus colmenas, abrió la puerta, pulgada a pulgada.

Podía haber salido mal de muchas maneras diferentes. Pero tan rematadamente mal era algo que no hubieran imaginado ni en sus peores pesadillas.

Apenas tuvieron tiempo de reaccionar y ya estaban rodeados.

Aunque puso todo su empeño en el sigilo, la misma puerta impidió a Fierro ver que, al otro lado, había un guardia. Estaba sentado en una silla y, por puro aburrimiento, la había echado hacia atrás en precario equilibrio.

Con los pies cruzados al frente, los ojos cerrados y la cabeza vencida, el pagano sesteaba tranquilamente.

La hoja de la puerta tocó el respaldo y Fierro se quedó tan quieto como las estatuas de sal de Sodoma y Gomorra.

Ya era tarde. El mal estaba hecho.

Se oyó una queja que sonó con restos de asombro. Las patas delanteras de la silla se apoyaron de golpe en las losas de piedra y, antes de que tuviera tiempo el renco de hacer nada más, un moro malcarado jaló de la puerta con tal fuerza que se la arrancó de las manos.

Para más inri, el tipo reaccionó con presteza. Borró enseguida la sorpresa de sus ojos y, dando gritos para que acudieran sus compañeros, desenvainó su alfanje.

Se oyeron maldiciones aljamiadas y supo Fierro que había llegado el momento de pelear una vez más por su vida.

—¡Cagüen la leche de santa Isabel! —blasfemó y, mientras sus compañeros formaban a su espalda, preparándose también para la acometida, desenvainó su estoque.

La buena noticia era que, como había sospechado el castellano, allí tenían la salida. O eso se intuía. Parecía tratarse de la antesala donde descansaban los centinelas entre guardia y guardia.

La mala, que sólo eran cuatro, y ellos, multitud.

Nunca más volvieron a saber de aquel mozo de cocinas, y tampoco si llegó a dar la voz de alarma o no, pero no hizo falta. En apenas un parpadeo, reconociéndolos de inmediato como lo que eran, prisioneros escapados, se les echaron encima no menos de diez hombres que traían a rastras otros tantos.

De no haber sido porque el Miramamolín ya había partido hacia Vilches, no hubieran tenido la menor posibilidad. Eran viejos cansados o jovencitos sin experiencia. A buen seguro porque hasta la última de las manos útiles había marchado hacia la batalla por la gloria de su dios, dejando en la ciudad un retén que daba para lo justo.

Lo primero que hizo Fierro fue apartarse. Echándose a un lado, dejaba el vano libre para que sus compañeros se incorporasen a la refriega. Lo segundo fue agacharse para que un mandoble furioso no le rebanase el pescuezo. Y, a partir de ese instante, ya no tuvo tiempo de pensar, sólo de permitir que el instinto le ayudase a conservar la cabeza pegada a los hombros.

Los rodearon de inmediato y, espalda contra espalda, sin otra cosa por hacer que apretar los dientes y negar a los moros el placer de verlos rendirse, aguantaron.

Los hierros sonaron, los cristianos estrenaron sus armas recién robadas y hasta el esquelético ribereño sacó fuerzas de flaqueza y plantó cara.

Alocado, como si en verdad creyese que lo protegía la bondad del Altísimo al que tanto mentaba, el más osado fue el calatravo. Abandonaba la formación, lanzaba espadaños a todos

lados, se atrevía con cualquiera que le acortase la guardia.

Ya había varios moros muertos y tenían la compañía de unos cuantos heridos más, pero Fierro sabía que era imposible que ganasen aquel envite.

Fue entonces cuando le tocó al primero de los cristianos pagar el precio. Cogieron al tal Salvador atendiendo a que uno no le cortase una pierna. Otro de los moros, avisado, aprovechó el descuido del castellano y le metió un palmo de hierro por el costado. Al pobre infeliz se le escapó un suspiro; cayó el suelo sin poder hacer otra cosa que desangrarse allí mismo.

Una vez más, como cumpliendo una maldición, Fierro seguía en pie mientras los que se jugaban la vida con él la perdían.

Aguantaron.

Volteaban sobre sí mismos conteniendo lo mejor que podían a los moros. Se obligaban a levantar los pies para no pisar al caído y, manteniendo el gesto, ignoraban las salpicaduras del charco que crecía en el suelo.

El siguiente en caer fue el calatravo. Tanta ansia le ponía que, a fuer de tanto ir a la fuente, terminó rompiéndose el cántaro.

No se manejaba mal el freire con los aceros y aún tuvo tiempo de despachar a otro de los moros antes de que un mandoble lo dejase en el sitio, a él y a todos sus retruécanos.

—¡Dita sea! —No pudo evitar Fierro que se le escapase la maldición.

Ya sólo quedaban dos y aún más de la mitad de los moros.

Todos allí, rezasen a quien rezasen, sabían que la partida terminaba.

El tal Bermudo, tan escuchimizado, era un milagro de voluntad, aún en pie y con temple para aguantar la espada. En el suelo, Salvador ya ni siquiera gemía, y el calatravo, porfiando a base de fe, rezaba por sus almas mientras, con las manos en el vientre, intentaba contener la sangre que se le escapaba por el tajo.

En todo aquel fragor, se produjo una pausa donde las miradas contaron más que las habladorías. Los cristianos estaban condenados y los moros se las prometían felices. Fierro incluso lamentó que el de Carrión se escapase coleando.

Tan por hecho lo daban todos que la repentina voz fue una sorpresa. Un grito rotundo, en el árabe de quienes mandaban, no en la aljamía de la frontera.

La parla de los moros Fierro nunca la había dominado, así que no entendió más que alguna palabra suelta de la que no sacó partido. Lo que sí comprendió al momento fue el cambio en la expresión de sus contrincantes.

Así sólo miraba quien se percataba de que a punto ha estado de meterla hasta el corvejón.

Sin saber de dónde salía, apareció de repente aquel moro manco. Surgió a sus espaldas, de entre las sombras. Entró en la sala gritando como si fuera el mismísimo Miramamolín. Y funcionó. Unos y otros se quedaron donde estaban.

Fierro lo miró de medio lado, con el estoque en la mano. Desconfiado.

Antes de que se entendiera qué demonios estaba sucediendo, el freire intervino. Tan suelto era de lengua que ni siquiera la herida abierta lo callaba.

—Ya sabía yo que el buen redentor de sus ovejas no se olvidaría —soltó como una letanía en misa de Trinidad—. Me lo dictaba el corazón.

Aquel moro, aun desaliñado como estaba por el cautiverio, conservaba el porte regio y los aires de suficiencia y, con paso firme, se acercó a los cristianos.

Y, en tanto lo hizo, los suyos no movieron ni una pulgada los hierros.

—Mi nombre es Jalil ibn Muhammad 'abd Allah —se presentó hablando en cristiano—, y yo

era el gobernador de Alcazarquivir hasta que su excelencia, el califa Al-Našir Li-Din Allah, en su infinita sabiduría, decidió que los designios del profeta convenían que abandonara esa confianza.

Aquello no lo ayudó mucho. El moro lo advirtió y, abandonando las florituras tan de los suyos, cortó por lo sano.

—Aún conservo algo de la autoridad que alguna vez tuve y he ordenado a estos hombres que os dejen ir en paz —añadió con una sonrisa, tendiéndole la mano a Fierro—. Puede que cambien de opinión de un momento a otro —reconoció, echando un vistazo a los rostros suspicaces de los demás agarenos—, así que os conviene salir de aquí cuanto antes.

El melero se quedó mirando aquella mano en la que no se veía un solo callo. Creyó entender. Enfundó el estoque y, con dos pasos, se acercó al hombre para estrecharle la muñeca.

—Otros hubieran dejado que me pudriese en aquel calabozo —reconoció el manco.

Fue un apretón firme, y Fierro supo que, si en el carcelero cristiano se había echado un enemigo de por vida, en el preso mahometano había encontrado un aliado con el que siempre podría contar si lo terciaba el destino.

Se miraron largo. Y, tras un silencio que ni siquiera el calatravo herido se atrevió a interrumpir, Jalil se fue hacia los otros y les habló en su lengua. Hubo algún grito y quedó claro que tuvo que imponer su pérdida dignidad. No los convenció, en sus ojos torvos se cataba el resquemor. Sin embargo, obedecieron.

—Podéis salir por la puerta que va a Úbeda —les aclaró—, a quienes les tocaba la guardia allí no van a estar —añadió, cómplice—. Por lo demás, marchad en paz...

Bermudo ayudó al calatravo a levantarse. Fierro comprobó que al castellano Salvador no le quedaba ni un último suspiro por dar y, cuando consiguieron convencer al freire de que no había tiempo para respensos con los que despedir al caído, salieron de la sala bajo el hosco mirar de los moros.

Antes de tomar la puerta, Fierro echó la vista sobre el hombro y advirtió que el antiguo gobernador clavaba los ojos en él y asentía con gravedad. Le devolvió el gesto antes de dejar que los goznes hicieran su trabajo.

Los saludó una amanecida tejida de bruma, con el sol esforzándose por espantar el relente. Amenazaba que al mediodía incluso los lagartos buscarían sombra.

Entre el flaco y Fierro cargaron con el calatravo, que no se callaba ni aún herido y, para su sorpresa, no se toparon con una sola alma. Ni siquiera con un gato se cruzaron en su errar por Baeza.

Los postigos cerrados y los pocos humos que delataban las chimeneas contaban la historia de que, quienes no habían partido con las tropas del Miramamolín, se dejaban aconsejar por el miedo y se mantenían escondidos en sus hogares, cerrados a cal y canto.

Tuvieron que atravesar todo el empedrado baezano con la congoja de que cada taconazo de las botas alertase a malas compañías, pero sus temores resultaron en balde. Tal como les habían adelantado, encontraron la puerta franca.

Fuera de murallas el calatravo lo celebró con un salmo, y Fierro, que no abrió la boca, dudó.

Por lo que a él convenía, los dejaba allí a los dos y se dedicaba a su negocio. Ardía por encontrar a Ruy y ajustarle las cuentas. Se lo dijo a sí mismo. Y de no haber estado allí aquellos dos, se lo hubiera contado al perro.

—¡Cagüen el león de san Marcos!

Espantó la tentación, a disgusto y maldiciéndose a sí mismo.

—¡Dita sea! Lo primero es arreglarle el tajo a este desgraciado —soltó con desgana,

señalando al calatravo—, y lo siguiente es llegar hasta las tiendas cristianas sin que, por el camino, nos capen.

Habían salido de Baeza, pero barruntaba que tenían por delante cinco leguas como poco. Todas a través de aquella serranía enrevesada que, para colmo, estaba en manos de los moros.

Una vez más, se veía con el agua al cuello.

—¡Cagüen el león de san Marcos! ¡Y en el águila de san Juan!

La loriga robada le había salvado la vida al freire. Cuando Fierro se acuclilló para examinar la herida, descubrió que era escandalosa por la sangre que manaba de ella, pero no preocupante. No había entrado lo suficiente para dañarle los higadillos y, como él sabía por experiencia, peor que el tajo sería el cardenal que aparecería por mor del golpetazo.

Viendo la verdad en el rostro del atajador, el calatravo sonrió en la maraña de sus barbas.

—La Providencia a nuestro lado camina velando por nosotros, pobres infelices. Basta confiar en el buen hacer del Altísimo para que aquellos que nos reconfortamos con la fe hallemos solución a los entuertos de la vida.

Fierro no supo si el fraile le hablaba de su decisión de acompañarlos hasta el campamento cristiano o si comentaba aliviado que saldría con bien de aquélla.

Como tantas otras veces, quedó con la impresión de no haber entendido la mitad de lo que decía, y prefirió ignorarlo. No le respondió y, por no darle pie a que se liase con una homilía, se irguió.

Aunque ya sabía cuanto necesitaba, se alejó unos pasos y fingió buscar sus nortes para orientarse.

Con el sol en el horizonte, los cerros despuntaban ya con sus despeñaderos, sus piedras, su maleza. Y lo acarició de nuevo aquella sensación de que las montañas de la frontera tenían una belleza incomparable que escondía secretos capaces de robarle a uno la vida.

No hacía falta ser atajador para saber que les esperaba una caminata endemoniada.

—En cuanto encontremos un rosal silvestre haremos algo con ese tajo —anunció sin mirar a ninguno de los otros dos—. Por lo demás, mejor que nos pongamos en marcha cuanto antes. No me fio... Pueden aparecer tras de nosotros en cuanto nos descuidemos.

Entre los dos alzaron al calatravo y, penosamente, abandonaron el camino hacia Úbeda. Dejaron levante a la izquierda y, ante ellos, quedó el primer valle.

Se internaban en la boca del lobo. En un avispero lleno de moros ansiosos por degollar cristianos.

Era su única salida.

El calor comenzó a apretar apenas despertó la mañana. Por temor a que los siguieran, pese al sol implacable, no se concedieron descanso.

Derregados por el esfuerzo y la carolina, se detuvieron al fin cuando ya caía la tarde, al fresco de un río del que no sabían el nombre, pero que les cruzaba hacia poniente para, con toda certeza, sacrificarse en el Guadalquivir.

Suponiendo que eran pocas las posibilidades de que alguien los siguiera, temiendo que los mayores peligros aguardaban más allá, decidieron tomarse un descanso allí mismo y Fierro aprovechó para atender la herida de Guillén. Para entonces, pasado el fragor del combate, empezaba a doler como una maldición y el calatravo, pese a sus salmos, no lograba aliviarse.

No sabía mucho el atajador de aquellos asuntos, pero, como en tantas otras cosas, se las tuvo que apañar.

A falta de algo mejor, lo conminó a refrescar el tajo con agua fresca y utilizó las hojas de un majuelo para preparar un pobre emplasto que fabricó con arcilla del lugar, a modo de las tierras de aceche que usaban los moros. Fierro no recordaba si se usaban para los cólicos, las fiebres o las llagas, pero sabía que para algo servían y resolvió que, aunque no acertase, daño tampoco haría.

Terminada la chapuza, con instrucciones precisas, dejó a Bermudo al cargo. Lo exhortó a que lo hiciera bajo una encina tupida que tenían allí cerca, a que usase leña bien seca y que, para prender la fogata, usara como yesca la borrrilla de los cardos que había por los alrededores.

—No podemos arriesgarnos a que se vea el humo, así que aplícate el cuento, ¡carajo!

A continuación, se fue a buscar unos varales de mimbre con los que tender unos cebos, por si podían hacerse con unos peces que espantaran el recuerdo de aquel rancho infecto de las mazmorras.

Ayudándose con un hierbajo seco, tras rebuscar un poco por entre los matojos de la orilla, encontró los agujerillos de los grillos y, con paciencia, se agenció con una docena de aquellos recios bichejos.

Con su estoque, preparó espinas del mismo majuelo para que le sirvieran de anzuelo y, deshaciendo su camisola recién robada, preparó las liñas con las hebras que descosió.

Antes de que el flaco tuviese la hoguera en marcha, se alejaba en busca de un tramo de aguas mansas.

El calor se hizo pesado y húmedo. Tan intenso que, en las retamas que había por allí, se escuchaba el chascar de sus vainas; se abrían rendidas por el sofoco para dejar caer sus semillas. Pese al cielo despejado, el rengo tuvo la seguridad de que el bochorno amenazaba tormenta.

Terminadas sus tareas y deseando un pellizco de soledad, se quedó sentado en un pedrusco que sobresalía entre matas de quejigos, como una lagartija. Desde allí podía ver tres de las varas de sauce clavadas en la orilla y, mientras esperaba, se contentó con no oír al calatravo.

Era un valle cerrado y no las vio hasta que se le echaron encima arrojando sombras. De poniente llegaron nubes cenicientas, preñadas de agua, que confirmaron sus sospechas.

Se movió entonces con frenesí uno de los puntales y decidió que ya había dado tiempo más que suficiente a los grillos. Fue cuando iba a cobrar los peces, al levantarse, que escuchó el ruido.

Algo se movía entre las retamas.

—¡Cagüen los fuegos de Pentecostés! —se le escapó de entre los labios fruncidos—. ¡Dita sea! ¡Manda carajo! Cuando no es una, es otra.

No dio la voz de alarma, deseoso de averiguar primero a qué se enfrentaba.

Sonó entonces el primer trueno. Retumbó por los cerros. Y el bochorno apretó aún más. Y las nubes se oscurecieron. Ya no había un ápice de azul sobre su cabeza, sólo un crespón de cenizas sacudidas por el viento que se levantó de pronto para amilantar a los árboles.

Sin tiempo para buscar un escondrijo donde tender una emboscada, no le quedó otra que plantarse allí, a pecho descubierto, dispuesto a lo que hiciera falta.

Echó un vistazo a su espalda, se aseguró de que podía moverse a su antojo sin un mal tropiezo y desenfundó el estoque.

Lo traicionó otro de los varales. Con el rabillo del ojo advirtió que empezaba también a sacudirse, prendido algún pez por su glotonería, y no pudo evitar mirar.

Fue apenas un parpadeo. Y fue suficiente.

No vio qué diantres salía a toda prisa de las retamas.

Una quimera de los avernos, le pareció.

Centelleó un relámpago, tan cerca, que Fierro estuvo seguro de que oiría el crujir lastimero de alguna encina resquebrajándose, prendida por el fuego de la tormenta.

Comenzó a llover con tanta fuerza que cada gota era un sopapo.

Lo vio venir hacia él, corriendo, con las fauces abiertas. Las greñas sucias. Y tuvo el tiempo justo para razonar que nunca jamás había oído contar de un lobo que atacase a plena luz del día.

—¡Cagüen las...!

No pudo acabar su blasfemia.

Aquella bestia se le echó encima y lo derribó. Con el topetazo se le escapó el aire y las patas del animal, sobre el pecho, no lo ayudaron a recobrar el aliento.

Pero ya no quería maldecir. Ya no recordó ningún santo al que injuriar.

Por primera vez en muchos años, no recordaba cuántos, Fierro se echó a reír.

Se le escaparon carcajadas libres, como las de un chiquillo. Inocentes, llenas de la mera alegría de vivir. Por unos instantes, mientras la lluvia barría de sus mejillas las babas del animal, Alarcos dejó de existir, los desiertos de Marruecos se volvieron vergeles. Incluso le pareció oler a pan recién hecho.

Batía la cola con furia, desperdigando el agua de lluvia que lo empapaba, y se movía inquieto, saltando una y otra vez sobre las manos, golpeando el torso de Fierro en cada ocasión.

Y al rengo le importó un carajo.

—¡Chucho del demonio!

El juramento no hizo más que animar al perro. Gañía de puro nervio, tan encantado de ver a su amo que era incapaz de estarse quieto.

Los truenos seguían cayendo a su alrededor, la lluvia arreciaba. La pelambre del animal, sucia a más no poder, apestaba. Pero al renco le importaba un bledo.

Aquel chucho pulgoso era suficiente para espantar la sombra de la soledad.

Rio. Palmeó al bicho. Le rascó tras las orejas y el animal sacudió una de sus patas traseras para llegar al cogote. Quedó en tan escaso equilibrio que terminó por caerse de culo en el regazo de Fierro.

—¡Bicho del carajo! ¡Condenado saco de liendres! ¡Maldito hijo de perra...!

Comprendió lo que acababa de decir y renovó su risa con mayores ímpetus. De pronto, el cansancio que arrastraba desapareció.

Bajo el aguacero, calados hasta los huesos, olvidados los varales, se tuvieron el uno a otro. Dos camaradas con mucho que contarse y poco por decir.

—¡Cagüen las sandalias del Bautista!, bicho del carajo.

Ambos resollaban, pero no se detuvieron hasta que no pudieron más. El perro, jadeando, con fuerza ya sólo para sacudir el rabo. El hombre, incapaz de seguir riendo, se quedó con el rostro iluminado por una sonrisa en la que no había requiebros, en la que no había un solo ápice de aquel cinismo oxidado que, por tantos años, había sido su santo y seña.

—¡Carajo! Me alegro de verte —confesó con franqueza traída desde la niñez—. Me alegro.

Sintió la tentación de dejar allí plantados al calatravo y al flaco. Se preguntó cómo lo estarían haciendo sus abejas.

Quizás había por ahí perdido algún resquicio donde refugiarse del pasado y vivir en paz.

Sin embargo, cuando miró al perro, se le torció el gesto.

—Sí, ya sé lo que ella hubiera dicho, ¡dita sea! Pronto empiezas tú a amargarme.

El chucho, por toda respuesta, inclinó su cabeza y el agua le escurrió por el flequillo.

—Sí, lo sé. Esos dos no se encontrarían ni el culo si los dejamos aquí, ¡lo sé, carajo! Lo sé, ella hubiera querido que los ayudásemos...

Luego, tras una pausa, su rostro se endureció como barro al sol. Una sombra cruzó sus ojos cansados y añadió algo más:

—También hay que encontrar a ese hideputa de Ruy...

El chucho dejó caer la cabeza al lado contrario.

—Sí, también sé lo que hubiera dicho ella respecto a ese malnacido cabrón... Pero no puedo dejarlo así, ¡no puedo!

Hubo un silencio.

—¡Cagüen las monedas del Iscariote! ¡No puedo!

Hombre y animal, bajo la lluvia inclemente, se miraron.

—El demonio en persona se encargó del hideputa de Castro. Y si acabo en los infiernos ya lo perseguiré entre los fuegos eternos. Pero a ese malparido de Carrión lo despacho yo, ése no se me

escapa, ¿me oyes? No, por éstas —se besó los pulgares cruzados—, ése no se me escapa...

El animal agachó la cabeza, intimidado, pero no dio un solo paso atrás.

—A ese lo ventilo yo.

Recogió la pesca y, mirando preocupado al cielo, regresó junto a los otros con el perro pegado a sus tobillos.

—¿Acaso no lo había dicho yo? —los recibió el calatravo—. ¿Acaso no había hablado yo de cómo la bondad infinita del Altísimo tenía prueba en ese animal? ¿Acaso no lo dije? Lo supe en cuanto lo vi, pendiente de su amo, lleno del infinito amor que el buen Dios ha dispuesto en sus criaturas. Como el cuervo que llevaba pan a san Benito. Estoy seguro de que el bendito animal te rondó en la alcazaba de Baeza, esperando junto a los muros, donde husmeaba tu rastro. Y, cuando escapamos, leal como es, nos siguió. Un prodigio que demuestra el amor de nuestro Señor en los Cielos. Él, que todo lo puede, que todo lo sabe, Él vela por nosotros.

Fierro resopló y, con mirada hosca, se limitó a responder escuetamente:

—El almuerzo —dijo, y levantó la percha en la que, como había hecho el freire, traía unas truchas.

Comieron algo. Los otros dos hablaron, Fierro guardó silencio. De tanto en tanto, acariciaba la cabeza del chucho.

Y, mientras ellos se solazaban, la tormenta ganó fuerza. Inagotable, jarreaba como si los cielos quisieran inundar los infiernos donde Castro había escapado de las iras del renco. Los truenos, ensordecedores, hacían retemblar sus oídos.

Mirando al río, Fierro pensó que más les valía moverse antes de que una crecida les robase la orilla y, cuando el granizo empezó a caer, decidieron buscar un refugio mejor.

No fue tarea fácil.

Ninguno de ellos recordaba haber sufrido tormenta igual.

Semejaba que no tendría fin y, en palabras del mismo calatravo, era una furia como la que debió experimentar el mismo Noé en su arca.

Cuando el granizo se acabó, todo quedó cubierto de blancos, como si hubiese nevado. Y eso parecería de no ser por el diabólico bochorno, que no daba tregua, ni siquiera cuando el agua regresó tras el pedrisco.

Llovía. Centelleaba. Tronaba.

Y volvía a llover, tan cerrado, tan grueso y tan pesado que costaba ver lo que había más allá de unas pocas varas al frente.

Y el monte era tan espeso que apenas avanzaban.

Para aquellos días del estío, las retamas ya habían perdido la flor, pero sus ramas verdes seguían flexibles y cubiertas de una borrilla pegajosa que los aferraba como brazos que quisieran retenerlos. Cruzar aquella condenada selva se convirtió en una odisea.

Adelantaban por donde podían y, a cada paso, arriesgaban una mala caída. Cuando no resbalaban por los granizos, que empezaban a deshacerse y se volvían cepos deslizantes, se escurrían en los lodazales.

O esvaraban por culpa de las piedras sueltas. O se jugaban un ojo en las ramas de los espinos. O quedaban atrapados por zarzas y aulagas.

Eran tierras bravas y, con el calatravo a cuestas, la tarea se hacía aún más penosa.

Bajo aquella lluvia incesante que los golpeaba con furia, rodeados por un cielo de plomo que estallaba con cada relámpago, se afanaron como pudieron. Torcían aquí y allá, donde las matas los dejaban.

Los pasos eran tan estrechos que tenían que turnarse para ayudar al freire y, como el flaco era poco más que una sombra de sí mismo, Fierro llevó la peor parte.

Donde no tenían que cuidarse de los desniveles, debían prestar atención a las escorrentías, que arrastraban lodo, piedras y ramas. Y, en tanto ellos sufrían, la tarde moría y la penumbra de la noche robaba por levante la poca luz que la tormenta calaba.

El renco, usando su vara para no partirse la crisma, luchaba también contra el testarudo cansancio que pretendía abatirlo. Todos los esfuerzos que había hecho se le echaron encima y tuvo que reunir sus voluntades para no rendirse.

Sólo el chucho, contento de tener a quien seguir, sobrellevaba el trance sin quejas. Se escurría entre los ramajos y se movía de un lado a otro con la confianza que faltaba a los hombres. Incluso los adelantaba para indicarles el camino más despejado en aquel dédalo de arbustos, matas, peñas y roquedales.

Fue gracias al animal que, tras múltiples esfuerzos que los baldaron, acabaron acertando con unos berruecos en los que encontraron un hueco donde refugiarse.

Se apretujaron como pudieron en el interior del magro agujero, entre los pedruscos, y dejaron fuera la lluvia incesante.

Tanta agua caía que, para entonces, ya no quedaba rastro de la granizada.

Apenas cabían, y quedaron como una camada de cachorros recién nacidos, apiñados, temblorosos y empapados.

Fierro, antes de rendirse a la extenuación que lo avasallaba, echó un último vistazo afuera.

A través de los gruesos tapices que tejían las gotas del aguacero, distinguió silvas y una mata de coscojo plagada de las agallas que los tintoreros usaban para sacar el tinte de grana. Aun agotado, se fijó en aquel nimio detalle y, por primera vez en su vida, tras haber pasado años siendo atajador de los ejércitos cristianos en su eterna lucha contra el moro, tuvo la sensación de que no tenía ni repajolera idea de dónde estaba.

Por primera vez en su vida, el atajador se había perdido.

A lo largo de tantos años de continuo guerrear, los moros habían sembrado la sierra de fortificaciones; sin embargo, no hacía falta gran esfuerzo para proteger los llanos de la frontera que se extendían más al norte. Allí no se requerían guarniciones: la sierra misma era la mejor defensa. Y la prueba la tuvo Fierro en cuanto salió de aquel agujero entre las piedras y echó un vistazo en derredor.

Aquellos montes eran la mejor y más formidable fortaleza que el más espabilado de los alarifes hubiera podido concebir.

En la frontera, el interminable océano de vaguadas del ancho valle del Guadiana no ofrecía obstáculo alguno a quien se atreviera a cruzarlo, pero en cuanto se arrimaban los hocicos a las montañas el cantar era bien distinto.

Toda ella era una sucesión de despeñaderos enrevesados, collados y bosques prietos y, más que en ningún otro lugar en sus muchas leguas, allí, al norte de Baeza, la dura serranía se volvía impracticable. Quebrada, rota, cubierta de maleza, aquella condenada porción de los montes era una trampa.

—¡Cagüen los regalos de san Nicolás! Estamos jodidos. —Así se lo resumió al chucho después de afanarse por una de las pendientes.

A base de mucho porfiar, habían logrado prender un triste fuego en la boca de las piedras y, más mal que bien, habían espantado el frío.

No tenían provisiones, no tenían agua. Y no sabían dónde estaban.

Sin decir una sola palabra a sus compañeros, dolorido, todavía cansado, con los huesos cargados del relente, Fierro había salido a dar una vuelta para inspeccionar el lugar donde habían terminado y ahora, contemplando unos madroños que habían perdido todos sus frutos por culpa de la granizada, negó sacudiendo el mentón.

—Estamos jodidos —repitió.

El chucho, despreocupado, levantó una de las patas traseras y dejó su marca en el tronco de una de aquellas madroñeras.

El rengo dio un par de vueltas sin dejar de mirar a todos lados.

Estaban en una cortadura angosta. Entre dos paredes en las que colgaban matas de lentisco. Cerca sonaba la caída de agua de algún arroyo de los muchos que por allí corrían. No había trochas que cruzasen el lugar, ni señal alguna de que por la zona pasasen cristianos.

Por más que buscó, Fierro no encontró ni una sola pista que le dijera hacia dónde debía dirigirse.

Miró a las alturas. Entre las rocas que las peinaban, quedaba a la vista una estrecha franja de cielo cansado, agostado tras la formidable tormenta, que se había prolongado hasta la madrugada. Lo poco que veía estaba cubierto por el palio de una niebla espesa, gris como ceniza, y enredada en las ramas de aquellos lentiscos que escalaban el roquedal. Del día que nacía no llegaba allí, al fondo de la cortadura, otra cosa que luz desvaída. Y aquello no le decía hacia dónde quedaba el levante.

—¡Estamos jodidos! —volvió a repetir al perro.

Cuando regresó junto a sus compañeros, ya lo esperaban dispuestos a ponerse en marcha.

El calatravo, aun macilento, sonreía como siempre y aguardaba apoyado en un tocón. El flaco paseaba en círculos, dando fuertes pisotones para obligar a sus pies a que entrasen en calor.

Se lo quedaron mirando. Y Fierro les dijo la verdad:

—Estamos jodidos...

Bermudo se detuvo.

—No tengo idea de hacia dónde ir —confesó sin pudor—. No sé dónde carajo estamos y menos aún dónde está poniente, levante, mediodía o el jodido norte.

Lo que no mencionó fue que el tiempo apremiaba.

Los otros dos querían llegar a tiempo para advertir a las mesnadas que el Miramamolín preparaba su celada en el paso del Muradal. A él aquello le importaba una higa, pero sabía que la batalla estaba a punto de lucharse y que, una vez terminada, Ruy estaría muerto o en camino de gastarse lo que hubiera cobrado del moro.

—Subamos a lo alto —propuso Bermudo alzando una mano hacia las escarpaduras—, desde allí podremos orientarnos.

Fierro negó con la cabeza.

—Con esta niebla de poco servirá. Si logramos escalar sin dejarnos los dientes en el intento, no distinguiremos un carajo. Además, ninguno de nosotros conoce el terreno, lo que veamos no ayudará mucho.

Se sentó en el mismo tocón donde estaba el calatravo, con el chucho a su lado y, mientras cavilaba, revolvió con la mano las piedras que había por allí.

—Pues fijémonos en la umbría, nos dirá hacia dónde ir.

Lo que había dicho Bermudo tenía su razón. Los musgos, las mojaduras, las manchas de humedad en las peñas, los troncos y el paisaje siempre quedaban a la contra de la solana.

Pero Fierro, cogiendo uno de los guijos, negó con el mentón.

—Estamos en un cortado, aquí el sol entra al sesgo, eso no sirve.

El flaco no se arredró y, voluntarioso, aireó otra idea.

—De acuerdo —concedió fijándose en un madroño cercano. El musgo cubría el tronco por todas partes, dándole la razón al atajador—. Pero si llegamos hasta el alto —continuó el flaco—, podremos ver la amanecida.

Y la respuesta fue otra sacudida del mentón.

—¡Dita sea! Con esta niebla, quizá —contestó, dando a entender que se decantaba porque no sería así—. Aunque lo dudo. Y nos cumpliría la eternidad entre subir y bajar. —Luego, tras una significativa mirada a Guillén, que tenía las mejillas del mismo tono que un cirio misal, añadió—: Eso si lo conseguimos...

Se quedaron callados en tanto el perro, despreocupado, se mordisqueaba la pelambreira de los cuartos traseros intentando chascar las pulgas que por allí campaban.

—¿Y qué haremos? —preguntó entonces Bermudo.

Antes de que Fierro abriese la boca, se entrometió el calatravo. Estaba pagando el precio de la noche pasada por agua y la debilidad de su herida. Moqueaba como un becerro y tenía la voz rasposa. Pero venció las toses que lo sacudían para echar una de sus salmodias:

—Confiar en la Providencia, hijo mío —carraspeó una vez más—, confiar en la bondad infinita del Altísimo, que, en su buen hacer, por nosotros vela. El Padre no descuida a sus hijos y la fe es nuestra única obligación...

Se atragantó, calló y se defendió como pudo del nuevo ataque de violenta tos que lo acometió.

Fierro lo agradeció, no estaba de humor para aquellas buenaventuras. Sin embargo, después de mirar al chucho, se puso en pie con un reniego y aprovechó un joven abedul que había cerca para pelar una tira de la corteza.

La enrolló en un cucurucho y, en una escorrentía, llenó el improvisado recipiente para acercárselo al freire a fin de que pudiera echar un trago.

No fue capaz de contestarle, pero le echó una mirada de santo agradecido y, mientras Fierro volvía a tomar asiento, el flaco insistió.

—¿Qué haremos?

Al parecer no confiaba tanto como el calatravo en los designios divinos.

* * *

Repuesto tras apaciguar el gaxnate, inagotable en sus recursos, Guillén volvió a la carga:

—Ya te lo he dicho —insistió con voz rasgada—: confiar; se apiadará de nosotros el buen Dios. Reza, hijo mío, reza hasta que de lo más hondo de tu alma surjan llamas en las ascuas de tu fe maltrecha. Como lo hizo con Jonás, nuestro Señor nos librá de perecer en el vientre de la ballena.

Y no era mala la comparación, porque tan cerrado era aquel despeñadero que bien parecía que los hubiera engullido la montaña misma.

El flaco desoyó al freire y se quedó mirando a Fierro, esperando una respuesta más convincente.

El atajador nada dijo.

Estaba absorto observando la piedra que había recogido. Uno de los lados, plano, tenía claramente impreso el dibujo de la raspa de un pececillo atrapado en una tumba tan antigua como aquellas serranías. Había visto cosas así antes. Conchas, hojas, pero nunca una tan primorosamente real. Casi parecía que un gato se hubiese agenciado el almuerzo y hubiera olvidado los restos allí, sobre aquel guiño. Al cabo, volvió Fierro a mirar a todos lados y, tras un resoplido, contestó con voz cansina:

—Pensar, carajo, pensar en cómo salir de aquí.

Y lanzó aquella piedra a la maleza con gesto rabioso. Fue toda la respuesta que consiguió el flaco.

A falta de algo mejor, ramonearon como las cabras. Se apañaron con brotes de helecho, unas esparragueras y renuevos de hinojo acre, que les afelpó las lenguas.

Y, de tanto en tanto, miraban al cielo. Bastaba con que la niebla abriese. Unos cuantos rayos de sol les hubieran dicho hacia dónde tirar. Pero no cuadró así.

—Está más cerrado que el culo de un novicio —soltó malhumorado el flaco.

No pasaba más luz que la que podía atravesar una de las antiguas finiestras de alabastro de las iglesias. Sólo una claridad lechosa entre la que era imposible adivinar levante o poniente.

El chucho dormitaba. El calatravo tosía. El flaco paseaba arriba y abajo, impaciente, y Fierro, callado, observaba. Todo. Una y otra vez.

Por momentos, hastiado, el renco tenía la tentación de mandarlo todo al carajo y ponerse en marcha en cualquier dirección, luchar contra la maleza hasta desfallecer y confiar en que, antes o después, saldría con bien del intento. Sin embargo, se contuvo. Castro se había escapado; Ruy no lo haría.

De tanto en tanto, Bermudo proponía alguna idea. Indefectiblemente, el atajador se la echaba abajo.

—¡Cagüen las sandalias del apóstol Andrés! No, eso es una sandez. Nos moveremos cuando sepamos que merece la pena, antes no —le respondía Fierro con vehemencia.

Y cuando el flaco reanudaba sus idas y venidas, el renco se obligaba a razonar algún modo de avanzar hacia el norte.

Recibió la visita de un lagarto. Haciendo susurrar una mata de coscoja, el reptil descendió por la pared del cortado y fue a pararse en la montonera de piedras donde el renco había recogido aquella tan peculiar. El animal, cachazudo, se paró allí moviendo su lengua, haciendo subir y bajar su arrugada papada. Era grande, de más de un palmo, de cuerpo verdoso cubierto de ocelos negros, y pareció ignorar a los hombres.

Por un rato, el atajador pensó en dejarlo seco de un varazo y aprovecharlo para preparar un espeto con el que engañar el hambre, pero le dio pereza reavivar la magra fogata. Todo seguía empapado por la tormenta del día anterior. Así que, mientras se estrujaba los sesos, lo dejó estar.

Estudió cada planta, cada matojo. Buscó un rastro de que las yemas apuntaran al mediodía, pero allí el cortado racionaba la luz. Todo crecía estirándose como un niño queriendo mirar sobre la mesa.

Se dejó las pestañas en cada rincón del despeñadero. Clavó su vara en el suelo, como el gnomon de un reloj de sol. Y de nada sirvió. Los salientes en las paredes de roca o su bordón chantado entre las piedras no arrojaban sombra alguna que delatase el caminar del sol en el cielo.

Se acordó de que el vuelo de algunos pájaros podía contarle algo. Pero los pardales que revoloteaban por allí sólo rebuscaban algo que echarse al buche y, más allá, la niebla no le dejaba ver.

Tan desesperado estaba que incluso pensó en la noche. Si despejaba, quizá podrían echar mano de las estrellas. No las conocía como lo había hecho su padre, aunque, como hijo de marino,

algo podría sacar de provecho.

Lo único que despertó su atención fue a otro de aquellos lagartos que, un poco más allá, se acomodó también sobre un pedrusco.

Le resultó curioso observar que, un rato después, los dos bichejos se movían, casi al unísono. Ambos descendieron unos palmos de sus perchas para agenciarse unas nuevas. Al que estaba más cerca, aquello le valió un susto, porque el chucho lo vio, se levantó como un rayo y echó a correr tras él.

El lagarto se escapó con vida a través de una grieta del pedregal y el perro, muy digno, perdida su presa, resopló en la oquedad y volvió a su lugar con expresión ufana, como si no le hubiera salido mal la cacería.

Tampoco le resultó magro el resultado porque, sonriendo, Fierro aprovechó la ocasión para rascarle tras las orejas.

Para cuando el aburrimiento hizo mella, mientras Guillén dormitaba con respirar trabajoso, el flaco se acercó a donde estaba el atajador y comenzó a hablarle.

Fierro apenas metió baza y, para matar el tiempo, Bermudo combatió el tedio relatando aventuras en posadas con taberneras ligeras de cascos. Había estado tanto tiempo preso que parecía obsesionado por encontrar unas faldas que se dejasen levantar.

Para cuando el flaco le hablaba de una ocasión no lejos de Órbigo en la que había engatusado a la joven esposa de un sayón, Fierro se puso en pie de golpe, sobresaltándolo.

—¡Cagüen el dragón de san Jorge! —exclamó.

Tras apagar la sorpresa, el flaco se levantó también.

—¿Qué? ¿Qué sucede?

—Mira —contestó Fierro señalando la pared contraria con su vara.

La enigmática respuesta no ayudó mucho.

Por más que se esforzó, Bermudo no distinguió nada fuera de lo normal y, cuando estaba a punto de hacérselo notar al otro, el atajador se explicó:

—Los lagartos —lo instó con la voz tensa.

El flaco observó la escarpadura y, aunque le costó distinguirlos, acabó por advertir a unos cuantos de aquellos bichos, todos asomados en alguna montonera de piedras.

—Sí, los veo, ¿y qué? ¿Qué les pasa?

El atajador, con una de aquellas sonrisas revenidas, se explicó:

—Esos condenados bichos, feos como pegarle a un padre, estaban antes de este lado del cortado, ¡dita sea! No sé cómo no caí antes en la cuenta —se recriminó a sí mismo—. Si tuve a uno aquí mismo hasta que el chucho este del carajo lo espantó, ¡cagüen en el serrucho de san José!

El rostro desconcertado del flaco hizo entender a Fierro que no lo comprendía.

—Antes estaban de este lado del cortado porque teníamos el sol de cara —aclaró el renco—. Ahora andan desperdigados por la pared de enfrente —añadió alzando el tono—. El sol tiene que estar a nuestras espaldas —declaró triunfante.

El flaco tardó en digerirlo. Observó a los lagartos, a los que veía repartidos por los pedruscos y, finalmente, comprendió.

—¡La puta que me parió! ¡Claro! El mediodía está allí —dijo exultante, señalando a su izquierda.

—Y nosotros tenemos que ir hacia el otro extremo —aclaró Fierro, satisfecho—, al norte.

Al fin y al cabo, no tenían más que seguir el despeñadero, ni siquiera debían arriesgarse con una peligrosa escalada.

Se acercaron entonces a donde convalecía Guillén.

Cuando Fierro le tocó el hombro para sacarlo de su sopor, percibió la vaharada de calor que anunciaba las fiebres.

Le tocó la frente; estaba húmeda, cubierta por un sudor frío que no escondía la piel ardiente del calatravo.

Logró el freire abrir los ojos y Bermudo le dio la buena nueva.

Malamente, el calatravo fue capaz de soltar una de sus peroratas:

—Por Melchor, Gaspar y Baltasar, los reyes de Arabia que al buen niño Jesús fueron a adorar. Por su santa madre, la virgen María, ¡gracias a los cielos! La misericordia del magnánimo Creador sea bienvenida... Bendito seas, amigo, bendito seas...

Aquello fue para cuanto tuvo fuerzas. Dejando el parlamento inconcluso, se desvaneció.

Tras intercambiar una mirada con el perro, al atajador se le escapó una maldición:

—¡Cagüen la cabeza de san Eulogio! Ahora me toca devolverle el favor.

El flaco pensó que era a él a quien le hablaba y no advirtió que se dirigía al chucho.

Fierro se afanó entonces en preparar unas pihuelas y, mientras Bermudo se quedaba junto al fraile, el perro y el atajador se las compusieron con unas ramas.

—¡Dita sea! Este condenado lenguaraz es quién de morirse cuando estamos por lograrlo. ¡Cagüen la primera piedra de san Pedro! ¡Cagüen los fariseos del templo! Si no se muere, lo mato yo... ¿A quién se le ocurre enfermar ahora? La madre que lo parió.

El chucho, como siempre, lo siguió pegado a sus tobillos y, cumplidor, lo ayudó a arrastrar una de las varas más largas.

Los lagartos seguían subiendo por la pared, delatando un sol cada vez más tendido sobre el horizonte, y Fierro, sabedor de que no le sobraba el tiempo, se apresuró en sus tareas. Estaba deseando salir de aquel cerro y ponerse en camino antes de que la oscuridad los sorprendiera.

No estaba dispuesto a pasar otra noche en aquel mismo lugar.

No todo podía atravesarse. En palabras del delirante calatravo, el Señor apretaba pero no ahogaba; y, con sus penurias, se libraron al menos de un mal encuentro con los moros. Que hubiera sido la última gota.

Aunque no tardó mucho en derramarse la jícara. Su poca suerte se acabó el cuarto amanecer cuando, antes de ponerse en marcha, Fierro oyó un relincho.

Estaban en un claro escaso entre unos pinos de los que decían de negral, donde habían pasado la noche. Y aquel relinchar del jamelgo les dio aviso de que más les valía cuidar el pescuezo.

* * *

Aquel terreno enrevesado no se había mostrado caritativo, menos aún con el calatravo tullido que, en lugar de ayudar, salmodiaba febril.

Ajeno a todo, perdido en los delirios de sus fiebres, el freire no se había enterado, pero sus compañeros maldijeron, renegaron, sudaron y a punto estuvieron de romperse las piernas más de una vez con las traicioneras piedras sueltas de aquella trabajosa serranía en la que debían obligarse como rebecos.

El agua no fue un problema, abundaban los regatos por doquier. En cuanto a la comida, pasaron con lo que pudieron. Se las arreglaron con escaramujos, cebollas bravas de fuente, piñones y una ardilla descuidada que lograron apedrear el segundo de los días.

Dormían sobre montoneras de ramas, velaban por el calatravo y caminaban por aquellos pagos.

O subían por una cuesta, resollando como gorrinos y blasfemando como condenados a los infiernos. O bajaban por un despeñadero temiendo que las pihuelas los atropellasen y acordándose de las virtudes de los santos.

Una pendiente tras otra, sin descanso, entre los pinos, los coscojos, los quejigos y los lentiscos. Envidiando a los pájaros y sufriendo casi a cada paso. Por las mañanas dejaban el sol a la derecha, al mediodía a la espalda y poniente los saludaba por la siniestra.

Fierro, el único capaz de orientarse y decidir qué camino seguir, encabezaba la partida y se ocupaba del freire la mayor parte del tiempo. El flaco ayudaba en lo que podía, que no era mucho, aunque al menos mantenía la boca chica y no protestaba.

Pasaron así tres interminables jornadas de martirio en las que se dieron por perdidos más de una vez y, de no ser por la cabezonería del atajador, en algún lugar del camino se hubieran quedado, a merced de los buitres que oteaban las alturas con sus negras siluetas.

Y ahora, el relincho les anunciaba compañía.

Al rengo le bastó una mirada a Bermudo para ver en su semblante que él también se había despertado. Y también lo había oído.

Echándose el dedo sobre los labios para indicarle que callase, Fierro le hizo entender que iba a investigar, pero que él debía quedarse con el calatravo.

El cuitado freire, al que la osamenta ya tiraba del pellejo, murmuraba en sueños, pálido como un sambenito. No le quedaba mucho. Nada había oído y ni siquiera se percató de que el atajador los dejaba solos a él y al flaco.

Aprovechando todas sus mañas, sigiloso como una sierpe, Fierro se encaminó al lugar del que partiera el relincho.

Con el chucho a su lado, avanzó hasta dar con un collado que caía hacia levante. Aquello le daba la ventaja de quedar en penumbra, mientras que cuanto encontrase allí estaría al contraluz. Incluso tenía el viento de cara.

Se detuvo al advertir el olor inconfundible de los jamelgos, los cueros de sus arreos y el metal de sus jinetes. También escuchó el bisbiseo de unas voces y el rezongar de un jumento.

Allí estaban y, a pocos que fueran, más le valía cuidarse de que no lo descubrieran, porque un flaco, un enfermo y un renco hacían mal grupo para enfrentarse a una soldada.

Se agazapó junto a unas jaras e intentó descifrar lo que tenía delante.

Dos grupos de hombres parecían reunirse en una nava en la que crecía el pasto, despejada de árboles. Por un lado, cristianos. Por el otro, moros. Todos bien armados, con los hierros en sus tiracoles. Incluso había ballesteros en un bando y arqueros agasíes en el otro. Y, sin embargo, no parecían dispuestos a pelear.

Se aproximaron los unos a los otros hasta estar apenas a unos pasos y descabalaron.

Pronto se encararon dos de ellos, uno de cada bando. Y los demás se repartieron en el terreno, guardando las espaldas a aquellos que los mandaban. Se aventaba recelo en los gestos, pero también que, por el momento, las espadas quedarían ceñidas.

A quien obedecían los cristianos adelantó la mano, ofreciéndola. Y el que mandaba a los moros, en vez de rehuirla con desdén, la aceptó, apretándole la muñeca, sin hacerle ascos al otro por los torreznos que se hubiera desayunado.

Aquella confianza escamó a Fierro. Más aún el aire vagamente familiar de quien comandaba a los paganos.

Era un tipo de buena planta. Montaba un semental albahío de alta cruz sin rastro de sardinero, enjaezado con lustro y con pedrería en las bridas. Vestía lorigón y se cubría con una albadena teñida con rubia que parecía de la mejor seda granadina. Tanto lujo cargaba que pasaba por el embajador de Gao de camino al gran río que atravesaba el desierto, dispuesto a presentar sus respetos a los mandingas que señoreaban aquel prodigio en las arenas.

Algo en los gestos de aquel jinete atildado despertó recuerdos, pero Fierro no fue capaz de ponerles rostro.

Hechas las presentaciones entre las partidas, los ánimos se relajaron y ya no hubo más recelos.

En cuanto a los asuntos que se traerían entre manos, era fácil imaginarse el negocio. Los cristianos debían de ser espías bien pagados que venían a dar cumplida cuenta de lo que podría ser útil al Miramamolín. Y los moros, recaderos del califa ansiosos por recoger el mensaje.

Las sospechas se despejaron al ver la bolsa cambiar de manos. Y le quedó claro al atajador que el Miramamolín pagaba largo los sobornos de sus lacayos. Parecía pesada, bien cargada de vellón.

En cuanto la sostuvo, el que mandaba a los cristianos soltó la lengua y empezó a explicarse con amplios ademanes de los brazos. No le cupo duda al renco de que daba buena cuenta de las tropas de Castilla. Hasta los apellidos de los tamborileros estaba cantando.

Discutieron algunos detalles, hicieron un toscó dibujo en la tierra con ayuda del tacón de una

bota y a las preguntas siguieron respuestas.

Finalmente, cuando todo pareció aclarado, el que vestía con ínfulas de embajador sacudió el mentón con gusto, contento al parecer con todo lo averiguado y, aconsejado por el calor, para despedirse, decidió despojarse del yelmo.

Con gestos resueltos, lo acomodó en el ahuecado de la sangradura, bajo el brazo, y dejó caer el almófar sobre los hombros.

Fierro tragó la hiel que le subió al gaznate.

El rostro al descubierto brillaba bañado en sudor y las protecciones habían marcado la frente y las mejillas, pero era inconfundible.

Aquél era Ruy de Carrión.

El hideputa de Ruy, con sus barbas cumplidas.

Era él, vestido como el visir de Tombuctú, pero apestando a traición.

Tentado estuvo de echarse pendiente abajo y enfrentarse a los veinte hombres que allí parlaban.

Lo salvó el chucho, que ganó preocupado al sentir el arrebató de su amo. Recuperó la cordura cuando ya desenfundaba el estoque y se aprestaba para ponerse en pie.

Templó la ira sorda y carmesí que lo llenaba.

—¡Cagüen las piedras con las que lapidaron a san Esteban! ¡Cagüen las flechas de san Sebastián! ¡Cagüen el árbol del que se ahorcó el Iscariote! Hijo de la grandísima puta...

El chucho, al oírlo mascullar, se arrimó a su amo, queriendo reconfortarlo, pero no sirvió de mucho.

—¡... Dita sea mi estampa! ¡Malparido! ¡Cagüen la capa de san Martín!

Sólo lo refrenaba una cosa, el temor de que no le diera tiempo a acabar con el de Carrión antes de que los hombres que mandaba lo despacharan. Y, mientras seguía observando el parlamento, el atajador le daba vueltas a los prontos que se le ocurrían, rechazándolos todos por el riesgo a que fuera un fiasco.

Le importaba un bledo quedarse allí, en el sitio; era un lugar tan bueno para morir como cualquier otro. Lo que no quería era que el traidor de Ruy escapase con vida.

Necesitaba una oportunidad.

Por primera vez en años casi le dio por echar un rezo, rogando como el calatravo al Señor de los Cielos para que le diera su ocasión.

Pero no hizo falta.

La oportunidad que tanto ansiaba se presentó cuando menos lo esperaba.

Apenas resueltos sus asuntos, los dos bandos se despidieron. Los cristianos montaron y marcharon a uña de caballo. Los moros se organizaron con más parsimonia y Ruy, a saber por qué, ordenó a los suyos que fueran marchando.

En tantos años de perra vida, nunca antes Fierro había tenido la suerte así, de cara.

Sin razón o motivo aparente, Ruy de Carrión quedó solo en aquel pastizal mientras sus hombres se alejaban y el renco, tras frotarse los ojos, no supo si agradecerle la baza a Dios o al diablo.

Allí estaba, a su merced. No tenía más que descender y rebanarle el pescuezo.

—¡Sé que estás ahí! —gritó Ruy de pronto, mirando hacia las jaras donde Fierro se agazapaba.

El renco negó sacudiendo el mentón. Había que reconocerle el cuajo al traidor.

—¡Vamos! ¡Sal! —le gritó. Y desenvainó su espada.

Fierro se alzó vareando las jaras y se presentó ante su enemigo.

Allí estaba lo que tanto tiempo llevaba buscando.

—Acabemos con esto de una vez por todas —siguió diciendo el de Carrión—. Cuanto antes, mejor.

Desenfundó el estoque y calibró lo que vendría. Los separaban treinta pasos y el renco sabía que el otro cubriría la distancia mucho más rápido.

Se miraron tendido.

No se le escapó a ninguno que el otro lamentaba cómo habían terminado liados en aquella porqueriza. Habían sido amigos. Y ahora estaban dispuestos a matarse.

Ruy escupió de lado, bajo el colmillo, y volvió a gritar con resignación.

—¡Vamos!

No tenía muchas posibilidades. Era una buena espada contra un estoque. Un tipo entero y bragado contra un renco que se había alejado de la guerra. Lo más fácil era que Fierro encontrase allí la muerte.

Pero Fierro dio un paso al frente.

Dispuesto, con el estoque en la mano. Y no dio el siguiente porque el perro se puso a ladrar como si estuviera rabioso.

Sin quitar los ojos de Ruy, al renco se le escapó la pregunta.

—¿Y a ti qué carajo te pasa ahora?

El chucho cambió los ladridos por gañidos y comenzó a cruzarse delante de él, yendo de un lado a otro frente a sus canillas, sin parar, cerrándole el paso.

Intrigado, Fierro lo miró y enseguida el perro se sentó ante él, devolviéndole el gesto con ojos presos tras el flequillo desaliñado.

—¡Vamos! ¡Acabemos con esto! —volvió a gritar Ruy.

El renco y el chucho se miraron.

—No, no me vengas con ésas —le dijo al animal, contrariado.

Por toda réplica, sonó un ladrido.

—Está ahí, y es hora de zanjar este maldito entuerto.

Cansado de esperar, Ruy comenzó a moverse. Avanzó al encuentro del atajador, con la espada en la mano y resignación en el alma.

—Sí, ya lo sé, él nos ayudó —siguió hablando al chucho—. Y ya sé que está en las últimas.

El chucho inclinó la cabeza a un lado y luego al otro.

—Sí, ¡dita sea! Sí. También sé lo que ella hubiera dicho. ¡Cagüen en la rueda de santa Catalina! Ya sé que sin mí esos dos acaban comidos por los lobos, ¡lo sé! Pero ese cabrón con pintas está ahí, ¡ahí! No puedo dejarlo escapar.

Avanzó con un pie y el perro, obligado, reculó para volver a sentarse, cerrándole de nuevo el paso.

—¡Cagüen los corderos de santa Inés! ¡Apártate! No voy a dejarlo escapar.

Ruy, aunque con cautela, seguía acercándose.

El chucho ladró una vez más.

—¡Lo sé! ¡Lo sé! ¡Dita sea! Sé lo que ella hubiera dicho, lo sé, demonios.

El de Carrión, prudente, no se apuró. Sospechó que el renco se las daba de chalado para despistarle y temía una arrancada inesperada.

Fierro sabía que, de morir allí, bajo la espada de Ruy, los otros dos quedarían condenados. O morían de hambre o a manos de una ronda mora, pero morirían.

—¡Maldita sea mi estampa! ¡Cagüen en el portal de Belén!

Negó sacudiendo la barbilla. Maldijo incomprensibles masticando cada palabra entre dientes apretados y, finalmente, se resignó.

Miró entonces a Ruy y su enemigo le correspondió.

—¡Volveremos a vernos! —gritó.

Ruy no comprendió, pero al instante siguiente el otro ya se estaba volviendo para desaparecer tras las jaras.

El de Carrión echó a correr, convencido de que le sobraba el tiempo para sorprenderlo por la espalda. Sin embargo, cuando llegó a las matas, no encontró ni rastro del atajador.

Fierro había desaparecido.

TERCER CANTAR

LAS NAVAS DE LA LOSA



A falta de iglesia, a medio levantar en aquel caos que eran las obras de Alarcos, tuvieron que apañárselas. A base de porfiar, consiguieron convencer a un sacerdote. Al único que encontraron, porque la villa era de realengo y los obispos aún no le habían echado el guante.

Había sólo uno, pero no necesitaban más.

Ella le sobornó la gula con deliciosos pastelillos de miel. Él le tocó la vanidad, le prometió que convencería a cuantos mesnaderos pudiera para que acudieran a las misas ofrecidas por la Virgen. Y se dejó meter en costura aquel curilla contrahecho de afable sonrisa. Con falsos regañadientes, accedió a officiar la ceremonia a la vera del río, junto a aquel álamo cuyas hojas temblaban en la brisa.

Escasa fue la dote y pobre el ajuar, pero nunca hubo novios más felices camino de su magro altar.

La madre de ella hipaba entre sollozos emocionados. Él no llevó a nadie, su familia estaba lejos. Al cabo, sus camaradas no eran más que soldados y los atajadores estaban hechos a la soledad.

No tuvieron vidrieras, sólo arriates de dientes de león que la primavera dejó junto al río. La brisa se llevaba sus semillas algodonosas. Parecía nevar.

No vistieron grandes galas, sólo un brial de lino teñido con guarnición de abanino, poca cosa, pero tan caro que él invirtió hasta el último de sus pepiones para pagarlo.

No disfrutaron de un gran banquete, sólo pan recién hecho y algo de venado que su madre estofó con cebollas silvestres y un puñado de espárragos.

Apenas tenían nada, pero se bastaban el uno al otro.

Se amaron como no sabían que podía amarse. Se hicieron mejores el uno al otro.

Y conocieron la dicha al cruzar una sola mirada, una palabra de aliento, un pellizco travieso, un revoloteo de las manos bajo la ropa tibia.

Enseguida descubrieron que el amor alimentaba los sueños y albergaron esperanzas. Una casa en las montañas del norte, un pedazo de tierra que regar con sudor de sus frentes, un horno para el negocio, un corral que pudiera llenarse.

Pasaban los días calurosos del verano y él se acostumbró a acostarse temprano para levantarse mediado el gallo. Ayudaba con la masa en el obrador y luego, mientras las hogazas fermentaban, se acurrucaban de nuevo, juntos bajo las mantas, disfrutando el uno del otro hasta que él debía salir para presentarse ante el alférez y ella tenía que abrir el alcabor y echar los panes al horno.

Fueron los días más felices de su vida y, para su desgracia, se quebraron con la facilidad del vidrio.

La mañana misma que las tropas moras acamparon en las praderías del valle, al pie del cerro de Alarcos, ella le dio la noticia.

Una nueva vida estaba en camino; si no andaba errada, antes de la primavera serían padres.

Ni siquiera la amenaza de los paganos hizo vacilar su entusiasmo. Él posó su mano en el

vientre de ella, la colmó de sonrisas y le habló con el corazón desnudo. Convencidos, como ilusos enamorados, de que nada más fuerte había que aquello que los mantenía unidos.

Confiaron en el rey, en sus mesnadas, en que sería una nueva batalla donde la cruz se impondría y, a partir de entonces, podrían disponer de sus vidas. Juntos.

Y fue entonces cuando todo se derrumbó.

Por dos días, bajo el castigo del sol, abrasándose con el calor, las tropas del rey de Castilla plantaron cara a los moros. Y de nada sirvió, porque los paganos no lanzaron una sola flecha. Se limitaron a aguardar, sabedores de que el verano de la frontera se volvía su aliado.

Cuando finalmente se escuchó la orden, rabiosa por la impaciencia, la muerte se dio un festín.

Los campos se embarraron con la sangre y la cruz no protegió a sus cristianos. Cientos, miles murieron bajo el sol fronterizo, sin más esperanza que no sufrir la agonía de un lanzazo en las tripas.

El rey huyó con el rabo entre las piernas. Alarcos quedaba a merced de los moros, y él, que pudo marcharse con las tropas, decidió quedarse junto a ella.

Jamás se arrepintió.

Los hicieron presos, esclavos. Algo se negoció. Pero las esperanzas se redujeron a cenizas cuando apareció el traidor. A cambio de la libertad de algunos hombres del rey, los moros y aquel bastardo renegado fueron dueños de la plaza.

Fue entonces cuando comenzó la pesadilla. Fue entonces cuando los muertos que se pudrían al sol parecieron una burla. El horror sitió Alarcos.

No hubo clemencia. No hubo merced.

Apaleados, aherrojados, hambrientos, los supervivientes fueron obligados a cargar con los caídos. Los lanzaron a los cimientos de la muralla, los apilaron, sin distinguir hombres o animales. Allí quedaron para siempre mesnaderos, mulos, muchachitas, caballos, perros. Sin misericordia, utilizaron a los cristianos muertos como cascotes y sus cuerpos quedaron enterrados bajo todo el escombros que encontraron los alarifes. Todo aquel amasijo de almas quedó condenado, fuera de sagrado, sin un responso siquiera, porque el único que hubiera podido hacerlo, aquel padre contrahecho, el que los había casado junto al río, terminó con el dogal al cuello, colgando de la torre de poniente. Allí dejaron su cuerpo para escarnio de las patrullas moras y alimento de los buitres.

Pero no se detuvieron ahí.

No sólo los muertos acabaron sepultados, también los viejos.

Vivos, chillando por clemencia, los despeñaron para abultar aquellos cimientos malditos. Así fue como la madre y su receta de estofado desaparecieron para siempre bajo las piedras que colocaron los moros. Porque el califa quiso continuar donde lo había abandonado el rey, y Alarcos, abonada con tanta muerte, siguió creciendo aquel verano infausto en el que el calor no sirvió para animar a los amantes a bañarse en las frescas aguas del río; no, aquel año del Señor de 1195, el bochorno del estío sólo fue útil para pudrir los cadáveres de quienes habían seguido las órdenes del monarca de Castilla. Por momentos, tan grandes eran las bandadas de cornejas que el cielo parecía cubrirse con nubes negras. Y sus graznidos, tantos y tan altos, se hacían ensordecedores.

Sin embargo, tamañas tropelías no fueron el final.

El traidor asintió, el califa consintió. La sangre corrió por la ciudad y las tropas se dejaron llevar por la euforia.

Hubo pillaje, hubo depravación, hubo libertinaje.

No quedó una medalla sin robar, no respetaron siquiera el modesto sagrario del freire. Lo fundieron con deleite pese a que no era de oro, sino de liga de plata. Rompieron las copias de la santa Biblia que encontraron; algunas incluso las mearon, otras las usaron para limpiarse los traseros. Desvalijaron hasta la última de las casas. Derramaron hasta el último cántaro de vino.

Y violaron a las mujeres.

Y violaron a las niñas.

Y la violaron a ella.

La apalearon, rasgaron sus ropas. La escupieron, la aherrojaron, la obligaron a doblar las rodillas sobre los pechos desnudos y se fueron turnando, ayudándose con una cántara de aceite de oliva para quebrar su sequedad.

Uno tras otro.

Hasta desgarrarle las entrañas. Hasta desmenuzarle el alma.

Y a él lo obligaron a presenciarlo mientras chillaba al borde de la locura.

Cinco hicieron falta para sujetarlo y otros dos quedaron muertos a dentelladas. Descargó en ellos toda su ira, pero fue inútil.

Ella gritaba. Él gritaba. Ellos reían.

Murió esa noche, desangrada, mientras él aullaba de rabia y ella le rogaba que se cuidase, que aprendiese a perdonar, que encontrase una nueva vida.

Loco de dolor, se enfrentó él solo a todas las tropas moras sin más arma que su corazón roto.

Le quebraron los huesos, lo golpearon con saña, le cortaron el tendón del calcañal y quedó cojo de por vida.

Pero eso no fue todo.

Aquel traidor que había entregado su alma, aquel miserable vendido al moro no quiso darle la satisfacción de quitarle la vida.

Lo condenó a ser arrojado al silo, vacío de mies y lleno de otros desgraciados como él, convertidos en escoria.

Allí, en las profundidades de la sima, empapado con los excrementos de otros tantos desdichados, se despellejó las manos contra los ladrillos intentando escalar para dar muerte a todos y cada uno de aquellos malnacidos. Y nunca olvidaría las risas de los guardias moros que, viéndolo sufrir, se abrían las ropas y le meaban encima.

Llegó a acostumbrarse a la peste de aquellos orines escurriéndose por su cogote. Y aguantó. Aguantó alimentándose con la esperanza de ponerle las manos encima a aquel traidor inmundo que había vendido a los suyos por el favor de los moros.

Pedro Fernández de Castro.

Ése era su nombre.

Jamás lo olvidaría.

Para el otoño, sólo tres de los cautivos en el silo seguían vivos. Eran apenas osamentas que sostenían pellejos cubiertos de pústulas. De tanto en tanto, los sacaban de allí para hacerlos correr entre los caballos, para obligarlos a cargar algo o simplemente para mofarse de ellos porque ya no eran más que despojos.

El mismo Satanás envidió aquel silo maldito y los rumores de aquella atrocidad corrieron de un extremo a otro de la frontera para escarmiento de todo el que prestase oídos.

Pero él aguantó. Mientras los demás, a su alrededor, morían, él se aferró a sus recuerdos.

Empezó a hablar con ella, y halló consuelo imaginándola a su lado, recordando el viejo álamo en la curva del Guadiana, compartiendo trozos de aquel pan. Ella los arrimaba a la lumbre, los

tostaba y luego los embadurnaba con miel dorada de flores. Allí, junto al río, dejaban pasar las tardes.

Le hablaba. Se acostumbró a contarle cuanto se le ocurría. A susurrarle recuerdos. A confiarle esperanzas.

Ella nunca contestaba, pero a él no le importaba.

Le bastó cuanto ella le había regalado.

Sus besos sabían a miel.

Le daba fuerzas. Ella impidió que enloqueciera. Ella lo animó a seguir con vida. Fue por ella que abolió la desesperación y evitó la tentación de destrozarse las muñecas a mordiscos.

Si algo sobrevivió, fue el aroma del pan recién hecho. En el silo, rodeado de inmundicias, aguantó. Le bastaba imaginar aquel olor. Cerraba los ojos y lo sentía igual de intenso que al sentarse junto al horno mientras ella trajinaba. Cerraba los ojos y, pese a las desgracias, volvía a su lado. Siempre.

Y él le hablaba.

No fue cuestión de fuerza, no fue cuestión de valor. No se trató de algo al alcance de los héroes a quienes cantaban los trovadores. Fue sólo gracias a su empeño.

Aprovechó el perno de uno de sus grilletes y, con infinita paciencia, fue labrando los ladrillos allí donde no había hueco para sus manos.

Murió otro de los cautivos.

Los guardias seguían meándose en el silo a cada oportunidad, aunque, por repetida, la broma ya no les hacía tanta gracia.

Refrescó. Y lo que antes habían sido horas de infinito bochorno se convirtieron en tiriteras que amenazaban con partirle hasta la última de las muelas.

Murió el último y quedó solo.

Solo con sus recuerdos y con el aroma del pan recién hecho.

Una noche de luna nueva, amparado por la oscuridad, utilizó aquella escala que había improvisado a base de paciencia infinita.

Escapó.

Usó la cadena para abrirse paso, destrozándole la crisma al puñado de guardias que le dio el alto.

Brincó sobre el adarve de la muralla y tuvo la mala suerte de a quien ya no le importa matarse. Cayó sobre las ramas de una encina. Rodó por la pendiente del cerro, empapándose por la hierba húmeda. Sorbió con ansia para espantar la sed. Agradecido por restregar aquella pestilencia a meados que lo cubría de la cabeza a los pies.

Ni se le ocurrió presentarse a Cortes o acercarse a donde hubiera otro castellano. Ya no tenía deberes para la Corona de Castilla. Vagó por la frontera, apañándose con lo que había aprendido como atajador. Comiendo lagartos, bebiendo de los arroyos, buscando respuestas.

Pero no sirvió de nada.

Un hebreo medio loco que regentaba una venta se apiadó de él.

Le dio cobijo. Le enseñó un oficio, el de estafador. Incluso le brindó una vida nueva.

Le dio una oportunidad de continuar con vida arrastrándose por la frontera. Una tarde gris que amenazaba lluvia le dijo que, según los rumores de los lenguaraces que pasaban por su negocio, los hombres de Castilla ya habían dado cuenta del traidor Castro.

Alguien se le había adelantado y las tripas de aquel malnacido ya adornaban algún camino.

Pedro Fernández de Castro había pagado sus deudas. Estaba muerto.

Como un náufrago, abandonó aquella venta, sin rumbo, a la deriva. Y vagó de nuevo por la maldita frontera, penando como un ánima castigada al purgatorio. Sin saber qué hacer.

Le faltaba ella.

Le faltaba a quien castigar.

Sólo se tenía a sí mismo. Y se odiaba después de haber sido incapaz de evitar lo sucedido.

Se repudiaba. Había fallado.

Siguió así, sin rumbo, sin destino. Errando por aquella tierra condenada en la que los valientes se volvían cobardes y los cobardes, miserables.

Sin mañana. Con demasiados ayer.

Sin esperanza.

Cargado de culpas.

Hasta que un día, la primavera siguiente, no lejos del Jabalón, encontró también un álamo que le recordó a ella. Espigado, medroso ante el viento que agitaba sus hojas plateadas, guardaba un tesoro: en una rama baja, zumbando, palpitando, colgaba un enjambre nuevo de la temporada. Buscaba un hogar en algún tronco hueco.

A ella le encantaba la miel.

Vencido por un impulso, él dio cobijo a aquellas abejas.

Plantó la colmena en una ladera que miraba al mediodía y, no muy lejos, encontró un lugar donde dejarse caer. No un hogar, eso es algo que jamás tendría. Sólo unas ruinas en las que capear las lluvias del invierno y las solanas del verano. Nada más que unos escombros en los que dejar pasar el tiempo hasta reunirse con ella.

Por unos años, vivió tranquilo.

Aunque jamás conoció la paz.

Llevaba la guerra en un costurón del alma.

En cuanto los vio, desenfundó.

Quería volver a Aragón para conocer a su nieto y no estaba dispuesto a dejarse matar por una patrulla mora que anduviese rastreando.

Recio como esparto mojado, la guerra le había criado los callos.

A Nuño le faltaban tres dedos del pie izquierdo y uno de la mano derecha, que era incapaz de levantar más allá de la oreja por un mal tajo que le había desbaratado el hombro. En plena galopada, se había caído del caballo por tres veces, las tres por mor de que a los pobres animales que montaba los habían ensartado los agarenos con sus lanzas, y a causa de una de aquellas costaladas tenía una de las piernas contrahecha, a cuenta de que el maestro de llagas de turno no le había recompuesto bien el hueso. Los días de lluvia le dolía como si le clavaran hierros al rojo. También podía presumir de haberse tragado dos dientes después de que un infiel le arrease un brutal golpe de maza y, desde aquel día, cada vez que abría la boca le silbaban las palabras.

Allí seguía, sin embargo, como muchos otros. Más por la paga que por la fe, pero allí, al fin y al cabo.

Natural de Atienza, no formaba con la milicia del concejo, como muchos de sus paisanos, que habían acudido a la llamada del Papa en aquella santa cruzada contra los mahometanos. Él estaba al servicio del caballero aragonés García Romero, al que llevaba obedeciendo sus buenos años. Y, como atestiguaba su cuerpo maltrecho, con los mahometanos de por medio se las había visto ya de todos los colores.

Tras la agotadora marcha y más de una escaramuza con los infieles, aquella sexta feria, día de san Enrique y san Silas, bajo el infernal calor de julio, patrullaba de adelantada. Junto con otros cuatro maños buscaba celadas de los moros en los alrededores del campamento cristiano, instalado en los límites de la frontera, donde la sierra empezaba a señorear y los paganos mandaban, porque, como solía decirse: «Del Guadiana abajo, los mosquitos cagan flechazos y las moscas pedradas».

En sus lujosas tiendas, obispos, reyes y señores discutían por dónde iban a meterse en la boca del lobo, arriesgándose a recibir aquellas flechas y aquellas piedras. Y, en tanto, los atajadores tanteaban los pasos, los zapadores se dejaban los riñones preparando fosos, los herreros afinaban lorigas, los cocineros agenciaban el rancho, las putas buscaban a los que no estaban de guardia y los centinelas, como él, se mantenían ojo avizor.

Intentando no derretirse bajo aquel sol de justicia mientras patrullaba, Nuño se preguntaba si viviría para conocer a su nieto, porque allá, en el pueblo, había quedado encinta su hija, a la que había casado no hacía mucho. Ella era su única debilidad.

Pero no por ello prestaba menos atención a sus obligaciones.

Nuño sabía que aquella condenada guerra que nunca terminaba se preparaba para un nuevo vendaval.

Los lenguaraces decían que la culpa había sido del rey Alfonso de Castilla porque el año anterior, con ansias de joderle los tientos al moro, había ordenado algaras por las tierras de Jaén.

El asunto se había desmandado y, además de robar unos miles de ovejas, matar a sus pastores y usar brea para prenderle lumbre a un ulema que había muerto entre aullidos de dolor, también se había forzado a un puñado de mujeres, y el Miramamolín había montado en cólera. El califa, rabioso como un perro, había embarcado con sus tropas y arrasado Salvatierra, mandando a los calatravos al cuerno. Y ahora clamaba venganza aguardando por los cristianos en algún lugar de aquella enrevesada serranía, dispuesto a despellejarlos a todos y amontonar sus cabezas como hiciera en tiempos el malparido de Almanzor.

Eso se decía, pero aquellos callos curtidos le contaban a Nuño que la misa la cantaban otros curas. Al castellano le escocía lo que había pasado en Alarcos; todo el asunto de las cabalgadas había sido una excusa para reventar las ampollas al moro y tener excusa para cobrarse lo sucedido. Y, a fuer de ser sincero, a Nuño no le iba en ello una mísera higa. Porque sabía que, unos y otros, cristianos y moros, no eran más que títeres en manos de reyes y califas.

No había otra cosa que supiera hacer que no fuera guerrear, así que tocaba apretar los dientes, aguantar e intentar salir entero de la que se venía encima, si es que quería conocer a su nieto.

De ahí que, su primera reacción, fuese desenfundar. No por el estandarte de García Romero, no por salvaguardar la fe del crucificado, sino por mantener el pescuezo entero, cobrar la soldada y ponerle cara al pequeño.

Aunque se dio cuenta enseguida de que la mayor amenaza era el chucho, si es que acaso tenía rabia.

Como ánimas en pena, aparecieron sobre un otero. Y bien se veía que llegaban rotos por el camino.

Un cojo que tiraba de unas pihuelas cargadas con un moribundo, un tipo flaco como un silbido y un perro sarnoso.

Jamás había visto Nuño algo así.

Y cuando aún se preguntaba quién diantres eran aquellos locos que salían de pagos moros, aumentó su sorpresa al descubrir que el medio muerto llevaba el manto de los calatravos.

Titubeó Nuño, todavía con la espada en la mano.

Pero en cuanto el flacucho levantó las manos para indicar que buenas eran sus intenciones, se dejó llevar por su instinto y perdió toda desconfianza.

Aquéllos tenían que ser de los suyos y, Dios sabría cómo y por qué, salían del infierno.

—¡Ayudad a esos locos! —ordenó a sus hombres con un grito.

Y, tras espantar el pasmo de la sorpresa, los suyos obedecieron.

Era apenas un mal trapo con un poste central, unos pocos vientos y las cacharradas del maestro de llagas, que incluían un tonel de vino, otro de aceite, sogas, unos cuantos instrumentos roñosos y haces de paja en los que repartir a los heridos.

El tenderete no daba para mucho más, pero hacía su trabajo. Aunque, por cuanto estaba a la vista, quedaba claro que los remedios de aquel matasanos podían ser más peligrosos que los males que trataba de atajar.

Y allí habían terminado los tres y el chucho.

Aunque el calatravo estaba convencido de que pronto vendrían a buscarlo los suyos, en quienes confiaba más que en el carnicero que trabajaba para el maño García Romero. Aquel cirujano insensato se había limitado a sangrarlo a conciencia para, según él, regular los humores. Lo mismo mandó para el flaco Bermudo y, de no ser porque Fierro se había negado en rotundo a que le abriesen las venas de la sangradura con aquellas lancetas sucias, el renco también estaría derrengado, como lo estaban los otros dos, lánguidos en sus catres.

Ansioso por rematar lo que tenía pendiente, Fierro se acercó al fraile.

—Estamos en paz —anunció, acuclillándose a su lado—, yo me largo con viento fresco.

Y el calatravo abrió los ojos, espantado. Recobrando fuerzas de algún recoveco de su voluntad, consiguió revolverse y, a medio incorporar, intentó rebatir al melero.

—¡No! ¡Marchar...! ¡No! —logró balbucir.

A Fierro se le escapó un reniego, pero le pesó la conciencia y, aunque deseó largarse y dejar al freire con la palabra en la boca, después de echar una mirada al chucho, se sentó junto a Guillén.

Tragó con dificultad el fraile y, a fuer de empeño, se le aclararon los ojos.

—No puedes marcharte, hijo mío —consiguió decir—. Yo estoy muy débil, sólo la bondad de Altísimo me mantiene todavía en este pago de lágrimas... De la trampa de los moros hay que dar aviso. Debes hacer que el rey Alfonso te conceda audiencia...

Calló para recuperar fuerzas.

Su aliento hediondo delataba la calentura que lo castigaba. Fierro tenía que esforzarse por no apartar el rostro.

—Ése del cristiano es el deber —pudo recomenzar el calatravo—. Obliga la fe. Al rey hay que advertir, como avisaron al buen Jesús de que iban a prenderlo... No... No deben intentarlo por... ¡No por el Muradal!

El renco chistó a disgusto. El perro lo miró.

Aquella bien podía ser la última voluntad de un moribundo; sin embargo, Fierro, con terquedad, se decía a sí mismo que no pensaba caer en la tentación de concedérsela. Su único cometido seguía siendo Ruy, y no pensaba perder una nueva ocasión por mor de los caprichos del fraile.

—Ya se encargarán de tales labores los atajadores de Castilla —le rebatió el renco—, no son éstos mis asuntos. Estáis los dos a salvo y es cuanto me concierne.

E iba a levantarse cuando el freire le puso la mano en el brazo y, casi logrando sentarlo, volvió a insistir:

—Nuestra Señora no dudó cuando el arcángel le anunció que sería la madre del hijo de Dios —logró decir de carrerilla—. La hermana de Lázaro, la...

Lo venció entonces la tos y, con retranca, Fierro aprovechó para contradecirlo.

—No fue eso lo que hizo santo Tomás.

Y el calatravo, ante la mención, sacó fuerzas para alzar un dedo admonitorio.

—Creyó, creyó cuando tocó las llagas... Debes dar aviso, es tu deber como castellano y, lo que es aún más importante, tu deber como cristiano...

Volvió a ser presa de la tos y Fierro se preguntó cómo, incluso tan débil, el calatravo se las apañaba para largar aquellos interminables discursos.

—... puedes evitar que vuelva a suceder lo que pasó en Alarcos.

Aquello arrancó un mohín al renco.

Cabezota, como siempre, intentó engañarse a sí mismo y abrió la boca para contradecirlo. Pero el calatravo se había desvanecido, consumido por el esfuerzo, y no le quedó otro a quien hablar que no fuera el chucho.

—¡Cagüen la anunciación del arcángel Gabriel! ¡Cagüen la hermana de Lázaro! ¡Y me cago en las dudas de santo Tomás! ¡Dita sea mi estampa!

El perro sólo bostezó.

—¡Dita sea mi estampa!

Las blasfemias continuaron hasta que salió de la tienda, y el maestro de llagas, con quien se cruzó en la entrada, se lo quedó mirando espantado mientras el renco se alejaba con su vara.

A los pocos pasos tuvo que detenerse para dejar pasar a dos que iban con un mulo cargado. A su alrededor, entre las tiendas y los armeros, el barullo típico de los campamentos se extendía por todos lados. Allí podía doblarse una esquina y encontrarse a unos mercadeando, a otros asando carne, a alguno afilando la espada, a muchos rezando, a pocos riendo.

Fue entonces cuando Fierro cayó en la cuenta de algo.

Una sonrisa requebrada, untada de cinismo, le partió el rostro y, sin importarle si le oían o no los que pasaban, compartió la idea con el chucho:

—Le haremos el favor al fraile —dijo con aires cómplices—, e intentaremos descubrir dónde han acampado los moros.

Cuando el perro lo miró, terminó el razonamiento.

—Donde estén los moros, estará ese malnacido de Ruy.

Y, comprendiendo que aquello le convenía más de lo pensado, se mintió a sí mismo. Intentó convencerse de que no hubiera cedido a la petición del freire de no ser porque le iba al pelo.

Así que se apresuró para ir en busca de Nuño.

Cuando el rey le preguntó, el instinto de Fierro le chilló al oído que mintiera.

—Martín —respondió acordándose de pronto de los hermanos—, mi señor —añadió después de una pausa, desacostumbrado como estaba a los formalismos—. Martín Halaja.

Y allí dentro era difícil, sino imposible, olvidar quién era y a quién tenía enfrente. Pese a no ser más que una antesala en una tienda de campaña, lo rodeaban más lujos de los que Fierro hubiera podido pagar en toda una vida cosechando miel.

Había cofres con herrajes labrados tan primorosamente como labores de orfebre. Colgaba de un portaestandarte un enorme tapiz que conmemoraba la gran batalla de Simancas. E incluso resplandecía un espectacular ofertorio de nogal que, a juego con un reclinatorio, decoraba una de las esquinas. Todo estaba plagado de enseñas, gonfalones y símbolos que gritaban a voz en cuello que aquella tienda era propiedad personal del monarca.

Lo miraba Alfonso en persona, rey de Castilla por la gracia de Dios, nieto de Alfonso el emperador, hijo de Sancho el Deseado, descendiente de la casa de Borgoña, sucesor del condado de Barcelona, miembro de la heredad de los reyes de Pamplona. Linaje vivo del Cid.

Todo eso y mucho más de lo que ni siquiera se acordaba.

Y lo miraba con suspicacia.

El renco temió que lo reconociera. Habían pasado casi veinte años desde Alarcos, pero Fierro no quiso correr riesgos, por eso mintió como Ananías sobre el precio de la heredad. Una palabra de aquel hombre bastaba para que la vida fuera muerte o para que la muerte no fuese la peor de las condenas. El antojo de la Corona hacía y deshacía sin pensar en las consecuencias para un desgraciado melero.

Por eso mantuvo los ojos gachos.

—Está bien, de acuerdo, explícate de nuevo —exigió el monarca con gesto adusto—, a ver si lo he entendido bien.

Fierro no había imaginado que terminaría frente al rey en persona.

Tras comprender que le interesaba la propuesta del calatravo, le había contado a Nuño que tenía información que convenía a los atajadores castellanos. No se dio en detalles, pero el asunto caló hondo. Repentinamente, se había visto arrastrado a una serie de carreras, apuros, llamadas a recaderos y solicitudes de recepción, porque en el campamento cristiano andaban todos revueltos y los ánimos se palpaban crispados.

Pese a que intentó evitarlo, el renco había terminado con una solícita visita a la tienda del noble García Romero, quien se había presentado con gesto preocupado para escuchar la misma versión escueta que ya había recibido su hombre. Y, antes de que Fierro tuviera tiempo de reaccionar, volvieron de nuevo las carreras donde todos parecían saber algo que el melero ignoraba.

Sin darle opción siquiera a protestar, viendo pasar heridos que se lamentaban y curas que ofrecían confesión a quienes venían en brazos de sus compañeros de armas, Fierro se había visto arrastrado a toda prisa por el dédalo de pabellones de guerra.

Y allí estaba. Ante el rey de Castilla, el de Navarra, el de Aragón; ante los obispos de Toledo y Narbona. Y ante no sabía cuántos hijosdalgo, ricoshombres y más nobles de rancio abolengo, incluido el señor de Haro que, como el mismo Alfonso, lo miraba retorciendo el colmillo, quizás intentando recordar dónde había visto antes el rostro afilado del renco.

Todos iban preparados para la guerra, con sus perpuntes, sus lorigas, sus almófares y las espadas al cinto. Cada cual con su sobreveste o su manto lucido, mostrando las enseñas de cada casa, reino, condado y heredad. Los lobos negros de Haro, el oso de los madrileños, los palos de Aragón con los santos colores que les concediera el Papa de Roma, el águila prieta de los navarros en fondo de gules, y muchos más que no reconoció entre los que destacaban, por encima de todos, las fortalezas de Castilla señoreando carmesí.

Sólo faltaba León.

Impresionado, preocupado también, no fuera a ser que todo aquel entuerto se enredase, Fierro no contestó. Sabía que, a voluntad de cualquiera de aquellos hombres, de saberse la verdad, terminaría con el dogal al cuello colgando de la rama de una encina.

Allí estaba una vez más su pasado, reclamándolo. No se había presentado a Cortes tras escapar de Alarcos. No tenía idea de si aquel asunto del mequetrefe había acabado por alcanzarlo.

Se arrebujó en su silencio, que se tornó pronto incómodo.

Aguardó.

Y entonces el rostro del rey Alfonso mudó.

Comprendió el renco que lo tomado por suspicacia debido a sus propios temores era más bien desesperación; porque, sin él pedirlo, la corona de Castilla le dio explicaciones.

—No estábamos seguros de cómo acometer la sierra —reconoció sin pudor alguno el rey—. Había lugares más fáciles para tanto bagaje como cargamos, pero cuando los moros abandonaron a toda prisa Castro Ferral...

La pausa quedó ominosa sobre sus cabezas como las lenguas de fuego en Pentecostés.

—Cuando salieron espantados de Castro Ferral —enfaticó—, decidimos que la mejor opción era el paso del Muradal.

Ahí vio Fierro la mano del de Carrión, clara como el agua. Lo había hecho bien el traidor al convencer al Miramamolín de tender un cebo así. Había invitado a los cristianos a pensar que los vencía el miedo y, al contrapié, los habían embocado justo hacia donde querían.

—... Lo dimos por hecho, pensamos que los moros huían espantados tras las caídas de Calatrava, Malagón, Salvatierra... Cavilamos que huían como conejos. Que toda la serranía quedaba a nuestra merced.

Tras el rey, algunos cuchicheaban, asombrados de que el monarca de Castilla se explayara en franquezas. Pero también era evidente que los más de allí dudaban. Además, a alimentar esas incertidumbres ayudaban los gritos de dolor que llegaban desde fuera, donde, por lo que se oía, seguían apareciendo heridos.

—... Era una trampa —reconoció apesadumbrado—, ese paso es una gazapera —declaró antes de callar y quedarse mirando a Fierro.

Zumbó una mosca que el de Haro atrapó al vuelo y tiró contra el suelo para matarla.

—Por lo que me han dicho mis atajadores —continuó el rey—, hay una estrechez junto a una enorme losa... No hay modo de cruzar. Es imposible atravesarlo sin quebranto para los hombres y las bestias...

El melero no pudo evitarlo y metió baza:

—Habéis perdido a buenos hombres ahí —aventuró, inspirado por lo visto y oído—, ¿no es

así?

Tenía muy presente la encerrona que él mismo había sufrido en aquel condenado lugar. Descender el Muradal era ya un suplicio, pero cuando se llegaba a aquella maldita losa era como asomar los hocicos a los mismos infiernos.

Como Alfonso, que parecía recobrar la compostura, no respondió, el propio García Romero decidió terciar con una de cal y otra de arena.

—No es de tu incumbencia, pero sí —reconoció—, más de quinientos. —Y le rolaron los ojos hacia un lado, como invitando a prestar atención a los lamentos que llegaban del exterior de la tienda.

En el interior se volvieron a oír aquellos murmullos, y Fierro sospechó que la cifra había menguado sólo por decirla en voz alta. La verdad sería aún más espantosa. Bastaban unos cuantos arqueros moros bien apostados para ir despachando cristianos según fueran apareciendo por el condenado paso. Tan fácil como atravesar manteca con un cuchillo caliente.

—Y ahora tampoco conviene darse la vuelta de nuevo hacia el Guadiana —aseguró el atajador como si tuviera derecho a la palabra—. Los moros... Los moros y muchos de los nuestros —apuntilló con intención— se lo tomarían como una rendición. Se corre el riesgo de una rebelión como la de los ultramontanos o de acabar con la espalda llena de flechas —añadió—. Así que aquí están las glorias de las soldadas, atrapadas como ratas en un tonel.

—¡Vigila esa lengua! —rugió de pronto Sancho de Navarra, que era grande como un oso.

Y otros junto a su rey dieron un paso al frente, dispuestos a lanzarse sobre el renco en cuanto volviese a abrir la boca.

Fierro no se arredró. Ya había perdido cuanto podía perder. Sólo una cosa le faltaba por hacer. Los miró de reojo, retorciendo los labios en una de aquellas sonrisas despeñadas que se le caían de tanto en tanto.

Entonces un tiparraco estirado vestido con faldones púrpuras alzó las manos con gesto conciliador.

—No peleemos entre cristianos. —Tan envarado y con aquella voz de homilía, a Fierro le quedaron pocas dudas de que aquél debía de ser el obispo de Toledo en persona—. Atendamos mejor a apagar los fuegos moros que están ardiendo —adujo con voz melosa.

Asintió entonces el rey Alfonso, que los miró a todos con severidad, reconviniéndolos.

—Dejémosle hablar —ordenó, clavando sus ojos en Fierro.

El melero, sabedor de que se jugaba la vida, habló con firmeza, procurando elegir bien sus palabras.

—Hay otros pasos por los que cruzar la serranía.

Y García Romero, a quien más que el orgullo de la posición podía lo sensato, intervino para hablar con sinceridad antes de que, por capricho de los monarcas, la única ayuda a la vista, la de ese zarrapastroso, acabara en la sombra de una encina con los pies demasiado lejos de las malas hierbas.

—Lo sabemos, y ya le comunicué al rey que eso le habías dicho a mi fiel Nuño. Podría tomarse la calzada romana que hay a poniente, como ya hizo el emperador —aseguró, refiriéndose a lo que se contaba sobre el abuelo del propio Alfonso de Castilla—. Y hay otros más, a poniente y levante. Lo sabemos. Pero no conocemos ninguna ruta que nos lleve desde aquí hasta allí sin recular hacia el Guadiana ofreciendo la espalda al moro...

Hubo asentimientos y más cuchicheos. El propio monarca, en nombre de toda Castilla, negó sacudiendo la barbilla, con pesimismo.

—Más fácil sería sacarle las muelas a una gallina —susurró el impetuoso Sancho de Navarra—; ni uno solo de nuestros atajadores ha encontrado el modo de hacerlo.

Y entonces, bajo el ceño fruncido del rey Alfonso y la mirada de soslayo del señor de Haro, Fierro los asombró a todos cumpliendo lo prometido a García Romero.

—Yo sí.

No supo si lo tomaron por pastor, almogávar, pícaro de frontera o simplemente por loco, pero tal era la desesperación que quisieron creerlo.

Para su alivio, lo único por lo que no lo tomaron fue por lo que era en realidad: un renegado. Y nada se habló de aquel veguer hideputa y tampoco de Alarcos.

Tanto les plació la propuesta que, sin tiempo siquiera para que los miedosos recitasen un paternóster, ya había montada una partida de cincuenta hombres. Todos dispuestos a seguir las indicaciones de Fierro para comprobar si lo dicho era cierto.

Incluso le agenciaron un asno aborregado para la cabalgada. Una montura de pocos bríos, apenas los suficientes para hacer el camino más rápido.

Y todo le pintaba bien al renco hasta que se empeñaron en dejarle claro que, para algunos, aquello no era una partida de tabas, sino un asunto de lo más peliagudo. Mientras se familiarizaba con el animal y arreglaba las cinchas del borrico, se le acercó el señor de Haro.

Se puso tras él con pasos pesados, tintineando los arillos de su loriga. No le hizo falta volverse y ver los lobos negros del manto para saber quién era.

Con aliento a cebollas, templando cada palabra para que no fuera más que un murmullo que los demás no llegaran a escuchar, le advirtió con voz serena a qué se exponía:

—Como hayas mentido, como no sea cierto que conoces un derrotero en el que no arriesguemos los dientes... Entonces, yo mismo me encargaré de ahorcarte con tus propias tripas.

De reojo, ambos podían ver que el rey Alfonso se paseaba por entre los jinetes, dando palabras de ánimo y, para disimular, sabedor como era el de Haro de que el rey estaba encantado con la aparición del cojo, cuando terminó su amenaza, el noble le dio una palmada en el hombro con amistad fingida.

Bajo el mirar del monarca, volvió aquel olor cebollero.

—No lo olvides —insistió antes de marchar hacia su propio caballo sin esperar respuesta.

El de Haro, fiel a la corona pese a las desavenencias que de tanto en tanto cantaban los juglares, era hombre de palabra. Y el renco lo sabía. El noble había hecho cuanto había estado en su mano durante lo de Alarcos, y siempre había sido bien considerado entre las tropas. Duro, exigente también, pero justo. Y no le cupo duda de que cumpliría su amenaza.

Sin embargo, eso era algo que no inquietaba a Fierro. Sólo le preocupaba encontrar el campamento moro. Allí estaría el traidor.

—Ofreciéndose al moro —le susurró al perro con una de sus sonrisas bellaca—. Por un lado el culo y por el otro, la mano, para cobrar...

Y antes de que el chucho respondiera, atronó una voz.

—¡En marcha! —gritó el de Haro, metiendo prisa a todos.

Con pocas mañas por su pierna mala y la falta de práctica, Fierro montó.

Como era un tipo espigado y el pollino corto de alza, sus pies quedaron ridículamente cerca del suelo. Era evidente que habían escogido con tino a su montura para que no le vinieran tentaciones de escapar de galopada con un caro caballo de combate.

Obedeciendo la orden del señor de Vizcaya, a su alrededor retumbaron los cascos de los caballos; se oyó algún gruñido de esfuerzo y ni una sola protesta. Los rostros de los hombres cargaban gravedad, todos allí parecían saber lo que se jugaban en el envite. O encontraban esa ruta alternativa que prometía el renco o no les quedaría otra que dar la espalda al moro y ofrecerse para ser cazados como patos en charca.

Al trote sin gracia del asno, tal y como había ordenado el rey Alfonso, Fierro tomó la vanguardia.

Tras él iban García Romero, su hombre Nuño y el de Haro con unos cuantos de confianza. A la zaga, el resto, con un puñado que dejó cien varas entremedias para prevenir alguna encerrona mora que los pillara desprevenidos.

No era malo el camino.

Incluso el chucho parecía reconocer las matas de coscoja y los arrayanes. Desandaban la misma ruta que, no tanto tiempo antes, habían recorrido junto a los hermanos, Alvar, Ruy y el pobre muchacho.

Aquel recuerdo le apagó la sonrisa y, para espantar el amargor, Fierro tomó la decisión de preguntar al de Haro por aquello que había dicho el de Carrión.

Sin tapujos, aprovechando la autoridad que le daba oficiar de guía, refrenó al borrico hasta quedarse a la altura de los nobles, bajo el escrutinio de las severas miradas que le caían desde las grupas de los altos caballos de combate.

Después de un trecho en el que Fierro guardó su silencio, echó el cebo:

—Conocí a uno de vuestros hombres hace un tiempo, no lejos de Salvatierra —dijo mirando hacia el vizcaíno.

Don Diego López de Haro, albacea de su majestad Alfonso de Castilla, señor de Vizcaya, descolgó su desprecio por el renco.

Era un tipo bragado que, como tantos ricoshombres y otros señeros de los reinos, había bailado bajo las coronas al son que mejor le conviniera a los suyos, pero también era un creyente fervoroso que incluso hasta la santa Jerusalén había peregrinado y vivía convencido de que convenía luchar contra el moro.

De narices anchas y ojos caídos, tenía una cicatriz que le estropeaba el rostro y, cuando miró hacia el melero, el gesto le blanqueó el costurón que le dejara el maestro de llagas al reparar el desaguisado de un alfanjazo.

Se notó que respondió a disgusto, pero lo hizo porque aquel cojo desastrado y montado en un borrico era lo único que tenía para salir del aprieto.

—Muchos han servido y sirven con orgullo a los lobos de Vizcaya.

Fierro asintió. Aquello no era decir nada, pero al menos significaba ceder terreno para dar ocasión.

—Un tal Ruy, de Carrión al parecer... Si no tengo desbaratado el recuerdo.

El atajador hubo de reconocer que el noble pareció esforzarse por recordar, pues se tomó su tiempo para considerarlo.

Al cabo, mientras bordeaban unas peñas que coronaban un collado, habló con aire ausente, quizá rememorando.

—Sí, creo que algo me dice ese nombre —reconoció—. Lo mandé con una partida a Salvatierra justo antes de que los moros hicieran caer la fortaleza...

Pareció cavilar de nuevo durante un trecho y, al cabo, añadió:

—No regresó. Lo emboscaron, a él y a dos hermanos con los que siempre andaba... Creo que

fue cerca de Malagón.

Fierro lo miró esperando algo más y, cuando el noble se encogió de hombros, tascó lo primero que se le ocurrió para aparentar.

—Esta maldita guerra se ha llevado a demasiados...

Aquello contaba más de lo que parecía.

No había estudiado el renco las tres reglas y ni de oídas se sabía el nombre de alguno de los profesores de París, pero, con lo dicho por el de Vizcaya, aventó que Ruy de Carrión había sucumbido a la tentación durante aquella visita a Salvatierra; probablemente ya entonces se hubiera ofrecido al moro.

No le costaba imaginarlo. Llegó a la fortaleza, averiguó lo que pudo, salió de allí y vendió hasta el último detalle. Así cayó Salvatierra y, cuando la violencia escaló, al califa le vino a cuento mantener al traidor cristiano a cobro.

Aquellas cuitas contaban que lo de buscar a Fierro había sido cosa del propio Ruy, que todo aquel mierdero había sido culpa del de Carrión. Nada habían sabido el de Haro, el rey Alfonso o el Papa de Roma de aquel asunto.

Todo cuadraba. Se le escapó un reniego.

—¿Muerto? ¿Estáis seguro?

El de Haro, que pareció intrigado por el interés, se reafirmó.

—Eso se me dijo, sí. Muerto, él y toda su partida.

—¡Cagüen los germanos de san Bonifacio! Pues no debe estar lejos el apocalipsis de san Juan—repuso el renco con sorna, escandalizando a los nobles—. Últimamente hay demasiados muertos caminando entre los vivos... ¡Dita sea! Van a quedarse vacíos los camposantos...

Al de Haro, que nada parecía saber del pasado de Fierro, se le demudó el rostro. Creyente fervoroso como era, quedó con cara descompuesta e hizo ademán de preguntar, pero el otro, que ya había satisfecho su curiosidad, lo desestimó.

—Oh, nada, nada..., mi señor —añadió, aparentando servidumbre—. Cosas más, me habrá sentado mal el almuerzo...

Y palmeó las cachas del borrico para volver a adelantarse.

Convencido de que acertaba en su suponer, Fierro no aventó que metía la pata hasta el corvejón. La traición de Ruy ya era vieja para cuando lo de Salvatierra. Mucho más vieja.

Sin dificultad alguna, por lomas que se podían negociar sin quebranto, tal y como había prometido, Fierro guio a los cristianos hacia poniente.

Y no se dio cuenta de que, mientras hacía sus pesquisas, uno de los atajadores de García Romero no le quitaba ojo de encima.

Apenas corrida la tarde, llegaron a un otero envuelto por una trocha. El camino cruzaba desde al norte hacia el mediodía.

Y no hizo falta que Fierro diera explicaciones.

Lo habían conseguido. Y sin contratiempos. Aquélla tenía que tratarse de la senda que conducía al paso de la vieja calzada, la misma que, en tiempos, ya usaran las legiones romanas.

A Fierro no se le escapó que el de Haro, precavido, no destacaba correos que llevaran la buena nueva.

—Aún no se fía —susurró al chucho, todavía a lomos del pollino.

Como nada le dijeron de que se detuviese, Fierro siguió camino hacia el sur y, como en sus

tiempos de atajador, llevó la delantera.

No tardaron mucho en encontrar un collado de lomas gentiles que, entre pinos negrales y encinas achaparradas, atravesaba la sierra.

Antes de que cumpliera el día y se recogieran las golondrinas, raleó el bosque y, trasegando una pendiente suave, descendieron por la loma hasta donde se anunciaban praderías encerradas por las montañas.

Se trataba de un llano con más de media legua para donde quisiera mirarse. Una nava cubierta de alta hierba, bien crecida, que empezaba a agostarse por culpa de los calores del verano.

Bajo aquella luz que corría hacia poniente, el paraje resultaba embriagador. Como un descanso entre los montes, un remanso de paz que se pintaba de dorados celestiales en tanto el sol se acostaba. Bien hubiera valido para inspiración de un retablo pintado por mano ágil.

Por desgracia, también era un lugar que quedaría sembrado de muerte.

Todos estuvieron seguros de ello en cuanto vieron lo que aguardaba en la ladera de enfrente.

Allá, a lo lejos, se distinguía el campamento de los moros. Y enseguida se hizo cargo el que tenía el derecho a disponer por el mero hecho de su nacimiento.

—¡Atrás! —ordenó el de Haro a todo pulmón—. Que no os vean.

Llegados a destino, el vizcaíno tomó el mando que le era natural y su primera preocupación fue evitar que los infieles los avistasen antes de que llegaran el resto de los cristianos. Ordenó sigilo. Mandó retreta. Y todos recularon hasta los bosques a sus espaldas.

Ajeno al inmediato trajín a su alrededor, Fierro continuó mirando hacia el mediodía, hacia el impresionante campal de los moros. Y, echando cuentas, escupió una sonrisa.

—¡Cagüen la miel de san Ambrosio! Ese condenado hebreo llevaba razón —susurró al chuchó—, ahí hay más de veinte mil hombres —afirmó sin apartar los ojos de las tiendas agarenas—. Jamás se contó algo así...

Entre todas ellas, en lo más alto, coronando la loma, destacando como se le suponía, rutilaba el gigantesco alfaneque del califa. Para anunciarse, como era costumbre sarracena, estaba montado con lonas carmesí que podían distinguirse desde el último rincón del horizonte.

Aparecía rodeado por una mancha oscura que no podía ser otra cosa que un foso, un foso que, como sabía Fierro, estaría además cercado por un palenque de afiladas estacas.

—Si anda cerca del Miramamolín —continuó hablándole al perro—, va a ser difícil ponerle la mano encima a ese malnacido...

Fierro pensaba también en la guardia incondicional del moro, formada por fieles escogidos y por un hato de fanáticos nómadas, negros como el carbón, que eran capaces de atarse unos a los otros para evitar la tentación de rendirse y salir por piernas. Eran lo mejor que podían reunir los mahometanos y cargaban siempre con la orden de no abandonar jamás a su líder, al que defendían a costa de su propia vida.

Cavilaba sobre todo aquello el renco cuando le cayó en el hombro la manaza del señor de Vizcaya.

—Has cumplido —dijo, riéndose de su pasada incredulidad—, has cumplido...

Dejó en el aire la confesión de las dudas que había tenido. Al fin y al cabo, era un noble que hablaba con un desastrado frontero del que no sabía origen o condición. Y aquello era algo que, probablemente, no habría reconocido ni aun confesándose con el revenido obispo de Toledo.

—Puedes quedarte con el borrico —añadió con una franca sonrisa—, es un buen pago por tus servicios...

Fierro nada dijo. Pero pensó que no le resultaba mal arreglo. Un humilde aspirante a Babiaca

asentaba a la medida para un Cid renco como él.

—No, mi señor, sólo cumplí con mi deber de cristiano —dijo, teniendo presentes las palabras del calatravo.

Pensó entonces que, si no se había llevado la espada del armero de Baeza, tampoco le hacía falta montura. Él no era el de Vívar, y el suyo no era un asunto de honor. Era sólo matanza de gorrino. Se quedaba con el chucho y el fierro; al fin y al cabo, de sus gestas no versaría ningún trovador y, si lo hacía, ya inventaría lo que le conviniese para la rima.

Le bastaba cuanto tenía.

—Lo agradezco, mi señor, pero no es necesario —repitió ante el rostro receloso del vizcaíno.

Iba el de Haro a replicar, convencido de que todos los hombres tenían su precio, cuando uno de sus hombres se le acercó.

El recién llegado le habló bajo, al oído, señalando a los atajadores aragoneses de García Romero. Nada oyó el melero, pero los otros dos, enfrascados en sus asuntos, se alejaron unos pasos, gesticulando lo que parecían dilemas de enorme gravedad.

Fierro, demasiado ocupado para prestarles atención, supuso que, llegados al destino, el vizcaíno habría ordenado que se preparasen para llevar la noticia hasta el rey Alfonso. Ya no daría tiempo a que los demás cristianos apareciesen por allí antes de la noche, pero no le cupo duda de que abandonarían la encerrona del Muradal en cuanto despuntase el día.

A la mañana siguiente, ambos ejércitos quedarían apostados.

Cada uno en una ladera.

Y, entremedias, meciendo sus hierbas en la brisa cálida, aquellas navas. Plácidas. Idílicas.

En el sol tendido del día que terminaba, a Fierro le parecieron bellas. Onduladas como un mar que empezaba a encabritarse, salpicadas por encinas y alcornoques que, sin rivales, crecían esbeltos. Gatuñas, torviscos, ruscos, jaguarzos y cientos más de flores silvestres punteaban con sus colores aquella laguna de hierba escondida entre los montes. Y Fierro se fijó en las afanosas abejas que zumbaban de acá para allá, pecoreando sus labores.

Nada allí presagiaba la desgracia que vendría.

Cuando el chucho gruñó para advertirlo, él estaba ya pensando en cómo escabullirse para acercarse al campamento de los moros y fisgonear en busca de Ruy.

No le dio tiempo de reaccionar.

Tenía puesta toda su atención en el campamento moro e imaginaba por dónde andaría el de Carrión. Lo pillaron desprevenido.

Antes de poder defenderse, alguien le dio un puntapié al chucho y a él le pusieron las manos a la espalda.

Oyó que el pobre animal se alejaba entre gañidos lastimeros. Sintió el tacto áspero de la soga atándole las muñecas y, por un instante, revivió algo de lo mucho sucedido en Alarcos.

Se perdió en sus recuerdos. Casi le pareció volver a escuchar las risas de aquellos hideputas mientras se le meaban encima.

Cuando quiso reaccionar, lo habían obligado a sentarse con un empellón y el de Haro caminaba hacia él junto a uno de los atajadores aragoneses.

Bien alto, para dejarse oír, el vizcaíno preguntó al otro:

—¿Estás seguro de que es él?

El maño miró a Fierro fijamente y, tras un instante, se reafirmó.

—Sí, es él.

Y el noble asintió con pesadumbre.

El chucho, desconfiado, con la lección aprendida, se sentó a unas varas, poniendo tierra de por medio con aquellas botas, de las que llevaba la marca en el costado. Las del hombre que se quedó a espaldas de Fierro, el mismo que le había atado las manos.

Llevaba el manto con lobos de la casa de Haro y había desenfundado con la soltura de quien le tiene bien tomada la medida a su arma.

Bajo aquella luz dorada, Fierro se vio reflejado en el filo impecable de la espada.

Quedó a un palmo de su pescuezo. Lista para hacer su trabajo.

No lamentó su sino. Aferrado como siempre a la realidad, se dedicó de inmediato a ingeniar cómo salir de aquel entuerto.

A su lado, no muy lejos, había quedado su vara, caída sobre los hierbajos. Nadie se había molestado en retirarla porque ninguno allí sabía de su secreto.

Frente a él se pusieron el de Haro, García Romero y aquel atajador al que Fierro creía no conocer.

Lo escrutó, rebañó en su memoria.

No pasaba de cuarenta temporadas, pero ya no peinaba otra cosa que canas. Era fino, de aires bellacos, rostro terciado y espada ceñida. Tenía el rostro apuntado y la costumbre de hurgarse las orejas. Andaba sucio y con el cansancio pegado al cogote.

Era, en fin, como cualquier otro de los que por allí pululaban. Uno más. Y Fierro creyó que no lo había visto en la vida.

Se equivocaba.

—Es él. Él los mató —insistió, examinando un pegote de cera que tenía en la uña del meñique.

Por más que se estrujó los sesos, no supo el renco de quién hablaba aquel tipo. Había matado a más de uno y a más de dos. Ése había sido su oficio.

No tuvo que esperar mucho para que el de Haro le diera ocasión de ponerlo en claro.

—Éste es Jerónimo Fáñez —anunció el vizcaíno con mirar torvo—. Está al servicio de García Romero, pero se crió en la veguería de Tortosa... —Esperó el noble por si aquello bastaba para que Fierro hablase. Como no fue así, continuó—: Dice que, siendo un niño, el veguer decidió aprovechar un viaje a Caracuel para darse a la caza...

Aquello sí le susurró a Fierro una idea, y no le gustó.

—Dice que, ya de regreso, tras alguna noche de posada y cerrados los negocios, el veguer decidió probar suerte por la Alcarria. Según cuenta —continuó el de Haro, alisándose el manto sucio—, dejaron atrás las cuevas de Anguita y andaban los seis que eran a la volatería, no lejos de Campo Taranz, con dos halcones gracias a los que se habían cobrado buenas palomas...

Para entonces a Fierro ya no le quedaban dudas sobre quién era aquel tipo. Y tampoco sobre quiénes eran los muertos.

—Y asegura...

Hizo una nueva pausa para mirar fijamente al tal Jerónimo, que volvió a asentir, convencido.

—Asegura que tú mataste al veguer y a sus hombres y que, además, robaste las dos rapaces...

Dejó la acusación en el aire, para que ahondase.

Fierro, que no era de quienes gustan de liar lo que ya está enredado, sorprendió al de Haro soltando la verdad como quien escupía un gargajo.

—Es cierto —reconoció sin pudor.

El vizcaíno, sorprendido ante la falta de excusas, quedó en silencio.

Y el renco, sabedor de que de nada serviría explicar que aquel mequetrefe malparido había abusado de la hija del albardonero, empezó a dar vueltas a cada idea que se le ocurría para salir

de allí con vida. No por aprecio al pellejo, sino porque no quería que el de Carrión se le fuera a escapar.

—¿Lo reconoces? —preguntó aún con descreimiento el noble.

Fierro lo miró sin tapujos.

—Sí, yo lo maté... Y volvería a hacerlo si ese hideputa siguiera con vida. Poco se me atoja el infierno para una bosta como ésa, ¡cagüen en...!

No se le ocurrió con qué acabar la blasfemia y la dejó sin terminar con un vistazo a la vara.

Aquella sinceridad desarmó al vizcaíno, que debía atender a demasiadas cosas en aquel preciso momento como para tener que preocuparse por una más.

Atento como estaba a la menor oportunidad de evitar un afeitado completo a la altura de la nuez, Fierro percibió que el noble dudaba.

Lo vio empezar a hablar y callarse. Lo vio titubear. Y aprovechó la ocasión, no fuera el vizcaíno a tomar la decisión a las bravas, allí y ahora; y no fuera a ser que la decisión se limitase a señalar a alguien para que lo ajusticiara.

—Ruego confesión —pidió el melero, recordando lo del peregrinaje a Jerusalén.

Todos lo miraron con pasmo. Allí no había un solo cura a la vista. Menos aún uno que otorgase sacramento. Y el tal Jerónimo saltó.

—¡Malnacido! Sólo quieres ganar tiempo —afirmó, desenfundando su espada, dispuesto a ser juez y verdugo, todo a la vez.

Fierro se preparó para esquivar la embestida y mantener el pellejo sin agujeros, pero no hizo falta.

El de Haro anduvo resuelto y, antes de que el tal Jerónimo diera otro paso, le gritó a todo pulmón:

—¡Quieto! No será bajo mi mando que se le niega consuelo a nadie —aclaró, para que todo el que quisiera lo oyese—. Tendrás tu confesión —afirmó mirando al melero.

Fierro pensó que, de momento había librado, pero el vizcaíno no había terminado.

—Y después de que te hayas puesto a bien con Dios —miró al tal Jerónimo, que asintió convencido—, buscaremos alguna rama de la que colgarte. Quizá, si rezas con fervor, gracias a tu buena acción de hoy logres que el castigo divino te lleve al purgatorio y no a los infiernos. Pero eso ya no será asunto mío.

Por cómo hablo, Fierro supo que no iba en balde.

—Mañana llegará la zaga con el grueso de las gentes. Por mí puedes pedir confesión al mismísimo obispo de Toledo...

Fierro volvió a mirar la vara. Se estrujaba los sesos.

—... pero que te quede claro que buena parte de tu penitencia será la horca.

Pensó Fierro que hasta allí había llegado. Había encinas de sobra en los alrededores para que el verdugo escogiera a gusto y, entre todos los pertrechos de un ejército con ojeriza al moro, alguien tendría un tramo de sogas con el que dar por cumplida la tarea.

Miró al perro.

Miró la vara.

Volvió a mirar hacia los dos nobles y el atajador.

No iba a pedir clemencia o a ofrecer excusas. Ni siquiera tascó una de sus blasfemias. Dijera lo que dijese el de Haro, o el mismo san Pedro si es que llegaba a conocerlo, él no cambiaría de opinión. Lo que había hecho era lo que había que hacer. Jodiera a quien jodiese.

Aquel mequetrefe se merecía hasta la última de las estocadas recibidas.

En aquel silencio tenso, estaba el de Haro a punto de ordenar que alguien se hiciera cargo del cojo hasta la mañana siguiente cuando se escucharon los primeros gritos.

En un santiamén todo fueron carreras y voces de alarma.

Y enseguida llovieron las flechas.

Tantas cruzaron los cielos que el día se oscureció. Silbaban réquiem de difuntos, y a más de uno se le puso el pellejo como el de una gallina recién desplumada. El miedo creció rápido, desatado, como tiene por costumbre.

Y a Fierro le asaltó la memoria. Aún recordaba el sudor irritando los ojos, el penetrante hedor de las tripas sueltas, el sofoco de los cuerpos amontonados, todos hombro con hombro, y la luz del sol colándose entre las interminables filas de adargas, puestas sobre las cabezas.

Tronaba la orden, se escuchaba atento el rasgar del aire y, si uno tenía suerte, sentía el impacto de los venablos sacudiendo las bloacas, haciendo retemblar los huesos. Entonces llegaban los gritos de quienes no habían pellizado fortuna. Siempre había flechas que se colaban entre los resquicios de los escudos y muchos caían allí mismo, con las piernas hechas acericos, condenados a desangrarse.

De repente, el tipo que tenía detrás gorjeó y, al instante, se desplomó como un fardo, justo después de oírse el golpe sordo de un flechazo entrando más allá del peripunte.

A su alrededor se clavó en la tierra un ciento más.

Habían descubierto el campamento moro allende las navas. Y, pese a las precauciones del de Haro, los moros no se habían quedado a la zaga. También los habían visto.

Y el califa había mandado hasta ellos a una partida de agasíes con sus arcos retorcidos y aljabas a rebotar de flechas cordobesas.

Escuchó al vizcaíno preguntar con angustia por si los correos habían partido ya, y también le llegó el suspiro de alivio cuando le respondieron que sí, que ya iban camino del campamento para dar noticias al rey.

Era un tipo cumplidor el noble.

Con sus pequeños caballos al galope, aquellos rapidísimos demonios se les echaron encima sin dejar de disparar una andanada tras otra. Para eso los entrenaban desde niños. Practicaban

desde recién paridos, una y otra vez, y eran capaces de ser certeros incluso vueltos sobre sus ligeras sillas de cortos estribos, disparando sobre su espalda.

Eran temibles.

El siguiente en caer fue su delator. Corría a esconderse cuando un flechazo le atravesó el pescuezo de parte a parte. Se derrumbó gargareando con su propia sangre.

El de Haro y García Romero se movían de un lado a otro, gritando órdenes, apurándose para ponerse a cubierto en el bosque.

De pronto, Fierro se quedó solo.

Ya no corría el riesgo de que lo ahorcasen, sino de que una de aquellas flechas le firmase el final de la cantiga.

Aprovechando la desbandada, sin nadie que le prestara atención, Fierro empezó a arrastrar el culo para acercarse a la vara e, intentando templar los nervios bajo las continuas andanadas, procuró manejarse pese a tener las manos a la espalda.

Mientras se afanaba obligando las muñecas para lograr desenfundar el estoque, buscó al chucho.

—¡Bicho del demonio! —exclamó cuando lo encontró.

Y se le abrieron los labios en una de sus sonrisas renegridas.

Atento a su amo, sin quitarle ojo de encima, el perro no tenía intención de acercarse. Se mantenía sentado más allá del estrecho hueco que dejaban dos encinas. El animal lo miraba bajo el flequillo greñado, enmarcado por troncos que, con tanto flechazo, parecían cactus.

Consiguió mantener la sangre fría pese a la lluvia de hierros que no cejaba y, después de varios intentos fallidos y un largo corte en el antebrazo, logró sajar la sogá que le prendía las manos.

Algunos cristianos contraatacaban ya, lanzándose contra los agasíes que, mucho más maniobreros, se deshacían como aceite en el agua para envolverlos después.

La refriega no duraría mucho. Llegaba la noche y a buen seguro que el califa no querría arriesgar largo, pues no podía tener idea de si detrás de los vistos venían más cristianos. Y el de Haro, en cuanto pudiese, replegaría a los suyos hacia el bosque para ponerse de costado y disimular hasta la mañana siguiente. De entre los que quedasen vivos, más de uno iba a pasar una mala noche de guardia, con el temor a toparse de cara con algún espía mahometano que asomase el hocico para hacer un recuento que chivarle al Miramamolín.

Aflojaron entonces las andanadas por el trecho de Fierro, gracias a la pelea que presentaban algunos, y el renco se acercó al chucho con su caminar cojitranco.

El animal no salió a su encuentro, lo esperó a resguardo, pero se puso en pie y empezó a menear el rabo.

—¡Valiente bicho del carajo! Bueno ibas a ser para hacer una churrascada... Menos mal que aparecieron los moros, ¡cagüen las flechas de san Sebastián!

Pese al tono hosco, en cuanto rodeó las encinas se agachó junto al animal y le frotó las orejas con fuerza.

Terminados los saludos, Fierro observó el horizonte. La penumbra iba ganando terreno y el día se daba por vencido.

No tenía espada, pero contaba con su estoque. No tenía caballo, tampoco al modesto borrico; sólo aquel chucho pulgoso que agitaba la cola. No tenía en quién confiar y tampoco bandera que jurar o estandarte que seguir. Y la puta de la guadaña, que andaba por los alrededores, era amiga de viejo. Pero le quedaba un asunto pendiente, uno de Carrión que caminaba por algún lugar de

aquel campamento allende las navas.

Con la oscuridad creciente, quedó en la sombra la sonrisa chamuscada que afloró entre las cañahejas de su barba sin afeitar.

Se oían a lo lejos el campanilleo de los hierros cruzándose. Los gritos de los que se jugaban la vida. El golpetear de los cascos de los caballos. Incluso, de tanto en tanto, el sisear de la guadaña.

Le frotó de nuevo la cabeza al chucho, mirando siempre hacia los centenares de hogueras que empezaban a prenderse en la otra ladera.

—¡Cagüen las llaves de san Pedro! Va siendo hora de desaparecer... —susurró al animal.

Y se los tragó el bosque cuando los búhos se desperezaban en los troncos huecos de los alcornoques.

Nunca más volvería a ver a García Romero. Y tampoco al de Haro, que salió con vida de la batalla para morir no mucho después.

A quien sí volvió a encontrarse fue a Ruy de Carrión.

Y, como bien sabía la puta de la guadaña, sólo uno de los dos saldría con vida.

No era la primera vez. Y no sería la última.

Covadonga, Simancas, Uclés, Sagrajas. Incluso Barcelona cuando la ira de Almanzor. La misma Alarcos también.

Eran ya más de cinco los cientos de años desde el fiasco de don Rodrigo en las orillas del Guadalete. Y, durante todo aquel tiempo, la paz había sido sólo un soñar despierto de los ilusos.

La guerra, una guerra interminable que se tragaba a los hombres, aireaba el ayer y envenenaba el mañana. La guerra había marcado a fuego aquellas tierras y aquellas gentes. La llevaban cosida al alma. Los unos y los otros.

Y volvía a la carga de nuevo.

No era la primera vez. Y no sería la última.

Allá, en aquellas navas cubiertas de flores silvestres encerradas entre los montes ariscos de la serranía, iba a librarse una batalla que los juglares cantarían por cinco cientos más.

Como Covadonga, como Simancas, como Uclés y como Sagrajas.

Los cuervos se darían un festín. Las viudas llevarían la cicatriz del duelo. Los huérfanos tendrían que apañárselas.

Ganaría el rey o ganaría el califa; todos los demás, perderían.

Y poco podía hacerse para evitarlo.

La mañana despertó tímida, cubriendo su pudor con jirones de niebla. La bruma se caía de sus colgaderos en los montes, henchida de rocío. Y el relente dejaba abalorios prendidos en las hojillas de las gatuñas.

Nacía otro día y se anunciaba de nuevo aquel calor insano que agostararía a los hombres. Pero mucho antes de que el sol se hubiera desperezado, todavía con la fresca, arribó el grueso de los cristianos.

Una fila tras otra. Peones, infantes, ballesteros, claveros, atajadores, obispos, frailes. Uno tras otro. Tantos que, del primero al último, daba tiempo a cantar salmos. Miles aparecieron al norte de las navas.

Y enseguida se afanaron con palas y mazas para preparar campamento. Esforzándose por combatir el miedo a lo que vendría con el agotador trabajo.

Quedaron así dispuestos.

Cristianos a un lado. Moros al otro.

Esperando al rasero de la muerte para comprender que unos y otros eran iguales.

Eran miles, decenas de miles. Aguardando a recibir la orden de que debían matarse.

Miles.

Y, entre todos ellos, Fierro quería encontrar a uno. Sólo a uno.

Era un pajar condenadamente grande.

Se perdió en los montes como tantas veces había hecho y jamás supo si el de Haro llegó a enviar a alguien tras él. Tampoco le preocupaba saberlo.

Se abasteció de agua en un arroyo que caía a un lado de las navas. Se compuso el estómago

apañando unas pocas almendras y unos cuantos madroños y, mientras los cristianos preparaban su campal, buscó un lugar apropiado para encontrar su aguja.

Una vez más, se jugó la vida en el empeño.

Otros hubieran salido por pies. Pero él era atajador y no le arredró meterse en aquel avispero. Ése era su negocio, moverse bajo los hocicos del enemigo. Y prefería morir intentándolo que olvidar la afrenta.

El cabrón de Castro se le había escapado, pero Ruy no lo haría.

Tuvo que esquivar alguna patrulla, más pendiente de lo que sucedía en el cerro de enfrente que en sus propios dominios. Aunque no pasó apuros. Para el mediodía, cuando el calor empezó a apretar, encontró un oterillo peinado de coscojas desde el que podía ver con comodidad buena parte de la acampada mora.

Allí se alzaba también la inmensa tienda carmesí del califa, cuyos paños flameaban en la brisa como sangre brotando de una herida. El Miramamolín, orgulloso, la había mandado colocar en lo alto del cerro, bien a la vista. Una amenaza que no pasaba desapercibida.

A partir de entonces, le tocó ejercitar la paciencia, algo a lo que tenía hecho el callo.

Cientos de veces había recechado a algún pobre desgraciado al que había terminado emboscando gracias a su buen aguardo. Aquello era también parte de su negocio.

Tuvo que agazaparse cuando dos exploradores sarracenos pasaron cerca, pero no sufrió más contratiempos que el de ser incapaz de distinguir a su presa entre tal cantidad de hombres.

Prestaba atención y, allá a lo lejos, vio a uno despiojándose en la esquina de una tienda, a otro almohazando caballos, a quien se aliviaba el vientre, al que se retocaba las barbas, a todos rezando hacia levante cuando cantó el muecín. Pero no vio a Ruy por parte alguna.

Y temió que no tendría tiempo de encontrarlo antes de que se desatase la batalla.

Entonces, antes de cumplirse sexta, al califa le pudieron los nervios y mandó formar a los suyos en la ladera. En orden de batalla, listos para sangrar.

Fue un auténtico espectáculo. Desplegó dos grandes cuadros de peones en el centro y dos alas de rápida caballería entre las que se movían también los temibles arqueros agasíes.

Y Fierro los observó a su antojo, seguro de que, pese a la distancia, sería capaz de distinguir a Ruy. Se tomó su tiempo, eran miles y miles de hombres. E intentó escrutar a tantos como pudo. Pero no distinguió a un solo cristiano entre las tropas moras.

—¡Cagüen los clavos de la cruz! ¡Y me cago en todo el Gólgota! —descargó su frustración con el perro—. Se habrá quedado en el campamento...

Con todos sus hombres dispuestos para comenzar la sangría, el califa los mandó aguardar, bajo el sol inclemente, a ver si los cristianos caían en la provocación.

Y allí quedaron en la ladera, reluciendo los cascos y lorigones, a disposición de su destino.

Pero el de Castilla y sus consejeros encontraron el temple necesario para no morder el cebo.

Fierro imaginó que reyes y obispos dudarían de si entrar en lid o no; sin embargo, tuvieron el tino de comprender que la veloz cabalgada hasta allí aconsejaba que se estuvieran quietos y que dejasen a los hombres tomar aliento.

Finalmente, colmada su paciencia, el Miramamolín mandó salir partidas de arqueros, como había hecho el día antes.

Al otro lado de las navas, la vanguardia cristiana tuvo que esforzarse por repeler a aquellos peligrosos agasíes como quien tienta a una sierpe que amenaza con clavar sus colmillos.

Aquella nueva bravata tampoco sirvió para que los reyes y obispos cristianos se decidieran. Se mantuvieron firmes, dando tiempo a sus hombres para descansar mientras los moros se asaban

bajo el sol inclemente.

Antes del ocaso, por tres veces lo intentó el califa. Y por tres veces se mantuvieron firmes los del crucificado.

Fierro los vio ir, venir y también morir. A unos y a otros.

Pero ni en aquellos grupos ni en el campamento encontró lo que buscaba.

Hasta entonces, ni rastro de Ruy.

—¿Tú que crees? —le preguntó al chucho mientras masticaba lentamente una de las almendras—. Ese cabrón bien puede haber cobrado y haberse marchado con viento fresco.

El chucho no contestaba, y Fierro volvía a observar todas y cada una de las tiendas del campamento del Miramamolín, escrutando a cualquiera que caminara entre ellas. Y, cuando se cansaba, volvía a hablar al perro.

—Quizá deberíamos ponernos en marcha, podríamos ir hasta Carrión —le decía al animal—; a lo mejor ha vuelto al hogar —aventuraba con socarronería—, a lo mejor se ha comprado una yugada y se las da de hijodalgo.

Y volvía a dejarse los ojos entre toda la parafernalia de los moros. Contaba las canastas, las flecheras, los armeros, los pebeteros. Y los innumerables tambores mahometanos que atronarían la batalla para sembrar el miedo. Todo lo miraba, pero no distinguió a uno solo que se quedara en pie cuando volvieron a llamar a la oración.

—Puede que se las ande dando de caballero pardo. A lo mejor ha dejado buenas pistas en su regreso a León.

El califa desistió al fin y mandó recogerse a los suyos cuando el sol comenzó a decaer.

A ambos lados de las navas empezaron a brillar las fogatas, tantas como jamás había visto Fierro. Las tripas le rugieron al imaginar los ranchos, pero se tuvo que contentar con el último puñado de madroños, que, para colmo, aún estaban verdes.

De tanto en tanto, le asaltaba la tentación.

—Ya sé, ya lo sé —decía para sí y para el chucho—, no te las des tú de listo. Aún estamos a tiempo de volver y sacar una buena cosecha de miel...

Y como su negocio no era el de las colmenas, sino aquel que lo ocupaba en ese mismo instante, se le colgaba de los labios una sonrisa socarrada.

—... o de cagarros de ratón. Lo sé —admitió—, sé lo que ella hubiera dicho.

No abandonó.

Pasó la jornada entera entre aquellos coscojos, confiando en distinguir a Ruy de Carrión.

Y su paciencia fue recompensada.

Justo para cuando la luz de las hogueras empezaba a mandar sobre lo que restaba del día, se levantó revuelo en la tienda del Miramamolín.

Tres moros vestidos con zaragüelles de gala y más adornos dorados que una fresca que negociase en las posadas el secreto de la horquilla entre sus piernas, tres que no habían formado con los demás, tres que no habían partido con los arqueros, salieron a toda prisa.

Atravesaron el palenque, el foso y la barrera de númeradas para internarse en el campamento.

Se movieron entre las tiendas y se detuvieron frente a una. Al cabo, para sorpresa de Fierro, de ella salió alguien.

Como la última vez, vestía como un moro; aun así, pese a la distancia, no le cupo duda. Aquél era, al fin, el traidor Ruy.

No tan amigablemente como cabría esperar, se lo llevaron a la tienda del Miramamolín. Los ademanes del de Carrión delataban que andaba atento a que no lo degollaran por la espalda.

Como si no hubieran salido de allí poco antes, tuvieron que pararse ante el alfaneque para dar el santo y seña a los feroces nómadas que, no sin recelo, listos para atacar a la menor sospecha, les franquearon el paso. Atravesaron el foso, cruzaron el palenque. La escogida guardia personal del califa abrió los pesados telones rojos.

Y Ruy de Carrión quedó dentro de la tienda carmesí.

Fierro no se perdió detalle. Decidió esperar hasta verlo salir, y pronto ya no quedó otra luz que la de los pebeteros y hogueras.

Dentro de la tienda, los candiles dibujaban sombras en las lonas.

—Me huele que el Miramamolín está amoscado —le dijo al perro—, no sabe qué hacerse con lo de hoy. El rey Alfonso no ha querido combatir y le andan las dudas; no sabe si ha sido cobardía, indecisión, mala suerte o una estrategia que no se aventura...

Quedó pensativo un rato mientras la noche se hacía dueña del horizonte y las estrellas asomaban.

—... Sabe que el estofado no le gusta, pero no sabe si está rancio. Apostaría algo a que ha hecho llamar a ese malparido para preguntarle qué se huele él de las manías del rey de Castilla.

Se quedó barruntando sobre todo aquello hasta que la luna le dijo que nada más podía hacer que seguir esperando.

Por última vez, intentó descifrar algo de aquel panorama, pero ya apenas distinguía manchas oscuras. Sombras sobre más sombras, y alguna que otra silueta cuando aquellos a quienes el miedo impedía dormir paseaban cerca de las hogueras mortecinas. Si Ruy salía de la tienda del Miramamolín, no se enteraría.

Así que, cachazudo como siempre, hizo lo único que podía hacer: racionar lo poco que le quedaba de sus provisiones y acurrucarse junto al chucho para dormir con un ojo abierto, no fuera a sorprenderlo un centinela avisado.

Soñó con ella.

No pasó mala noche pese a dormir al raso.

Lo peor fueron los sueños inquietos. Porque los sueños eran la venganza de los recuerdos. Y había cosas que Fierro hubiera preferido olvidar.

Despertó antes del alba, a tiempo de ver cómo el campamento moro se desperezaba lentamente para rendirse a la primera oración del día.

Al otro lado de las navas también los cristianos avivaron los fuegos, prepararon gachas y comenzaron una nueva jornada.

Sólo cantaba tímido algún pinzón y, entre la bruma plácida, parecía percibirse la tensión de aquellos miles de hombres.

Todos allí sabían que, más pronto que tarde, iban a verse cara a cara con la muerte. Y no importaba la fe de cada cual, ni el fervor con el que se practicase, todos los sermones perdían fuerza ante el aliento del enemigo.

El miedo a morir hacía iguales a los hombres.

Y allí, en aquel rincón de la serranía, moros y cristianos, todos, sentían ya ese miedo en el cogote.

Todos menos él. A él ya no le preocupaba la guerra y le daba igual quién se alzase con la victoria.

Ella no volvería. Fuera cual fuera la enseña que siguiera en pie al final, ella no volvería.

Calmo, desayunó Fierro sus últimas provisiones sin quitarle ojo a la enorme tienda del Miramamolín.

Vio los cambios de guardia, la llegada de los exploradores que habían salido de amanecida y también a atildados personajes que no podían ser otra cosa que consejeros de altas alcurnias. El alfaneque del califa era un continuo trajín de gentes que entraban y salían.

Imaginó Fierro que el moro estaba apurado, intentando medir hasta el aire. Buscaba a cualquiera que le diera consuelo, aunque no fuese más que una mísera intuición de cómo salir con bien de aquella.

Sin embargo, pese a cuantos se pasearon por la inmensa tienda, el de Carrión no asomó el hocico.

A Fierro no le quedó otra que ejercitar de nuevo la paciencia.

En tanto, el sol ganaba altura y el día se entibiaba. Por cómo iba pintando, se podía jugar uno la soldada a que, por la tarde, ni siquiera los lagartos se atreverían a abandonar la sombra. El día, de nuevo, sería como el mismo zaguán de los infiernos. Y Fierro, con retranca, pensó que a muchos de los que por allí pululaban no les vendría mal. Se irían acostumbrando al lugar en el que acabarían.

Para el mediodía, o bien confiado por la superioridad de sus tropas o bien desesperado por el aguardo, el califa, tozudo, tomó la misma decisión de la jornada anterior. Mandó formar a sus tropas en la ladera y desplegó la caballería ligera para tentar al rey cristiano con cabalgadas que atravesaban las navas.

Más aún, ordenó también que los atabales sonasen. Enormes mandingas de piel negra como azabache usaron gigantescas mazas acolchadas para golpear los cueros de los tambores.

Más que acostumbrados, los esclavos hacían bien su labor. Uno gritaba marcando el ritmo y los demás bajaban el brazo con fuerza.

Funcionaba. Algo ominoso y oscuro se desprendía de ellos.

Su sonido, grave y hueco, retumbó por toda la sierra. Se metía en los huesos de los hombres. Llevaba su mensaje de muerte hasta el último rincón de los montes.

Y Fierro supo que los veteranos, aquellos que ya conocían el fragor, mirarían al frente con ojos huidizos, temerosos. Sabedores de que, cuando el ritmo creciese, cuando el estrépito se hiciera ensordecedor, cuando el golpear atronase como el mar embravecido, entonces se desataría la lucha y llegaría el frenesí.

Lo había vivido en Alarcos.

Los cristianos, como habían hecho el día anterior, decidieron no entablar combate. Se limitaron a sofocar las arremetidas de los jinetes moros. Quizás el rey Alfonso intentaba sacar de quicio al califa, tal vez fuera una estratagema pergeñada con cuidado para encelar al mahometano.

Aunque a Fierro no le iba en ello una higa y poco le importaba cuál era el cuento del castellano. Lo único que le preocupaba era que aquel cabrón de Ruy no aparecía. O seguía en la tienda del Miramamolín o se lo había llevado ya el diablo gracias al tajo de una gumía vengativa.

Y eso significaba que no tenía la más remota idea de cómo llegar hasta él para terminar su trabajo.

Fue entonces, mientras valoraba mil ocurrencias alocadas, cuando se produjo un cambio en su panorama.

—¡Manda carajo! Mira quién fue a aparecer —exclamó, divertido, al chucho—, ¿quién lo iba a decir? ¡Que me aspen!

Acompañados por otros dos moros vestidos con los turbantes blancos que certificaban su peregrinación a La Meca, aparecieron por allí los hermanos.

Martín y Antolín. Los Halaja. Mal rayo los partiera a ambos de una tacada.

—¡Cagüen los dos ladrones! ¡El bueno y el malo! Ya estamos todos.

Bien escoltados, entraron en la tienda.

Mientras, en la ladera contraria, unos cuantos puñados luchaban entre ellos y hasta donde estaba Fierro llegaban los ecos de la refriega.

El rengo aguardó acontecimientos, pero nada más sucedió hasta el mediodía. Llegado ese momento, colmada su paciencia, tomó una decisión.

—Están los negros —le dijo al perro—, los sacan de las selvas de su país y los someten como a esclavos —le explicó—, los convierten hasta que su lealtad es tal que se dejan atar unos a otros.

En torno al cerco de la tienda carmesí había, en efecto, varias filas de númerados vestidos sólo con taparrabos, armados con largos chuzos y con cuerdas que los ataban por las pantorrillas.

—Luego habría que pasar por el foso y cuidarse de no quedar empalado en el palenque —añadió, señalando con el mentón.

La tierra recién removida destacaba sobre el terreno del cerro. Habían excavado una zanja que rodeaba ampliamente los aposentos del Miramamolín. Tenía al menos dos varas de profundidad y casi tres de ancho, y estaba coronada por fila tras fila de estacas chantadas en la tierra levantada del mismo foso. Era una empalizada sesgada con mala uva, encarada para repeler una carga enemiga; recios troncos de las encinas de los alrededores que habían sido afilados con el apuro de una navaja. Más allá, montoneras de cestas, flecheros y trastos varios convertían todo el ingenio

en una auténtica muralla prevista para detener la acometida de todo un cuerpo de caballería.

—Y aún quedarían los de la guardia personal del califa —siguió diciendo—. Lo más escogido de sus tropas. Los mejores.

Pululando alrededor de las lonas, en el interior del cerco formado por los nómadas y el foso, había al menos un ciento de hombres, altos, con yelmos puntiagudos acomodados sobre turbantes y largas lorigas que llegaban hasta los tobillos. Todos portaban enormes espadas que, como el renco sabía, utilizaban con endiablada velocidad, asiéndolas con las dos manos con una soltura que sólo daban largos años de práctica.

—Por último... —suspiró—, por último, habría que enfrentarse a lo que demonios haya dentro de la tienda.

El perro no contestó, únicamente lo miró con sus plácidos ojos ambarinos.

Pero a Fierro no le hacían falta los consejos que con tanto ahínco parecía buscar el Miramamolín. Porque le daba igual que lo destriparan allí mismo si, antes de exhalar el último aliento, rebanaba el pescuezo al de Carrión.

Él ya había perdido todo lo que un hombre podía perder.

Por eso tomó la decisión que tomó.

Resultaba imposible intentar un asalto él solo. En cuanto se acercara sería presa de alguna de las muchas capas con las que se protegía el califa. Un centinela que patrullase, alguien del propio campamento, uno de los nómadas, el foso, las estacas, uno de la guardia, alguien en el interior del alfanque.

Aquello no podía hacerse por las bravas. Sin embargo, restaba una posibilidad. Una, remota y alocada. Prácticamente un suicidio.

—Esperaremos a que empiece la batalla y, aprovechando el sindiós, nos colaremos en la tienda roja del moro —le dijo al chucho como si le hablase de que podía llover.

Era una idea descabellada. Aun así, una vez decidido, Fierro, cachazudo, resolvió que más le convenía echar una siesta para estar descansado.

La batalla podía comenzar en cualquier momento y mejor resultaría si podía agarrar algo de sueño para no penar más tarde.

Le dio unas palmadas al chucho y, al cerrar los ojos, fue consciente de que, a no ser que eligiese el momento oportuno, podía darse por muerto.

—Ya se verá... —murmuró—, ya se verá...

La muerte era dueña y señora.

La tierra bebía la sangre, los cuervos revoloteaban en lo alto y los buitres esperaban en los roquedos, atentos.

Pocos saldrían con vida.

La excusa era la fe.

Unos gritaban por el Jesús crucificado, otros por la gloria del profeta revelado. Y se mataban los unos a los otros.

Frescos aún porque habían salido de la medianera y no de la vanguardia, los de la orden de Santiago, ciegos de aquella furia divina en la que se inspiraban, arremetían una y otra vez. Sin piedad, irredentos, convencidos de que eran la espada del mismo arcángel, no cejaban. Embestían una y otra vez. Pasaban por encima de sus compañeros caídos y los cascos de los caballos dejaban tras de sí una papilla sanguinolenta e irreconocible.

En lo alto del cerro, coronándolo, aguardaba la tienda roja del califa, mientras en la ladera, luchando contra la pendiente, los hombres se dejaban la vida.

De la vanguardia cristiana sólo quedaban remiendos. Al de Haro, tirando por lo alto, apenas le restaban dos veintenetas de caballeros. Y de los peones entreverados que ordenara el rey de Castilla ya no se tenía en pie ni un solo desgraciado.

Los calatravos también porfiaban, ajenos al fracaso, impulsados por su fervor. Estaban perdiendo lo poco que no se había malogrado en Salvatierra. Y los del Temple no se quedaban atrás. Tampoco los hospitalarios.

Todos apretaban. Los de las milicias, también.

Ahora ya no se trataba de las arengas que habían escuchado. Tampoco de su fe en la cristiandad. Ahora era matar o morir.

El calor empezaba a apretar y los vientres abiertos ya hedían. Llegaban las moscas de todos lados, zumbando su miseria.

El aire estaba lleno de tierra reseca. De semillas. Y de gritos, más que nada, de gritos.

Enconada a más no poder, la batalla no se decantaba a un lado o al otro. Sólo ganaba la muerte. La muy puta sólo se tomaba un respiro si tenía que afilar la guadaña.

Se ganaban unas varas, unos pies, una pulgada. Acto seguido, se perdían. Los tambores moros tronaban sin cesar.

Y el calor apretaba. Los almófares picaban, el cuero se empapaba, las piernas pesaban. El miedo galopaba. Y ninguno de los dos bandos cedía.

Aguantaban. Enfebrecidos. Asándose bajo la canícula.

Un escudero maragato que aún no se afeitaba se agachó para vomitar y un alfanje moro le cortó el cuello. La cabeza no cayó. El tajo fue basto porque el filo ya se había estropeado con tanto lance. Murió sobre sus propios desechos.

Un muchacho toledano, bastardo de un herrero de fama en la ciudad del Tajo, se giró para evitar el espadazo de un barbudo y acabó empalado en la lanza de un grandullón que gritaba sin

cesar aquello de:

—*Allahu akbar! Allahu akbar...!*

Un coro que se repetía de un extremo a otro. Un murmullo que podía oírse bajo el incesante tronar de los tambores.

—*Allahu akbar! Allahu akbar! Allahu akbar...!*

Un moro de largos bigotes intentaba incorporarse para sujetarse el tobillo cercenado; todavía miraba incrédulo la bota sucia que había calzado hasta un momento antes. Un madrileño con el oso de su manto rasgado de arriba abajo lo remató con un brutal golpe de maza, y los sesos del infiel quedaron desparramados en las piernas de uno de sus compañeros. Y éste se tomó venganza atravesando lo que quedaba de aquel oso negro, llevándose por delante a quien lo vestía. El tajo fue tan brutal que se le salieron las tripas.

—¡Por Jesús Cristo! ¡Por Santiago! —chilló uno antes de que un hierro moro le abriese el gaznate.

—*Allahu akbar!*

Los tambores no cejaban.

Su repicar se esparcía por las navas haciendo retemblar hasta los huesos.

Parecía que la mayor de las tormentas atronase. Pero no llovía; el sol, implacable, castigaba a todos por igual.

—¡Por Castilla!

Un escudero agonizante, cuajado de flechas que le robaban la vida, quedó escachado por caballos al galope.

Y parecía que iba a seguir así por siempre, como un purgatorio. Hasta que, rodeados de sus propios muertos, los milicianos de Madrid, incapaces de hacer otra cosa, empezaron a retroceder.

Daba la impresión de que ya no tenía remedio. De que todo estaba perdido.

Como en Alarcos, la cruz caía. Los hombres del profeta vencían. Castilla se desmoronaba.

La piedra de amolar pasó una última vez por la guadaña.

El día había amanecido plácido. Llevando la contraria a los hombres, un cielo calmo se había abierto sobre quienes apenas habían dormido, y el primero en cruzar las navas fue un raposo que corrió cuanto pudo, sabedor de que estaba rodeado.

Ni siquiera la niebla estropeó el alba.

Y, apenas rayó el sol, empezaron a oírse las letanías de cada bando. De un lado a otro de la serranía viajaron los latinajos de los kirieleisón, también los cánticos melosos de las oraciones moras. Tal era la calma que incluso Fierro distinguió las bendiciones de unos y otros.

El miedo se combatía con la fe. Y la fe cobraba fuerza cuando se compartía. Los obispos clamaron a Dios. Los ulemas recordaron el deber del auténtico creyente.

Antes del gallo, los cristianos ya habían formado para la batalla con vanguardia, media y zaga. Por una vez, nobles y villanos juntos. Entre los caballeros, con buen juicio, se mandó formar a multitud de peones. Con lanzas y ballestas darían confianza a los jinetes para que nadie se arredrase.

Dispuestos, venciendo los retortijones que les volcaban las tripas, comenzaron a descender la ladera hasta plantarse en las navas.

Sin quedarse atrás, los moros reaccionaron. Se dio orden de batalla. Formaron como les era costumbre, con dos largos flancos de aquella caballería ligera, rápida y letal como una sierpe.

En tanto, el sol se alzaba vertiendo la amanecida sobre las navas. Quedó el paraje envuelto en una luz cenicienta y, apagados aún los colores, aquellos miles de hombres parecían estatuas de

sal.

Todo fue quietud mientras los miedos crecían en los corazones.

Los caballos piafaban, inquietos. Algunos rezaban. Otros mascullaban maldiciones. Muchos se arrepentían de estar allí.

Miles y miles esperaban su destino. Tantos que no se recordaba algo así. Jamás hubo trovador que contase gesta semejante, y quienes lo hicieran a partir de entonces serían tomados por locos.

Casi la mitad de ellos no vería la luz de un nuevo día.

Se levantaron los estandartes. Corrió la voz. Sonaron los clarines. Atronaron los tambores. Y el de Haro mandó a los suyos a la carga.

Al primer envite, los moros se abrieron como agua ante la proa, revolviéndose con su sibilina maniobra de tornafuye. Pero el de Haro obligó a los suyos a mantener la formación y evitar la trampa.

Recibieron las primeras flechas. Las puntas se trababan en las lorigas, en los perpuntes. Quedaban clavadas y retemblaban con la galopada. Algunos jinetes acababan cubiertos de tal cantidad de venablos que parecían acericos.

El califa, sobre su escudo, asentado en una magnífica alfombra traída de Ispahán, todo lo observaba. Sobre sus hombros llevaba la capa de su bisabuelo, el primero de su estirpe, y ante él tenía un magnífico ejemplar del Corán decorado con todo lujo.

En la otra ladera, el rey castellano y el obispo de Toledo aguardaban, tensos, montados sobre sus imponentes caballos bretones.

Tal fue el ímpetu de las tropas del de Haro que los andalusíes que formaban la vanguardia se deslavazaron, y el Miramamolín mandó una segunda línea para frenar el avance cristiano.

Fue entonces cuando unos y otros quedaron atrapados.

Ni los unos ni los otros progresaban. Sólo morían bajo los hierros del contrario.

Llegaron entonces a ña de caballo los freires guerreros. Todas las órdenes. Y apretaron la formación. En los flancos, maños y navarros aguantaban a la desesperada. La caballería mora se dispersaba, tentándolos a romper las líneas. Y los mandos se quedaron roncós de tanto gritar.

—¡Aguantad! ¡Aguantad! Por la madre que os parió, por Santiago. ¡Aguantad! —Y escupían salivazos que no libraban sus gargantas reseca.

Y aguantaron.

No por sus madres, no por el apóstol. Aguantaron porque la única otra opción era acabar en manos de la puta de la guadaña.

Aguantaron.

Sin embargo, de poco sirvió. Para cuando todo ardía bajo el sol inclemente, los adoradores del profeta continuaban estrechando las líneas, inagotables. Ahora ya no eran locales desmañados, sino peligrosas tropas llegadas desde el corazón de Arabia o desde las cabilas del desierto. Hombres curtidos que conocían el horror de la sangre, gentes cuya vida era la lucha sin cuartel.

Sólo faltaban los jinetes del Apocalipsis. Quizás alguno incluso escuchó las trompetas del Juicio Final.

Eran dos océanos chocando el uno contra el otro.

Y el apurado equilibrio se resquebrajó.

Aterrorizados, quebrado el ánimo, perdidos la mayoría de sus hombres, los milicianos de Madrid hicieron volver a los osos negros de sus mantos y, para su vergüenza, fueron presos del pánico.

Retrocedieron.

Se oyó un inmediato grito de júbilo en la lengua enrevesada de los moros.

Y los agarenos apretaron con más fuerza, llenos de renovada esperanza. El califa se puso en pie. Jaleó a sus tropas. A su alrededor, todos sus acólitos lo corearon con entusiasmo.

El rey Alfonso no pudo evitar encogerse. Al obispo de Toledo, tan serio y compuesto, se le escapó una maldición entre labios apretados. Y, asustado por sus propias palabras, se santiguó a toda prisa para borrar su falta contra el segundo de los mandamientos.

La cruz estaba a punto de ser aplastada. No quedaría iglesia en pie. Las cabezas volverían a amontonarse en pilas que serían pasto de las moscas. El solo recuerdo del lugar encogería la hombría de quien lo recordase.

Entonces, los atabales sarracenos apuraron el ritmo. Se hizo frenético. Las mazas no se veían subir y bajar, ya eran sólo manchas borrosas en las manos llenas de callos de los tamborileros. Costaba entenderse de una fila a otra de hombres.

Algunos se amilanaron.

Otros se persignaron.

Unos cuantos lanzaron un reniego.

Sonaban los golpes, una y otra vez, una y otra vez. Rápidos. Ominosos. Los tambores anunciaban el fiasco del crucificado. Lo celebraban.

Como en Alarcos, la luna mora prevalecería y de la cristiandad no quedarían más que migajas.

Viéndolo, Fierro se dio cuenta de que se le acababa el tiempo. Tenía que hacer algo, y cuanto antes.

—O viene un golpe de suerte —susurró para el chucho—, o habrá que jugársela.

Y se puso en marcha.

Sabía que, una vez decantada la batalla, el de Carrión se perdería para siempre.

Si no aprovechaba la ocasión, nunca más tendría otra.

A los cristianos sólo les quedaba la zaga. Muchos pensarían que más les valía encomendarse al diablo y huir antes que jugarse el pescuezo en medio de aquella masacre.

Los sarracenos, por el contrario, aún tenían reservas de caballería. Muchos miraban hacia levante con una alabanza en los labios. Daban las gracias a su profeta por tanta benevolencia.

La tarde, hecha de calor y muerte, se tensó sobre el horizonte. El sofoco asfixiaba. Los hombres eran conscientes de que sería el último de sus días.

No cantaba una sola cigarra. No se movía siquiera una lagartija despistada. Sólo un loco se encaminaba hacia la boca del lobo.

Bajo el calor implacable, de fondo, que lo llenaba todo, haciendo imposible olvidar la guerra, el retumbar de los tambores moros, infatigable. Las mazas caían, una y otra vez, una y otra vez, sobre los cueros tensos. Resonando de un extremo a otro de las navas, hurgando en los sesos.

De arbusto en arbusto, de piedra en piedra, Fierro avanzaba.

Tomó todas las precauciones que le había enseñado la veteranía. Ni uno de los moros apartaba los ojos de la cruenta batalla. Nadie esperaba que un loco anduviera por la costanera del campamento para intentar colarse; sin embargo, el renco no se fiaba.

Allá, en las navas, la guadaña seguía segando. Los calatravos perdieron a su maestre bajo el alfanje y lanzaron un ataque desesperado que terminó con más de uno ahogándose en su propia sangre. Las flechas de los agasíes no tenían fin y continuaban zurciendo el horizonte con sus zumbidos. Con su silbido, alguno se meó en los calzones.

Los flancos cristianos aguantaron de puro milagro, sólo porque el rey Alfonso encontró el temple de no jugárselo todo en un envite. Pero no era más que la última baza. Ya parecía todo perdido para quienes peleaban por el crucificado.

El miedo corrió como fuego en la yesca. Las milicias cristianas, siguiendo el ejemplo de los madrileños, se desparramaron presas del temor. Corrieron como pollos sin cabeza, alejándose hacia la esperanza de un nuevo día, olvidándose del honor de la guerra. Ya sólo les pagaba salvar el pellejo. Muchos murieron en su carrera por un venablo sarraceno en el cogote. Sólo unos pocos se perdieron en las laderas de la serranía con la vergüenza como destino.

Y el moro pensó que las tenía consigo para echar el resto.

Fue entonces cuando el Miramamolín cometió un error.

Mandó el califa con sus señales que se abriera la infantería. Le pudo el orgullo o se dejó tentar por Satán.

Ordenó que dejasen paso a los restos de su caballería. Quiso que sus jinetes acabasen con los huidos, los quiso a todos muertos, sin merced. No estaba dispuesto a que algo así se repitiese. Mandó a la muerte a lomos de gráciles caballos. Ni uno solo de aquellos adoradores de la cruz vería un nuevo amanecer, ésa fue la consigna.

Y, con buen tino, Castilla se lanzó a la carga.

En el campamento cristiano sólo quedaron los gatos, los moribundos y el maestro de llagas, que aprovechó para robar algo de vino de las reservas del despensero.

Todos, hasta el último de los escuderos, se echaron a las navas para ascender la ladera y acometer a la infantería mora, abierta como las aguas ante el proverbial báculo. Una sola oportunidad. Una única. Llegar a tiempo. Antes de que la caballería agarena cerrase el hueco.

Si fallaban, todo estaría perdido.

Para entonces, atento a sus propios asuntos, Fierro había llegado a las primeras tiendas de los moros. Lentamente, caminaba agazapado entre dos de ellas. Y, mientras avanzaba, se devanaba la sesera intentando pergeñar cómo salvar todas las barreras. No tenía ni la más remota idea, pero no iba a detenerse.

Poco más allá, en una encrucijada en la que había unas cuantas cestas vacías, pasados los restos de una fogata que aún humeaba, se alzó un revuelo. Unas voces. El renco se quedó quieto y mandó al chucho echarse con un gesto brusco de la mano. De pronto, a toda prisa, doblaron la esquina unos sarracenos. Lo pillaron a calzón quitado.

Ni el uno ni los otros habían esperado al enemigo en aquel lugar. Quedaron quietos bajo el calor abrasador.

De lejos se oía el fragor de la batalla, los gritos, los choques de las espadas, el tremor de los galopes.

Cuatro contra uno en aquel espacio reducido.

Se miraron, templándose. Fierro se incorporó, dispuesto a desenfundar el chuzo y vender cara la vida.

Sin embargo, no hubo ocasión de cruzar los hierros. Uno de los moros dijo algo en su parla que el renco no entendió y, cuando Fierro pensó que el de Carrión se le iba a escapar por los pelos, los sarracenos se apuraron y pasaron de largo.

Huían.

El chucho resopló.

—¡Cagüen las calaveras del Gólgota! Por una vez llevamos la suerte de la mano.

Desde donde estaba no podía ver lo que sucedía en las navas, pero no le hacía falta. Aquel correr de los moros le decía que los de Castilla habían llegado a tiempo.

El fiel de la balanza volvía a tumbarse, esta vez a favor de los devotos de la cruz. Y el miedo, que no conocía confesiones ni credos, prendía ahora en los agarenos como lo había hecho antes en las milicias concejiles de los cristianos.

Aquellos cuatro fueron los primeros, pero pronto se produjo la estampida.

Fierro, que encaraba la tienda carmesí del Miramamolín, se topó con algo que jamás hubiera esperado.

Los aguerridos nómadas, los que consentían atarse unos a otros para demostrar que jamás huirían, dejaron pasar a un hato de caballos al galope a no más de cincuenta varas de donde estaba el renco.

—¡Cagüen la barca del apóstol Santiago! Por fuerza ha de ser ese cantamañanas del Miramamolín—le dijo al chucho con la voz llena de asombro.

Los enjaezados de las monturas, el lujo de las sillas, las sedas brillantes y todas las señales que portaban daban fe. El califa en persona y sus más allegados ponían pies en polvorosa. Daban por perdida la batalla.

A ña de caballo, el renco los vio coronar el cerro y perderse en el laberinto de la sierra. Derechos al sur, buscando las murallas de Baeza y el consuelo de seguir con vida para agenciarse una cena y continuar camino, quizás hasta Sevilla, quizás hasta el mismo corazón de la Ciudad Roja, hasta la misma plaza de Jemaa el Fna. Lejos de la derrota y lejos de sus muertos, tan lejos

que se hiciera fácil olvidar.

—Ésos no paran ni para limpiarse la mierda de los calzones —tascó con un requiebro de sonrisa.

Para entonces, toda la guarnición de negros se apelotonaba frente a la tienda roja, poniendo cara a la acometida cristiana que ya subía por la ladera, a punto de entrar ya en las lindes del campamento moro.

De repente, lo que había parecido imposible se volvió un juego de niños.

Allá, frente a él, la tienda carmesí.

Todas las fuerzas moras miraban ladera abajo, hacia los cristianos que negociaban la pendiente a sangre y hierro, en la última acometida de la batalla.

Su camino a la trasera del alfaneque había quedado expedito. Y, dentro de las lonas rojas, debía de estar aguardando Ruy de Carrión.

—Tiene que estar ahí, tiene que estar. ¡Vamos! —urgió al chucho—. ¡Dita sea! ¡Vamos!

Y echó a correr apurando su cojera.

Ajeno a cualquier otro peligro, esperando sólo que, antes de partir, el califa no hubiera mandado degollar a los cristianos traidores. No quería ni pensar que se le hubieran adelantado, como ya había sucedido con el malparido Fernández de Castro.

—¡Vamos! —insistió.

Los hombres morían a cientos. A miles. Algunos se reunían con su creador, otros aceptaban resignados un apretón de manos que hedía a azufre. La cruz cercaba el palenque. Los númidas se preparaban para repeler la carga.

Castilla apretaba. Aragón seguía. Navarra no cejaba. Lo que quedaba de los freires luchaba a la desesperada, movidos por su propósito divino. Los nobles no querían ser menos y se hacían notar. El de Haro, que ya sólo contaba con un puñado de lobos negros, ascendía el primero hacia la tienda carmesí. En su manto no había un solo remiendo blanco; lo que no se había llevado la sangre de otros estaba cubierto de tierra y rastros. De pies a cabeza, parecía un demonio salido de los infiernos.

Los capítulos del Císter lo contarían, en los castillos templarios se susurraría por las esquinas, los pocos calatravos que sobreviviesen esparcirían la noticia. Los hospitalarios presumirían. Los trovadores compondrían sus versos. De Marruecos a Jerusalén, de Trebisonda a Roma, todas las gentes sabrían que en aquellas navas la cruz había vencido a las tinieblas paganas. Ni un alma quedaría sin escuchar lo sucedido allí, bajo el calor inagotable del verano en la serranía. Y todos prestarían oídos a la gesta, todos menos un renco descastado que se afanaba en cruzar el foso que rodeaba a la tienda del Miramamolín.

El chucho, mucho más ágil, ya se había escurrido por entre la empalizada del palenque y lo aguardaba tras la muralla de troncos afilados.

Más allá, en la ladera, los hombres de Navarra se dejaban la vida intentando despachar a los negros.

Todo eran gritos, maldiciones y juramentos. Los númidas chillaban cánticos enrevesados para convencerse de su valor.

Mientras, Fierro perdía las uñas trepando por el terraplén de tierras sueltas donde habían clavado las estacas.

De pronto, se hizo el silencio. Los atabales moros callaron. Tras horas atronando, el eco de su retumbar se escondió en las montañas y a todos cogió por sorpresa aquella calma repentina.

Por unos instantes, los hombres, de uno y otro lado, se miraron a los ojos. Los unos

reconocieron en los otros el mismo miedo.

Se quedaron quietos. Y en silencio.

Fue como un espejismo en las arenas del desierto. Un suspiro de paz inconcebible en medio del fragor de la batalla.

Sólo se oían los resuellos de quienes intentaban recuperar el aliento y la agonía de los moribundos.

Permanecieron así, como estatuas, hasta que uno de los vizcaínos rompió el encanto. Atrapado bajo el peso de un bigardo que se había quedado a una pulgada de rebanarle el pescuezo, el lobo de Haro chilló y descargó un rodillazo que desequilibró a su adversario.

No se concedió un respiro y, antes de que el moro cayese, la espada del vizcaíno ya le atravesaba el hombro. En un santiamén, quien había estado a punto de perder la vida era ahora quien la quitaba.

Y, como si hubiera sido la señal esperada, la batalla se reanudó. Lo hizo con el frenesí propio del final inminente. El calor apretaba. El aire parecía hecho de polvo.

Nadie lo vio, nadie le prestó atención. Era sólo uno más entre los miles que allí había.

Y él sabía que tanto los unos como los otros lo buscaban. Tenía deudas que saldar con ambos bandos

Pero le importaba un carajo.

Las lonas de la tienda flameaban con la brisa. Uno de los vientos que la sujetaban se había soltado y las telas se agitaban como una marea de sangre.

Resollando, desenfundó su fierro y rajó aquel carmesí.

Para bien o para mal, dentro aguardaba su ocasión.

Iba a morir. Y lo sabía.

Se acordó de ella. Olió el aroma a pan recién hecho y fue consuelo suficiente.

Aquellos preciosos recuerdos eran cuanto necesitaba. Iba a morir. Se acababa. Y sólo lo lamentó por el chucho y por las abejas.

Desde fuera llegaba el estruendo furioso de la batalla, a punto de terminar. No quedaba cera por arder. Los hombres habían dado lo que tenían, por la cruz, la media luna o porque no les había quedado otro remedio. Y los pocos que seguían con vida peleaban enloquecidos, viendo cerca la salvación de la que tanto habían dudado.

Ya no quedaban sarracenos. O habían huido o estaban muertos. Sólo aquellos nómadas capaces de atarse los unos a los otros. A no mucho faltar, los navarros y su rey atravesarían las líneas de los negros y asaltarían el alfanegue del califa, reclamando para sí el honor de haber rematado a los infieles.

Y allí se toparía con el renco, desangrándose sobre las lujosas alfombras del Miramamolín.

—Yo no quería esto —insistió Ruy.

El filo de su espada se movía a un palmo de los morros del atajador. Y, cuando renegó sacudiendo el mentón, el hierro resplandeció.

—No salimos juntos de aquel condenado desierto para esto —continuó—. ¡Los dos! ¡Nosotros dos! ¡Escapamos con vida del corazón de los avernos! Y ahora... —Las luces de las brasas donde ardía el incienso volvieron a brillar en el acero—. Y ahora, ¡mira! ¡Mira lo que me obligas a hacer! ¡No es justo!

Ruy parecía sincero. Como disgustado por los tortuosos caminos que lo habían llevado hasta allí. Aunque a Fierro le daba lo mismo.

Ya no escuchaba.

Ya se había rendido.

Como en el silo de Alarcos, aquel aroma intenso, a fermento, a trigo, a leña ardiendo, aquel olor a pan recién hecho lo llenaba todo. Y era suficiente. En el resto no le iba un bledo.

Aquel aroma pulverizó los años pasados. Sus recuerdos se volvieron agua clara de manantial. Como de ayer mismo, como si todo hubiera sucedido la tarde antes. Casi pudo sentir el dócil tacto de su melena entre los dedos encallecidos, casi oía aquella voz dulce, casi veía aquellos bosques que llenaban sus ojos verdes. Y el maullido de los gatos de ronda que buscaban amoríos escondidos en los callejones al resguardo del calor del horno.

Estaba allí, con ella.

Se despedían con timidez. Tintas las mejillas de rubor irrefrenable. Estaban frente a la puerta de la tahona. Demasiado cobardes para confesar lo que sentían, por miedo a no ser correspondidos. Él la vio agachar la mirada, presa de los nervios. Quiso dar un paso adelante y tomarle las manos, sentir la tibieza encarnada de su piel.

Tenía un lunar en la mejilla que dibujaba arabescos cuando reía. Y en sus pestañas podía prenderse el rocío de mil amaneceres. Y sus ojos componían el sereno verde del mar de su

infancia. Y sus manos, finas, de largos dedos, prometían caricias que calentarían el frío de la vejez.

Estaba allí, con él.

Estaban juntos.

No había cestos, alfombras, estandartes, pebeteros. Tampoco armeros. Y ni un solo parche en las lonas. En cambio, podía ver las piedras de la tahona. Ariscas, ásperas, de aquel tono rojizo. Incluso veía aquella pequeña alcaparrera que nacía en una grieta entre las puzolanas que habían trabajado los canteros. Iban y venían delante de él. Ondulaban como el mar. Y no comprendió que era el viento jugando con la tienda del califa moro. Había perdido demasiada sangre. Un charco que se mezclaba con la que se habían dejado allí mismo los hermanos Halaja. Además, estaba cansado.

Cansado de esperarla.

Estragado por tantos años vacíos.

Harto de su soledad.

Echaba de menos hablar con ella.

Y estaba a punto de hacerlo, allí, en el callejón. No se atrevía, pero ardía en deseos de preguntarle si estaba dispuesta a compartir algo más que unas tardes junto al río.

Estaba a punto de preguntarle si estaba tan loca como para compartir una vida.

No fue capaz. Le pudo la vergüenza.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Eh? ¿Por qué? Podías haberlo dejado correr, pero no... ¡No! Condenado loco..., ¿qué carajo te importaba a ti todo esto?

El chucho yacía inmóvil. Un poco más allá. Tirado bajo los restos de la mesa taraceada que Fierro había roto en su caída. Su pelambrea desastrada, clareada en el vientre, temblaba con cada respiración. Había sido un golpe demasiado fuerte, no podía moverse, no conseguiría salir sin ayuda. Sólo gañir de tanto en tanto, al intentar girarse hacia su amo.

Cuando volvió a lamentarse, llamándolo, Fierro regresó del callejón de la tahona.

El aroma del pan recién hecho se desvaneció.

Se encontró de nuevo bajo la sombra de la espada leonesa.

—¡Aún no es tarde! No tiene por qué terminar así... ¡No! Aún podríamos arreglarlo.

No pensó eso el renco. Por los gritos que se oían en el exterior, les quedaba un suspiro. De un momento a otro alguien asaltaría la tienda del califa, a sangre y hierro.

—Hagámoslo juntos, ¡únete a nosotros! —exclamó—. La paga es mucho mejor. Vuelve conmigo a las tierras de los Castro y trabajaremos juntos... No hay nadie mejor como atajador. ¿Qué me dices?

Fierro dejó de mirar al chucho. Tosió, y le dolió tanto que no le quedó duda de que tenía algo roto en el costillar. Una de las patadas recibidas. O la caída sobre la lujosa mesa del sarraceno.

—No funcionaría —logró responder—, nunca te ha gustado como cocino...

A la respuesta le siguió un nuevo tormento por culpa de la tos y, cuando logró recomponerse, descolgó una de sus sonrisas llenas de retranca.

Ruy se limitó a apoyar la punta de su hierro en el pescuezo del renco.

—¿Prefieres morir?

No era en morir en lo que había pensado al rajar la lona del alfaneque. Sólo en terminar con lo que él no había empezado.

Eso sí lo sabía. Él no había empezado todo aquello. Pero iba a terminarlo. Eso era lo que había pensado. Que lo terminaría. Y jamás se hubiera imaginado que, una vez más, estaba

equivocado.

Tras rasgar el telón carmesí, apenas distinguió nada en un primer vistazo. Sus ojos tardaron en acostumbrarse a la penumbra rojiza del interior de la tienda, pero, en cuanto lo hicieron, se encontró con el cuerpo de Antolín, abierto el pescuezo de un tajo limpio. Agonizaba. Balbucía algo que el renco no entendió. La vida se le escapaba a chorros, empapando una de las carísimas alfombras del califa.

Más allá, su hermano recibía el mismo tratamiento.

No hubo tiempo para bromas o latinajos. Para ninguno de los dos. Era fácil echarle el cuento. Al de Carrión le podía la avaricia, como a los infantes que traicionaran al de Vivar. Ruy había preferido llevarse tres partes antes que una.

Lo vio morir sin asomo de pena. Echó un escupitajo por detrás del colmillo y se dispuso a terminar con aquel mierdero de una vez por todas. Las abejas llevaban demasiado tiempo esperando.

—Aún te resta labor —se anunció desenfundando el fierro.

Ruy se volvió, sorprendido, con la sangre de los hermanos goteando aún en el filo de la espada.

Y lucharon como se luchaba fuera. A vida o muerte.

Y Fierro había perdido.

Tenía un tajo en la cadera. Una brecha en la sien. Uno de los ojos empezaba a cerrársele entre párpados hinchados. Algo roto en el costillar y, además, no sabía dónde había ido a parar el fierro.

Estaba a merced del de Carrión.

A punto de desvanecerse cuando algo se le revolvió dentro.

—¡Por los clavos de Cristo! ¿Es que nunca cambiarás? Hazme caso —seguía hablándole Ruy.

La espada a una pulgada de su pescuezo.

—¿Las tierras de los Castro?

El de Carrión lo miró fijamente, sorprendido de que el renco no lo supiera.

—Claro, el señorío de Castro.

Todo era polvo. Sudor. Lágrimas. Lamentos.

Desde el amanecer, aquellas navas habían sido un purgatorio terrenal. Y la única que no se había cansado era la puta de la guadaña, que seguía sonriendo con su calaverna monda escondida bajo el vuelo de la capucha prieta.

El calor empezaba a remitir, se apagaba con el día. Rescoldos de la hoguera del mediodía concedían al fin tregua. Una tregua que los hombres no querían mentar. Los que se sabían al alcance de la victoria apretaron un poco más; los que veían la sombra de la derrota se defendieron con ahínco.

La caballería cristiana, cargada de hierro y muerte, blindada desde las pezuñas hasta el yelmo, arremetía contra el palenque. Se oía el inconfundible tintineo de las corazas, como capilla tocando a rebato. O a misa de difuntos. Las estacas se tronzaban con temibles chasquidos. Los relinchos espantados de los caballos helaban la sangre. Los pobres animales, en estampida, con los ojos pasmados, se empalaban con el ímpetu de su carrera. Los jinetes caían, algunos se salvaban sin otro lamento que un hueso roto, otros perdían la vida atravesados los higadillos por los maderos afilados. Se quebraban las estacas, se rompían las cadenas. Los húmedos aguantaban. Morían como esclavos cuanto no habían vivido como hombres libres.

Algunas partidas de Aragón y Castilla se destacaban hacia el mediodía para dar caza a los agarenos huidos. Sin misericordia. Habría degollinas, blasfemias, juramentos, venganza, miedo, sangre... Y más muerte. De aquellas vilezas no cantarían los juglares, pues matar por la espalda con cuchilladas traicioneras estropeaba las trovas y tenía mala coda. Y, como siempre, habría traiciones, súplicas, lamentos.

Desde fuera llegaban gritos cada vez más cercanos. La batalla se decidía. Terminaba.

En la tienda, Fierro tosió.

Se revolvió por culpa del dolor. Y los recuerdos no ayudaron. Tantos años después, incluso después de muerto, allí volvía aquel condenado traidor. Pedro Fernández de Castro, a quien el mismo diablo estuviera torturando en la sima más profunda de los infiernos.

Incluso muerto, su sombra se cernía sobre el renco. Sus hijos, sus nietos, cualquier baldragas con su sangre corriendo por las venas seguía el ejemplo de su linaje. Allí estaban de nuevo para amargarle la vida.

—¿Las tierras de los Castro?

El de Carrión, comprendiendo de pronto que Fierro no sabía la verdad, inclinó el mentón.

El atajador suspiró.

—¿Alarcos? —preguntó temiendo la respuesta.

—Sí —contestó Ruy sin pudor, apartando levemente la espada para abrir los brazos con condescendencia—. Desde Alarcos. Él pagó, fue él quien puso el precio para que dejásemos entrar a los moros.

Fierro volvió a toser. Y escupió un gargajo manchado de sangre.

—Nos atrapó cuando huíamos y no nos dio otra opción. Él daba las órdenes. Los moros lo

dejaron hacer. Él paga desde entonces, y a mí ya me va bien... Como te he dicho, es generoso si uno cumple —insistió, zalamero, intentando convencerlo—. En ocasiones incluso se puede uno apañar para cobrar dos veces. Cuando trabajé para el de Haro, cobré del de Vizcaya y cobré del de Castro...

Fierro no lo escuchaba. Alarcos retumbaba en sus oídos como los tambores moros. En algún rincón de sus tripas se despertaron martirios que le hicieron olvidar sus heridas.

—¿Los prisioneros? —logró preguntar deshaciendo el nudo de su garganta.

Se calló el de Carrión y su mirada se terció. Antes de contestar, su semblante se ensombreció.

—Sí, él lo organizó todo —concedió—. Ya te lo he dicho, los moros le dejaron hacer, estaban exultantes. Todo eran vivas y algarabía. Pensaban que quemarían Toledo. Se les metió entre ceja y ceja que arramblarían con el sepulcro de Santiago.

A duras penas, Fierro logró tragar. No sólo la caída de la fortaleza. También lo acaecido después. También lo del silo. Todo había sido culpa del de Castro.

Y los dos sabían lo que aquella respuesta significaba. Al fin y al cabo, habían compartido juntos la sed de los desiertos. Habían sido amigos.

—¿Las gentes del lugar?

En esa ocasión, Ruy sólo asintió con una sacudida el mentón. Y, tras un silencio que pesó como una plomada, añadió algo más:

—Los moros le dejaron hacer...

Los abusos, el pillaje, la masacre.

Las violaciones.

Fierro miró al de Carrión. Clavó en él sus ojos cargados de intención. Preguntaba sin hablar. Quería saber la verdad que en aquellos días se le escapó. La ira sorda le había nublado el juicio. No había comprendido, y ahora quería hacerlo.

Ruy entendió. Y admitió aquella verdad con una excusa.

—Yo no abusé de ninguna de las mujeres —dijo el leonés.

Podía ser cierto. Pero no importaba. No sólo peca la mano, también el alma. Era culpable. Tanto como si él mismo hubiera hecho aquellas barbaridades, porque tampoco las evitó.

—Hijo de perra...

Ruy no se arredró. Volvió a acercar la punta de su espada al cuello del melero.

—Créeme, yo no tuve nada que ver, sólo me cuidé de salvar el pellejo... Además, agua pasada no mueve molino.

Fierro consiguió no toser, pero escupió un gargajo lleno de sangre que no cayó a los pies del leonés. Le fallaban las fuerzas.

—Escucha, el tiempo se agota —afirmó, moviendo la mano libre hacia la marabunta que se oía más allá de las lonas—. Hazme caso, únete a mí —urgió cargando la voz—. Te lo he dicho. La paga es buena. No tiene por qué acabar así. Ven conmigo, trabaja conmigo para los Castro. Da igual si ganan moros o cristianos, el oro brilla lo mismo sin importar las manos que lo pagan. Y hay labor para años. Esto no termina aquí —insistió, apretando los dientes por la emoción de la avaricia—. Podemos hacernos ricos. Mientras se sigan moviendo las soldadas, harán falta hombres como nosotros, que les digan a los señores adónde va cada cual o de dónde sacan sus bastimentos. La información se paga, y los Castro pagan bien.

No le hizo falta mirar al chucho para recordar lo que ella hubiera dicho.

—Vete al infierno...

Ruy agachó el mentón, lo caló con ojos torvos y suspiró. De fuera llegaba incansable el eco de

la batalla. Se les echaban encima. Como una riada imparable.

—¡Vamos! No seas testarudo, no tienes nada que perder y sí mucho que ganar.

La codicia refulgía en su voz. Había matado a sus compinches para llevarse su parte del pago. Y ahora insistía, no lo dudó Fierro, porque alguna treta tendría pendiente. Alguna promesa de nuevo cobro se guardaba. Y aquel ofrecimiento era un cepo tendido por aquella sabandija malparida. Al cobro, le rebanaría el pescuezo, como a los hermanos.

—Me pagarán por saber cómo se organizarán las fortalezas ahora. Eso me ordenó don Pedro en persona: que, ganase quien ganase, me asegurara de volver con todo lo que pudiera averiguar de las guarniciones de la frontera. No lo entiendes, nos va un bledo en quién venza, recibiremos oro por contarlo. Nada tenemos que arriesgar —afirmó como un embaucador de feria—, y sí mucho que ganar...

Sólo lo lamentaba por el chucho y por las abejas. El resto no le importaba, demasiados años cargando con un pasado que pesaba mil demonios. Cerró los ojos y suspiró. Amagó la tos. Le dolió el costillar. Sólo quería que terminase de una vez.

Iba a decirle al de Carrión que tuviera el cuajo de callarse y que pusiera fin a tanta palabrería. Ya no merecía la pena.

Sólo quería dejarse ir. Que lo arrastrase aquella corriente.

Y se equivocó.

—Haces mal —dijo Ruy con resignación, comenzando a aceptar que sus planes no saldrían bien—, haces mal. Don Pedro es generoso con los suyos. Muy generoso. Y estoy seguro de que sabría apreciar lo que vales.

Le volvieron las fuerzas de pronto.

—¿Don Pedro en persona?, ¿generoso? ¿Qué...? ¿Qué demonios...?

La avaricia volvió a brillar en los ojos del leonés. Advirtió el interés del renco y lo tomó por lo que no era.

—Sí, don Pedro. Paga bien y a tiempo —afirmó sin tapujos, de nuevo zalamero—. Hazme caso, no te arrepentirás.

Aquello no podía ser. El hebreo le había dicho...

—Está muerto —logró decir antes de volver a toser—. Pedro Fernández de Castro está muerto.

A Ruy se le escapó una risotada.

—¿Muerto? Muertos están los de ahí fuera. Don Pedro estará con alguna barragana, refocilándose, mientras los demás nos jugamos el pellejo. Vivo lo dejé en sus pagos cuando salí para la frontera a ver si era quién de encontrarte. No, no, don Pedro está vivo...

No podía ser. No podía creer que el condenado judío le hubiese mentido.

—... No está muerto, mala hierba nunca muere. Él no es de los que se juega la vida en estos mierderos. Él no se ensucia las manos; ordena, y los demás obedecen. Ése durará más años que Matusalén...

Se acordó de aquella tarde en la venta. Habían desplumado a dos arrieros maragatos con la farsa del camino de brasas. Saadia contaba las ganancias, exultante. Fierro, ausente, revolvía de nuevo el pasado, sin más esperanza que seguir un día más; apagado, en el fondo de un pozo mucho más profundo que el silo de Alarcos.

El hebreo lo había mirado largo.

—Han llegado noticias —le había dicho.

Y ahora sabía que le había mentido.

Quizá por su bien. Para protegerlo de sí mismo. A lo mejor para evitar que aquella hiel que lo carcomía acabase con su vida. O quizás únicamente para seguir contando con alguien que le ayudara a hacerse rico timando a los incautos que pasaban por la venta.

Nunca sabría el porqué. Pero aquel maldito hebreo le había mentido.

Mentido.

De Castro estaba vivo. Y no sólo era culpable de que Alarcos hubiera caído. También de los infiernos que ardieron después en aquella maldita fortaleza en la ribera del Guadiana, donde quizá seguía en pie el viejo chopo que diera sombra a dos amantes tímidos.

Nada de todo aquello comprendió Ruy. Sólo insistió:

—¿Qué? ¿Qué me dices? ¿Te unes?

Y le tendió una mano que no era más que un manojo de sierpes sibilinas.

Fierro lo trabó con sus ojos tristes.

Se midieron el uno al otro. Ya no había más parla que escuchar. Estaba dicho y hecho. De allí sólo saldría uno de los dos.

Llegó un grito de las puertas mismas de la tienda y el leonés se volvió un segundo.

El renco contestó, susurrando tras el colmillo.

—Vete al infierno...

Le hervía la hiel. Tragó un puñado de clavos oxidados. El odio apagó todos sus dolores. De pronto, ya no importaban las heridas, tampoco el costillar roto.

Y antes de que el de Carrión reaccionase, antes de que volviera a mirarlo, antes de que le diera tiempo a rematar el trato con la espada, Fierro agarró los flecos de una de las condenadas alfombras del califa y jaló con todas sus fuerzas.

Lo había visto mucho antes, antes incluso de que al leonés se le soltara la lengua. Aunque hasta entonces le habían faltado las ganas, era más fácil dejarse ir, que todo terminase. Pero no ahora, ahora sabía que el malparido de Castro estaba vivo.

El hebreo le había mentido. Y eso lo cambiaba todo.

En aquella alfombra no había cofres, no había armeros, no había nada más que un cabrón leonés que, con una reverencia llena de florituras, había abierto para él las puertas del averno.

Tiró con toda su voluntad, con todo lo que le quedaba dentro y, antes de que Ruy pudiera hacer nada, cayó.

Fierro se levantó una vez más. Se irguió aun cuando ya no era otra cosa que un guiñapo desahuciado. Salió de entre los muertos como los condenados en el Juicio Final.

Una vez más. Como en Alarcos. Como en el paso del Muradal.

El mismo que tantas veces antes había muerto y que, sin embargo, no había probado la guadaña.

El rengo escapó del filo estropeándole la sonrisa a aquella puta malcarada que lo había perseguido con ahínco durante tantos años. Aún no era tiempo de siega.

Aún no había llegado el momento.

Primero tenía que encontrar al cabrón de Castro.

Cayó Ruy con estrépito, cuan largo era, braceando, por sorpresa. La alfombra onduló en la luz serena de la tienda, mostrando los miles de complicados nudos, también el enrevesado dibujo que representaba versos del libro sagrado de los agarenos. Era una pieza de extraordinaria belleza que había salido de los mejores talleres de Ispahán, pero que para el califa había valido mucho menos que su vida. Al fin y al cabo, los hombres no conocen la verdadera riqueza hasta que salvan el pellejo y comprenden que sus mayores lujos valen mucho menos que la esperanza de un nuevo amanecer.

Se agitó la lona. Fuera peleaban los últimos nómadas, arrinconados contra el alfaneque del califa, muriendo en balde porque su señor estaba ya camino de Baeza.

No tenía otra cosa que las manos y el odio que sentía. Y nada más le hacía falta. Era perro viejo y sabía bien cómo aprovechar su única oportunidad.

Cayó encima del leonés. Una rodilla sobre el brazo derecho, el que empuñaba la espada.

Y las manos, las manos y todo aquel odio cayeron en el gaznate.

Antes de que se revoliera por primera vez, ya estaba apretando. Echaba de menos un dogal con el que ahorcar a aquel cabrón mentiroso. Porque la deshonor de la horca era lo único que merecía.

Ruy palmeó la cintura buscando la daga, pero el rengo no aflojó la presa.

Apretó más.

No con sus manos. Con las tripas, con el rencor, con el dolor, con sus recuerdos.

Se revolvía como uno de aquellos barbos del Jabalón recién sacado del agua. No pudo coger la daga. Descargó descomunales puñetazos con la mano libre y Fierro notó que se le aflojaban los dientes. Le alcanzó en el costillar roto, con tal ferocidad como para haber estragado a cualquier

otro. Pero no al renco. No a quien ya nada tenía que perder.

Fierro siguió apretando. Con todo lo que tenía.

Y apretó aún más.

Fuera se oyeron vítores que anunciaban el final de un día, el final de una batalla, el final de una gesta que perduraría en la memoria, que se contaría durante siglos. Se desataron las alegrías. Ya sólo faltaba el saqueo, rematar a los que aún pataleaban y dar caza a los huidos. En aquellas navas había cambiado para siempre la historia de los hombres. Dentro de la tienda, sin embargo, se vivía sólo una mísera patraña, la tragedia de un solo hombre, de un cojo que lo había perdido todo. La infeliz vida de un frontero que sacaba cagajones de ratón de sus colmenas. Ésa sería una vida que nadie contaría, porque nadie era el renco y a él le importaba un carajo si alguien la contaba. Sólo era un desahuciado, un deshecho de aquella guerra que los nietos heredaban de sus abuelos. Nadie recordaría su nombre.

Apretó hasta que sonó un chasquido.

Y aún así no dejó de apretar.

Las leyendas llenaron pronto aquellas navas perdidas en la serranía de la frontera.

Se contaron mentiras y algunas verdades. Con los años, pocos sabrían lo que allí sucedió.

Se dijo que el portador de la cruz del obispo de Toledo fue capaz de cruzar el campo de batalla de un lado a otro sin un solo rasguño.

Sancho, el de Navarra, se cobró la fama de haber sido quien asaltara el palenque del moro y se llevara las cadenas. Las consagró a alguna iglesia de su tierra.

Los nobles cambiaron sus enseñas: incluyeron palos, añadieron símbolos que alardeaban de sus logros.

Se exageró el dilema entre el paso del Muradal y el viejo camino.

Los reinos de aquellas Españas presumieron, orgullosos.

La frontera se convirtió en un espejismo y, a partir de entonces, el valle del Guadalquivir marcaría la linde entre la cristiandad y la morería.

Muchos trovadores hicieron sus buenos dineros cantando sobre todo aquello.

Muchos.

Sin embargo, nadie contó que, mientras caía el sol tiñendo el horizonte de ocre, hubo alguien que salió renqueando de aquellas navas.

Renqueaba el hombre.

Renqueaba el chucho.

Ambos maltrechos, ambos se alejaron hacia el ocaso.

Nada tenían, nada les guardaba.

El chucho no era más que un mil leches greñudo y sucio que para bien poco servía. El hombre no tenía montura, ni siquiera un borrico, y no ceñía espada, sólo una vieja vara ahumada de las que llamaban fierro.

Un hombre que salió de entre los muertos allá donde los cuervos se disputaban el triperío de los caídos, un hombre que le había ganado la mano a la puta de la guadaña con una sonrisa socarrada colgada en los labios.

Se alejó rumbo al ocaso con una blasfemia por única despedida:

—¡Cagüen en el templo! ¡Cagüen los fariseos! Y me cago en todos los hebreos... Ese cabrón nos mintió...

El chucho no le respondió, sólo quería detenerse en algún sitio y lamerse las heridas.

Se alejó hacia el ocaso sin que jamás trovador alguno contase sus hazañas.

Era un desahuciado. Un frontero sin patria. Lo buscaban moros y cristianos.

No tenía caballo, ni siquiera un podenco sardinero. No tenía espada, sólo un chuzo.

Y su único aliado era un saco de pulgas.

Pero al fin, tras tantos años, al menos tenía un futuro. Un futuro magro. Un futuro que colgaba de su pasado. Pero un futuro, al fin y al cabo.

Tenía alguien a quien encontrar y una deuda que cobrar.

Se perdió en las sombras de la sierra, por donde los linceos cazaban.

Rumbo a León, rumbo a las tierras de los Castro.
Rumbo a su pasado.

FIN

CUADERNILLO

Una novela es algo más que sus páginas.

Al menos para mí, como escritor, una novela son largas conversaciones con estudiosos, eternas horas entre ensayos, interminables lecturas, intempestivas visitas a bibliotecas, infinidad de correcciones, pedazos de mi propia vida, experiencias vividas, largos viajes de investigación... Una novela abarca mucho más allá de sus páginas: significa meses, años en la vida del autor.

Se le han dedicado tantas horas, ha supuesto tamaños sacrificios que resulta difícil dejarlos a un lado y ser sincero con la historia que desea contarse. Y, sin embargo, eso es precisamente lo que debe hacerse, sincerarse con la novela.

Verá, querido lector: hace unos cuantos inviernos me pasé meses tallando botones a partir de tacos de madera, intentando trabajarlos como se hacía en los años medievales, y sólo entonces comprendí por qué tantas prendas de aquellos años se ataban, sin más. Se anudaban porque la mayoría de las veces, por bueno que fuera el resultado, los botones sólo aguantaban un suspiro; a las pocas semanas, la humedad, el frío y las tensiones del hilo los estropeaban. Fue una valiosa lección, sin embargo, una que no puede plasmarse en el papel. Como mucho se le puede dedicar una frase suelta, porque todo eso no deja de ser un decorado, un aderezo a la trama. Lo que importa es la historia, la propia historia, ahí es donde hay que poner los hígados y el corazón.

He tardado años en comprenderlo y sólo ahora soy capaz de entrever la inmensidad de mi ignorancia como «cazador de historias». Lo cierto es que el talento de un escritor puede estar en sus frases, pero es en los espacios en blanco donde se corrobora.

Y éstas que tiene entre sus manos, querido lector, son las páginas que han resultado tras comprender, tarde y mal, que la Historia no puede pesar más que la historia.

Yo quería escribir una novela que reivindicase parte de la verdad de ese controvertido período al que los libros llaman Reconquista. Y la verdad es que, leyendo a historiadores de todo cariz político, uno llega a una verdad ineludible. Se le puede llamar como se quiera, se puede negar tanto como se desee y se le pueden poner tantos matices como sea capricho, pero, sin embargo, el hecho ineludible es que había un país con límites geográficos, con una cultura común embebida en una religión y con un código legislativo que aún hoy en día sigue estudiándose, y todo eso quedó descompuesto por la invasión de nuevas gentes con ideas diferentes, algo que causó en muchos y desde el principio la necesidad de recuperar lo que se sintió perdido.

Así, sin más, ésa es la pura verdad histórica, y cada cual puede contarla arrimando el ascua a su sardina. Pero hubo una guerra que se prolongó durante siglos y que quedó marcada por batallas a una escala que incluso hoy en día resulta difícil de imaginar. Y yo quería reflejarlo con mis páginas.

Sin embargo, comprender esos hechos no me ayudó a construir una novela que mereciese la pena. Todos los borradores terminaban emponzoñados por la grandilocuencia inconsciente del novelista. Hasta que comprendí que no tenía que contar la gran Historia, sino la pequeña, la de un solo hombre.

Así nació Fierro.

Yo lo hice lo mejor que supe y, como he señalado, recibí la ayuda de innumerables personas. Ahora bien, cualquier error es únicamente culpa mía.

* * *

Ahora, habiendo desvelado las tripas de la novela en lo que respecta a su literatura, cabe mencionar, como siempre, algunas notas que afectan a su trasfondo histórico o técnico y que, espero, sacien a los más curiosos.

La famosa alusión a aquella España de las tres culturas (encarnada en el Toledo que años más tarde de lo que se narra en estas páginas encarnaría Alfonso X) es, por lo que parece según los que saben de esto mucho más que yo, una visión que peca de optimista. Lo cierto es que no hay que bucear mucho en las crónicas para desmontar aquel paraíso idílico que algunos se empeñan en desvelar. Con toda sinceridad, como casi siempre en la vida, en el punto medio está la virtud, y ni los estudiosos que tienden a un extremo ni los que tienden al otro llevan la razón. Aunque ésa es mi humilde opinión y la que he querido reflejar en estas páginas. Sin embargo, yo no soy más que un pobre novelista, no un historiador, así que debe quedar claro que mi propósito fue siempre el de contar una buena historia, no el de hacer un ensayo sobre el medioevo español. Además, para ser franco, después de haber leído a tantos como he leído, estoy cansado de que los de uno u otro bando intenten convencerme de que son los únicos poseedores de la verdad. En este sentido y en cualquier otro, estas páginas han procurado estar limpias de polvo y paja.

Sin duda, es cierto que, a lo largo de los siglos que duró esa discutida Reconquista, las distintas fronteras que fueron marcando los ríos y accidentes geográficos tuvieron algo de esa mística que algunos han comparado con el «salvaje oeste» americano del siglo XIX. Fueron tierras duras en las que se produjeron muchas historias no tan distintas a la que se cuenta en estas páginas. La frontera fue refugio de delincuentes, desahuciados e ilusos que pretendían fortuna. Y las distintas repoblaciones que muchos monarcas hicieron fueron posibles únicamente por las prebendas que concedieron a los que se atrevieron a adentrarse en aquellos territorios.

Es cierto que consta en las crónicas que en la frontera hubo cuatreros, bandidos, pastores (que ya practicaban la trashumancia), unos cuantos hebreos que se animaron a hacer negocio donde otros no se atrevían a asomar y, por supuesto, desechos de las mesnadas reales como el propio Fierro.

Una colmena puede convertirse en lo que se denomina zanganera, lo que viene a significar normalmente que, a falta de una reina, una de las obreras empieza a poner huevos que sólo producen machos. La colmena, de no intervenir el apicultor, acabaría desapareciendo. En este ámbito, está sobradamente probado que en tiempos medievales la apicultura ya contaba con ciertos conocimientos. En aquellos días y en lo que hoy es Castilla la Mancha, las colmenas se hacían principalmente con corcho, como figura en la novela, y comparado con los sistemas actuales tenían el gran inconveniente de que los panales quedaban fijos a la cubierta según el albedrío de las abejas, no como a día de hoy, que se usan cuadros que pueden retirarse. En este

sentido, cabe también mencionar que las técnicas de construcción de este tipo de colmenas denominadas «fijistas» siguen vivas, como pude comprobar en Serra dos Ancares gracias al bueno de Emiliano.

Por otro lado, es cierto que la experiencia, si bien no tanto la ciencia, explica que los apicultores que han sufrido múltiples picaduras de sus abejas acaban por sufrir poco cuando una de sus pecoreadoras se le vuelve en contra. Por lo demás, es rigurosamente cierto que en la primavera las reinas de cierta edad abandonan la colmena con unas cuantas fieles para buscar un nuevo hogar en tanto dejan tras de sí a una joven reina que garantizará la fuerza de la colmena.

La expresión «coger» o «tomar las de Villadiego», según la leyenda y el saber popular, tiene su origen, precisamente, en la derrota cristiana de Alarcos, cuando el rey Alfonso huyó de la fortaleza atravesando los pagos que eran conocidos, precisamente por Villadiego.

La rivalidad entre los Castro y los Lara en los tiempos de la novela daría para una serie completa, y la cuestionable figura de Pedro Fernández de Castro, el traidor de Alarcos, existió realmente. Dio la espalda a Castilla y, en efecto, se puso al servicio del reino de León que, ausente en la batalla de las Navas de Tolosa, se mostró bien avenido al moro siempre que el trato supusiera la desgracia de Castilla.

Es sorprendente para el visitante, sin embargo, en lo que hoy se conoce como Campo de Calatrava, no lejos de la actual Ciudad Real, escenario de aquella frontera que supuso el Guadiana, el abundantísimo material geológico de origen volcánico. Hay incluso un volcán, el de Cerro Gordo, lo que explica el origen de esas piedras puzolanas mencionadas en la novela.

En cuanto a esa frontera del Guadiana, cabe también otra puntualización: pese a que hoy en día no supone problema alguno, es rigurosamente cierto que, en aquellos años medievales, era un lugar con un paludismo endémico que se llevó por delante miles y miles de vidas.

Se encuentran también en las crónicas menciones a los apañuscadores; asunto, por otro lado, completamente lógico, pues siempre ha habido quien se ha aprovechado de las desgracias ajenas.

Existen abundantes pruebas arqueológicas de que los moluscos fluviales, tanto almejas como mejillones, fueron soporte alimenticio de las guarniciones y gentes apostadas en los grandes ríos peninsulares. Desafortunadamente, hoy en día sus poblaciones están extintas o muy mermadas, pero la abundancia de conchas en los yacimientos no deja lugar a dudas.

El dolon, o fierro, existió como tal en los tiempos que narra la novela, y así lo reflejan distintos estudios de historia militar a los que se ha tenido acceso, incluido el extenso análisis de Alcázar Segura. Y si bien no fue un arma empleada en exceso, por sus obvias limitaciones, me pareció que suponía un elemento más que adecuado para alguien que, como Fierro, ha querido dejar la guerra a sus espaldas pero que no se fía de nadie. En el mismo ámbito de las armas de la época cabe aclarar que, por lo que parece, los alfanjes llegaron un poco más tarde; sin embargo, se ha

utilizado la expresión como mero recurso literario.

Lo que aparece mencionado como pasta de anacardo es, en realidad, el electuario de anacardo. La preparación tuvo gran predicamento en Al-Ándalus. Se trata de una sustancia narcótica de potentes efectos que resulta adictiva y que, según las crónicas, supuso la ruina de más de un pobre desgraciado.

Dejando a un lado la fe, el caminar sobre brasas ardientes tiene su sencilla explicación científica (accesible a cualquiera gracias al mundo digital), aunque es cierto que siempre hay un límite para el trecho que puede recorrerse y, según varios experimentos, ese límite parece estar en los ocho metros. No encontré mención alguna a competiciones como la que se desarrolla en la venta del hebreo, con su cruce de apuestas y demás algarabías; sin embargo, sí existen narraciones de celebraciones del estilo (con un sentido religioso como el que se conserva en el presente) en distintos puntos de la geografía de aquellos reinos, de ahí que me decidiera a usarlo como parte de la trama.

Según parece, en las difusas fronteras que se fueron conformando a lo largo de los años de la llamada Reconquista, el árabe que habían traído las castas pudientes desde su península se fue mezclando con las lenguas locales y, tal como se refleja en la novela, dejando a un lado a aquellos de ascendencia puramente árabe, se supone que en la frontera se hablaba esa aljamía que se menciona, una mezcla de términos y expresiones que alimentó ambos idiomas a ambos lados del linde.

En aquellos días, se aludía a los caballeros villanos como pardos, se entiende que debido a que carecían de las enseñas de las casas nobiliarias. Se trataba de gentes que de un modo u otro habían hecho fortuna, muchas veces en la frontera, y empleaban los fondos para sufragarse como caballeros.

Baeza, como Úbeda, son dos maravillosas ciudades que resultan auténticas aulas de Historia en las que se puede disfrutar de excelente compañía, mejor comida y magníficas experiencias. Las descripciones que aparecen en estas páginas están basadas en dos fuentes principales: las mismas crónicas medievales que se sucedieron tras la victoria de las Navas de Tolosa y posterior toma de la ciudad de Baeza, y en el excelente trabajo de Rosales Escabias, López Rus, García Gómez, Moyano García y Navarrete Moreno.

El horror de Alarcos, tal y como se describe en la novela, fue aún peor de lo imaginable. La visita a las ruinas es sin duda más que merecida y cualquiera puede contemplar, aún hoy, las murallas que, tal y como se relata, fueron cimentadas con los cuerpos de los cristianos caídos.

Las Navas de Tolosa, en realidad, según parece «las navas de la losa» y su batalla, siguen siendo una incógnita; hay mucho que desvelar en cuanto a lo que allí acaeció y, sin embargo, hay que admitir que tuvieron más publicidad por el tiempo y las circunstancias, pues probablemente hubo batallas con tanto o mayor peso, como la de Simancas. Y, no obstante, fueron las navas las que se

llevaron la fama, y es cierto que fue una lucha capital para abrir la que hoy conocemos como Sierra Morena. Pero no fueron el único hito bélico de consideración.

La dicotomía de un paso u otro para los castellanos ante la proximidad de las fuerzas del califa se ha exagerado con la leyenda. El simple hecho de que la decisión se tomara en una tarde o de que el abuelo del rey Alfonso ya hubiera usado la vía alternativa demuestran que la desazón de los cristianos no debió de ser tan grande como la que refleja la leyenda.

Por todo lo demás, quedo a su disposición a través de las redes sociales o del correo electrónico (francisconarla@francisconarla.com).

Gracias, muchas gracias por haberle dado una oportunidad a mi cuento.